Metropol

Eugen Ruge

Traducción de Alberto Gordo Moral

Metropol

Eugen Ruge

Traducción de Alberto Gordo Moral

EUGEN RUGE

Metropol

Traducción de Alberto Gordo Moral

www.armaeniaeditorial.com

Título original: Metropol (Rowohlt Verlag, Berlin, 2019)

Primera edición ebook: Enero 2022

The translation of this work was supported by a grant from the Goethe-Institut.

Copyright © 2019 by Eugen Ruge © 2019 by Rowohlt Verlag GmbH, Hamburg.

Copyright de la traducción © Alberto Gordo Moral, 2021

Imagen de cubierta: Copyright © Lotte Laserstein, Russisches

Mädchen mit Puderdose. 1928, Städel Museum.

Copyright de la presente edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2022.

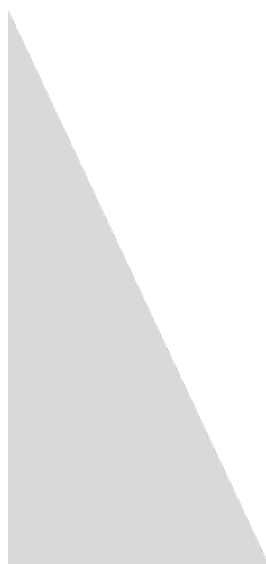
Armaenia Editorial, S.L.

www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes,

la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-32-6



11 Prólogo

17 Cinco días de agosto

95 El sol que nos engaña

307 Danza de la muerte

385 Epílogo

409 Glosario

415 Notas

Índice

Prólogo

El Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica es un edificio macizo construido en los años veinte que recuerda mucho a aquel sarcófago que le pusieron encima a la tristemente célebre central nuclear de Chernóbil. Lo que está enterrado aquí, en medio de Moscú, no son, sin embargo, residuos radiactivos, sino un pedazo de historia de la Unión Soviética.

Por lo demás, se trata del antiguo Instituto de Marxismo-Leninismo. Marx, Engels y Lenin cuelgan sobre la entrada en forma de grandes relieves, haciendo que el portal parezca más grande. Pero las puertas reales dan la impresión de ser demasiado pequeñas para el edificio.

Por supuesto, solo está abierta una de las tres puertas: la hura de ratón por la que uno se cuela en el interior del edificio. Se entra primero a un amplio vestíbulo cuyas dimensiones probablemente pretenden expresar la importancia del sitio, pero que impresiona sobre todo por lo vacío que está. Más adelante, en el rellano de una pequeña escalera, se ha instalado a posteriori una caseta de vigilancia de plástico y cristal en la que se sienta un policía. Delante de la escalera, un detector de metales con forma de caja (que es preferible evitar). A la derecha, un amplio ropero con una mujer sentada haciendo crucigramas. Si vigila o no las prendas que los visitantes deben colgar de una en una en las perchas, es algo que no está claro.

Esta mujer le señala al recién llegado un teléfono que hay junto al ropero. Después sigue resolviendo crucigramas.

¿Un teléfono? ¿Hay que llamar? ¿A quién?

En la mesita del teléfono hay un número moscovita de siete dígitos. Después de marcarlo, se pone al habla una voz que parece pertenecer a una señora entrada en años. Esta pregunta al visitante

si ya tiene el própusk, el pase. Dado que la respuesta es negativa, la voz, en un tono de impaciencia que apenas puede reprimir, indica al visitante que haga una señal al policía del puesto de vigilancia, pero que no lo haga hasta que ella, la voz, llame a ese policía para solicitarle la emisión de un própusk. Y esa misma voz —ya irritada en extremo por el cerrilismo del recién llegado— le repite varias veces que no cuelgue bajo ningún concepto.

Poco después se ve al policía descolgar el teléfono en su caseta y, a través del auricular, se escucha cómo la voz solicita la emisión de un própusk para la persona que está llamando.

El policía se vuelve hacia esa persona y esa persona, como le habían indicado, hace una señal al policía; digamos que levanta la mano. Ahora puede colgar y, previa presentación de su pasaporte, se le expide un própusk con el que podrá llegar hasta la quinta planta, donde está la sala de lectura.

Allí el visitante se da cuenta de que la voz no pertenece a una mujer mayor, sino a un hombre de entre treinta y sesenta años, el cual, pese a estar en una sala de lectura, usa el mismo tono estridente —siempre al límite de soltar un gallo— para darle nuevas instrucciones.

En primer lugar, hay que rellenar dos formularios, en los cuales, junto a la dirección de origen y el número de teléfono, se pregunta concretamente por la razón, el objetivo y el periodo de tiempo de la investigación. Después hay que redactar, por supuesto en ruso, una solicitud cuyo contenido es de libre elección; no obstante, existe un modelo para cada caso que puede copiarse literalmente. Si procede, han de introducirse también los motivos personales.

Al visitante se le entrega luego una llave cuyo recibo ha de acusar. En el llavero figura el número de la taquilla donde ya están listos los archivos (que, por supuesto, deben haberse pedido con antelación). Si esta petición (hecha, por un caso, desde Alemania) ha funcionado de verdad, los archivos estarán ya en una de las taquillas blindadas de una sala penumbrosa que, aunque está situada en la quinta planta del edificio, más bien parece un sótano.

Para abrir esa sala de documentos se necesita, sin embargo, otra

llave más y esta se coge de un recipiente de plástico que hay sobre el escritorio del hombre con voz femenina. Con ayuda de la llave, se abre la taquilla y se cogen los archivos. Al abandonar la sala se procura no dejar encerrado a nadie accidentalmente. Después se devuelven las llaves de la sala de documentos al recipiente de plástico destinado a su custodia y se cuelga la llave de la taquilla —a partir de ahora disponible para cualquier otra persona— en un cajetín para llaves.

Obviamente, no está permitido fotografiar sin más con un smartphone los valiosos documentos, ni mucho menos escanearlos. Para copiarlos, se rellena un formulario de solicitud y se va con él a la copistería. Allí, tras revisar los documentos que se van a copiar, se calcula un cociente que resulta del estado del material y de la urgencia del pedido y que a su vez se traduce en el precio de las copias, una cuantía que, sin embargo, no se da a conocer hasta el momento de recoger esas copias dos o tres meses más tarde. Se obtiene entonces, en la sala de lectura, un número de tramitación con el que se va al Departamento de Contabilidad. Allí se recibe un formulario impreso por duplicado. Con este formulario hay que ir a una sucursal bancaria para depositar el dinero. El pago ha de estar confirmado en ambos formularios, uno de ellos se entrega en Contabilidad y el otro, sellado por el banco y por el departamento contable, se lleva a la sala de lectura, donde, a cambio de una firma, se entregan las copias.

Esta es la historia que no contaste. Te la llevaste a la tumba. Estabas segura de que nunca saldría a la luz. Toda tu vida trabajaste para hacer que se olvidara, para eliminarla de tu, de nuestra memoria. Casi lo consigues.

Durante mucho tiempo, no supe que habías estado en Rusia. Me quedé estupefacto cuando te oí hablar en ruso con mi otra abuela, mi abuela rusa. Que hablabas español ya lo sabía. A veces afirmabas, incluso, que soñabas en español. También sabías inglés y hasta un poco de francés. Pero ¿ruso?

Eras mi abuela mexicana. En tu jardín de invierno, entre plantas tropicales, zumbaba suavemente la fuente de interior. Allí nos

sentábamos y me hablabas de México, de paseos a caballo por la selva, de asaltos a mano armada y aguaceros, de serpientes, escorpiones y tiburones. De los aztecas y de su mundo misterioso y desaparecido.

Pero de la Unión Soviética donde tú, comunista alemana, viviste al menos cuatro años y medio después del ascenso al poder de los nazis, ni una palabra.

Sobre mi mesa hay dos montones de papeles. En total, doscientas cuarenta hojas, numeradas a mano. Arriba a la derecha, una nota, en ruso: Alto Secreto. Y encima un sello azul: Desclasificado.

¿De verdad creías que se había perdido sin remedio?

Veo, veo. El juego me lo enseñaste tú. Veo, veo, una cosita y esta cosita es:

tu expediente de cuadros, Charlotte, la información que el Gobierno tenía sobre ti.

CINCO DÍAS DE AGOSTO

Alto secreto

Comunicado

He sabido por algunas conversaciones de XX 1933 que el camarada Jean Germain (Hans Baumgarten) y la camarada Lotte Germain (Lotte Ruge) frecuentaron al bandido trotskista EMEL. La relación tuvo su origen cuando la camarada Lotte Germain y la mujer de Emel trabajaban juntas en la Delegación Comercial de Berlín. Desconozco si esta relación continúa en el presente.

23 de agosto de 1936

Hilde Tal.

1. Negro mar negro

—Charlotte—

La noche del 20 al 21 de agosto de 1936, Charlotte Germaine, como se llama desde hace poco tiempo, descubre en el Deutsche Zentralzeitung, entre los dieciséis acusados del Juicio al Centro Terrorista Trotskiano-Zinovieviano, el nombre de M. Lurie.

En ese momento se encuentra en el Grusia, un vapor del mar Negro que aún sigue bien amarrado en el muelle de Batumi; no se hará a la mar hasta la mañana siguiente. Está sentada frente a la mesa plegable en una postura bastante incómoda y sostiene el periódico ladeado hacia el ojo de buey, a través del cual entra una luz fría, azulada, que podría tomarse por luz de luna; procede, no obstante, de una farola del puerto.

Está en batín de noche, algodón, blanco.

Se escucha el bramido de los motores del barco. De la litera superior llega un ronquido quejicoso. Es Wilhelm. Ha tomado el nombre falso de Jean Germaine, pero todos le llaman Hans, todos menos Charlotte, que sigue diciendo Wilhelm. Es difícil llamar Jean Germaine a un obrero metalúrgico con acento de Anhalt.

Wilhelm ha bebido vodka, o sea, demasiado vodka. ¡Por nuestra patria! ¡Por Stalin! Nadie puede evitarlo, un hombre no puede, en cualquier caso. Tampoco Charlotte ha podido evitarlo del todo. Tras la visita a la ciudad —36 grados— aún había, cómo decirlo, una recepción con el secretario de distrito, georgiano, bigote, voz de locomotora: sí, sí, ya está informado: ¡Quinta planta, Komintern! Guiño. ¡Por vosotros, camaradas! ¡Y por el camarada Stalin!

Para acompañar, pepinillos, cebolletas y carne en gelatina.

Charlotte se quedó dormida rápidamente, una cabezada alcohólica de la que no tardó en despertarse. Dio vueltas durante un rato, a la espera de vencer con autosugestión el incipiente dolor de cabeza. Cuando la vejiga, no obstante, empezó a ejercer presión, hizo un esfuerzo y se dirigió al baño, que, por desgracia, estaba fuera del

camarote.

Al regresar, el Deutsche Zentralzeitung atrajo su mirada. Estaba sobre la mesa plegable, le daba la luz. Charlotte empezó a leer. Leería hasta que le diera el sueño.

Hacía días que no miraba ningún periódico. Lo más normal, cuando se está de viaje, es no conseguir periódicos, hasta la prensa del Partido escasea por la falta de papel en la Unión Soviética. Le sorprende tanto el contenido del artículo principal que, por un momento, piensa que la bibliotecaria de Batumi le ha dado a Wilhelm un ejemplar de archivo. Se habla de la causa contra Zinóviev y otros. ¿Pero Zinóviev no lleva ya dos años en la cárcel? El hombre con el gorro alto de piel sobre la cabellera rizada. Siempre le pareció el más guapo. Le sorprendió que lo condenaran, pues había luchado con Lenin y, por un tiempo, fue incluso jefe del Komintern.

Sin embargo, he aquí la edición del día: Juicio contra Zinóviev y otros. Lectura no apta para dormir, Charlotte se salta el artículo principal. Pero el juicio llena también las páginas siguientes. Han publicado el escrito de acusación, resumido, pero aun así dos páginas. Charlotte también se lo salta; o querría saltárselo, pero entonces los ojos se le van directos al nombre de M. Lurie.

Conoce a un M. Lurie.

Moiséi Lurie. Que en realidad se llama Alexander Emel. Para ser más exactos, en realidad se llama Moiséi Lurie, pero la mayoría le conoce por su nombre del Partido, Alexander Emel. Pero que este Alexander Emel sea la misma persona que ese M. Lurie, agente de Trotski enviado desde el extranjero, como dice el periódico, que ha estado en la cúpula de un grupo de lucha liderado por un activo fascista alemán…, es absurdo. ¿Cómo podría haber estado Alexander Emel, él mismo judío, perseguido por los nazis, en la cúpula de un grupo de lucha liderado por un activo fascista alemán?

Charlotte siente cómo le palpita el corazón, tan fuerte que, durante algunos latidos, llega a tapar los ronquidos de Wilhelm. Preparación de atentados contra Stalin, Mólotov, Voroshílov… Es increíble.

Siente algo parecido a la ira. ¿De qué sirven las constantes purgas del Partido y las inspecciones? Han pasado ya dos años. ¡Cuántos formularios! ¡Cuántos currículos! ¡Cuántas comisiones! Está de acuerdo, claro. Solo que, en algún momento, tendría que haber resultados…

Pasa las hojas, la última página del escrito de acusación. Aquí están otra vez listados, los dieciséis, numerados, con nombre y patronímico y año de nacimiento. Número quince: Lurie, Moiséi Ilich. Y, a continuación, entre paréntesis: alias Emel, Alexander.

Cuánto deseaba estas vacaciones. Tiene los nervios destrozados. La atmósfera en Punto Dos se ha vuelto insoportable, tanto que Wilhelm ha sopesado solicitar su marcha de la OMS y volver a su trabajo de tornero. Como correo secreto hace tiempo que no trabaja (exactamente: desde su colapso, el de Charlotte, en Estocolmo; ella aún se siente un poco culpable por aquello). También lo han apartado de su puesto como instructor político y lo han sustituido por esa rusa rubia: Krumina, una intrigante espantosa. Y para colmo lo han cesado como jefe de almacén porque dicen, por desgracia con razón, que no tiene ni idea de tecnología inalámbrica. Es probable que ahora lo manden a Punto Uno. Eso ya es intolerable.

Se cogieron de una vez todas sus vacaciones anuales, un mes entero. Reservaron una travesía en vapor desde Batumi a Yalta. Y después, tres semanas en la casa de huéspedes del Sindicato de Trabajadores Políticos de Yalta. Charlotte nunca ha estado en el mar Negro. Se lo imagina: tres semanas de no hacer nada. Playa. Murmullo de fondo. ¿Es realmente negro, el mar? No sabe si lo desea o lo teme.

Pero entonces dijeron de repente: vacaciones bloqueadas para toda la OMS debido a la situación en España. Wilhelm empezó a fantasear con que lo enviasen a España, a la guerra civil. Y Charlotte también lo pensó: quizás sería lo mejor. Mejor que esto de aquí.

Afuera llueve. Las gotas golpean el alféizar metálico de la ventana.

Aguarda.

Y después ocurrió el milagro: Mélnikov les concedió un permiso especial. Ojalá no sea porque está enamorado. Pensó. Le halaga, ciertamente, ejercer aún algún efecto en los hombres; a pesar de sus cuarenta y un años. Casi cuarenta y dos. Pero por otro lado: los hombres enamorados son terribles, capaces de lo peor. Por desgracia, siempre tarda mucho en darse cuenta de cuándo un hombre se enamora de ella. Solo cuando empiezan a hacer cosas horribles.

Partieron el 15 de agosto. Dos días en tren, en compartimentos con coche cama. Lluvia, lluvia… La mirada, a través de centelleantes corrientes de agua, sobre alguna estepa horrible. ¿Será Kuban? Una de las regiones más fértiles de la Unión Soviética, dicen. ¿Dónde están los ondulantes campos de cereales? ¿Dónde están los tractores nuevos y flamantes que se ven siempre en los carteles de la colectivización? No pregunta. Piensa.

Como Gori está de camino, deciden visitar la casa natal de Stalin. Charlotte ya no recuerda por qué tomaron esa decisión, aunque, en el fondo, no era posible tomar una distinta. Gracias a Dios, la lluvia paró. El país es enorme, no puede estar lloviendo en todas partes.

Iban tropezando por las calles. Charlotte ha visto bastantes casas natales de personas famosas, se imagina una placa conmemorativa, algo así: Padre de los pueblos, Maquinista de la revolución mundial. Y entonces llega la sorpresa: una cabaña enana y gris, una escalera torcida, una puerta raspada. Ahí estaba.

Y Jilly, repentinas lágrimas en los ojos, dice: Ahora entiendo por qué le aman. Es uno de ellos.

Jill Greenwood, su compañera de viaje. Diecinueve años, la pipiola de Punto Dos. Nombre real: Jean Hyman. Su biografía cabe en tres frases. Primero: fue a la Stoke Newington School en Londres (y sí, dos meses a la Marx House School). Segundo: desde hace cuatro meses, es alumna en la escuela de radiotelegrafía de la OMS. Y tercero: está dispuesta a morir por la causa de la clase trabajadora. Sería una pena, piensa Charlotte.

Después, de Gori a Batumi en tren de pasajeros. Una invasión repentina: personas apiñadas en el vagón, una masa inquietante en caftanes y camisas de fustán que despide olores extraños, y todos, a ojos de Charlotte, medio deformes, heridos: sin dientes o lisiados, sin dedos, con piernas amputadas o desfigurados por los sarpullidos. No es que en Moscú no haya seres así. Deambulan por las estaciones o hacen colas interminables. Charlotte prefiere no acercarse. Material humano. No está segura de que la expresión sea adecuada desde un punto de vista político. Con este material humano construiremos el Socialismo: eso es, ya lo había leído antes.

Por último, una tarde espantosa en Batumi: el Museo Arqueológico…, la nueva biblioteca…, el Jardín Botánico con tres mil tipos de árboles tropicales… La intención era buena. La intención siempre es buena. También con la ternera en gelatina un poco ácida que han tenido que comer a toda costa. Casi vomita.

Más tarde, al fin, los dejaron instalarse en sus camarotes, Jilly con una joven rusa desconocida. Ella con Wilhelm, que en este momento está roncando en la litera superior, mientras Charlotte, después de cerrar el periódico como es debido, se ha arrastrado a la litera inferior y está tumbada, muy quieta, boca arriba.

¿Alexander Emel, un conspirador?

Lo primero que le viene a la mente son sus manos: delgadas y blancas, suaves. Se mueven, juguetean entre ellas, dibujan el tema invisiblemente en el aire. Habla de la Biblia. Van caminando junto al canal (¿qué canal?). No, no es un llamamiento al amor propio, dice Emel. Es una traducción inexacta. En el original, en griego antiguo, dice, no pone Ama al prójimo como a ti mismo, sino: Ama al prójimo, es como tú. Desconcertante. Este hombre es el director en funciones del Departamento de Propaganda del Comité Central del Partido Comunista de Alemania. Tiene los mismos años que ella, poco más de cuarenta, pero le parece mayor, más maduro. Se doctoró (summa cum laude) con una tesis sobre la representación de Egipto en el Antiguo Testamento. A ella la cultura siempre le ha fascinado. Se siente, de hecho, una inculta. Tan solo fue a la escuela para señoritas, dispone de los conocimientos inseguros de una autodidacta.

Ahora se acuerda: el canal Teltow… ¿Primavera de 1930? Verdor suave por todas partes. Amentos de sauce, el viento silbando entre los álamos. La última primavera en Alemania… Wilhelm e Isa —Isa, querida— van un buen trecho por delante, ya que Emel se para una y otra vez mientras va hablando. Ella jamás podrá hablar de forma tan ligera, tan casual, sobre la historia de Egipto, sobre hechos reales y ficticios, sobre la diferencia entre metáfora y parábola. Desde que trabaja en la Delegación Comercial Soviética de Berlín, ha aprendido idiomas. Tiene ya un buen inglés y un ruso aceptable. Pero Emel, además de ruso e inglés, domina el francés, el griego, el hebreo e incluso algo de arameo.

Que sea un hombre culto, por supuesto, no significa nada. También hay asesinos cultos. Pero ¿Alexander Emel? Con sus manos divinas.

No es capaz de dormirse. Una y otra vez se le aparece. Una y otra vez intenta encajar al hombre delicado, la cara sensible, las manos suaves, con lo que ha leído en el periódico. No es posible.

Recuerda que, hace muchos años, hubo un artículo de Emel que se criticó. ¿O eran dos? No recuerda por qué. Apenas se acuerda del contenido, tan solo de que no fue capaz de entender qué estaba mal en el artículo. Matices. Entonces no llevaba mucho tiempo en el Partido. Era algo sobre la política agraria estalinista. ¿Acaso no la había defendido? Pero aun así. Un artículo políticamente equivocado no es un crimen. No es un atentado mortal contra Stalin.

A veces podía ser bastante descarado. Sonreía como un adolescente. Recuerda su último encuentro casual en el Parque de la Cultura, en Moscú. Los primeros días templados. El retrato de Stalin hecho con flores tempranas. Oh, arte de florecillas, dijo Emel. Ahí estaba, la cara de adolescente. El diablillo en los ojos. Vio de inmediato cómo a Wilhelm se le ensombrecía el rostro. Acababa de elogiar aquella obra floral y va Emel y dice: arte de florecillas.

Y ahora —¿por qué justo ahora?— recuerda que Emel habló de una suspensión: como profesor universitario. Pero ¿no había dicho que era un error? Dirigió una carta personalmente a Dimitrov. Charlotte había pensado: Hay que ver, escribe cartas a Dimitrov en persona.

Eso fue en invierno. Tuvo que ser en alguna de sus visitas al piso de Emel. Y después, tras aquel encuentro en el Parque de la Cultura, Wilhelm decidió de pronto: Deberíamos alejarnos de Emel. Y ella pensó, claro, que estaba enfadado por lo del arte de florecillas. También lo estaba. Wilhelm se enfadaba a menudo con Emel. Se ponía celoso, por supuesto sin motivo. Pero se daba cuenta de que ella idolatraba a Emel. Intentaba estar a la altura, y Emel, siempre muy educado, se esforzaba para que Wilhelm no notara su superioridad.

Y después había pagado otra ronda de aquella limonada roja que estaba tan a la última. Y se había reído porque todas las mujeres llevaban ahora zapatos azules. ¿Era una crítica velada? ¿Una crítica a la economía planificada? Aunque lo cierto era que, si uno miraba alrededor, de repente, por todas partes, zapatos azules y calcetines blancos…

Cuando se despierta, está sola en la cabina. Wilhelm debe de estar ya en el baño. Se cuela el brillo del sol. El barco ha soltado amarras, nota que toma una velocidad resuelta. El viento silba. El mar es azul: azul oscuro. El periódico está intacto en la mesa plegable. Abre el armario, lo mete dentro. Prueba a hacer como si no supiera nada. Pone su maletita en la mesa plegable, saca las cosas de aseo. ¿Un periódico? ¿Qué periódico?

Cuando ella vuelve del baño, Wilhelm ya está vestido. Mira al mar como hechizado. Charlotte se pone su vestido de verano, blanco y de lunares, por primera vez. Su vestido de vacaciones. Hace semanas que se ve a sí misma paseando con ese vestido sobre la cubierta del vapor del mar Negro. Se pinta los labios. También se ha estado reservando el lápiz de labios para las vacaciones. Hasta hace no mucho consideraba el uso de pintalabios un acto de vanidad, anticomunista incluso. Pero, hace un año, Stalin dijo en un discurso esa frase que rápidamente se hizo famosa: ¡La vida se ha vuelto mejor, la vida se ha vuelto más feliz, camaradas! Y, desde entonces, surgen en Moscú cada vez más y más tiendas estatales de moda y cosmética. Cada vez más chicas moscovitas se maquillan o se tiñen el pelo, y, en un momento dado, también Charlotte empezó a preguntarse si su aversión a los cosméticos no procedería quizá de

su educación prusiano-protestante y si no podría, por tanto, superarse.

¡Voilà! Se gira sobre su propio eje. Wilhelm la mira con ojos radiantes. La ama, la admira todavía. A veces ella tiene mala conciencia porque no está segura de corresponderle con la misma intensidad. En Yalta, en la casa de huéspedes del Sindicato de Trabajadores Políticos, quiere ser, como ella dice, buena con él. Se lo concederá. Lo impronunciable. ¿Sabe Wilhelm que Alexander Emel se llama en realidad Moiséi Lurie? Dice en voz alta:

Vamos a desayunar.

El barco se balancea un poco. Los pasillos son interminables. Sigue a ciegas a Wilhelm a través del laberinto de cubiertas y pasillos; por supuesto se pierden. Al final tienen que preguntar a alguien, esto es, ella, Charlotte, tiene que preguntar, ya que Wilhelm, a pesar de sus considerables esfuerzos, aún no ha aprendido la lengua de la Patria de todos los obreros. No está dotado para los idiomas, eso es todo.

Tienen que esperar frente al restaurante, aunque hay mesas libres. Después, enseñar las llaves del camarote, firmar. Hay desayuno número uno y número dos, y otro más de primera clase (con recargo). Ambos eligen el número dos, desayuno yevropeiski. Pan negro, un trozo de salchicha con el típico sabor agrio de las salchichas rusas (así sabe a veces en Alemania la bockwurst) y un trozo de queso semicurado, mezcla de vaca y oveja, a juzgar por el olor.

Lo segundo, afirma Wilhelm (ella no le ha traducido yevropeiski).

El café, como es habitual, apenas se distingue del té. Wilhelm, que en la época en que aún trabajaba de correo en la OMS fue capaz de rechazar el menú de tres platos de un hotel con estrellas de Bruselas diciendo que era comida para monos, se muestra en extremo satisfecho.

Charlotte le sigue el juego. Finge estar de vacaciones. Por desgracia, Jilly aún no está en la cubierta. Echa de menos su alegría, su parlanchina jovialidad. Por un momento, se cierne la amenaza de un vacío paralizante que intenta llenar de inmediato. Charlotte

finge estar de buen humor.

Finge: Oh, ¡qué bien que estemos aquí los dos juntos!

Finge desayunar. Finge beber té.

Finge mirar-el-mar.

Finge mirar-el-mar-emocionada y dice: Siempre me lo había imaginado negro.

Bobadas, dice Wilhelm.

Después del desayuno, Wilhelm se va de expedición: visita el barco. Charlotte coge del camarote el libro que ha traído para el viaje: Cheliuskin, de Tretiakov, un informe sobre el heroico rescate de la tripulación del barco de igual nombre atrapado en el Polo Norte. El drama había comenzado tres años antes; ella acababa de huir de Alemania a la Unión Soviética. Durante medio año, todo el país había seguido el viaje, la avería y, por último, el rescate de la tripulación, Charlotte aún recuerda bien cómo se le cayeron las lágrimas con la retransmisión por radio de la triunfal bienvenida que se dio en Moscú a los rescatados y a los rescatadores.

Se sienta en una tumbona de la cubierta, pero el viento resulta sorprendentemente frío, de modo que, como no tiene ganas de recorrer el largo camino de vuelta para coger su rebeca, no tiene más remedio que pasar al interior. ¡Y, de repente, ahí está Jilly! No llegó al desayuno y cogió un sándwich del buffet.

Parece adormilada, aún más niña que de costumbre. Tiene las mejillas sonrosadas. Es tan joven que podría parecer hija de Charlotte, también debido a sus negrísimos rizos, tan poco británicos. Charlotte, de hecho, a veces cree reconocerse en ella, aunque no es para nada seguro si esas lorzas casi infantiles que circundan a Jilly se disolverán o se hincharán con el tiempo. Tampoco sus proporciones, observadas de cerca, son tan ideales como las de Charlotte, pero es joven, vertiginosamente joven; y Charlotte va ya teniendo una edad, pues entiende lo que significa la juventud: precisamente el tiempo en que no se entiende lo que significa la juventud.

Le gusta estar cerca de Jilly, nunca tiene suficiente. Ha pensado, incluso, en que, cuando terminen en Punto Dos, podrían mudarse con ella a una de esas casitas de madera en las afueras de Moscú. ¿Se pondrían celosos Kurt y Werner? No es que piense que sus hijos, ahora que son mayores, querrían vivir con ella. Aunque podrían ponerse celosos: retroactivamente.

Ya solo por la tímida mirada con que Jill comprueba si Wilhelm está cerca, Charlotte se da cuenta de que quiere hablar con ella. Desde hace días nota que algo la inquieta. En estos casos suele tratarse de pequeñas dudas que preocupan a los jóvenes comunistas: por qué en los comedores soviéticos hay asignaciones en función del «rendimiento» (es decir, el jefe recibe más carne o pasteles que la secretaria). O por qué han abolido de nuevo en la Unión Soviética la interrupción legal del embarazo. De hecho, esto también fue un palo para Charlotte: aún recuerda cómo alabó esa conquista en el círculo de mujeres comunistas de Neukölln.

Hoy, sin embargo, se trata de otra cosa, o más exactamente, de otra persona, concretamente Müller, en realidad Mélnikov, el nuevo jefe de la OMS, el poderoso servicio secreto para el que trabajan. Ese hombre, afirma Jilly, lleva semanas acosándola.

¿Así que por eso le dio Mélnikov el permiso para las vacaciones? Es lo primero que piensa. ¿No porque estuviera enamorado de ella, sino porque lo está de Jill Greenwood? Aunque en absoluto desea que ese desgreñado de cara chupada la acose, Charlotte se siente un poquitito ofendida. Finge sorpresa. Incredulidad. Pone los ojos como platos, se recuesta sacudiendo la cabeza. Pero es que está realmente sorprendida: ¿Mélnikov? ¡Si tiene por lo menos cuarenta y cinco años! Casado, dos hijos… ¡Un hombre de su posición!

Jill se le acerca y le susurra los detalles: cada vez que él va a Punto Dos, habla con ella.

¿Qué más?

Le consiguió una entrada para el congreso del Komsomol.

¿Qué más?

Le hizo dar su palabra de que le enviaría una postal cuando estuviese de vacaciones.

¿Eso es todo?

Sí, eso es todo, dice. Pero es que tiene un presentimiento…

¡Alma de cántaro! Charlotte vuelve a su papel habitual. ¡Si supieras lo que hacen los hombres cuando están enamorados!

Pero Jill comienza de nuevo por el principio, la postal, el congreso de las juventudes… Charlotte ya está a otra cosa. La agitación de Jilly empieza a enervarla, sí, le molesta un poco que piense de verdad que Mélnikov está enamorado de ella. ¡El congreso del Komsomol!

Jilly, ¿no se te ha ocurrido pensar que eres la más joven de Punto Dos? ¿A quién iba a enviar si no al congreso del Komsomol? ¿A Wilhelm?

Y, hasta que Jilly no se echa a reír, Charlotte no es consciente de lo raro que es todo. De lo raro y triste que es. Le viene a la mente lo viejo que se ha hecho Wilhelm, y es que hace poco aún era joven, aunque eso Jilly no lo sabe. Hace poco era un joven combatiente del Frente Rojo, con chupa de cuero y una BMW R32. Y de pronto es tan viejo que la idea de verlo en un congreso de las juventudes comunistas provoca ataques de hilaridad.

Charlotte tampoco puede evitar reírse. A Jill le corre una lagrimita por la mejilla. Y entonces vuelve los ojos en dirección a la puerta: ¡Que viene! Las dos mujeres se controlan.

Pero cuando Wilhelm se acerca, cuando está de cuerpo presente frente a ellas, con su calva y sus grandes orejas, que parecen más grandes desde que el pelo escasea, se ríen de nuevo entre dientes, como colegialas. Intentan reprimir la risa, pero explota con más fuerza. Tiene que decirle que se quite el pelo de las orejas, piensa Charlotte, después cruzan las miradas, Jill y ella, se ríen de nuevo y, por un momento, Charlotte olvida lo que más desea olvidar.

Wilhelm menea la cabeza, espera pacientemente a que se calmen y

se limpien las lágrimas de los ojos. Espera un poco más. Luego pregunta:

¿Mi periódico dónde está?

¿De qué periódico estás hablando?

La bibliotecaria me dio un periódico.

¡Ah, ya! Ni idea. ¿No te lo habrás dejado por ahí tirado?

Estoy seguro de que no, dice Wilhelm.

2. Acta de un juicio

—Vasili Vasílievich—

Vasili Vasílievich Úlrij, presidente del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS, aprovecha la pequeña confusión entre dos interrogatorios para aflojarse disimuladamente el cinturón y desabrocharse el botón de la pretina de su uniforme.

Sí, está muy gordo y, por desgracia, cada día lo está más. En las fotos del periódico en las que, ineludiblemente, se ve a sí mismo desde hace unos días, parece una patata con uniforme. Su cara tiene forma de calabaza y el bigote de dos dedos de ancho, que hasta hace unos años le parecía un signo de audacia, parece una polilla posada bajo la nariz. Los pantalones nuevos se le han vuelto a quedar pequeños. El cinturón, que cuando está de pie se aprieta concienzudamente para parecer más delgado, si está sentado le estrangula los intestinos. Padece de flatulencias, o de algo peor. También bebe más de la cuenta, pero qué va a hacer si no.

Vasili Vasílievich está hasta arriba de trabajo. Desde hace semanas, incluso meses, ha estado ocupado con la preparación de este proceso. Nada de vacaciones, nada de nada. A la dacha habían ido dos veces, ¿o fueron tres? Y, por supuesto, hubo bronca: Ánnushka no es demasiado comprensiva con su hobby: la tragedia de todo coleccionista de mariposas.

En lugar de eso: reuniones durante noches enteras. Siempre nuevos escenarios, siempre nuevos culpables. Primero iban a ser diez, luego trece, ahora son dieciséis. Una y otra vez, Stalin quería cambios y adiciones. Una y otra vez Vyshinski rehacía el escrito de acusación. Una y otra vez acordaban con los acusados versiones nuevas de sus confesiones: con el exhausto Zinóviev, que tiene verdaderas dificultades para concentrarse; con el contestatario Smirnov, que ha negociado tenazmente cada detalle. Un frágil entramado de encuentros, entregas y directivas a través del cual Vasili Vasílievich apenas logra ver nada.

Él solo tiene que presidir el juicio. ¡Públicamente! Idea de Stalin: ¡un proceso público! Las actas de los interrogatorios se publican a

diario en el Pravda, ¡ver para creer! Y, aunque las transcripciones se editan todos los días (tras cada sesión, en interminables reuniones nocturnas), hay que orientarse al menos por las declaraciones literales, pues otras trescientas personas las han escuchado en la sala, entre ellas periodistas extranjeros, si bien la mayoría no entienden ruso.

Pero lo peor es que él, Vasili Vasílievich, apenas tiene nada que decir en todo esto. La última palabra la tiene el fiscal Vyshinski, un tipo arrogante y vanidoso de la total confianza de Stalin y que a él, Vasili Vasílievich, lo menosprecia a menudo en las reuniones de equipo por sus objeciones. Es el proceso de Vyshinski. Vasili Vasílievich, aunque presida el tribunal, juega un papel secundario. Lo cual se ve en que, literalmente, se sienta al margen. ¿No debería el presidente del tribunal sentarse en el centro de la mesa, le preguntó a Vyshinski, como corresponde a las prácticas jurídicas? La respuesta de Vyshinski, un puñetazo en el estómago:

¿Y usted qué idea tiene de prácticas jurídicas?

Lo sabe, piensa Vasili Vasílievich. La pregunta es: ¿se lo ha contado a Stalin? Aunque, de todas formas, es probable que Stalin también lo sepa. Una de sus principales cualidades: que lo sabe todo, que lo recuerda todo.

Nathan Lurie se ha sentado. Es el turno de Vasili Vasílievich. Su humilde tarea: llamar al siguiente acusado, Moiséi Lurie. Otra idea: dos Lurie en un mismo proceso. ¿Esto qué es, una farsa judía? Al parecer, Stalin quería tener a toda costa a estos dos Lurie para incriminar así a los antiguos dirigentes del KPD: Fischer y Maslow; los cuales, sin embargo, no están en absoluto al alcance de la justicia soviética y probablemente nunca lo estarán. ¿Para qué entonces el teatro?

El acusado se adelanta. Un hombre de mediana estatura, enteco, manos estrechas, frente alta. Traje extranjero. El pelo todavía impecablemente negro, pero con entradas. Profesor de Historia y, cómo era, ¿Filología clásica? ¿Eso de qué sirve si el suministro de alimentos para el pueblo no está completamente garantizado? En resumen, a Vasili Vasílievich no le cae bien. ¡Solo hay que ver cómo se coloca los puños de la camisa! Con esas manitas.

Vasili Vasílievich hojea los expedientes, como si aún quedara algo que descubrir en ellos. En realidad, ensaya el registro. La pregunta que tiene que hacer dice así:

Acusado Lurie, ¿mantiene plenamente el testimonio que realizó en la fase de instrucción?

El acusado carraspea, se inclina hacia delante, de tal forma que desde el estrado no se le ven los ojos. Así se queda un segundo. Dos segundos…, tres… Vasili Vasílievich contiene la respiración. Algo, probablemente sangre, se le sube a la cabeza… Ocurrirá ahora, piensa Vasili Vasílievich. Ahora…

Pero entonces, por fin, el acusado se pone derecho y dice: Sí. Educada y amablemente, tan solo: Sí.

Vasili Vasílievich considera por un momento la posibilidad de pedir al acusado que responda con la frase completa, pero no lo hace, está contento de haber terminado su parte y cede el turno a Vyshinski. El fiscal, como siempre, apenas puede esperar, da un respingo y, cinematográficamente, con voz firme, estalla:

¡Acusado Lurie! ¡Diga, por favor, qué acciones contrarrevolucionarias ha llevado a cabo en el transcurso de su actividad terrorista!

El acusado se tira de los puños de la camisa y empieza a leer en voz alta su texto. Vasili Vasílievich respira aliviado. Cierto es que, en el caso de que alguien se retracte de su declaración o de que empiece incluso a insultar a la justicia soviética, hay un plan previsto. Se han distribuido personas por la sala que, en tal supuesto, empezarían a reírse o, en el peor de los casos, armarían un tumulto para que él, Vasili Vasílievich, pudiese interrumpir la sesión. Pero nadie ha pensado, nadie ha querido pensar más allá de eso.

A Vasili Vasílievich tampoco le gusta pensar más allá. Sin embargo, tiene claro que el problema así no se resolvería. ¿Y si el acusado tampoco entrase en razón después del receso? ¡Una pesadilla! ¿Habría que hacerlo desaparecer… ante la opinión pública mundial?

Si hubiese dependido de él, de Vasili Vasílievich, las cosas se habrían hecho de muy distinta forma. Tres acusados como mucho. Gente de confianza, con los que puedes estar seguro de que no harán ningún teatro. Zinóviev, ese llorón miserable. Está acabado. Le lamería el trasero a Stalin, así de acabado está. Ni siquiera habría sido necesario encerrarlo en la celda sobrecalentada. Terminará seco de un fallo cardíaco. Zinóviev no quiere nada más, solo vivir. Y es probable que de verdad piense que, si colabora, se le dejará vivir.

La voz del fiscal del Estado, como una sierra circular: Espero sus explicaciones acerca de sus actos concretos a ese respecto.

Ahora se acuerda: anoche soñó con eso. Con la voz de Vyshinski. Curiosamente, de la persona de Vyshinski no se acuerda. Solo de la voz. Como si algo le serrara en las entrañas. Luego se despertó y se puso muy contento al encontrar a su lado el cuerpo orondo y cálido de Ánnushka, esto es: se alegró de que ese cuerpo fuera tan orondo, tan para-ocultarse-dentro.

Se acurrucó con cuidado, pues, por supuesto, sabe que ella no soporta su cercanía mientras duerme, y lo empuja, sí, e incluso a veces le golpea… Y eso hizo entonces. Y él, Vasili Vasílievich, se arrastró de nuevo a su lado —las camas en el hotel Metropol son grandes—, se puso boca arriba y se sintió tan solo que se le contrajo la garganta.

La sierra circular: Diga, ¿estuvo usted en contacto con Nathan Lurie?

El acusado, sin dudar: Sí, estuve en contacto con Nathan Lurie más o menos desde abril de 1933 hasta el 2 de enero de 1936.

Qué absurdo, ¿por qué precisamente hasta el 2 de enero de 1936?, piensa Vasili Vasílievich. ¿Cómo puede saberlo con tanta exactitud? Un fiscal de verdad ahora repreguntaría. Pero este no lo hace. ¿Tendría que hacerlo él, ya que es juez?

¿Conoció usted a Nathan Lurie siendo miembro de la organización ilegal trotskista?

El acusado: Así es.

¿Sabía usted que, en aquella época, Nathan Lurie se dedicaba a preparar una serie de atentados terroristas?

El acusado: Correcto.

Vasili Vasílievich tarda un poco en entender qué es lo que le disgusta: no parece un acusado arrepentido. Así no se comporta alguien que está a punto de ser condenado a muerte. Canturreando su texto como una alondra. ¿O espera que los periodistas extranjeros sospechen precisamente al verlo soltar aquí, como si nada, sus confesiones?

Vasili Vasílievich siente la acometida del odio: como un perro, directo a la cara. Deberían haberle dado una buena paliza, científicamente. En lugar de eso lo están cebando. ¡Le mandan al peluquero! Y aquí tiene, caballero, un baño para el profesor, para que todo el mundo vea lo bien que viven nuestros presos… Tiene hasta libros y material de escritura en su celda, todo lo que quiera.

Qué extraño, al imaginarse los libros y el material de escritura en la celda, Vasili Vasílievich se sorprende a sí mismo envidiando al acusado. Se niega a admitirlo, pero lo envidia. Ese hombre no sabe que va a morir. De verdad cree que, tras cinco años de destierro, regresará y volverá a sus conferencias sobre filología clásica. Y las estudiantes se quedarán absortas escuchándole…

Este hombre lo ha tenido todo en la vida, mientras él, Vasili Vasílievich, se arrastra a diario desde el hotel de la Nikólskaia úlitsa, perdón: de la calle 25 de octubre, y de vuelta, quinientos metros, para firmar sentencias durante doce horas. Es probable que hasta se haya acostado con chicas alemanas. Mientras que él, Vasili Vasílievich, tiene suerte si su Ánnushka le deja arrimarse alguna vez.

Pero, en general, no puede quejarse. Suite de tres habitaciones. Sistema especial de pensiones. Una dacha en Kuntsevo. Es el presidente del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS… Aunque antes era más interesante. Tambov. La represión del gran levantamiento. Se le aparece de inmediato una imagen. Muchas

imágenes. Tujachevski, hoy mariscal de la Unión Soviética, entonces borracho como una cuba. Pueblos ardiendo. Imágenes del asalto. O más concretamente: después del asalto. Él, como chequista, solo fue responsable de los fusilamientos. Fusilamientos de rehenes.

Pero qué significa «solo». Fue lo único que funcionó. Tujachevski intentó en serio limpiar los bosques con gas venenoso; qué idea más estúpida. No sirvió de nada. En lugar de eso: cuarenta rehenes y, cuando has fusilado a la mitad, el resto te cuenta dónde se esconden los demás bandidos. No diría que aquello decantó la guerra. Pero todo junto, la acción de los panfletos, la promesa de amnistía, los fusilamientos de rehenes; todo esto junto, el trabajo de los chequistas, en suma, fue por lo menos igual de importante que la acción militar inmediata.

Pero ya nadie se acuerda. Y ahora Tujachevski es el gran héroe. Con su idea del gas venenoso. ¿Qué tiene eso de heroico? No, los fusilamientos tampoco son heroicos, pero al menos son honestos. Miras al enemigo a la cara. Vyshinski, por ejemplo, nunca ha mirado al enemigo a la cara. Y qué distinta es la muerte de cada uno. ¿Debería quizá volver a asistir a una ejecución? Aunque hoy en día la mayoría se hacen por la espalda: tiro en la nuca…

Surge el nombre de Zhdánov. El acusado Lurie no duda en explicar cómo transmitió al otro Lurie la orden de asesinar a Zhdánov… Zhdánov, Ordzhonikidze, Voroshílov…

Otro punto débil, piensa Vasili Vasílievich. Demasiados atentados. Sobre todo: demasiado atentados fallidos. ¡A quién querían matar todos estos! No es tan difícil. Un fusil de francotirador decente, un Remington, alcance de seiscientos metros… Pero estos terroristas convencidos, apoyados por los fascistas alemanes, simplemente son demasiado estúpidos como para acertar a uno solo de sus objetivos. ¿Y la gente se lo cree?

Vasili Vasílievich observa al público con ojos escrutadores. Las miradas están puestas en Vyshinski. Sabe hablar, hay que reconocerlo. Hipnotiza de veras a la gente. Mañana estará todo en el periódico, para que lo lea quien quiera. Bueno, no todo. Pero lo que sale en el periódico basta. Cualquiera que lea con atención,

verá que todo aquello estaba hecho de cualquier manera. Esos atentados fallidos. Esas directrices vacías de Trotski… Si fuera por él, por Vasili Vasílievich: acusaciones simples. Pruebas claras… Pruebas falseadas, pero pruebas. No tanta cháchara. Se pone un revólver sobre la mesa: ¿Es este el arma que pretendía utilizar? Huellas dactilares, pistas…

Pero no depende de él. Él solo tiene que condenar. Un fiscal puede hablar cuanto quiera. Pero él, Vasili Vasílievich, tiene que firmar las sentencias. Como presidente del tribunal, es responsable ante la opinión pública de todo el mundo, ante la historia.

Se le ocurre una idea desagradable: ¿y si Stalin le ha hecho presidente del tribunal precisamente para eso? Porque sabe que no es juez ni mucho menos, que jamás estudió Derecho. Piensa en el comentario de Stalin tras la reunión en el Kremlin: Con usted, Vasili Vasílievich, estoy completamente seguro, sé que no nos decepcionará… Después lo miró con sus astutos ojos Stalin, hechos de acero. Y él, Vasili Vasílievich, creyó que era un cumplido. Pero ¿y si era más bien una amenaza?

No son flatulencias lo que Vasili Vasílievich siente ahora. Más bien es el recto. Siente que tiene que ir al baño… No, no es tan sencillo. Si Stalin desenmascarase al juez que lleva este proceso, ¿no estaría poniendo en duda la validez del mismo, la dignidad y la autoridad del tribunal? Pero, por otro lado, si saliera mal, Stalin podría culpar de todo al tribunal. Desenmascarado el impostor que presidía el tribunal… Quién sabe qué as tiene en la manga contra Vyshinski. ¿Es su estrategia? Si el juicio sale bien: Orden de Lenin. Si sale mal: la cabeza.

Lo malo es que no se sabe lo que está pensando. Probablemente sea su fortaleza. Se recuesta, escucha. Fuma de su pipa… No pudieron hacerlo todos, Trotski, Zinóviev, Kámenev: silencio. Siempre tenían que hablar, que pasar al primer plano. Mientras Stalin urde sus planes por detrás. Y entonces… Se va de vacaciones, increíble. Se va al mar Negro y, mientras tanto, ellos se matan a trabajar aquí, se devanan los sesos, discuten durante noches enteras. Intentan adivinar sus deseos… Parece magia. Stalin solo inclina la cabeza, mueve la mano, echa un poco de humo y el aparato al completo se pone en marcha. Todos saltan de un lado a otro, sueltan discursos,

se chivan unos de otros.

Si estos acusados se levantaran ahora y dijeran la verdad. Todos, los dieciséis… Harían caer a Stalin.

Vasili Vasílievich desliza su mirada por la bancada de los acusados, observa a esos hombres que, en la práctica, ya están muertos: Zinóviev, hecho un trapo. Kámenev, ese cobarde. Yevdokímov, con sus ojos de niño. Este cree en Stalin, aunque lo fusilarán por ello. Nunca admitirán que han estado contando mentiras todo el tiempo. Miserable escoria dispuesta a vender la verdad a cambio de su vida. Así es. Cuando el molino empieza a girar, se acabó. ¿No dice Pushkin algo parecido? ¿O fue Goethe? Hay un punto del que, sencillamente, ya no puedes volver, o algo así, solo que rimaba. Tampoco él, Vasili Vasílievich, puede volver ya. Tiene que seguir adelante, seguir adelante…

Ahora sí que tiene que ir al baño. Pero Vyshinski no ve el final:

¿Admite, así pues, que durante varios años fue miembro de la organización ilegal trotskista?

Todo está ya más que dicho y confesado. ¿Por qué empieza otra vez desde el principio? Vasili Vasílievich mira el reloj, piensa si debería atreverse a advertir a Vyshinski por el tiempo.

Sí, lo confieso totalmente, oye decir al acusado.

¿Perseguía esa organización objetivos terroristas?

Confieso haber transmitido una directriz de ese tipo.

Respuesta equivocada, piensa Vasili Vasílievich. La pregunta era si la organización perseguía objetivos terroristas. Y Vyshinski, que en este cuarto día de juicio no muestra ninguna debilidad, entra al trapo de esa historia de la directriz.

¿Confirma haber recibido directrices de Trotski relativas a actos terroristas a través de Ruth Fischer y de Maslow y habérselas trasladado a Zinóviev?

Sí, dice el acusado, tirándose de los puños de la camisa.

Vyshinski: ¿Sabe usted que esa directriz se transmitió?

Lo sé perfectamente.

¡Por lo que más quieras, Vyshinski! ¡No se trata de una maldita directriz! ¡Se trata de que estaba preparando un atentado mortal!

Vyshinski parece darse cuenta al fin de que así no avanza y trata de zanjar el asunto:

¿Estaba usted en contacto con el grupo de Nathan Lurie y, al mismo tiempo, con el agente fascista Franz Weiz?

Sí, dice el acusado.

¿Preparó usted junto a Nathan Lurie una serie de atentados y dio órdenes de preparar también un atentado contra el camarada Stalin?

Ahora, sin embargo, el acusado dice:

No participé en la preparación, pero transmití la directriz relativa al atentado.

Ya está el lío. Vyshinski se queda perplejo por un momento, Vasili Vasílievich lo nota. Y comprende perfectamente por qué. Si Vyshinski sigue preguntando, corre el peligro de que el acusado insista en lo que ha dicho. Pero, si no sigue preguntando, el interrogatorio finalizará con el acusado afirmando que él no participó en la preparación del atentado contra Stalin.

No es un buen final. Pero tampoco es un buen momento para advertir a Vyshinski. Por un instante cesa el interrogatorio. Vasili Vasílievich nota la tensión en la sala. El acusado mira a Vyshinski, inmóvil. Vasili Vasílievich vuelve prudentemente la cabeza. De cerca se ven las diminutas perlas de sudor en la frente de Vyshinski. ¿Qué acuerdo había con los acusados? ¿De verdad se trataba tan solo de la transmisión de directrices? Pero el acusado ya ha admitido su participación en los preparativos del atentado a Zhdánov. ¿O no? Qué lío, para volverse loco. Si hubiera sido por él… Sí, si hubiera. Pero no depende de él. Aunque al final se juega la cabeza. A no ser —se le enciende una bombilla— que interrumpa

el interrogatorio y a este acusado simplemente no se le condene a muerte. ¿Sería la salvación? Diez años en un campo de trabajo. Allí ya aparecerá alguien que se cargue al bastardo.

Pero la sierra circular comienza de nuevo a aullar. Acusadora, colmada de odio, llena de veneno. El truco es: Vyshinski actúa como si hubiera desenmascarado y destruido al acusado. Le grita a la cara. Pero, curiosamente, tiene un efecto distinto, al menos en Vasili Vasílievich. Es como si la ira de Vyshinski no se dirigiera al acusado, como si no fuera en absoluto con él. Como si hablara con su sombra, que está detrás del acusado, mientras los aullidos de Vyshinski le pasan de largo sin causarle la más mínima impresión:

¿Transmitió la orden de preparar un atentado contra Ordzhonikidze y Zhdánov, pero no solo eso, sino que también indicó cómo establecer contactos?

Y el acusado contesta con calma, objetivamente: Sí, le dije a Nathan Lurie que le proporcionaría un lugar de encuentro.

Vyshinski se abstiene de hacer más preguntas. Así termina el interrogatorio. Conducen fuera a los acusados para el receso del mediodía. Los presentes se levantan, cuchicheando; algunos se quedan sentados, pensativos. Vyshinski ordena sus papeles. Y Vasili Vasílievich Úlrij se va al baño: con prisa, pero tampoco demasiada.

Dignamente, como corresponde al presidente de un tribunal.

3. Ningún otro país de la tierra

—Charlotte—

A última hora de la tarde del 22 de agosto llegan a Yalta. Los espléndidos edificios del puerto brillan rojizos al atardecer. Las montañas al fondo: negras. La ciudad en la pendiente, salpicada entre pinos y cipreses puntiagudos. Casas con saledizos, columnas y escaleritas. Charlotte solo había visto algo tan hermoso en fotos.

El camino avanza cuesta arriba. Les llevan las maletas en carros tirados por burros (aseguran que tienen un coche, pero que está en remont, es decir, en el taller). Jilly está totalmente fuera de sí de entusiasmo. Caminan detrás del carro a ritmo pesado. De pronto, el viento cesa. El calor sube desde el suelo. Charlotte empieza a sudar. Wilhelm va detrás en silencio. Desde que leyó el artículo, se ha quedado mudo. Lo único que dijo, temblando, a modo de reproche:

¡Tu Emel!

El burro suelta polvo cuando le acarician. Y también cuando el carretero, un mujik de piel oscura con los cañones de la barba grises, lo golpea en la grupa con una vara: de pasada, sin fuerza, pero a intervalos regulares.

Jilly intenta convencerle de que el burro también camina por voluntad propia. El hombre es amable, incluso bonachón. Sonríe a Jill, asiente. Pero no entiende lo que dice. Tampoco cuando Charlotte traduce. En general, no entiende a qué se refiere, y golpea de nuevo al burro para enseñarles cómo suelta polvo. Charlotte se rinde. Quién sabe lo que sienten los burros.

Se instalan en sus cuartos de la casa de vacaciones del Sindicato de Trabajadores Políticos. Huele a humedad, un poco a cerrado, pero Charlotte está decidida a llamar a eso olor a vacaciones. Abre la ventana. La vista es imponente, francamente increíble. Jamás ha visto nada igual. Las palmeras, el mar, la puesta de sol, le gustaría beberse, comerse esa vista, de algún modo introducirse en ella. Wilhelm está a su lado, pero nota que no está viendo nada.

Tenemos que decírselo a Jill, dice Wilhelm.

¿Y eso por qué?

Tenemos que dejar claro que no tenemos intención de ocultarlo.

Pero si no hemos hecho nada.

Somos amigos de un enemigo del pueblo.

Enemigo del pueblo. Le afecta que Wilhelm lo llame así. Charlotte levanta la voz:

¿Qué significa amigos? Le conocemos. Todos le conocen, cientos de camaradas.

Wilhelm la mira brevemente, de medio lado, con el rabillo del ojo. Luego se vuelve hacia el mar, que ahora sí es negro bajo el cielo lejano, rojo brillante, y dice en voz baja, pero con un tono como de estar declamando una tragedia de la antigüedad:

Le vendimos un gramófono.

Ya, ¿y?, piensa Charlotte.

Llegan un poco tarde a cenar, pues antes se duchan, y la empleada de turno les señala de mala gana un sitio en una esquina, sin vistas. Jill hace pucheros, interpreta el papel de una niña que la ha armado gorda, pero a la que conceden la gracia de sentarse a cenar. Cada vez que la empleada de turno se acerca, coloca las manos obedientemente sobre la mesa.

Charlotte la imita. Wilhelm mira a las musarañas. Al menos se ha dejado convencer para posponer su inquietud hasta el día siguiente.

Las mujeres acuerdan volver esa noche al paseo del puerto, cuya música oyen desde arriba. Bajan la cuesta con prisa, como si fueran a llegar tarde; Wilhelm camina por detrás a cierta distancia. Ya se ven las estrellas. El viento, que viene desde el agua, es templado. De vez en cuando huele a frutas desconocidas.

El paseo marítimo sigue lleno de gente. Hay una pista de baile al aire libre. A Wilhelm no le gusta bailar, pero aquí las mujeres también bailan entre ellas. Charlotte baila con Jilly, intentando asumir el rol masculino: llevar la iniciativa. Jill es tan ligera, tan flexible. Suena jazz o swing, en cualquier caso algo americano.

Charlotte no puede evitar recordar una noche con Isa y Emel: los rusos llaman a esas reuniones véchera, que no significa más que «veladas», solo que ahora, desde que se supo que en esas véchera la gente tenía conversaciones políticas sospechosas, la palabra ha adquirido por desgracia connotaciones desagradables. ¡Pero nosotros no tuvimos ninguna conversación política! Al menos, no políticamente sospechosa… De pronto la gente empieza a moverse por la pista de baile a pasitos cortos, adelante, atrás, corto-corto, largo, algún baile de moda. That's shag!, dice Jilly, pero tampoco sabe bailarlo. Imitan los pasos del resto, se ríen, tropiezan, se pisan los pies. Él es, por cierto, un buen bailarín: Emel. Charlotte se acuerda de cómo la giraba sobre la estrecha pista de baile. Se acuerda de cómo, ya de camino a casa, le puso la mano en la cintura… La mano de un, como dice Wilhelm, enemigo del pueblo.

Durante el desayuno, Wilhelm informa a Jilly de que Emel es conocido suyo, Charlotte lo subraya: conocido, no amigo. Pero Jill no parece muy interesada. Wilhelm intenta explicarle el problema en su inglés macarrónico. Al final, Charlotte tiene que traducir.

Jilly asiente, aguanta estoicamente. Quiere irse a la playa. Escucha con paciencia la explicación de Wilhelm, pero ni siquiera cuando al fin lo entiende, se muestra muy impresionada: o sea, conocían a ese, cómo se llamaba, Emel. So what?

Charlotte lanza una mirada a Wilhelm: ¡Lo ves!

La playa es un poco decepcionante. Como hasta entonces Charlotte solo ha ido al mar del Norte, suponía que todas las playas serían anchas y de arena. Ahora se entera de que también pueden ser estrechas y de piedras. Además, está increíblemente abarrotada, un hervidero de cuerpos medio desnudos. Las personas están tumbadas a medio metro de distancia. Buscan la sombra bajo las sombrillas o

llevan en la cabeza pañuelos con las cuatro esquinas anudadas. Llevan gorras, gorros o auténticos turbantes. Soviéticas gruesas, especímenes de naturaleza normalmente mojigata, incluso para Charlotte, se meten desinhibidas en el agua en ropa interior.

El nivel de ruido es tremendo. El mar murmura. La gente habla, parlotea, ríe. Los niños pasan gritando y dando saltos, salpicando agua de mar a su alrededor. A cierta distancia resuenan las bocinas de los barcos. Y desde el paseo, a través de todo ese bullicio, penetra hasta allí, subiendo a intervalos irregulares, la música de un concierto popular.

Extienden sus toallas de baño y, como el resto, se tumban directamente sobre las piedras recalentadas por el sol. Charlotte se hace una almohada de ropa y zapatos y saca su Tretiakov, la historia sobre el océano glacial. Pero Wilhelm ha traído de la sede del sindicato un ejemplar del Pravda y quiere que Charlotte se informe de si hay novedades sobre el proceso.

Wilhelm le da el periódico y después se mete en el agua: como un faquir haciendo equilibrios sobre una tabla de clavos. Enjuto y pálido entre un sinfín de cuerpos bronceados. También Jill se precipita de inmediato al mar y regresa enseguida con un informe provisional entusiasta sobre la increíble temperatura del agua, y después se apresura de vuelta, mientras Wilhelm nada con calma y perseverancia hasta la boya, y luego regresa para, por último, secarse con minuciosidad castrense, aunque bien podría haberse secado al aire.

Si dicen algo sobre el juicio, pregunta.

El periódico no habla de otra cosa. Han publicado hasta los interrogatorios, para que todos puedan leerlos. Y hoy, precisamente hoy, sale en el Pravda el acta del interrogatorio de Moiséi Lurie. Charlotte la ha leído por encima mientras Wilhelm estaba en el agua. Increíble, lo que está pasando. Está unos minutos ausente, absorta. No siente el calor, no oye el ruido que la rodea, ni la bocina de los barcos, ni el griterío de los niños. Alexander Emel confiesa haber participado en atentados terroristas y en conspiraciones trotskistas. ¡Lo confiesa sin más! Solo niega su participación en el atentado a Stalin. Pero el horror desplaza

enseguida el alivio que siente Charlotte: ¿no significa eso, en consecuencia lógica, que las otras acusaciones son ciertas? ¿A santo de qué admite lo uno pero niega lo otro?

Nada nuevo, afirma Charlotte. Más o menos todos los cargos podían encontrarse ya en el escrito de acusación. La novedad, sin embargo, es que Emel confiese. La novedad es que Charlotte se pregunta si es posible que alguien finja así, que alguien haya podido tomarle el pelo de esa manera durante años. ¿Quién es Alexander Emel?

Jilly le ofrece un helado. Reaparece la playa. Las piedras calientes, las mujeres en ropa interior, los sombreros y las gorras. También Wilhelm lleva ahora en la cabeza un pañuelo con las esquinas anudadas. Desde el concierto popular llega una melodía conocida, una canción pegadiza de una película muy popular que últimamente todos cantan:

Mi Patria está poblada por banderas

que siempre van portando nuestro amor;

pues no hay país a lo ancho de la tierra,

donde tan libre campe el corazón.

Desde el Amur al Danubio lejano,

desde la taiga al último bastión,

camina el hombre en libertad y sano,

en nuestra Patria armado de valor.

Inquebrantable surge nuestra fuerza,

un rugido llegando desde el mar.

Si el enemigo quiere estar alerta,

lo esperaremos prestos a luchar.

Dos días después, sale en el Pravda que todos los acusados fueron condenados a muerte por fusilamiento. Y que ya se han ejecutado las sentencias. Wilhelm, que ya tiene alguna que otra quemadura de sol, se pone de un color amarillento con la noticia. Y Charlotte tiene razones para sospechar que su cara ha adoptado un tono similar. A partir de ese momento, aún tienen que resistir en Yalta exactamente catorce días más.

Todos los días van a la playa. Charlotte intenta leer el libro sobre la expedición polar. Wilhelm nada y come helado a todas horas. Jill está siempre por ahí. Conoce a unas jóvenes rusas que le regalan dulces. Viene corriendo de vez en cuando y pregunta qué significa esto o aquello en ruso.

Un día van a visitar la casa de Chéjov, y resulta que Jilly conoce poco más que su nombre y que Wilhelm aún no ha leído nada de él. Por desgracia, la casa está cerrada: remont. Solo pueden fisgar un poco a través de la puerta del jardín.

Wilhelm observa la casa blanca, algo deteriorada pero aún magnífica, y el enorme jardín. Pregunta si Chéjov era rico y Charlotte no se resiste a instruirle, diciéndole que en realidad era médico y que atendía a los pobres sin cobrarles.

Otro día recorren todo el largo paseo hasta el monumento a Lenin y luego un poco más allá. Beben un kvas rubio y amargo que se extrae frío de unos grandes depósitos. Se prueban sombreros veraniegos. Jilly intenta comprar una postal. No encuentra ninguna, y es raro, pues hay quioscos que parecen estar allí específicamente para vender postales.

Otro día se encuentran a Rudi Wollmer, un viejo conocido de Wilhelm de su época en la empresa Goerz, junto a su esposa. Wilhelm le habla de inmediato de su trato casual con Emel. Rudi se queda muy callado y su mujer se acuerda de pronto de que no tienen tiempo para tomar un té juntos. No sirve de nada que Wilhelm asegure que informarán a la dirección del Partido en cuanto vuelvan. Se despiden cordialmente y desaparecen para no verse nunca más.

Aún les queda una semana.

Duermen hasta tarde (o al menos fingen que lo hacen).

Se presentan puntuales a comer en la casa del sindicato, donde cada día hay manzanas verdes de postre y la empleada de turno, siempre con el mismo gesto de hostilidad, los emplaza en la misma esquina que el primer día, cuando llegaron tarde.

Van a los conciertos populares.

Recogen conchas.

Fingen estar de vacaciones.

Fingen: ¡La vida se ha vuelto mejor, la vida se ha vuelto más feliz, camaradas!

Hasta que Wilhelm empieza a vomitar.

4. Comunicado

—Hilde—

Hilde sale de su habitación sobre las ocho de la mañana. Vive en el hotel Lux, que se ha reconvertido en una residencia comunitaria del Komintern. Desde aquí podría ir en tranvía hasta Ojotny Riad, pero prefiere caminar, aunque a la larga montar en tranvía en Rusia es más barato que tener que cambiar las suelas de los zapatos. Pero el ser humano necesita un poco de movimiento, no se puede estar siempre sentado en la oficina.

Le lleva apenas treinta minutos si toma el camino un poco más largo, pero más bonito, a través del bulevar Tverskói: en el monasterio Strastnói a la izquierda (se dice que van a volarlo) y después, todo el tiempo, por la avenida de circunvalación.

La lluvia ha cesado, hace un fresco agradable. Los pájaros gorjean. En las rayas del bulevar, entre los carriles, se forman charcos. Por aquí pasean por las tardes cuando hay algo que discutir. Es por la niña, que está dormida, esa es su norma. Aunque también corre el rumor de que hay escuchas instaladas en los radiadores del hotel Lux. Hilde no se lo cree. ¿Quién iba a estar escuchando las veinticuatro horas del día las grabaciones? Aun así, nunca hablan en la habitación de temas delicados. Vamos a dar un paseo, esa es la frase en clave. Julius sería un pésimo espía. Hasta esa frase suena sospechosa saliendo de su boca.

Aunque llovía, ayer fueron de paseo, como los últimos días, pues Julius ya no aguanta más. Es un hombre tierno. Una persona meditabunda que tiende a enfrascarse en pequeñeces en lugar de ver el conjunto. Un comunista honesto, cierto es, aunque sin la dureza precisa. De pronto descubre que le gusta Zinóviev. Ese baboso, precisamente. Un estratega, un traidor.

No negarás que ha estado mucho tiempo de parte de Trotski.

Todos estábamos de parte de Trotski.

¿Estás loco?, dice Hilde, sibilante, en alemán. Mira a su alrededor

antes de seguir. Bien, dice. Correcto. Todos estábamos de parte de Trotski cuando Trotski estaba de nuestra parte. Ahora está contra nosotros. Contra el Partido. Contra Stalin. Contra la Unión Soviética.

Ahora Hilde está empezando a sudar. Se quita el abrigo de verano, se lo pone en el brazo. Piensa en comprarse un helado en la esquina de Nikítskaia. Ayer se dieron la vuelta aquí, Julius y ella. Suelen dar varias vueltas, más o menos entre el monumento a Pushkin y Nikítskaia. Y, después de cada vuelta, siempre tiene la sensación de que todo empieza de nuevo desde cero. Es lo que no le gusta: apenas terminan con un asunto, él empieza a machacar con otra cosa. Se calla un rato, pensativo. Y luego empieza otra vez:

No, no, hay algo que no me encaja. Cuando leo esas confesiones monstruosas. Atentados mortales, actos de sabotaje…

Vamos, Julius, ¿qué crees que hacíamos en Alemania? Hilde lo piensa. Pero no lo dice.

Te lo pregunto a ti, Hilde: si en verdad son unos miserables tan taimados, tan desaprensivos, ¿por qué lo confiesan todo? Sin que haya una sola prueba.

Julius se aferra a la literalidad de la ley. Como si se tratara de hacer justicia incluso con el más vil de los enemigos. Hilde dice en voz alta:

Entérate. No podemos permitirnos ninguna oposición. En tres años, en cinco como mucho, estaremos en guerra. La guerra llegará, puedes estar seguro, Julius. Y, si la perdemos, seremos los primeros en desfilar ante el paredón.

Hilde se compra un helado. Engorda, pero refresca. Plombir, como siempre. O no, mejor Eskimo. Últimamente, el Plombir le hace pensar en alguien lleno de plomo, en fusilamientos. Pensamientos perversos. Da un mordisco, haciendo crujir la capa de chocolate.

¡Pronto querrán echar mano también a Bujarin!, dice Julius.

El nombre, de hecho, ya ha aparecido en el informe del proceso:

Bujarin. Hilde sabe que Julius lo venera. Por delante solo está Lenin. Tiene casi todas sus obras en la estantería.

Si Bujarin es también un trotskista, dice Julius entre dientes, yo ya…

¿Tú ya qué? Hilde levanta la voz: Subjetivamente, entiendo tus dudas. Pero, objetivamente, tu punto de vista es nocivo.

Ajá, dice Julius.

Lo siento.

Así que soy nocivo, dice Julius. ¿Por qué no directamente un enemigo del pueblo?

Tu postura, objetivamente, les hace el juego a los enemigos de clase.

Mi postura es la verdad.

¿La verdad? ¿La verdad de quién, Julius? No hay verdades absolutas, ni en la vida ni en ese proceso judicial. La verdad es lo que nos sirve. La verdad es lo que mueve el mundo. Lo que nos permite actuar.

Julius calla. Ella no está segura de si su silencio es aprobatorio o desaprobatorio. Ni siquiera está segura de haber dicho lo anterior. Ah, Julius. Tiene mucho miedo por él. Es inteligente, tiene lecturas, muchas más que ella. Pero le falta algo. La experiencia revolucionaria.

Hilde pasa por delante de la casa de Gógol, gira en la Vozdvízhenskaia. Desde aquí se ve el Kremlin: la puerta de la Trinidad. La calle no tiene árboles, como casi todas las calles de Moscú. En Berlín había árboles por todas partes. Árboles y pájaros y árboles. Poco antes de llegar al Kremlin, gira a la derecha: Mokhovaya úlitsa. El edificio de la esquina es el Komintern.

Un empleado de turno con uniforme militar, dos guardias armados: enseña el própusk. El ascensor, por supuesto, está estropeado otra vez, lift ne rabótaiet, el cartel está amarillento y sobado. Hilde sube

las escaleras jadeando. Cuarta planta. El corazón le brinca en el pecho. ¿Es por el bochorno? ¿O está poniéndose mala? ¿Es posible resfriarse en pleno verano?

Arriba un segundo empleado de turno, lo saluda, él saluda de vuelta. Se conocen desde hace tres años, pero él le pide que le muestre el própusk. La palabra mágica rusa. Sin própusk no podría entrar ni en su propia casa.

Hilde recoge el correo y abre la puerta, en la que ningún cartel, ninguna señal, indica lo que hay al otro lado: el cuartel general de la OMS. O de la SS, como se llama desde hace poco: Sluzhba Sviazi, Servicio de Enlaces. Pero nadie lo llama así, y no solo por la desafortunada homofonía. Ese nombre solo aparece en papeles internos provistos con un sello de «secreto». La OMS no existe. Ni siquiera las siglas se pronuncian jamás en público. Los iniciados hablan de la «quinta planta del Komintern» (el edificio del Komintern tiene solo cuatro plantas); como máximo se menciona «la empresa»; y tampoco es que las siglas aclaren demasiado de qué se trata: Otdel Mezhdunarodnoi Sviazi, Departamento de Enlaces Internacionales. ¿Qué es la OMS?

Sí, es cierto. Todos estuvimos en algún momento de parte de Trotski. Todos estuvimos convencidos en algún momento de que el comunismo se derrumbaría en Rusia si no le seguía pronto una revolución en toda Europa. Y, de hecho, durante un tiempo parecía que esa esperanza se iba a cumplir.

Alemania fue decisiva: la Revolución de Noviembre. Con apenas veintidós años, ella se fue a Berlín, una joven revolucionaria de Letonia. Pero la nacionalidad no importaba. Ya era una combatiente experimentada. Con veinte años había participado en el levantamiento revolucionario armado de Riga. Con veintiuno fue una de las fundadoras del Partido Comunista de Letonia. Aún se llamaba Laima Zeraus. Llevaba pantalones y un corte de pelo masculino. Y manejaba un arma como otros manejan unas tijeras de cortar el pelo. Aquello no gustaba a todos. Pero a él sí… En aquel entonces.

Se acuerda de los enfrentamientos en la Wilhelmstraße, precisamente. La redacción del periódico. Dispararon con el cañón

de un tanque hasta agotar la munición. Aún no sabe cómo salió viva de allí. Ella y Wilhelm. Fusilamientos con arreglo a la ley marcial. Se fusiló incluso a los heridos. Entonces se fundó el Komintern: la Internacional Comunista. Dos años después, la OMS. Con dos años de retraso, en vista de cómo están las cosas hoy. Se debería haber apoyado el levantamiento en Alemania desde el principio: armas, organización, dinero. Todo llegó demasiado tarde. Todo llegó cuando la reacción ya se había reestablecido: la reacción bajo el nombre de socialdemocracia. Hilde ya solo recuerda las derrotas: la República de los Consejos de Múnich, la Acción de Marzo, el Levantamiento de Hamburgo. Vamos, Julius, qué crees que hacíamos entonces…

Su despacho está al final del pasillo, o mejor dicho, donde el pasillo dobla en ángulo recto a la derecha, justo al lado del despacho grande de la esquina. Antes gobernaba desde ahí Abrámov-Mirov, ahora está Mélnikov («gobernar» no sería precisamente la expresión adecuada). Pero Mélnikov aún no ha llegado. No ha llegado nadie, ella es, como siempre, la primera. Sus pasos resuenan en el pasillo, los despachos están vacíos. Aquí el día empieza a las diez. Y a las cuatro los cuadros dirigentes vuelven a sus casas, ya que por la noche regresan: miles de personas en Moscú han adaptado su vida al trabajo nocturno, pues Stalin trabaja por la noche y puede llamar en cualquier momento para preguntar por cualquier cosa.

Pero a Mélnikov nunca le ha llamado Stalin. A Abrámov-Mirov Stalin lo llamaba a menudo (y él mismo llamaba a Stalin), pero Abrámov-Mirov está ahora en Inteligencia del Ejército Rojo, y es como si se hubiera llevado consigo todos los contactos, todo el conocimiento, todos los secretos. Como si el espíritu de la OMS hubiera salido volando.

Hilde tira el correo encima de la mesa, abre la ventana. Al entrar por la mañana en su despacho, siempre se sorprende del fuerte olor a tabaco. Enfrente, el Kremlin, al otro lado de la explanada que algún día volverá a ser el jardín de Alejandro. Allí está: Stalin. Se sabe su teléfono de memoria. Cada mañana, mientras mira las murallas del Kremlin, lo dice en voz alta, un acto reflejo, un hábito incorregible. Mientras me lo sepa, no puede pasarme nada. Tonterías. No es supersticiosa.

Se prepara un té. Dobla una papirosa. Mete una hoja en la máquina de escribir y teclea:

C o m u n i c a d o

Lo subraya, se enciende la papirosa.

La papirosa chisporrotea.

Quiere acabar con esto antes de que lleguen los demás. Lleva tres días retrasándolo. Es cierto que podría haber escrito el comunicado en casa, pero, por un lado, no quiere que Julius se entere —¿por qué no, en realidad?— y, por otro, siente la necesidad de escribirlo a máquina, no a mano. Parece más objetivo, menos personal. No es personal. No es un acto de venganza personal. Lo último que quiere es que alguien piense que lo escribe por deseo de venganza. Nada le resulta más insoportable que esa idea: que podría estar celosa, ofendida. Camaradas, por favor, que han pasado ya diez años. Estábamos juntos, rompimos, ¡eso es todo!

Cierto, estaban casados. Pero más bien por razones conspirativas. Un matrimonio burgués, palabras que Hilde aún pronuncia con desprecio. Y eso que ahora los moscovitas vuelven a casarse con fruición. Y divorciarse se está poniendo también cada vez más difícil. A Julius esto le fastidia. Ha intentado explicarle la diferencia entre un matrimonio socialista y uno burgués. Pero la secreta aversión hacia el matrimonio permanece, es profunda. ¡El nuevo hombre! ¡La nueva vida! ¡Una cultura de las relaciones nueva, honesta, revolucionaria! Pero el hecho de que sea precisamente esa mujer… Hay que admitir que duele un poco.

No son celos, no, es otra cosa. Es, cómo decirlo, ese vínculo. Ella, de hecho, creía que había cosas que unen para siempre. ¿Como cuáles? La experiencia de estar dispuesto a morir. No de un modo general, no en cualquier momento, nada de esa cháchara que se oye ahora por todas partes. Algo concreto. Quien no ha luchado con un arma en la mano no lo entiende: esa embriaguez, ese completo estar-

fuera-de-sí. El olor de la pólvora, el silbido de las balas en los oídos ensordecidos. Desaparece el miedo. La gravedad. El dolor. Solo hay funciones, actos reflejos, objetivos. Cargar, cubrir, disparar… No, no está celosa. Pero le dolió que fuera precisamente esa mujer. Ni siquiera una camarada. Era un ama de casa. Una mujercita, una perita en dulce. Fue, de algún modo…, traición.

En algún lugar una puerta se abre, hay pasos, Hilde los oye. Ese Chekryzhev, tal vez, lleva días merodeando por aquí. Revisa los libros, no es buena señal. Si se revisan los libros, al final se encuentra algo… ¿Quieren cortarle la cabeza a Mesis? Sí, el tipo se ha llenado los bolsillos. Muchos se han llenado los bolsillos.

Los pasos se desvanecen. Y, entonces, de pronto, Hilde arranca la hoja de la máquina, hace una bola y la tira. La coge otra vez y la rompe en pedazos.

Dobla otra papirosa, quiere encenderla con la anterior. No le sale, las cosas siempre se acaban de repente. En realidad, es solo medio cigarro, piensa. Según ese cálculo, fuma quince cigarros al día. Como mucho veinte.

Se pone primero con el correo, el correo para Mélnikov. Ella misma podría responder ya la mayor parte. O transmitirlo. O no transmitirlo. Mélnikov, de todas formas, siempre le pregunta antes. Ella se lo pasa, él se lo devuelve. A veces se pregunta qué hará todo el día en su despacho. Ahora ha hecho que le pongan un sofá… Pero ¿va a venir hoy o qué? ¿O está otra vez dando vueltas por Punto Dos persiguiendo a esa inglesita?

Aunque la chica está de vacaciones, recuerda Hilde. Pese a que las vacaciones están bloqueadas. Mi querido Mélnikov. Si se propusiera recopilar material contra él… A veces piensa que se lo han endilgado a propósito. No tiene ni idea, cómo iba a tenerla. No está familiarizado con el aparato. No conoce a la gente. Apenas habla alemán (junto al ruso, quizá la lengua franca más importante en el Komintern). Nunca ha estado en Berlín ni en Europa Occidental.

Correo de la Dirección de Cuadros. Erna Mertens pide una Evaluación del camarada Novosielski. Hilde escribe a lápiz en el margen: Transmitir consulta al camarada Schock. Para Mélnikov.

Que le pedirá que transmita la consulta al camarada Schock. Este se la transmitirá a la sección alemana. La sección alemana transmitirá su evaluación al Departamento de Cuadros, este se la transmitirá a la Comisión de Control Internacional y esta, a su vez, de vuelta a Mélnikov, que se la mandará por último al NKVD, el cual antes ya la habrá recibido de Mertens.

A veces tiene la impresión de que el aparato al completo está ocupado solo escribiendo comunicados, reenviándolos, traduciéndolos… Nada en contra de las purgas del Partido. El problema es: la gente usa las purgas para librar sus insignificantes batallas, para vengarse, para destacar… Menuda jaula de grillos. Oportunistas, sectarios, trotskistas. ¿Existe en el mundo algún otro partido tan corroído por las batallas entre facciones y las amenazas de escisión?

No, no va a escribir ningún comunicado. Wilhelm no es un trotskista, qué estupidez. Si hay alguien que no es trotskista es Wilhelm. Él la dejó por esa imbécil. Era pésimo en la cama… Hilde se ríe. Sí, era pésimo en la cama, comparado con Julius. Pero un trotskista, ¡no!

En realidad, empezaron a tratarse con él por ella, por Charlotte. Estaba entusiasmada con ese Emel. Presumía de su trato con él, Emel esto, Emel lo otro, Emel ha dicho… Es obvio que esa mujer carece de instinto político. ¡Le vendieron un gramófono! Ahora se acuerda. Y, aunque no puede decir por qué, suena amenazante. Un objeto, grande e identificable. Una prueba. ¿De qué?

Y por último: ¿no informará de todos modos Wilhelm, como buen comunista, de su relación con Emel?

Yan Anvelt entra armando escándalo, pregunta por Borís; se refiere a Mélnikov. Anvelt tutea por principio a todo el mundo, algo muy poco usual en Rusia. A ella no le cae mal: un viejo revolucionario estonio, un hueso duro de roer. Tras la victoria de la contrarrevolución en Estonia, trabajó, como ella, en la clandestinidad y luchó con el Ejército Rojo. Todavía lleva botas, un pesado abrigo de marinero y una gorra de plato, aunque hace ya tiempo que ocupa un alto cargo en la burocracia del Partido. Es secretario de la Comisión de Control Internacional, una suerte de

Tribunal Supremo del Komintern. La Comisión de Control Internacional está por encima del Departamento de Cuadros y, en cierto sentido, por encima de todo, a excepción, claro, del NKVD. No encaja para nada con Anvelt, pero quizá, espera Hilde, un hombre como Anvelt pueda impedir las peores locuras del celosísimo Departamento de Cuadros. Erna Mertens y Albert Brückmann, los jóvenes encargados alemanes, una pareja terrible.

Cuando Hilde le comunica que Mélnikov llegará de un momento a otro, Anvelt se instala sin contemplaciones sobre el escritorio de Hilde y saca una papirosa de su cajetilla al tiempo que hace una mueca de culpabilidad:

El médico me lo ha prohibido, dice.

Hilde se ríe. ¿Desea un té, Yan Yánovich?

Anvelt siempre quiere té. Se quita la gorra, la coloca donde se había sentado y toma asiento en una silla. Ella le alcanza la taza y además un caramelo.

¡Os lo montáis bien aquí arriba!

Anvelt se pone el caramelo entre los dientes y empieza a sorber el té, que está quemando, a través del mismo. Sin sacárselo, dice:

¿Cómo le va a nuestro nuevo jefe, ya se ha hecho al puesto?

Qué puedo decir, Yan Yánovich. No es fácil sustituir a alguien como Abrámov-Mirov.

Ya, ya… Anvelt hace un gesto con la mano que parece expresar pena. Yo también hubiera preferido mantenerlo aquí, pero los caminos del Señor…

Guiña un ojo exageradamente. Hilde entiende que se refiere a Stalin. Ignora el comentario.

Es un buen mando, dice Hilde. Pero le falta, claro, la experiencia en Europa Occidental.

Para eso te tiene a ti, dice Anvelt riendo. Eso ya lo haces tú, ¡nos

encomendamos a ti!

A Hilde el tú le parece bien, pero ese nos le inquieta un poco, aunque no sabe por qué.

Y qué hay del resto, ¿todo sobre ruedas?, pregunta Anvelt en alemán.

Aunque Anvelt no le cae mal, hay que pensarse bien lo que se contesta al secretario de la Comisión de Control Internacional. Pero, por alguna razón, Hilde no es capaz de mentir abiertamente.

Lo que estamos leyendo estos días en los periódicos debería preocupar, creo, a todos los camaradas.

Así es, dice Anvelt. Pero los hemos pillado. Los hemos llevado a juicio. Hemos cortado la cabeza. Ahora purgamos el Partido y aquí paz y después gloria, créeme.

Hilde tiene ganas de preguntar por Radek y Bujarin, pero se abstiene. Sopla el té. Intenta creer a Anvelt. Él nota que no la ha convencido:

Vamos, Hilde, que no has nacido ayer. No tengo que explicártelo. Mejor uno de más que uno de menos. Debes verlo desde una perspectiva histórico-mundial.

Y así lo veo, dice Hilde.

Anvelt asiente. Fuera suena una puerta.

Ahí está el camarada Mélnikov, dice Hilde.

Bien, muy bien, dice Anvelt. Se levanta de golpe, coge su gorra y su té. Se queda un momento en la puerta y, con tono conspirador, dice: Cualquier problema que surja, llámame.

Hilde escucha cómo saluda fuera a Mélnikov: calurosamente.

Berta Zimmermann llama a la puerta, aunque está entreabierta.

Quiere recoger los documentos para el mensajero. Es alta, pelirroja. En su día tuvieron problemas, quizás fue su culpa, de Hilde. Le resultaba incomprensible que Abrámov-Mirov le confiara el calendario de viajes ilegales a una mujer que no era del Partido. ¿Por qué? ¿Porque era la mujer del famoso Fritz Platten? Pero, desde la marcha de Abrámov-Mirov, las une una especie de duelo secreto. No hablan demasiado, Berta nunca se queda mucho tiempo, pero su apretón de manos es más firme que antes, su mirada se clava un momento más de lo necesario.

Hilde finge haber extraviado los documentos, no quiere confesar que aún no ha terminado con el correo. Berta se lo pone fácil, hace como si no se hubiera dado cuenta. Además, la documentación para el viaje de Nikolai Rákov lleva días de retraso. Mañana debe partir, una misión absolutamente secreta, una red relacionada con la Cancillería del Reich. Pero los documentos no están. ¿Qué significa eso? Es horroroso hasta qué punto está una tentada a darle un significado a todo. ¿Llamamos a Punto Dos?

Berta niega con la mano: ya llamé ayer.

Le pide a Hilde una papirosa. Fuman juntas, Berta mira por la ventana. Mira la enorme muralla roja de enfrente que oculta el Kremlin. Tiene el pelo tan rojo como las murallas del Kremlin. Hilde tiene de repente la sensación de que Berta sabe algo que ella no sabe. Algo horrible. Pero ¿qué?

Intenta calmarse, pero el presentimiento es tan fuerte que empieza a sudar. ¿O es por el té? ¿Está empezando ya con la menopausia?

Berta se levanta por fin. Apaga la papirosa, sonríe a Hilde con tristeza y se va.

Hilde se queda un rato mirando por la ventana. ¿Por qué no puede dejar de pensar en la guerra? Será una guerra terrible, eso lo sabe. La más terrible de todas. Mira a la gente, que pasea tan contenta al sol. La pareja de allá lamiendo del mismo helado. La señora mayor que busca un sitio a la sombra de la muralla del Kremlin. Los jóvenes pioneros caminando en filas de a dos, un poco desordenados, por la Mokhovaya úlitsa. ¿Cuántos años tendrán cuando estalle la guerra?

Wilhelm informará de todos modos de su relación con Emel. ¿Y qué dirá ella entonces? ¿Que no sabía nada?

Saca una papirosa de la cajetilla y mete otra hoja en blanco en la máquina de escribir.

5. Punto Dos

—Charlotte—

Una valla alta con torres vigía de madera en las esquinas. El guardia controla con torpeza su identificación. Luego camina arrastrando sus grandes botas hasta el portón y lo abre lo suficiente para que pase el Ford A negro. Impepinable: la sensación de dirigirse voluntariamente a la cárcel.

Punto Dos: un trozo de bosque vallado del tamaño de más de doce campos de fútbol. Veinte minutos en coche al norte de Moscú por la bien asfaltada vía de Yaroslavl. Entre pinos y unos pocos tilos conservados en nombre del cercano pueblo de Podlipki —bajo los tilos—, hay algunas viejas dachas de antiguos ricos moscovitas, villas clasicistas del siglo pasado con columnas y tímpanos, y molduras de aspecto antiguo, ya algo deterioradas. El yeso está desprendido en algunas partes, las plantas trepan con aire pintoresco por las bajantes rotas. Durante un tiempo, se alojaba aquí a niños huérfanos. Pero, desde hace más de diez años, el recinto alberga uno de los dos puntos secretos de la OMS. Unas veinte personas viven y trabajan en la escuela de radiotelegrafía, además de otros tantos alumnos.

El espacio en los edificios se ha quedado corto, por eso se ha habilitado un almacén un poco apartado con algunos alojamientos provisionales y un barracón de madera de dos plantas donde quince camaradas del Departamento de Falsificaciones desarrollan su misteriosa actividad.

El Ford da un rodeo y para frente a la villa más pequeña con una deteriorada fachada amarillo caramelo. Grisha, el chófer, ayuda a Charlotte a descargar el equipaje, incluso le sube las maletas.

Todo irá bien, dice. Tenemos muy buenos médicos en la Unión Soviética.

Charlotte se deja caer en la cama. Está anocheciendo, los días ya son más cortos. Las hojas del tilo negro que hay al otro lado de la ventana empiezan a cambiar de color tras el caluroso verano. Piensa

en darse una ducha, pero no es capaz de levantarse. En este momento todo le cuesta, hasta deshacer las maletas. Lavar la ropa sucia de Wilhelm: impensable.

Primero pensó que lo de Emel había indispuesto a Wilhelm y esto agravó su sentimiento de culpa. Pero en el viaje de vuelta se dio cuenta de que no era solo malestar estomacal. Se pasó la mitad del viaje en el baño del tren. En Krasnodar apenas podía articular una frase coherente. En Moscú ya no podía caminar solo y ella tuvo que llamar a una ambulancia.

Disentería severa, diagnosticó el médico. Nunca le había visto así. Tan indefenso, destrozado, desprovisto casi de voluntad. Pensamiento horrible: cómo Wilhelm podía dejarla sola ahora, en esta situación.

Fuera, en el pasillo, los alumnos monean mientras se dirigen a cenar. También se oye la voz de Jill. Charlotte no tiene hambre. Se queda acostada, viendo anochecer. La vista ya le resulta más que familiar: la ventana, el ramaje negro. El trozo de cielo del que las ramas quieren escapar.

No está segura de estar capacitada para amar. Pero está segura de que Wilhelm es la persona más importante de su vida. Sabe cuánto le debe. Y además: puede confiar en él. Está convencida de que le será fiel hasta el final. No como Erwin, ese canalla. Que fue, sin embargo, quien trajo el comunismo a su vida. Y, con él…, a Wilhelm.

Al principio estaba horrorizada, es cierto. Cinco años había tenido que esperar por Erwin después de la apresurada boda en tiempos de guerra. El invierno de los nabos, dos niños engendrados en dos permisos: primero Werner; un año y medio más tarde, Kurt. El trabajo en casa remendando pantalones de uniforme para ganarse unos pocos marcos. Todo con la esperanza de que, tras la guerra, las cosas fueran mejor y comenzara por fin la vida que se había imaginado. Una casita en Britz. La alta sociedad. A la que Erwin, como hijo de un consejero imperial, tendría acceso privilegiado.

En lugar de eso, regresó del cautiverio de guerra y se unió al Partido Comunista. En vez de tratar a la alta sociedad, traía a casa a

brutos que devoraban enormes cantidades de pan con manteca de cerdo y eructaban después de beber cerveza. En lugar de esforzarse por Charlotte y por su matrimonio, empezó a hablar de la liberación de la sexualidad. A Charlotte la palabra ya le pareció horrible. Él insistía en encender la luz durante el sexo. Quería introducir su parte innombrable en orificios corporales que difícilmente habría podido destinar el buen Dios para tal cosa. Y, al parecer, formaba parte de las nuevas ideas de Erwin acerca de una relación liberada y comunista el hecho de que engañara a Charlotte con la mujer de un compañero e incluso, más tarde, dejara embarazada a una de sus alumnas.

Más o menos entonces empezó ella a notar sus miradas; las miradas de un hombre flaco que aparecía cada vez más en los encuentros del Partido. También comunista, pero no como los otros. Vestía un elegante atuendo de motero, todo de cuero, y una gorra de piloto. Al bajarse de la motocicleta, se subía las gafas en la frente de un modo muy llamativo. Tal vez no era un hombre guapo, pero sí notable. Ni de lejos era tan elocuente como Erwin, a quien gustaba llevar siempre la voz cantante. Pero, cuando hablaba, todos le atendían, incluso Erwin.

A veces intentaba captar lo que decía aquel hombre. Se ofrecía a untarles rebanadas de pan con manteca para tener ocasión de entrar en el salón y asegurarse sus miradas. La emocionaba que aquel hombre tan resuelto frente a sus camaradas se mostrara tan tímido con ella. Pero cuando en una ocasión se acercó a ella en la cocina, supuestamente en busca de un abrebotellas, descubrió el anillo en el dedo: durante semanas no volvió a mirarlo.

Hasta que un día los dos chicos quisieron dar una vuelta en el sidecar. Y Wilhelm, que siempre tuteaba a todo el mundo, le preguntó a Charlotte: ¿Quiere usted venir también? Y fue Erwin, precisamente, quien la animó a subirse con Wilhelm en la moto. El asiento del paquete era una especie de sillín de emergencia encima del portaequipajes. Carecía de agarre, Charlotte no tuvo más remedio que aferrarse a Wilhelm. Aún recuerda su sorpresa cuando vio cuán nervudo y firme era su cuerpo; como una prolongación de su moto.

¡La BMW R32! Cómplice de su conspiración. La BMW los llevó a

lugares apartados, a citas secretas, durante todo el verano; desde la floración de las lilas hasta el final del otoño, cuando las manzanas maduras cuelgan de los árboles pelados. También había otro cómplice: un libro que siempre llevaban encima, que ella leía, que los dos leían juntos, antes y después, junto al Havel y en el merendero de Königs Wusterhausen, sobre la hierba crecida, atosigados por los mosquitos, o en el bote de remos, donde el sol los quemaba sin que se dieran cuenta: el manifiesto del Partido Comunista.

El contenido en realidad era fácil, y, si a ella le había llevado tanto tiempo entenderlo, era porque antes tuvo que superar todas sus ideas sobre Dios y el mundo, sobre el bien y el mal, sobre la justicia y la moral, porque tuvo que comprender que hasta el último resto de sus creencias formaba parte de un entramado ideológico, porque tuvo que aceptar que ella misma pertenecía a una clase fundamentalmente reaccionaria y superflua, y que la alta sociedad con que había soñado no era más que una sociedad de explotadores y parásitos.

El capitalismo era injusto. El capitalismo significaba volcar trigo en el mar para mantener los precios estables, mientras en otra parte había personas muriéndose de hambre. El capitalismo significaba la guerra por las materias primas, por la explotación de mercados, por las rutas comerciales. El capitalismo significaba que los desposeídos eran cada vez más pobres y los propietarios cada vez más ricos, y eso gracias al trabajo de los desposeídos, obligados a vender su fuerza de trabajo. La solución era sencilla, estaba francamente a mano en cuanto se entendía dónde radicaba el mal: quienes producían debían ser los dueños de los medios de producción.

En la Unión Soviética esa solución se había hecho realidad. Se había expropiado a los dueños de los medios de producción. La clase trabajadora había tomado el poder. Con sus luchas revolucionarias había creado un sistema que —al contrario de la llamada democracia de los Estados capitalistas— representaba la verdadera soberanía popular: el sistema soviético. Los trabajadores enviaban directamente a sus representantes al sóviet local. Los sóviets locales mandaban a sus representantes a los sóviets regionales, a partir de los cuales se formaba el Sóviet Supremo, máximo órgano del

Estado. Las personas no solo eran todas iguales ante la ley, cosa que ni siquiera ocurría en el capitalismo, sino que tenían las mismas oportunidades: educación, salud, asistencia jurídica, y todo de forma gratuita. No existían el desempleo ni la pobreza. Y mientras en el capitalismo la mujer estaba obligada a pasarse la vida en la cocina y necesitaba el permiso de su marido para ejercer una actividad profesional, la mujer soviética estaba cien por cien emancipada: así de audaz, así de razonable, así de sencillo era el sistema soviético, en teoría.

Que la puesta en práctica de las cosas sencillas puede ser difícil y complicada es algo que Charlotte ha comprendido durante su estancia de tres años aquí. Obviamente, los antiguos explotadores no se rindieron sin más. Las creencias primitivas del pueblo no desaparecen sin más volando las iglesias. Muchos ingenieros y científicos ven con escepticismo el poder soviético. La clase trabajadora aún no tiene la formación necesaria para asumir la dirección de las fábricas y la clase campesina tiene una relación tendenciosamente reaccionaria hacia la propiedad privada. Dentro del Partido también hay problemas. Tras la victoria se colaron un sinfín de estafadores y arribistas, hay cobardes y charlatanes y, con los años, como se lee cada vez más a menudo en los periódicos, han logrado infiltrarse en el Partido contrarrevolucionarios y saboteadores. Se habla de ataques ruines a la joven industria soviética que llevan a la producción masiva de sillas, coches o agujas quirúrgicas inservibles. No hace mucho, un piloto militar muy condecorado estrelló el prototipo del avión más grande del mundo en un vuelo de prueba.

El punto álgido de todos estos crímenes lo representa, sin embargo, el asesinato del jefe del Partido en Leningrado, Serguéi Kírov, a manos de una banda de contrarrevolucionarios, y de todas las inverosímiles noticias que circulaban entonces, la que más impactó a Charlotte, hace un año y medio, fue que precisamente Grigori Yevséievich Zinóviev, revolucionario de primera hora, compañero de armas de Lenin, jefe durante muchos años del Komintern, confesara su corresponsabilidad al menos moral en el asesinato.

En vista de todo ello, Charlotte comprende a la perfección las elaboradas rutinas de control que se llevan a cabo por doquier para

purgar el Partido de elementos nocivos. Y justamente aquí, en Punto Dos, es más importante que en ningún otro sitio. Considera que la llamada chistka, la purga, es necesaria. Que los camaradas tengan que enfrentarse uno a uno a la facción del Partido, sobre todo porque afecta por igual a los cuadros superiores y a los miembros de base, le parece correcto. Entiende que se recojan los libros de afiliación y se compruebe la biografía política de cada miembro, y le parece comprensible que el Partido exija testigos que confirmen los datos recopilados. Sí, ¿qué otra manera hay? Quien no tiene nada que ocultar, no tiene nada que temer. Para corregir los errores políticos propios, primero hay que reconocerlos. Y no hay casi nadie, ni siquiera en la facción del Partido de Punto Dos, que no haya cometido alguna negligencia o descuidado la vigilancia, por no hablar de egoísmo personal o de nociva jactancia, de restos de pensamiento burgués que se manifiestan en el comportamiento y el habla.

Sin embargo, Charlotte está secretamente decepcionada. Hace tres años que llegó aquí. Nada más llegar presentó su solicitud de traslado al Partido Comunista Soviético, pero se la denegaron porque, recién llegada a la URSS como estaba, no fue capaz de contestar satisfactoriamente a la pregunta acerca de cómo habían mejorado las condiciones de vida de los obreros y campesinos durante el primer Plan Quinquenal. Desde entonces, ha practicado la autocrítica y se ha sometido a las purgas del Partido. Ha pedido avales y nombrado testigos, ha rellenado algunos cuestionarios y la han examinado las más diversas comisiones: la Comisión de la Representación Alemana en el Komintern, la Comisión para el Examen de Migrantes Políticos, la Comisión para el Control Soviético, la Comisión de Control Internacional y, por supuesto, la Comisión para la Admisión de miembros del KPD alemán en el Partido Comunista Soviético, por nombrar solo algunas, y, sin embargo, su solicitud para el ingreso en el PC soviético aún no se ha concedido. En lugar de eso, en julio le comunicaron —también a Wilhelm— que primero tenían que solicitar la ciudadanía soviética.

Además, está la destitución de Wilhelm como instructor político. Ahora las clases las imparte Krumina, esa espantosa rubia oxigenada, y Charlotte tiene que traducirlo todo al alemán y al inglés, pues las clases en Punto Dos se llevan a cabo básicamente en

tres idiomas. Y si las clases políticas de Wilhelm eran a veces un poco rígidas, un poco formales de más y —hay que reconocerlo— consistían en gran medida en la lectura en voz alta de artículos de periódico, las de Krumina, al menos según Charlotte, carecen de toda actualidad política y además son caóticas e incomprensibles, lo cual ha provocado la revuelta unánime contra ella del grupo de inglés. Krumina se ha quejado de Charlotte a la dirección, afirmando que sabotea sus clases. Ante lo cual Charlotte, por su parte, se ha defendido enviando una carta de varias páginas a la dirección de la OMS. Y así sucesivamente.

Pero Krumina no es su única enemiga. También está enemistada con Gaston Provost (tal es su alias). En realidad, Gerhard Prahl, de Senftenberg. Aunque va de francés, hasta habla ruso con acento francés y se mete el jersey por dentro del pantalón porque lo considera un gesto afrancesado. Sea como sea, ese francés de pega echó ácido clorhídrico en su arcón de la ropa. Ella nunca habría pensado que era posible algo así entre camaradas. Sus zapatos de invierno, los buenos, los que había traído de Alemania, quedaron para tirar. El abrigo de invierno tiene agujeros del tamaño de una moneda de un marco…

Bueno, no puede probar que fuera él. También pudo haber sido el neurótico de John Murray, quién sabe qué ocurre en esa cabeza. Con este anda a la gresca porque siempre que ella traduce del inglés, él la corrige (y eso que ni siquiera se sabe bien los días de la semana). Li Chang es también una posibilidad, pues, como nuevo jefe de almacén, tiene acceso a los químicos. Un hombre extraño. Charlotte nunca entiende lo que dice, aunque habla bien el ruso. Y cuando le responde, él la mira cómo si se quedara pensando qué maldad hay detrás de lo que le ha dicho. Aun así, ¿qué razón tendría para echar ácido clorhídrico en su arcón?

Gaston Provost tendría una razón, aunque despreciable. Odia a Charlotte, ella lo sabe. La odia porque, cuando la chistka de Provost, ella criticó su actitud burguesa hacia al sexo femenino. Sus continuos cumplidos, sus notorios esfuerzos por ayudar a las mujeres a ponerse el abrigo o por sujetarles la puerta. ¡Como si una comunista no pudiera hacerlo por sí misma! Es cierto, no son infracciones graves. Pero, santo Dios, algo hay que criticar, ¡nadie

se libra!

Aunque el peor de todos los males que la espera al día siguiente es este: la conversación con Gustav Schock, el administrador del Punto. Habría preferido hablar primero con Hilde, ella sabría qué hacer. Pero Wilhelm insistió en que fuera sin más historias a ver a Gustav Schock e informara del asunto de Emel. Aunque fue el mismo Schock quien lo destituyó a él de su puesto de instructor político y protegió a Krumina. Wilhelm, no obstante, insiste en seguir el cauce oficial. A veces cree de verdad que es demasiado honesto para este mundo.

¿Y qué les dirá a los niños? Niños… De diecinueve y veintiún años. ¿Y si Wilhelm y ella reciben una reprimenda del Partido o, aún peor, los expulsan?

En el desayuno se sienta sola a la mesa. Le aterra la idea de que alguien pueda preguntarle por sus vacaciones o por Wilhelm. Pero nadie pregunta. Nadie se interesa por Wilhelm. ¿Se habrá ido Jilly ya de la lengua? ¿O es que el trato con un enemigo del pueblo condenado afecta ya a su carisma? ¿Lo huelen?

No se ve a Jilly por ninguna parte. Li Chang saluda desde lejos. John Murray sencillamente pasa de ella. Por suerte, después de un rato, se acerca Sepp Wirtender, factótum del taller de falsificación, un austríaco que perdió un brazo en la guerra: Tengo mucha mano izquierda, ese es su lema. Siempre está de buen humor, siempre dispuesto a bromear. Es el más veterano en el Punto, absolutamente indispensable en el taller de falsificación, y lo sabe bien. Al principio, Charlotte contenía la respiración cuando Sepp intervenía en una asamblea, con su deje dialectal: ¡No me vengáis con timos! Ahora le gusta su pulida entonación austríaca. Le alegra que se siente en su mesa. Pero cuando le pregunta por sus vacaciones, se le atasca el pan en el gaznate. Tiene que apretar los dientes para no romper a llorar. Sepp dice:

Ven al taller a las cinco.

Pero antes: clase de política. Krumina habla de la vigilancia. Por

qué todo bolchevique honesto está obligado a informar al comité del Partido o al órgano competente de cualquier sospecha, por pequeña que sea. El último juicio ha demostrado, dice Krumina, y Charlotte debe traducirlo, que tenemos que estar aún muy vigilantes. Los enemigos de la Unión Soviética no se detienen ante nada. Entre los trotskistas y la Gestapo no hay diferencia, dice Krumina. Detrás de ese programa, cita, se esconde el repugnante morro de cerdo del fascismo.

Por desgracia, Charlotte no entiende al momento la expresión rusa, se la tiene que repetir, svínskoie rylo, y después tiene que buscarla, y Krumina comenta: Es obvio que la camarada Germaine no creyó necesario leer el Pravda en vacaciones. Jill protesta, pero lo hace apenas levantando la voz: El Pravda no es tan fácil de conseguir en todas partes. ¿Siente que la balanza de poderes se está desequilibrando?

Normalmente el turno cambia al mediodía, traducir es extenuante. Pero la segunda traductora se ha puesto enferma y la tercera está con una visita importante. Así que aún le queda una doble sesión de tecnología inalámbrica, montaje de un dispositivo móvil, traducción al alemán y al inglés: todo tipo de complicados tecnicismos, algunos los ha aprendido con el tiempo, control del volumen, gama de frecuencias, pero para la base de resorte de una antena vuelve a necesitar el diccionario.

A las cuatro ha terminado. Aún le queda una hora, ahora sería el momento de ir a ver a Gustav Schock, como le ha prometido a Wilhelm. Lo tiene delante, a Wilhelm, los grandes ojos en el cráneo pelado, como en el lecho de muerte. No lo comentes con nadie hasta que hayas hablado con Schock. Aunque entretanto ella conozca ya sus debilidades, aunque sepa que piensa más rápido que él, que es más ágil mentalmente, hasta ahora Wilhelm ha tenido razón en todas las cuestiones cruciales. Conoce el Partido desde hace más tiempo, tiene más experiencia y, tal vez, piensa Charlotte a veces, disponga de verdad de ese instinto que da un origen proletario.

Va a la oficina del administrador… Y pasa de largo. Quiere mirarse antes en el espejo. ¿Un poco de lápiz de labios, quizás? ¿Debería cambiarse de ropa? Una vez más repasa mentalmente lo que quiere

decirle. Cómo quiere decírselo.

Pasa un rato en el baño. Se cambia, vuelve a cambiarse, al final se queda con la ropa de diario. Se lava los dientes. Transcurre casi una hora y después se va; en dirección al barracón de los falsificadores. Llega poco antes de las cinco, Sepp no está en el taller, lo encuentra en su despacho. Cuando entra, él se lleva el dedo a los labios fruncidos para que Charlotte guarde silencio y se va con ella al bosquecillo que rodea las viviendas y los centros de trabajo. Lejos de los edificios, se sientan sobre el musgo.

¿Qué ocurre, criatura?

Le pregunta a ella, la cuarentona.

Se siente, es verdad, como si le confesara sus pecados a un padre, solo que su verdadero padre nunca le tomó confesión, más bien era él mismo quien se confesaba con su severa esposa cuando fumaba en secreto. En cuanto a su madre, la abofeteaba sin necesidad de confesar nada, así que Charlotte empezó pronto a ocultarle todas sus trastadas. No aprendió a confesar.

Comienza trastabillando y tartamudeando, aunque es más fácil de lo que pensaba. Sepp no parece en absoluto horrorizado cuando sale el nombre de Alexander Emel. Se enciende un cigarro, espera pacientemente el final del informe. Se lo cuenta todo, la historia completa. Lo íntima que era de Isa. Cuántas veces se vieron con Emel. Que le vendió el gramófono y que una vez llegó a darle algunas cosas para que se las llevara a Wilhelm a Moscú.

¿Qué cosas?, pregunta Sepp.

Algunos calzoncillos, calcetines y, no se acuerda con precisión, dinero.

Sepp se queda pensando. No vayas a ver a Schock, dice por fin, es un imbécil. Llama hoy mismo a Mélnikov y concierta una cita. Cuéntale toda la historia como me la has contado a mí. No te cortará la cabeza, dice Sepp. ¿Cómo ibas a saber tú que Emel era un enemigo del pueblo?

Esa es precisamente la frase que necesitaba: ¿Cómo ibas a saber tú que Emel era un enemigo del pueblo? Ahora no puede evitar llorar. Sepp le pasa el brazo izquierdo por el hombro y la acerca a él. Desconfía de los hombres que la desean. Pero con Sepp se siente segura. Se apoya en su hombro, en el izquierdo, el del brazo, y llora hasta quedarse sin lágrimas.

Por la tarde llama a Müller-Mélnikov, más exactamente a Hilde, su secretaria, quien —esto la sorprende— le da una cita sin preguntarle nada.

6. Conversación en la quinta planta

—Charlotte—

El tren de cercanías tarda tres cuartos de hora desde Podlipki hasta la estación de Yaroslavl. La mayoría del trayecto parece atravesar un pueblo: casas de madera ennegrecidas por el tiempo. Tierras baldías, caminos vecinales, aquí y allá una iglesia de piedra. Recuerda cuando llegó, cómo se asomaba a la ventanilla del tren a la espera de la ciudad. Pero algo como «la ciudad» no llegó en realidad hasta que se bajó del tren: la enorme plaza, rodeada por tres estaciones, se llamaba Komsomólskaia plóschad. Lo que vio allí la asombró, por no decir que la impactó más que las casas pobres de madera negra. Sospechaba que Moscú, como todo lo desconocido, no se correspondería con lo que había imaginado. Pero aquello superaba todas sus expectativas, nunca había visto algo así:

Cocheros salidos como de Las mil y una noches. Caballos con yugos orientales. Anticuados tranvías a cuyas abarrotadas plataformas se aferraba la gente atravesaban la accidentada plaza abriéndose paso con la campana. Por todas partes, entre arcones y sacos, estaban en cuclillas y dormitaban cientos de personas con chaquetas acolchadas y bombachos, con gorros de piel y turbantes o gorras raídas del Ejército Rojo: ancianos con la mirada perdida, madres lactantes, niños jugando, riendo o peleándose. ¿Qué hacían allí, a dónde se dirigían, si es que se dirigían a algún sitio? No parecían esperar, de hecho, ningún tren. Era como si vivieran allí.

Enfrente, al otro lado de la plaza, enormes carteles extendidos sobre las fachadas: retratos de famosos políticos soviéticos. A estas alturas se ha acostumbrado ya, pero esa forma de autorrepresentación le pareció entonces extraña; no era lo que ella entendía por modestia comunista. Pero le sorprendió aún más que precisamente el hombre con bigote destacara tanto en relación con los otros. Conocía el nombre de Stalin, pero ¿no era una especie de secretario? ¿No eran otros líderes del Partido mucho más importantes que él?

Ahora solo él está colgado allí. Stalin. El gran timonel. El maquinista de la revolución mundial. El portaestandarte de la humanidad. ¿De verdad le daba todos esos nombres la población?

Alegría de los pueblos. Sol de la justicia…

Luego, el trayecto en coche. La había recogido Wilhelm. El viejo Ford, ya entonces Grisha al volante. También aquel primer viaje se le ha quedado en la memoria casi hasta el último detalle. Su alegría ante la inmensa amplitud de las calles. Se veían tiendas, un restaurante y sobre todo: obras, obras… Wilhelm ya conocía un poco Moscú: La Lubianka, dijo señalando con la cabeza el gran edificio por el que pasaban. ¿La Lubianka? La cárcel del NKVD, un poco para echarse a temblar. A la derecha el teatro Bolshói. ¡Qué ganas tenía de ir! Suntuosas construcciones clasicistas. El moderno hotel Moskvá lo vieron a lo lejos, al igual que el vanguardista e inmenso STO; el Consejo de Trabajo y Defensa, señaló Wilhelm.

¿Y el hermoso edificio de estilo modernista de allí? Wilhelm no lo sabía, tuvo que preguntar al conductor: Hotel Metropol, dijo Grisha. Y apareció el Kremlin. El rojo mate de la muralla, como en las postales que Wilhelm le había enviado. Más imponente que en foto. El centro de todo. Sede del Gobierno soviético. El sitio donde Lenin había tenido su despacho.

La revolución mundial, dijo Wilhelm, se está pergeñando aquí.

El coche se detuvo frente a un edificio vistoso, pero poco llamativo. Entre el clasicismo y el Gründerzeit. Tres plantas (cuatro, según la cuenta rusa). Así que ahí estaba: la Internacional Comunista.

Charlotte no sabía entonces gran cosa sobre el Komintern. Sabía, naturalmente, que lo había fundado Lenin. Sabía, porque lo había leído en sus textos, que Lenin estaba seguro de que la Revolución rusa no sobreviviría sin la revolución mundial ni mucho menos sin la revolución en Alemania. Era el objetivo estratégico declarado del Komintern y, durante un tiempo, fue como si estuviera al alcance de la mano; como si la República de los Consejos fuera a establecerse en Alemania de un momento a otro; como si la conflagración revolucionaria fuera a propagarse por todos los países de Europa. Pero en 1923, como muy tarde, tras el levantamiento fallido en Hamburgo, estaba claro que la táctica debía cambiar. El movimiento comunista aún era fuerte, seguro que las crisis del capitalismo abonarían el terreno para futuros levantamientos, y al movimiento obrero lo querían tener preparado para entonces a base

de congresos y textos, directivas y comisiones, pero también con medidas de carácter no tan público.

Reinaba en todo caso un ambiente de conspiración en el Partido Comunista, en parte heredado de los tiempos de clandestinidad, en parte inspirado por las experiencias de los victoriosos camaradas soviéticos. Charlotte sabía que Wilhelm había estado un tiempo desempeñándose en el llamado Aparato T; la T era de terror. Como jefe de distrito del Frente Rojo de Combate había estado relacionado también con el Aparato M, el aparato militar, pero también con el Aparato AM, el aparato antimilitarista; eran todas estructuras ilícitas para ejecutar operaciones que poco tenían que ver con la ley y el orden. Pero en el otoño de 1928 la carrera de Wilhelm como conspirador alcanzó un nuevo estadio.

Prácticamente de la noche a la mañana, Wilhelm se convirtió en Jean Germaine. Renunció a todos sus cargos y cortó todos sus vínculos oficiales con el Partido. Cambió su atuendo de motero por la raya diplomática y se mudó a Hamburgo como director general de Lüdecke & Co. Import Export, una empresa que supuestamente comerciaba con madera.

A Charlotte el nombre le parecía improcedente, pero la raya diplomática le sentaba increíblemente bien. Hasta su presencia ruda y proletaria se veía en aquel traje nuevo como la expresión de una autoconfianza burguesa. Le impresionaba la destreza con que Wilhelm se movía en esa ciudad cosmopolita que respiraba libertad y ánimo viajero. Se maravillaba ante el modo como trataba con camareros hanseáticos y ante la naturalidad con que en una ocasión despachó a un policía que registró su casa en busca de un comunista clandestino… que se encontraba en el apartamento de Wilhelm.

Charlotte tenía claro que Wilhelm no comerciaba con madera. Pero aun así se sorprendió cuando un fin de semana —Charlotte lo visitaba los fines de semana, en aquella época trabajaba ya en la Delegación Comercial Soviética en Berlín— él le enseñó su empresa. Aquella «empresa» no era más que un antro miserable. Delante, el puesto de un «contable» a quien Charlotte nunca, tampoco más tarde, llegó a ver; detrás, el despacho de Wilhelm: un cuchitril sin ventanas, con salida trasera y un escondite secreto del cual, delante

de ella, Wilhelm sacó un revólver y una maleta negra llena de dólares. La conmoción en absoluto desapareció cuando Wilhelm le reveló que trabajaba para el Komintern. Y, en concreto, añadió susurrando, para un departamento especial.

Charlotte recuerda la primera vez que entró en el edificio del Komintern. La primera vez que oyó la palabra própusk. La primera vez que subió los cuatro tramos de escalera porque el ascensor no funcionaba. Recuerda al empleado de turno malhumorado en su mesita del último rellano, que le retiró el própusk que acababa de adquirir; al guardia con la bayoneta calada que vigilaba la entrada sin nombre. Lo recuerda todo.

Recuerda que siguió a Wilhelm por el largo pasillo hasta la puerta abierta del final, de donde salía la voz de una mujer, sonidos de una lengua áspera que no conocía (aunque supo de inmediato que se trataba de letón). Recuerda el pequeño gesto de disculpa con la cabeza con que Wilhelm la condujo a través de la puerta. Y, por supuesto, recuerda la mirada de la mujer que hablaba por teléfono, apoyada sobre el escritorio con una papirosa en la mano libre. Si tardó un poco en indentificar a esa mujer como alguien a quien ya conocía, probablemente fue porque se había vuelto un poco más oronda, un poco más femenina.

Hilde Tal, la primera mujer de Wilhelm. A la que engañó con ella mientras ella, Charlotte, engañaba a Erwin. Pero, si bien es cierto que ante Erwin no sentía ni pizca de remordimiento, frente a Hilde se avergonzaba. Sobre todo le había atormentado siempre la idea de que su aspecto, el de Charlotte, podía haber tenido su importancia en la disputa por Wilhelm. Le parecía indigno que Wilhelm pudiera preferirla por su belleza. Algo verdaderamente anticomunista.

Hilde era una excelente camarada, casi una heroína. Una revolucionaria de primera hora. Había luchado con los partisanos en el interior blanco del país, había estado incluso en la cárcel. En Rusia había trabajado —junto a Wilhelm— en el Aparato M y, aunque Wilhelm nunca le contó con detalle lo que Hilde hacía o había hecho, de su evidente admiración hacia ella podía deducirse que no se había limitado a tirar piedras a los nazis. Una vez, todavía en Alemania, Charlotte había visto a Hilde con un revólver en la cintura. Bebía, fumaba sin parar y más tarde, en las reuniones de

conjurados en el apartamento hamburgués de Wilhelm, llevaba la voz cantante, mientras que a Charlotte la mandaban a dar «un paseo».

Pero con todo respeto: encontrar a Hilde Tal, carnicera cualificada, en la planta superior del edificio del Komintern, con escritorio propio, en un despacho con vistas a la muralla del Kremlin, la sorprendió de veras; y más aún lo bien que encajaba. Con la falda, la media melena, estaba como pez en el agua; les indicó que tomaran asiento, dijo un par de frases en ruso en un segundo teléfono y, mientras lo hacía, con una papirosa en los labios, consiguió hacer un par de anotaciones, enchufar un calentador por inmersión, servir té y colocar un caramelo en cada uno de los platillos para enseñarles, una vez hubo colgado el teléfono, cómo se bebe el té «a la rusa», esto es, a través del caramelo sostenido entre los dientes (Charlotte aún no sabía que eso estaba relacionado con la notable escasez de azúcar en la Unión Soviética).

También recuerda a Hilde aleccionándola sobre la manera más profesional de doblar una papirosa. En realidad, Charlotte había dejado de fumar después de que Hilde desapareciera de su vida, pero no quería confesar que, en aquel entonces, una vez superada la separación, había empezado a fumar solo por ella, por Hilde, como muestra de respeto y amistad, de modo que ahora accedía con valentía solo para comprobar de inmediato que le resultaba completamente imposible inhalar más de dos caladas de esa hierba corrosiva. Por suerte, el interfono del escritorio graznó, Hilde abrió la puerta y un hombre menudo y bien alimentado, con chaleco y gafas de concha, se acercó a ellos con la mano tendida en señal de saludo.

De habérselo encontrado por la calle, probablemente lo hubiese pasado por alto. Pero bastó con que se presentara en voz baja para que Charlotte se sintiera mudada a un estado casi hipnótico: Abrámov-Mirov, un nombre que se susurraba en los círculos del Partido. La eminencia en la sombra. El que mueve los hilos. Alguien cuya cara no sale en ningún cartel, en ningún periódico, pero que, todo el mundo está convencido de ello, es uno de los hombres más poderosos del movimiento comunista, quizás incluso de los más poderosos de la tierra. Si Wilhelm no desapareció por completo a su

lado, si no quedó reducido a la nada, fue solo porque Abrámov-Mirov lo saludó como a un viejo conocido. Todo en ese hombre alimentaba su aura, incluso el modo como revolvía el té con tres dedos separados. Su voz suave hacía que los sonidos a su alrededor se extinguieran. Preguntó pacientemente sobre la situación en Alemania, repreguntó cuando Charlotte habló de sus últimas semanas en Berlín, quería saber cosas más concretas sobre los métodos nazis, sobre el ánimo del pueblo, y mientras hablaba, Charlotte se dio cuenta de que quizá estaba dibujando una imagen de Alemania que se correspondía poco con la evaluación del Partido (que partía de que la clase obrera se levantaría contra el dominio nazi y todo ese espanto desaparecería pronto); pero, cuando se disponía a corregirse, Abrámov-Mirov la interrumpió para preguntarle si se imaginaba al servicio de la OMS.

OMS: una palabra. Una sílaba como una campanada.

No quería una respuesta inmediata. Sí, hasta insistió en que se tomara una semana para pensárselo. Hilde le facilitó una reserva para el hotel Soiúznaia y un sobre con billetes de rublo. Wilhelm fue reclamado sin demora en Punto Dos. Y Charlotte pasó su primera, su más hermosa semana en Moscú… junto a Isa Koigen, la mujer de Emel, que, casualidad o no, acababa de llegar de Alemania y estaba en su mismo hotel, en la habitación de enfrente.

Esto fue en septiembre de 1933, casi tal día como hoy hace tres años. El mismo cielo transparente se tendía sobre Moscú, el mismo viento fresco y claro soplaba sobre ellos. El mismo sol bajo y blanco sobre las torres del Kremlin. Hasta el mismo empleado de turno sentado en la misma mesa improvisada. Y, sin embargo, es como si hubiera pasado toda una vida.

Recorre el pasillo como si se encaminara al cadalso. Oye a Hilde hablar por teléfono; habla por teléfono prácticamente a todas horas. Habla por teléfono a todas horas, fuma a todas horas, prepara té a todas horas. Le indica que se siente. Charlotte se alegra de cualquier dilación que se le conceda. Se replantea la estrategia una y otra vez. No quiere mentir, eso seguro. Sin embargo: ¿cuántos detalles comparte? ¿Cuánto puede haber «olvidado»? Que visitaron varias veces a Emel y a Isa está claro. Pero ¿qué importancia tiene que ella bailara con Emel?

Practica fórmulas: Le vendimos un gramófono usado. Aunque nadie le preguntará sobre eso. La palabra usado le parece de pronto muy importante. Piensa en la larga discusión con Emel, el ateo, sobre el carácter alegórico de la verdad en la Biblia. ¿Debe confesar que lo admiraba? ¿Que le caía bien? ¿Es que le caía bien? ¿Y qué pasa con Isa? ¿También está bajo sospecha? ¿Sabía Abrámov-Mirov hace tres años que se alojaban en el mismo hotel? ¿Lo arregló él? ¿Comprobaban su idoneidad, la de Charlotte, para el servicio secreto? ¿Escuchaban tal vez sus conversaciones?

Hilde ha colgado el teléfono. Charlotte rechaza la papirosa, pero acepta el té. Le parece como si Hilde se preocupara por ella. La manera como le acerca el vaso de té, como la saluda con la cabeza. No vuelve a coger el teléfono cuando suena, no teclea en la máquina de escribir, sino que expulsa nubes de humo hacia la ventana y guarda silencio. Tampoco pregunta por Wilhelm, ni cómo le va a ella. La trata como si tuviera una enfermedad grave.

Charlotte intenta pensar con claridad. Intenta recordar sus intenciones, como antes de un examen. Pero está bloqueada. No recuerda nada. Durante unos segundos ni siquiera sabe qué hace allí. ¿Por qué está aquí, en Moscú, en la Unión Soviética? En ese momento, se oye un graznido saliendo del interfono, Hilde le hace de nuevo un gesto amable y dice:

El té puedes llevártelo dentro.

Cuando Borís Nikoláievich Mélnikov sustituyó a Abrámov-Mirov hace unos meses, Charlotte estaba de todo menos emocionada. Por desgracia, la OMS pasó a llamarse justo entonces SS, Sluzhba Sviazi. Y aunque, por supuesto, la OMS siguió siendo la OMS para los de dentro, en su cabeza el nuevo nombre del servicio estaba vinculado con la aparición de Mélnikov, que para colmo se dio el nombre en clave alemán de Müller, molinero (ruso: mélnik), de modo que ahora no podía sino pensar en él como SS-Müller. Su porte huesudo encajaba a la perfección. En todos los aspectos parecía lo contrario a su pícaro y mundano predecesor. Era flaco como un perchero; su apretón de manos, frío como el de un cadáver.

¿Es el poder lo que cambia a un hombre? ¿Su carisma? Nada más llegar al cargo, surgieron los primeros rumores sobre él. Decían que, como joven jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo, había participado en los heroicos combates de Amur. Que había sido explorador militar en el sudeste asiático. Que le habían encarcelado en Japón y sometido a severas torturas en la cárcel. Observadas de cerca, sus cicatrices de la cara no eran en absoluto de viruela. Su chaqueta raída de fabricación soviética bien podía interpretarse como una señal de modestia comunista. Y, en cuanto al apretón de manos, al saludar a Charlotte en su despacho este 19 de septiembre, no parece para nada un apretón frío, sino resuelto, firme y afectuoso.

En general es amable, incluso bromista. Le ofrece galletas de chocolate, le hace cumplidos. En lugar de preguntarle por lo que la inquieta, primero se interesa por sus vacaciones, y cuando Charlotte aprovecha la ocasión para informarle del asunto que le arruinó la estancia, él parece desinteresado. Repite distraído: Emel… Emel… Claro… Ahora mismo hablarán del tema, dice, en cuanto la camarada del Departamento de Cuadros se una, pero hasta entonces, mientras estén a solas, aún tienen algo de tiempo para charlar.

Si era la primera vez que iba al mar Negro, pregunta. Si le gustó Yalta. ¿Y cómo le va a nuestra querida camarada Greenwood? Parece que se conocen bien, dice. ¿Le ha hablado la camarada Greenwood —espera que Charlotte le perdone el atrevimiento— de él, de Mélnikov? Oh, sí, tiene que admitir que Jill le importa. Siendo sincero, dice Müller-Mélnikov atusándose el pelo negro, la quiere. De repente habla de casarse. No, no oficialmente, no con papeles. Para él eso no tiene importancia. Quiere que ella, Jill, se convierta en su mujer. O sea, humanamente, ¿lo entiende? ¿Podría ella, la camarada Germaine, interceder en su favor?

Charlotte asiente, disimula su estupefacción. Se hace ilusiones. No puede equivocarse ahora. Aunque debería indignarse. «Casarse», dice. No puede evitar pensar en Erwin y en su comunismo de amor libre. Al menos Mélnikov parece sincero. Parece amar a Jill de verdad. Mira a Charlotte con ojos radiantes. Pelo alborotado. Y, de pronto, ella descubre belleza en esa cara. Ni las cicatrices del lado

derecho ni los pómulos salientes le parecen ya repulsivos, al contrario. Charlotte dice algo como bueno o quizá o puedo intentarlo y Mélnikov, agradecido, le coge la mano derecha entre sus manos, sorprendentemente cálidas y secas.

Entonces grazna el interfono y, pocos segundos después, entra Erna Mertens, de la Dirección de Cuadros del Komintern, una persona literalmente hermética: abotonada hasta la barbilla. Aunque no tiene marcas de ningún tipo en la cara, es fea. Su expresión, severa como la de una monja. Pregunta a Charlotte con voz aguda sobre su trato con Emel, mientras Mélnikov está sentado a su vera con notable impaciencia y llega a intervenir cuando Erna Mertens saca a relucir por enésima vez el gramófono vendido. Camarada, se trata de un gramófono, no de un aparato de radio, dice, y da por terminado el interrogatorio con una sugerencia: la camarada Germaine y el camarada Germaine, tan pronto como este último se recupere, escribirán un informe sobre el asunto y se estudiará, pero en realidad él no ve que, como camaradas o trabajadores de la OMS, hayan incurrido en ningún hecho culposo significativo, sobre todo teniendo en cuenta que denunciaron el caso nada más regresar de su viaje.

Salvo falta de vigilancia, apostilla Erna Mertens. Y: queda a la espera de un informe completo y veraz que incluya —su mirada busca confirmación en Mélnikov, que asiente con escaso entusiasmo — una autocrítica.

Charlotte sale del edificio aliviada. El aire otoñal de Moscú es fresco. Respira a grandes bocanadas. Todo bien, todo correcto. ¿Cómo pudo pensar que el Partido procedería con ella de manera injusta? Nadie le va a cortar la cabeza por conocer a ese criminal. Redactará una carta de arrepentimiento. Admitirá que debería haber estado más alerta. Hasta cierto punto es verdad.

Aunque, por otro lado: ¿es que Emel no ha engañado a nadie más? ¿No ha estado mintiendo durante años a la plana mayor del Partido? No, nada de falso arrepentimiento, eso también sería traición. Autocrítica sí, pero sincera. No demasiado sumisa, pero tampoco arrogante. Honesta, esa es la palabra. Ya tiene el tono.

Camina a paso ligero por Manézhnaia úlitsa. A la derecha, frente a

la muralla del Kremlin, están empezando a demoler las antiguas casas burguesas, hay polvo, pero el ruido de las obras le resulta agradable a los oídos. Luego, el aire se limpia. Respira satisfecha. Y, después de un rato, la canción le vuelve a la cabeza. La canción de esa nueva película que ahora cantan por todas partes, El circo, se llama. Deberían verla de una vez:

Mi Patria está poblada por banderas

que siempre van portando nuestro amor;

pues no hay país a lo ancho de la tierra,

donde tan libre campe el corazón.

EL SOL QUE NOS ENGAÑA

РГАСПИ ф. 495 / оп. 205 / д. 917 / л. 30 – 33

26 de septiembre de 1936

Al camarada

M U E L L E R

Komintern, C. C.

De Germaine, Lotte a Werter camarada Mueller.

En relación a Lurie M., alias Emel.

Durante mis vaca[c]iones, tuve noticia por la prensa de los horribles crímenes en los que Emel había participado. Conocí a ese hombre y tuve trato personal con él. Por la presente rindo cuentas ante el Partido sobre cómo le conocí sobre el tipo de trato que teníamos:[1]

En 1932, en otoño, conocí a Isa Koigen, la mujer de Emel, en la Delegación Comercial de la URSS en Berlín. Trabajábamos en el mismo departamento. Ella como secretaria del camarada Fainstein y yo como secretaria de Lewin, como su subordinado inmediato. Nuestro trabajo nos procuraba a diario un trato de lo más cercano. Isa Koigen trabajaba con documentos altamente confidenciales a los que yo no tenía acceso. Tenía, por tanto, un puesto de especial confianza. Me contó que su madre era una antigua revolucionaria rusa que recibía una pensión del Estado, que ella misma creció emigrada con sus padres, su origen, la confianza de que gozaba en la D. C., sus manifestaciones en relación con el Partido, todo ello me trasladó la impresión de que estaba ante una buena camarada. Nunca, ni entonces ni más tarde, hizo Isa Koigen algún comentario del que yo pudiese deducir otra cosa que su total entrega al Partido.

En enero de 1933 enfermé de gripe. Con motivo de esta enfermedad, Isa Koigen me visitó por primera vez para preguntarme qué tal estaba y cuándo volvería al trabajo.

No recuerdo cuándo me enteré de quién era el marido de Isa Koigen, ni tampoco quién me lo dijo. El caso es que un día escuché que su marido era ese Emel que había sido expulsado del C. C. por divergencias políticas en dos artículos del «Parteiarbeiter». Aunque en los años 1931 y 1932 yo era muy activa y me movía casi a diario en círculos de funcionarios gubernamentales, xxx nunca escuché una discusión ni un análisis sobre ese error político. Un error sobre el que yo no tenía una opinión formada.

A finales de febrero de 1933, días antes del incendio del Reichstag, visité a Isa Koigen un domingo por la tarde para tomar café. Allí conocí a su marido. Había más gente. Hasta donde recuerdo tres polacos, algunas personas cuya nacionalidad no pude averiguar y un francés, Calzan, a quien conocía de la asociación de profesores. (Mi primer marido era profesor). Apenas se hablaba en alemán. Por eso me fui enseguida. El tema de conversación era el ascenso al poder de Hitler. Semanas más tarde, en primavera, fui a buscar a Isa Koigen un domingo por la mañana para ir a dar un paseo. Aquel día vi a Emel por segunda vez. Vino con nosotras, al igual que una pareja cuyos nombres me dijeron, pero he olvidado hace tiempo. El hombre era alemán, mutilado grave de guerra, trabajaba en la Compañía de Seguros del Reich, la mujer era rusa. Isa Koigen me explicó en abril que a su marido lo habían destacado en Moscú. Le pedí a través de Isa que llevara alguna cosa para mi marido, que estaba en Moscú (dinero o ropa, cosas así). Escribí a mi marido diciéndole que le iba a enviar algunas cosas a través de un conocido. De esas manera puse en contacto a mi marido y a Emel.

No sé con exactitud cuándo siguió Isa Koigen a su marido. En todo caso, el último o el penúltimo día yo la ayudé porque no había terminado de hacer el equipaje. Las últimas semanas, cuando estaba sola, a menudo íbamos juntas a pasear o x a tomar un café al salir de la oficina.

En septiembre de 1933 vine a la Unión Soviética. El alojamiento que me asignó el aparato a través del camarada Abrámov estaba en el mismo hotel (Soiúznaia) y en el mismo pasillo que el de la

camarada Koigen. De este modo volví a verla enseguida y a hablar con ella. Estuve seguro dos veces, de noche, en su cuarto y allí volví a encontrarme también con su marido, Emel. Isa Koigen trabajaba en algo con Calzan. En cualquier caso, se quedaba trabajando con él en su habitación hasta bien entrada la noche. Dado que mi marido me visitaba en el Soiúznaia, es probable que él también fuera al cuarto de Koigen. Una vez pasé seguro una hora a solas con ella. Reencontrarme con mi marido y mis hijos, cuya situación aún era muy incierta, mi viaje a la URSS, el viaje que pronto iba a emprender de nuevo, todo aquello me alteraba de tal modo que a duras penas recuerdo los detalles. Solo sé que nuestras conversaciones giraban exclusivamente en torno a la situación en Alemania y al destino de algunos camaradas que conocíamos. A finales de 1933 y principios de 1934 visité a Koigen, que yo recuerde, dos veces. También mis hijos estuvieron allí para recoger comida y dinero que siempre les traíamos cuando veníamos a Moscú.

Entre principios de 1934 y otoño de 1935 no vi a Koigen ni a Emel.

En otoño de 1935 me encontré por casualidad con Emel en el café Pushkino, donde yo había quedado con mi hijo. Me pidió insistentemente que volviera a interesarme por Isa, le hice caso y, junto a mi marido, visitamos a los dos en el apartamento que había puesto a su disposición un alto funcionario de la Delegación Comercial de París. Esto fue en diciseptiembre de 1935. Durante nuestra visita, Emel nos preguntó si conocíamos a alguien que vendiera un gramófono. Él quería con eso yo creo sorprender a su esposa por su cumpleaños o por año nuevo. Hacía tiempo que queríamos vender el nuestro, porque necesitábamos dinero, así que convinimos en llevarle a principios de año el gramófono. Después llevamos en otra ocasión unos discos. En aquella época, entre diciseptiembre de 1935 y Diciemb de 193X estaríamos en total tres o cuatro veces, contando los diez minutos de la entrega del gramófono. Del orden en que se produjeron las visitas no me acuerdo con exactitud. Una vez, creo que la segunda, fuimos por casualidad y tenían organizada una pequeña velada Sonnaba el gramófono y la gente bailaba. De ninguno de los presentes puedo indicar la identidad. Eran quizás unas cinco personas. Todos hablaban ruso, a excepción de una joven que estaba allí con su

marido un soldado del Ejército Rojo, y que además de ruso hablaba francés con Isa Koigen. Trabajaba con Isa Koigen en la Radio de Moscú. Isa Koigen me explicó que era la responsable de los programas franceses. Me dijo que el trabajo era muy interesante y de gran responsabilidad. En otra ocasión, me encontré allí de nuevo a Calzan, que por la noche también hacía de locutor en la radio otra vez a la francesa cuyo marido llevaba el uniforme del Ejército Rojo y a otro locutor más, un francés que dijo que en realidad era profesor y que iba a volver a su oficio en Francia. Esas personas cenaron allí y después se fueron a trabajar Una hora más tarde escuchamos en la radio el programa hecho por Isa y presentado por esa misma gente. Era el funeral xxx de Barbusse. Esa noche Isa Koigen habló mucho de su trabajo. Además hablamos de mis hijos y de las distintas preocupaciones y necesidades que tenía con ellos. Además, en alguno de esos días, en casa de Emel y Koigen vi a una amiga de Koigen, Luba Loewenstein, a quien ya conocía a través de Isa Koigen y a quien visité, primero con un intervalo de medio año y después, de más de un año. Recuerdo aparte xxx a una francesa con un niño pequeño que también trabajaba con Isa en la radio. Y además uno de los que hablaba ruso allí era polaco. Creo que lo dijo él mismo.

Durante esa última visita, hubo conversaciones políticas en dos momentos. Emel habló sobre el fascismo y sobre las falacias históricas de los fascistas. Como historiador entró en algunos detalles pero, a grandes rasgos, vino a decir que como comunistas debíamos explotar la historia para demostrar la necesidad y facticidad de la lucha de clases. Habló de que precisamente el camarada STALIN daba la mayor importancia a la investigación de la historia desde los presupuestos marxistas y que xx, gracias sobre todo a su determinación, esa rama de la ciencia gozaba del mayor impulso y fomento.

La última vez que estuvimos allí nos contó que lo habían apartado de su puesto como profesor de Historia en la universidad. Dijo que entendía perfectamente que el Partido fuese muy desconfiado, sobre todo después del asesinato de Kírov, pero que lo suyo era un malentendido, que se dirigiría a Dimitrov y que estaba convencido de que lo devolverían a su puesto. Después nos leyó la carta escrita en ruso al camarada Dimitrov. Hacía autocrítica de sus errores

pasados y reconocía la línea del Partido. Dijo también que, si esa carta llegaba a Dimitrov, llegaría también a la secretaría del camarada Stalin (por qué, no lo recuerdo). Y que no le cabía duda de que el camarada Stalin, dado su especial interés por la historia, haría que él, Emel, único historiador de la antigüedad formado en el marxismo, que él regresara a su esfera de actividad, dado que había admitido y corregido sus errores hacía mucho tiempo. En esa ocasión dejó caer un comentario despectivo sobre Zinóviev, en el sentido de que la o [las] cartas en las que este había reconocido sus errores eran rastreras.

Tras esa visita, nos encontramos otra vez con Emel y su mujer en el Parque de la Cultura, pero solo los saludamos y continuamos nuestro camino. Más tarde les sugerí a mi marido que no estaría mal saber qué fue de la carta al camarada Dimitrov y si Emel había vuelto quizás a su puesto en la universidad. Esto me interesaba por mi hijo pequeño, que quería estudiar una carrera. Mi marido me respondió que había estado pensando en el asunto de Emel desde la última vez; en su opinión, el Partido había expresado su desconfianza hacia Emel destituyéndolo de su puesto y, bajo esas circunstancias, él no quería volver a verlo. Me pareció correcto.

Volví a saber algo de Emel por el periódico, en el vapor de Batumi a Yalta. No estaba muy segura de que ese Lurie en realidad el hombre que conocíamos, pues me resultaba de todo punto inconcebible haber estado con semejante criminal. Hasta que no leí el nombre de Emel entre paréntesis y que era historiador no estuve segura. Al principio creí que Lurie N. sería Isa Koigen, hasta que vi que se trataba de un hombre emparentado con Emel.

Informé enseguida a mi compañera de viaje, Jill Greenwood, de que conocíamos a ese asesino. Y también a Rudi Vollmer, con quien nos encontramos en Yalta. A este le dijimos que informaríamos al Partido en cuanto estuviésemos de vuelta.

Me gustaría añadir aquí una breve explicación informativa al Partido de la cual no sé si es importante ni si la persona de que trata llegó a estar metida en política. El estudio del juicio me ha demostrado, no obstante, que a menudo el individuo no juzga bien la importancia de lo que escucha y ve, y por eso debe trasladar al Partido cualquier cosa que oiga sobre actividades opositoras,

aunque haya sido mucho tiempo atrás, con el fin de ayudarle a extirpar la oposición criminal.

Se trata de lo siguiente: en 1932 – 1933 yo trabajaba en la Delegación Comercial en el mismo despacho que cierto Dr. Paul Massing, trabajador del Instituto Agrario Internacional. En una ocasión, no me acuerdo exactamente cuándo, Massing me dijo que él y su mujer tenían fuertes discusiones porque el pensamiento de ella era totalmente trotskista. Y hasta aquí puedo informar. La mujer, ciudadana americana, exmujer de un periodista americano, Gumbel o Gumpert, no era, hasta donde yo sé, miembro del Partido, en cualquier caso yo no oí nada de ninguna actividad que desempeñara y, cuando conocí a Massing, ella vivía en Checoslovaquia y solo vino a visitarle una o dos veces. Massing estaba muy bien considerado por sus superiores de la Delegación Comercial al igual que por todos los camaradas alemanes. No le di ninguna importancia a lo que pensara su mujer, a quien me describieron como una persona muy inestable y burguesa. Pero al leer acerca de los agentes trotskistas, y pensando en cómo encontraban el modo de entrar la Unión Soviética a pesar de toda la vigilancia, he recordado aquel comentario de hace años, precisamente porque esa mujer viajó en repetidas ocasiones a la URSS. La última vez, en verano de 1933, para llevar de vuelta con sus padres a los hijos de un periodista americano, Fischer, a quienes tenía hospedados. Ahora he pensado que podría encontrar el modo de volver aquí y que, por tanto, había que informar al Partido, xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx.

A esea mujer solo la vi una vez de pasada en un acto de la Delegación Comercial. Después de irme de Alemania, he sabido que Massing pasó algún tiempo en un campo de concentración y que después se marchó a América con su mujer. No sé dónde viven ni lo que hacen. No he tenido ningún contacto con ellos desde que salí de Alemania.

He pensado largo y tendido sobre xxx cómo es posible que, inducida por mi relación amistosa con su mujer, de cuyo papel en todo esto a día de hoy sigo sin saber nada, pudiera yo tener trato con el asesino Emel. Cómo es posible que nunca desconfiara de él.

Debo decir que me resultó del todo imposible descubrir su

enmascaramiento. Pero quiero sacar de ello la enseñanza, en primer lugar, de que un trabajador del Partido debe afrontar con una gran xxxxx [suspicacia] la elección de sus relaciones personales y, en segundo lugar, que debo estudiar más seria y concienzudamente la historia del Partido Bolchevique, para elevar así a un nivel más alto mi vigilancia de clase.

Con un saludo comunista,

Lotte Germaine.

1. Metropol

—Charlotte—

Si uno se aproxima al hotel Metropol por Neglínnaia, llegará directamente a la antigua entrada principal, sobre la que destaca en lo alto un frontón con un mosaico. Es una de las últimas obras del famoso pintor modernista Mijaíl Vrúbel. Muestra un velero junto a cuyo mástil hay una figura vestida de rojo hacia la cual, desde la cercana orilla, parece acercarse volando una hermosa mujer rubia. El motivo está tomado de La princesa lejana, un drama romántico en verso de Edmont Rostand. Trata de un noble que adora con fervor a una princesa llamada Melisenda, a la que sin embargo no ha visto nunca. Finalmente, se lanza al mar para cumplir su sueño, pero en el camino sufre una grave enfermedad, de suerte que, una vez llegado a su destino, ni siquiera puede poner un pie en la tierra que tanto ha anhelado.

El 23 de septiembre el Pravda da por finalizada la purga del Partido con el titular Por una vida radiante y palpitante en el Partido.

El 26 de septiembre Guénrij Yagoda, jefe del servicio secreto nacional, el NKVD, es sustituido por Nikolái Yezhov.

El 29 de septiembre Francisco Franco es nombrado Generalísimo de todas las fuerzas nacionales españolas.

El 30 de septiembre el Pravda declara que la purga del Partido ha resultado insuficiente. Ese mismo día Charlotte lleva personalmente a la sede del Komintern su declaración escrita sobre el caso Emel.

Diez días más tarde —a Wilhelm ya le han dado el alta del hospital y ha redactado una declaración coincidente punto por punto—, Charlotte y Wilhelm reciben instrucciones de desalojar su residencia de Punto Dos. Los muebles y el equipo fotográfico se quedan. Wilhelm tiene que entregar su Korovin calibre 6,35. No les dan más información; en lugar de eso, traslado al hotel Metropol, con cargo a la Internacional Comunista.

Charlotte conoce el Metropol, claro, todos lo conocen: una

prominente belleza modernista en el corazón de la ciudad. Enfrente, en diagonal, está el teatro Bolshói. Un ala del hotel limita con la Plaza de la Revolución, que a su vez linda directamente con la Plaza Roja. Al otro lado de la plaza se ha construido el hotel Moskvá, en cuya planta baja se encuentra el nuevo Glavparfiumer —la administración general de perfumería—, donde Charlotte se compró el lápiz de labios antes de las vacaciones: ¡La vida se ha vuelto mejor, la vida se ha vuelto más feliz, camaradas!

Charlotte ha estado incluso dentro del Metropol, con Isa, hace tiempo, en su primera semana en Moscú. Y es que el Metropol es mucho más que un hotel: está estrechamente vinculado a la historia de la Unión Soviética. Cuando los bolcheviques se trasladaron de San Petersburgo a Moscú porque el frente se acercaba amenazante, en Moscú apenas había espacio para el aparato gubernamental, que crecía a toda prisa, ni para oficinas ni para viviendas, eso le contó Isa. Así que confiscaron los grandes hoteles y los declararon Casas de los Soviets. Un total de veinte edificios cambiaron sus funciones de este modo. El Metropol se convirtió en la Segunda Casa de los Soviets; justo después del hotel Nacional, desde donde gobernaba Lenin.

Charlotte recuerda la congoja que se apoderó de ella la primera vez que pisó aquel suelo de mármol multicolor. Recuerda que Isa le tiró de la manga y la condujo sin miramientos al ascensor de cristal que custodiaba un ascensorista gordo, uniformado y con un bigote enorme. Inexplicablemente, lograron pasar frente al empleado de turno que dominaba el rellano de la planta con la misma expresión impenetrable y malhumorada de todos los empleados soviéticos. Charlotte recuerda las puertas de vaivén acristaladas, los interminables pasillos cuya venerable amplitud solo interrumpían las mesas de ajedrez sobre las que se inclinaban contrincantes silenciosos, a menudo rodeados por unos cuantos mirones.

En otra ala, unos niños jugaban a policías y ladrones (o, quién sabe, a Budionny en lucha contra el Ejército Blanco). Se veía que aún había inquilinos permanentes. Sin embargo, Charlotte también había visto en el vestíbulo retratos de huéspedes famosos: Bernard Shaw había estado allí, también Henri Barbusse, el autor de la famosa biografía de Stalin (que él no había escrito) y tantos otros

que, al pasar, no llegó a reconocer. Allí había vivido Nikolái Bujarin antes de mudarse al Kremlin. Y allí había estado también la oficina de Sverdlov, presidente del Comité Ejecutivo Central Panruso, o sea, básicamente el máximo representante del nuevo Estado.

Llegaron a echar un vistazo furtivo al pomposo restaurante, donde en 1918 se negoció la primera Constitución de la República Socialista Soviética. Todos los peces gordos del Partido estuvieron allí. Y recordó otra cosa: durante el primer torneo internacional de ajedrez de Moscú, en esa sala se jugó la mítica partida entre José Raúl Capablanca y el legendario Emanuel Lasker.

¿Y aquí iban a quedarse, en un hotel cuyas habitaciones había que pagar en rublos de oro y que, como se deducía sin dificultad del aviso de recepción, costaba más al mes que la suma de sus dos sueldos? ¿Por qué no los llevaban al hotel Soiúznaia? ¿O al hotel Lux del Komintern, donde vive Hilde con su familia? Todo un cuchitril al lado de este espléndido edificio.

Durante sus viajes ilegales como correos de la OMS, han pernoctado en hoteles de medio mundo. Y, aunque casi ninguno era tan imponente como este, Charlotte ha aprendido a moverse en estos sitios… en el extranjero. ¿Pero aquí? ¿En la patria de los trabajadores? También Wilhelm se siente inseguro. ¿Se sube uno mismo el equipaje? ¿Se hace una seña a un boy con un gesto de mano apenas perceptible o se pide ayuda amablemente?

El bigote con uniforme, Charlotte se da cuenta enseguida, se apiada y le lleva el equipaje hasta el ascensor; ¿quizás porque no cree capaz a Wilhelm? ¿Quizás porque esos bultos con pegatinas de París, Berlín o Estocolmo están hasta los topes y el hombre espera sacar una propina? ¿Qué papel interpretan ellos aquí, quiénes son? ¿Turistas extranjeros, como dicen sus pasaportes suizos falsos? ¿O están aquí como trabajadores del Komintern y, por tanto, se espera de ellos que se atengan a las normas de la ética comunista? ¿Qué saben de ellos?

Cuarta planta. Wilhelm saca torpemente un billete de rublo, pero el ascensorista se niega a aceptarlo. El resto del camino cargan ellos mismos con las maletas. Wilhelm tiene que posarlas dos veces antes de alcanzar la habitación: 479. Charlotte memoriza el número al

momento.

El cuarto es por lo menos el doble de grande que la minúscula habitación que tenían en Punto Dos. Hay un escritorio, un elegante tocador. Dos cómodos sillones junto a una mesa: podrían comer aquí, pero está prohibido prepararse comida, como les han comunicado en recepción. En lugar de una cama doble, hay dos individuales, lo cual a Charlotte no le disgusta. La ventana da al norte. No es una habitación soleada, pero tampoco oscura. Y lo mejor: tiene baño propio, un lujo perdido hace tiempo.

Charlotte sale al balcón que rodea la habitación. Enfrente, la Neglínnaia úlitsa. A sus pies, la amplia Teatralny proiezd, donde en octubre la vida sigue bullendo: el tranvía número uno pasa traqueteando. Los automóviles apartan a los transeúntes a golpe de claxon. Los cocheros vociferan. En las obras de delante del teatro Bolshói los trabajadores dan el callo para cumplir con el Plan General de Reconstrucción de la Ciudad de Moscú.

A la derecha, sobre la colina, se ve la Lubianka. Al principio pensaba que Lubianka venía de amor (liubov). En realidad deriva de la palabra rusa que designa la parte exterior sólida de la madera de tilo: lub. Se lo explicó Isa. Un lugar donde en tiempos se comerciaba con ese material. Hoy es el nombre de la prisión preventiva del NKVD: Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos. La policía secreta.

Y a la izquierda, a unos cientos de metros, la Casa de los Sindicatos. El lugar del juicio. Idea absurda: los han traído a propósito aquí, a esta habitación, para que a su derecha puedan ver la Lubianka y a la izquierda, el edificio donde Alexander Emel fue condenado a muerte.

La primera noche. El ruido de la calle tarda mucho tiempo en disminuir. Extrañamente, las pesadas cortinas no se cierran del todo. Cada vez que pasa un coche, un resplandor cruza rápidamente por el rosetón de estuco del techo, iluminando las estrellitas doradas dispuestas en círculo alrededor de la lámpara. Charlotte no puede evitar pensar en la foto, la famosa foto en la que sale como

un ángel de Navidad, a los cuatro años, con una corona dorada de estrellas sobre la cabeza. Durante muchos años estuvo en el escaparate de Brasch, fotógrafo de la corte, en la Leipziger Straße. Su madre presumía de ello: ¡Mi Lottchen!

Madre, ¿cómo llegaron las estrellas a la foto? A la madre le pareció de recibo contestarle: Son las estrellas de los angelitos que llegaron a ti porque ese día fuiste muy buena.

Con el acento en ese día.

Oh, sí, a su madre le encantaba la foto. Por lo demás, su amor iba todo entero al hermano mayor. Lo mimaban, ahorraban para él. Por su culpa Lottchen tenía que quedarse en la despensa los domingos y zurcir la ropa de extraños: Para que Carl-Gustav pueda estudiar. Pero ella apenas pudo asistir a cuatro clases de la Escuela del Hogar. ¿A esto se supone que tienen que recordarle las estrellitas del techo?

Son dieciséis, las cuenta dos veces. Lástima que no coincida: hace catorce años que vio a Wilhelm por primera vez. ¿Dieciséis acusados?

Prefiere no pensar en eso. Cierra los ojos. Oye la respiración de Wilhelm. Wilhelm, en la cama de al lado, tampoco duerme.

Charlotte se da la vuelta. Un resplandor le atraviesa una y otra vez, rápidamente, los párpados cerrados. El intervalo es cada vez mayor. La calle se calma poco a poco. Ya no hay tranvías, ni gritos.

Hasta más o menos las tres y media, cuando unos coches bajan desde la Lubianka y pasan frente al hotel. Pero para entonces Charlotte ya está dormida.

Por la mañana hay incluso agua caliente. Charlotte se ducha, pero con contención, no quiere malgastar esa energía regalada. Hay incluso dos toallas por persona. ¿Se las lava uno mismo? ¿Hacen las camas? ¿O hay un servicio responsable de la limpieza de las habitaciones?

Cuando sale del baño, Wilhelm está despierto. En el pequeño cuarto de Punto Dos llegaron al acuerdo tácito de volverse mientras el otro se vestía o se dedicaba a otros quehaceres íntimos. Pero ahora le resulta difícil no echar al menos un vistazo al cuerpo de Wilhelm: Un muerto viviente, pensó cuando salió del hospital. Solo nariz y orejas. El médico le prescribió comida, qué fácil era decirlo.

Hasta ahora se alimentaban en la stolóvaia, la cantina de Punto Dos, donde también podían comprar a buen precio lo más básico. Pero nadie parece haber pensado en su manutención aquí. ¿Tal vez está incluido el desayuno?

Charlotte hace las camas por si acaso y conduce a Wilhelm al restaurante. Comprueban que el desayuno no está incluido, pero Wilhelm, cayendo por un momento en los modales de la gran burguesía a los que, por motivos de camuflaje, se habituó durante sus viajes como correo, aparta a la camarera de su camino con un grandioso gesto de mano y entra en la sala.

Pero después se siente un poco intimidado, Charlotte se da cuenta. También ella está otra vez impresionada. La sala es gigantesca. Una cúpula de vidrio de colores, atravesada de luz, lo cubre todo desde una altura demencial. Columnas de mármol rojo, ventanas coloridas, ornamentadas. Candelabros con forma de palma salen de inmensos recipientes de oro. Los herméticos murales de la pared le recuerdan, no sabe por qué, a Egipto (donde nunca ha estado), siente que está en un templo faraónico y no en la capital de la Unión Soviética. Para colmo, en el extremo de la sala, sobre un pequeño escenario, una mujer con una especie de toga toca el arpa.

Unos rusos meten ruido en una de las mesas grandes. Pocos clientes, al parecer extranjeros, casi todos en parejas, se sientan tranquilos en las mesas dispuestas al fondo. Pasa algún tiempo, no obstante, hasta que una camarera se acerca a su mesa. Ignora su petición de una carta y dice de carrerilla los pocos platos que el restaurante ofrece para el desayuno.

Charlotte capta: kasha (una especie de sémola de trigo sarraceno), tortitas plinsen (con algo) y pirozhkí, esas empanadillas siempre demasiado grasientas rellenas de repollo o carne. Wilhelm directamente no ha entendido ni una palabra, pero Charlotte está

también tan desconcertada por el tono brusco que empieza a tartamudear.

La señora corpulenta de al lado, que obviamente se ha dado cuenta de que son recién llegados, se inmiscuye en la conversación y les recomienda las plinsen con caviar. Lo hace con esa típica insistencia rusa que excluye cualquier otra opción, a no ser que se tenga a mano un certificado médico que prohíba la ingesta de caviar.

El rápido intercambio de palabras es, para la señora, motivo suficiente para cambiarse a su mesa. Como si fuera la responsable, se disculpa por el comportamiento de la camarera, vuelve a elogiar por adelantado el extraordinario caviar de beluga que les espera y, aún antes de que este llegue, Charlotte ya sabe que la oronda rusa lleva varios años viviendo aquí, y que no vive sola en absoluto, como le parece importante subrayar, sino con un tal Vasia.

Suspira al mencionar su nombre, pues ese Vasia, se entera Charlotte, trabaja día y noche, siempre trabajo, trabajo y trabajo, apenas fueron una vez a la dacha el verano pasado, se queja la señora, y cuando fueron, Vasia se pasaba el día detrás de sus escarabajos y mariposas. Colecciona escarabajos y mariposas, su Vasia, explica la señora con seriedad, y entretanto saluda a una esbelta dama que ha entrado en el restaurante con dos niños no muy disciplinados, a quienes dirige de tanto en tanto sibilantes vocablos franceses: Venez à moi! Et que ça saute!

Madame Veger, aclara la rusa, entornando los ojos elocuentemente. ¿Se refiere a Yevgeny Veger, el miembro del Politburó?

Después de tanta información preliminar es completamente imposible bloquear la curiosidad de la rusa, que ahora, claro está, quiere saber de dónde vienen, qué hacen aquí y por qué Charlotte habla tan bien su idioma. La respuesta estándar a estas preguntas era hasta ahora: son de Suiza y trabajan para el Komintern. Pero, después de la suspensión provisional, no han recibido nuevas instrucciones, así que Charlotte decide sobre la marcha quedarse con los orígenes suizos pero dejar tras de sí al Komintern.

Hasta ahora trabajábamos para el Komintern, dice, enfatizando el tiempo verbal pasado, y la oronda señora, que con sus dedos llenos

de anillos y sus uñas pintadas no parece estar especialmente interesada en política, se inclina hacia ella y comenta, casi susurrando:

¡Al parecer eso está infestado de enemigos del pueblo!

E inmediatamente se tapa la boca, como si se le hubiera escapado una indecencia, y se presenta: Anna Davídovna, nombre y patronímico, como es habitual en Rusia, su apellido no lo desvela.

Llegan las plinsen con caviar y nata, nata rusa, llamada slivki, que parece más gruesa o más cremosa o más ligera o en todo caso distinta a la nata alemana, un producto maravilloso que ya de por sí invita a creer en la superioridad de la agricultura soviética. Para Anna Davídovna es el momento de pagar su desayuno con un talón o bono, y despedirse.

Por suerte, también se puede pagar el desayuno en efectivo, aunque resulta ser horripilantemente caro. Esto no lo aguantarían ni una semana. No les queda otra que comprar algo de comida.

Hay tiendas de sobra en los alrededores. Han suprimido las cartillas de racionamiento, según ha leído Charlotte en el periódico; en Punto Dos, de todos modos, no las había. Los escaparates tienen una bonita decoración, hay incluso carteles publicitarios. Solo que aquí y allá se forman colas frente a las tiendas. Charlotte ya las ha visto antes. Hasta ahora suponía que la gente esperaba por algún producto especial. No les cuesta encontrar una tienda sin cola. Pero solo hay garbanzos. Garbanzos y vodka custodiados por una vendedora malhumorada con botas de fieltro y un mugriento pañuelo atado a la cabeza al modo campesino. Los garbanzos hay que cocinarlos, ¿cómo van a hacerlo en la habitación del hotel?

Se ponen en una cola. No tienen ni idea de cuánto durará. Ni siquiera saben lo que se puede comprar en la tienda. Están entre personas a las que, en otras circunstancias, solo mirarían desde una distancia segura. Hay empujones y riñas. Los de atrás exigen que se reparta menos, la vendedora grita que las cantidades a repartir las regula el Estado. De vez en cuando aparecen personas que, por alguna razón, tienen derecho a ponerse al frente de la cola. Se insulta y se maldice, también contra Charlotte y Wilhelm: ¡Qué

hacen esos extranjeros aquí, comprando lo poco que nos queda! Wilhelm apenas se sostiene en pie. Al final abandonan y se van a una tienda Torgsín. Torgovlia s inostrántsami, significa la bella abreviatura, algo así como: Comercio con extranjeros. Aquí hay casi de todo… a cambio de oro, plata, divisas o cheques en divisas. Ellos todavía tienen algunos, esperan que les alcance para el período de transición.

Compran pan negro, mantequilla y unas latas con algún tipo indeterminado de salchichas y sardinas en aceite. Y unas cuantas botellas de agua. Charlotte rechaza la idea de comprar un calentador por inmersión. Podría parecer que se están instalando para un período largo.

Salen a pasear, el tiempo aún es bueno. Atraviesan la Plaza Roja, compran helado por unos pocos kopeks. Caminan por Kuznetsky most, Charlotte busca de paso unos zapatos de invierno, por desgracia en vano. Bajan hasta el río Moscova, que aún es un riachuelo, pero las orillas ya se han ensanchado para las aguas del Don que, no se sabe exactamente cómo, llegarán hasta aquí por un canal. No tienen que ponerse de acuerdo para evitar las inmediaciones del edificio del Komintern, hay suficiente espacio para rodearlo a una amplia distancia.

Por la noche salen a cenar. Eligen un restaurante económico, pero que al menos tenga manteles en las mesas. Wilhelm come concentrado. Después de pagar, Charlotte calcula: salario mensual e importe de la factura. ¿Con qué frecuencia pueden permitírselo?

Comen pan negro con sardinas en aceite. Los ratones roen las salchichas. ¿Ratones en el hotel Metropol? Ojalá no sean ratas… Charlotte aprende que, incluso en el Metropol, es mejor meter la comida en una bolsa y colgarla de un gancho. Café y té, por suerte, hay en la cafetería de la planta baja a un precio razonable. Salen de paseo, es necesario que Wilhelm se mueva, ha dicho el médico. Cuando vuelven «a casa» —qué rápido se usa esa palabra— Charlotte pregunta en recepción si hay correo. ¿Un mensaje de Mélnikov? ¿Del Komintern? ¿De Jilly tal vez? Nada.

Si tiene suerte, pilla un periódico en el vestíbulo. Le traduce a Wilhelm las noticias más importantes. Se acerca el aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre. El Pravda informa sobre el papel de Lenin y de Stalin en el levantamiento. Es la primera vez que oye que Stalin mandaba en el ejército. El nombre de Trotski no se menciona. Solo de pasada se dice que el papel del Comité Militar Revolucionario, que Trotski presidía, se ha sobrevalorado hasta ahora.

Wilhelm asiente en señal de aprobación. Con su gran nariz recuerda a un pájaro.

Los días ya son más cortos, las noches más frías. Charlotte intenta remendar su abrigo de invierno, después de todo aprendió a zurcir en la escuela para señoritas. A ratos escuchan la radio, después de que Wilhelm descubriera que en el cuarto hay un botoncito con el que se puede encender y apagar un altavoz. Pero hay una única emisora disponible, Radio Moscú. Por las noches a veces ponen música, pero la radio suena más bien como un teléfono, al parecer sirve sobre todo para informar a los huéspedes. A Wilhelm le cuesta mucho entender cuando hablan, así que la radio casi siempre está apagada, también porque Wilhelm sigue enfrascado en aquella conversación en la que no pudo participar.

Durante horas, mientras Charlotte remienda su abrigo o pasa por los ojetes unos cordones nuevos, camina de un lado a otro de la habitación, interrogándola: qué dijo Mélnikov, qué quería saber Erna Mertens. Qué contestó ella exactamente.

Y Charlotte le informa por enésima vez de lo amable que fue Mélnikov, suaviza un poco su profundo interés por Jilly, pero reproduce aún más exhaustivamente si cabe la odiosa insistencia de Erna Mertens, quien, estaba claro, quería endosarles alguna culpa. Pero ¿qué importancia tiene la opinión de Erna Mertens al lado de la de Mélnikov?

¿O es que Erna Mertens va a ser capaz de intrigar contra ellos? ¿Qué significaría eso? No pueden expulsarles del Partido solo por no haber calado a tiempo a un sofisticado delincuente. ¿Los despedirían de la OMS? A ojos de Charlotte no sería la peor solución, pero eso mejor se lo calla, pues, aunque Wilhelm mismo

ya había pensado en solicitar su marcha, ahora que se ha convertido en una amenaza real no quiere saber nada más del tema.

Tras esas conversaciones, suele repasar las copias de sus dos declaraciones: a ver si aparecen incoherencias entre los textos. Pero como durante las visitas de Charlotte al hospital acordaron todo punto por punto, las declaraciones coinciden; quizás demasiado. Eso podría ser sospechoso, teme Charlotte, y no el hecho de que haya divergencias puntuales. Por otro lado: ¿no es cierto todo lo que se dice? ¿Cómo va la verdad a divergir de la verdad?

Más tarde, Charlotte se acuesta e intenta seguir leyendo el Cheliuskin. La travesía del norte, de pronto ya no lo entiende: por qué querían hacer esa peligrosa ruta con un carguero antes de haberlo intentado con un rompehielos. ¿Ha pasado algo por alto? ¿Ha entendido algo mal?

Retrocede en el libro y empieza de nuevo. Sus ojos se dispersan por la cadena de letras cirílicas. Es inútil. Apaga la lámpara de la mesilla. Encima, las estrellas doradas. Brillan de tanto en tanto… y se apagan otra vez. Dieciséis estrellas fugaces. Dieciséis deseos. Con un deseo a ella le bastaría. Desea que esto termine de una vez. Un nuevo trabajo. ¿Quizás en una editorial? Preferiblemente en la SCETE, la Sociedad Cooperativa Editorial de Trabajadores Extranjeros en la URSS, donde trabaja el marido de Hilde. Pero eso no lo decide ella. Eso lo decide el Departamento de Cuadros del Komintern. Eso lo decide gente como Erna Mertens.

¿O significa: dieciséis días?

Hoy sería el tercero. Trece días más de incertidumbre. No es para tirar cohetes.

Ya se han comido las sardinas en aceite y se han acabado las salchichas; lo que quedaba de ellas. Llega noviembre. Caen los primeros copos, se derriten. La ciudad se prepara para el 19º aniversario de la Revolución de Octubre, el 7 de noviembre, según el nuevo calendario. En la Plaza Roja se levanta la tribuna. Preparan barreras, colocan carteles. Suenan altavoces en cada

rincón de la ciudad. Retransmiten por radio llamamientos y arengas. Suenan cánticos revolucionarios y una y otra vez, como un himno, la canción de esa película que aún no han visto:

Mi Patria está poblada por banderas

que siempre van portando nuestro amor;

pues no hay país a lo ancho de la tierra,

donde tan libre campe el corazón.

Charlotte se ha enterado entretanto de que el cámara de la película vive aquí: Vladímir Semiónovich Nilsen, un hombre joven pero ya famoso. Dicen que es amigo de Pudovkin e incluso de Eisenstein. Él y sus amigos eran los rusos escandalosos del desayuno.

Lo que también ha descubierto: el adusto caballero de pelo gris con bigote retorcido y una Orden de Lenin que vive un par de habitaciones más allá, en la 433, no es otro que Matvéi Konstantínovich Muránov, antiguo miembro del Comité Militar Revolucionario, precisamente el comité que, de acuerdo con los anteriores relatos, organizó la Revolución de Octubre. Que un viejo bolchevique y poseedor de la Orden de Lenin viva al lado le parece una buena señal a Charlotte. Que ese hombre, sin embargo, fuera conocido de Trotski, antiguo presidente de ese comité, parece contrarrestar el aspecto positivo. Pero ¿no había tratado también Hilde a Trotski? ¿Y Abrámov-Mirov? En el fondo, hasta Stalin había tratado a Trotski. Y también a Zinóviev, Kámenev, Smirnov… De repente a Charlotte le resulta un completo misterio por qué a ellos se les acusa de haber tratado a alguien como Alexander Emel.

Pero la vida en esta parte del hotel, más que por el adusto y silencioso Muránov, está dominada por la gran familia que, al parecer, ocupa varias de las habitaciones, con abuelos, tías y niños, y con ese hombre imponente de apenas cuarenta años, de aspecto georgiano o en todo caso sureño, a quien Charlotte, una tarde, vio salir con su maletín de un coche oficial negro. Se trata de Yevgeny Ilich Veger, miembro del Politburó. ¿Es una buena o una mala señal

que la belleza esbelta y de aspecto poco soviético que a ratos se dirige a sus hijos con palabras en francés sea su esposa?

Y alguien más vive en la misma planta. Una mañana Charlotte ve en el pasillo al camarada Fainstein, que fue superior de Isa Koigen en la Delegación Comercial soviética en Berlín. Está —apenas puede creer lo que ven sus ojos— frente al baño comunitario, muy concurrido a esas horas, con un orinal parcialmente lleno. Así que hay también habitaciones sin baño. Que precisamente Fainstein, un viejo y meritorio camarada, ocupe una de ellas, la desconcierta. Por un lado, el hecho de que ella y Wilhelm ocupen una habitación con baño adquiere aún más relevancia; por otro, a Charlotte le resultaría muy incómodo admitirlo delante del viejo camarada. También es vergonzosa la situación en la que se lo encuentra. Por suerte, o no la ve o no la reconoce, en todo caso ella decide abordarlo en otra ocasión.

Pero cuando se lo cuenta a Wilhelm, este le prohíbe estrictamente cualquier contacto: ¡Es un confidente de Isa Koigen!

Charlotte está confundida. ¿Cree que Isa está involucrada de alguna manera?

No, no necesariamente, dice Wilhelm. Pero insiste en que, de momento, evite los contactos hasta que lo suyo, como dice él, esté decidido.

Así que Charlotte evita los contactos. Se contiene y no llama a Isa. Se abstiene también de escribir una breve carta a Jilly, que en realidad había prometido pasarse por el hotel pronto. Hasta se deja convencer para posponer de nuevo el encuentro mensual con su hijo Kurt, que ya se canceló en octubre. Con Werner ahora no tiene contacto.

Mientras tanto, pasa el tiempo intentando conseguir comida. Poco a poco se va dando cuenta de lo que significa no tener talones ni cartillas especiales de racionamiento, ni acceso a las tiendas de ningún ministerio ni comisariado. No solo es humillante que, de entre todos los residentes más o menos notables del Metropol, ellos sean los únicos que no pertenecen a ningún sistema de abastecimiento especial, es también inquietante pensar que cada día

miles y miles de rusos malgastan su tiempo haciendo cola para cubrir sus necesidades básicas en lugar de estar contribuyendo al gigantesco proyecto de industrialización del país.

Casi siempre son mujeres, criaturas informes en chaquetas con forro de algodón y chalecos de pelo, con pañuelos en la cabeza o gorros de piel, las que aguantan el frío de pie, pacientes como vacas. Y ella en medio, como una más. ¿Será por el abrigo de invierno remendado o por los calcetines que asoman de sus zapatos de verano? ¿O será porque su cara ha adoptado la expresión apagada de alguien que espera? En cualquier caso, ya no la perciben como a una extranjera. Pero lo es, aquí y en cualquier parte. La han privado de su ciudadanía alemana. La soviética aún no la tiene. Es apátrida, una suiza de pega, nada más. Es la única en la cola que no es real. Probablemente, es la única a la que le duele la espalda de estar de pie. Los dedillos de los pies se le van entumeciendo por el frío. Lleva ya media hora en la cola y ni siquiera ve la tienda en la que supuestamente hay patatas, setas deshidratadas y col agria. ¿Qué pasa si necesita ir urgentemente al baño? Y quién sabe si quedará algo cuando le llegue el turno.

¿Wilhelm, mientras tanto, qué hace? Charlotte no lo necesita en la cola. Lo ha estado mandando a la biblioteca, a leer el periódico, y Wilhelm, después de descubrir que en la sala de lectura de la Biblioteca Lenin, además del Zentralzeitung en alemán, dispone del periódico semanal del Komintern, el Baseler Rundschau, se ha acostumbrado rápidamente a echar las mañanas allí. Lee todos los artículos y hasta toma notas que más tarde, «en casa», le lee en voz alta a Charlotte.

Sobre la economía soviética: que la industria pesada superó ya en septiembre el plan anual que establecía un incremento de la producción del veintiséis por ciento.

Sobre el próximo censo: que solo en la última década y solo en el territorio de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia han surgido seiscientas ciudades nuevas, entre ellas Magnitogorsk, con más de doscientos mil habitantes, Karagandá, con ciento dieciocho mil novecientos, y Komsomolsk, con alrededor de veinticinco mil.

Sobre el borrador de la nueva constitución de la URSS, la llamada Constitución de Stalin: que los ciudadanos de la URSS tienen derecho al trabajo; que los ciudadanos de la URSS tienen derecho al descanso, derecho al abastecimiento material en la vejez, derecho a la educación, la cual se asegura a través de la escuela y la universidad gratuitas, a través de becas estatales para la inmensa mayoría de los estudiantes, a través de las clases en el idioma materno, a través de la prestación gratuita de clases especializadas de carácter técnico y agronómico en empresas, granjas soviéticas, estaciones de máquinas y tractores y cooperativas agrícolas.

Charlotte se hace con patatas, setas deshidratadas y col agria, además de con un tarro de tomates en conserva y hasta con unas salchichas ahumadas. Tan grande es la alegría que olvida en el acto la fatiga de la cola. No siente los pies ni la espalda y hasta que no llega a casa, y una vez se le ha pasado el primer arrebato de alegría, no repara en que no tiene forma de cocinar las patatas, así que sale otra vez para adquirir en el nuevo UNIVERMAG —casi sin cola— un calentador por inmersión con el que espera solucionar el problema. Pero Wilhelm está contra el uso del aparato: son las reglas. Está prohibido cocinar en la habitación y usar calefactores propios, nos atenemos a eso, basta.

Van dos veces al cine, ven la película americana El último mohicano y una comedia soviética bastante plana con el título, que Charlotte no entiende del todo, de Tri kalachá i odná baranka; por supuesto, todo en ruso, lo cual a Wilhelm, aunque afirma entenderlo todo a grandes rasgos, termina desmoralizándolo tanto que en lo sucesivo se niega a volver al cine.

Un momento cumbre: el 19º aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre. Poco antes han comenzado las heladas. Charlotte tiene que ir al desfile con calzado de verano. Gigantescas columnas desfilan por delante del mausoleo de Lenin. Hay representaciones del acorazado Potemkin y del asalto al Palacio de Invierno. Marineros, trabajadores y soldados en plataformas móviles, con fusiles de madera, muestran la caída del gobierno de Kérenski e izan la bandera roja de la Revolución justo en el momento en que pasan por la tribuna de Stalin.

Todo esto lo ven en parte, pues resulta imposible llegar a la Plaza

Roja. Para las gradas de la izquierda y de la derecha del mausoleo se necesitan entradas, pero solo las hay para unos pocos elegidos. Al menos pueden ver las columnas en marcha formando en la Plaza de la Revolución. Pero aquí también hay trajín y confusión, los organizadores meten prisa a la gente para no romper la cadena de desfiles, gritan, empujan, agitan los brazos. Personas con trajes históricos o enormes pancartas se apresuran de un lado a otro asustados. Alguien tropieza, se cae, atropellan a otro. Charlotte está como petrificada, apenas se atreve a mirar a los ojos a Wilhelm. Pero este parece tomar nota con calma de todo cuanto ocurre.

En general, está mejor. Sus paseos diarios a la biblioteca le vienen bien. No puede decirse que haya engordado a ojos vistas, pero ya no parece tan débil como después de la enfermedad, más bien nervudo como antes, y su virilidad también parece regresar poco a poco. El quinto día de la semana, una especie de sábado en las semanas soviéticas de seis días, propone tímidamente ir al restaurante Praga y Charlotte entiende, por supuesto, lo que quiere decir. Cuando aún vivían en el Punto Dos, el quinto día de la semana iban a menudo a Moscú y cenaban en el Praga, y no era raro que ese quinto día fuera también el día en que Charlotte se lo concedía a Wilhelm: el día en que era buena con él. No es que a ella ahora le apetezca demasiado, pero la última vez que lo hicieron fue en Yalta y, aunque Wilhelm tiene exigencias mucho más modestas que las que tenía Erwin, sigue siendo un hombre y rechazarlo después de tanto tiempo equivaldría a una afrenta. Además, le gusta la consideración con que señaliza su deseo, disfruta de su admiración y, sí, de su dependencia, pues, aunque él lleva sin duda la voz cantante de la relación, en cuestiones amorosas se transforma de inmediato en peticionario.

Charlotte hace una cuenta rápida, es poco antes del periodo, y accede a ir al Praga.

Comen siluro con una salsa de mostaza, rábano picante y nata, y, como Wilhelm nunca ha sabido hablar de cuestiones amorosas, se queda todo el tiempo callado. De vuelta en casa su mirada adopta la expresión de un perro apaleado. Cuando regresa de la ducha y —tiene que decírselo de una vez— con un olor demasiado fuerte a loción para el afeitado, Wilhelm empieza a cubrirle el cuerpo con besos, hasta donde la decencia lo permite, hasta que Charlotte le da

a entender, con ruiditos y pequeños gestos, que ha llegado el momento, y entonces Wilhelm la penetra. Sin embargo, apenas Charlotte ha entrado en calor, Wilhelm, cuya fase de arranque se ha acortado por el largo periodo de abstinencia, se encabrita emitiendo un jadeo y cae derrumbado sobre ella.

Su cuerpo enjuto es de pronto pesadísimo, algún hueso que sobresale la presiona, pero forma parte del ritual que Wilhelm aún se quede un rato así, tumbado sobre ella. Fuera se oye la sirena de una ambulancia, y de repente Charlotte imagina que han tenido un accidente y que lo que tiene encima no es Wilhelm, sino la BMW R32. Despacio, muy despacio, la sirena se aleja.

Luego se queda tumbada bajo las estrellas doradas. Wilhelm ronca con suavidad en la cama de al lado. Es Lottchen de nuevo. Han pasado dieciséis días. ¿No serán dieciséis semanas? Piensa en su habitación en Steglitz: arresto domiciliario. ¿Por qué? Porque su madre pensaba que había usado la pluma estilográfica de su hermano. O porque se había negado a ponerse el vestido de lana que le picaba y que tenía que llevar siempre que iba con su madre al Tiergarten para, como decía ella, presentar sus respetos al káiser.

Pasa un coche, dieciséis estrellas fugaces resplandecen. Solo desea una cosa: salir de aquí. Tan solo estar fuera de esta prisión lujosa, piensa. Pero es otra la que piensa en ella. La otra Charlotte, la mala. El animal al que devuelve a golpes a su cueva.

2. Sueño y realidad

—Charlotte—

Ocurre algo extraño con el tiempo. Cuanto más despacio pasa, más se encoge al mirarlo en retrospectiva. Dieciséis por dos son treinta y dos, ¿dónde se han ido los días? Desvanecidos, absorbidos, evaporados. Cada día las mismas tareas. Sus conversaciones giran en círculo: se aseguran el uno al otro que ya no pueden tardar demasiado. Que hasta puede ser una buena señal que tarden tanto. Un motivo que les gusta, que repiten a menudo: el Partido no les habría metido en un hotel elegante si se enfrentaran a «graves consecuencias». No precisan qué entienden por «graves consecuencias».

Cada noche es así, pero cuando Charlotte sugiere interceptar a Hilde delante del hotel Lux y preguntarle si sabe algo, Wilhelm se niega rotundamente y Charlotte nota así que está más preocupado de lo que admite.

Al menos, con el tiempo aprende a hacer la compra. Descubre tiendas en las calles cercanas, se entera de dónde merece la pena ponerse a la cola. Comprende poco a poco las leyes de la cola. Uno de los aprendizajes más importantes: cómo resolver el problema del baño cuando se está durante horas en una fila con los pies fríos. ¡Puedes «darte de baja»! Y pedir al siguiente que te guarde el sitio. Charlotte se familiariza así con esa parte de la realidad soviética: los baños públicos. Que, sin embargo, son casi inexistentes. A veces funcionan en grandes almacenes o edificios públicos. Pero hasta en la nueva Biblioteca Lenin los baños resultan ser catacumbas apestosas con puertas que no se cierran y donde hay que hacer pis como en el cercanías, en cuclillas en un agujero.

Por lo demás, hay muchos tipos de colas. Para el pan o la comida se hace literalmente una fila. Pero también hay colas desordenadas, algunas incluso sedentes, en las que hay que preguntar quién da la vez. Charlotte aprende a hacer la pregunta sin acento. Algunas veces hay que inscribirse en una lista elaborada por ayudantes autodesignados, los cuales, después de que llegue su turno, se la entregan a los siguientes ayudantes nombrados a sí mismos.

Charlotte se inventa nombres rusos para poner en las listas. Algunas colas son mudas, otras conversacionales. Se habla de hockey sobre hielo, de la última película. Alguien dice haber oído que en la Tverskaia (correcto: la calle Gorki) quieren mover unos edificios para ensanchar la calle (Charlotte considera que es un rumor). Alguien despotrica de los llamados estajanovistas, los trabajadores de élite, que solo trabajan seis semanas, fastidian a los demás y se pasan el resto del año de vacaciones en Crimea con el dinero ganado (Charlotte considera también que es un rumor). Alguien informa de que unos científicos soviéticos han desarrollado un método para hacer chocolate con el petróleo (Charlotte esto más bien se lo cree). Se habla de otras colas. Uno se entera de lo que hay o ha habido o supuestamente habrá en otros sitios. Charlotte oye que en el UNIVERMAG Félix Dzerzhínski, los nuevos grandes almacenes, hay zapatos americanos.

Va corriendo y se pone a la cola de los zapatos. Y consigue comprar, de hecho, unos de invierno de su talla. Media caña, cuero oscuro. Está feliz. Protege sus nuevos zapatos. A partir de ahora va a pie solo lo imprescindible, usa siempre el tranvía o el trolebús que sale de enfrente del hotel: ir en tren es más barato que ir a pie, dijo Isa Koigen en una ocasión. Ahora lo entiende.

Un día, tras solo dos horas de cola, se hace con entradas para el teatro Bolshói: El Don apacible, basada en la famosa novela. La plaza del teatro está patas arriba por las obras de la nueva línea de metro, hay que hacer equilibrios por los pasos de madera de los extremos. Pero la gente se apiña y se empuja, se pisa. Charlotte termina con sus bonitos zapatos nuevos en el barro. Durante toda la ópera, mientras se representan los bailes cosacos que al parecer tanto gustan a Stalin, y mientras el héroe principal, desgarrado política y humanamente, canta sus arias, Charlotte solo puede pensar en sus zapatos. Y cuando ya en casa raspa las costras y limpia las suelas, hace un descubrimiento espeluznante. Las suelas no son de cuero, ¡son de papel maché!

Se siente estafada. Por el UNIVERMAG. Por el Estado. ¡Cómo pueden vender esos zapatos a la gente! Doscientos rublos, casi lo que gana en un mes (y, aunque ella no lo sabe, casi tres veces el salario de un simple trabajador).

Comienzan las nevadas, vacilantes al principio. Por el día las temperaturas vuelven a superar los cero grados, llegan los días de barro. Bastan dos de esos días para que las suelas empiecen a deshacerse. Charlotte vuelve a ponerse los zapatos de verano con calcetines de algodón y busca un zapatero. En la guía telefónica de Moscú aparecen incontables talleres y cooperativas, algunos cerca del hotel. No todos existen realmente. Algunos están cerrados por inventario, enfermedad o remont. Uno de los zapateros exige divisas. Otro asegura que poner suelas de cuero a esos zapatos es imposible. Un tercero le dice que vuelva a llamar al mes siguiente, por si hubiera material…

No le queda otra que acudir a uno de los remendones callejeros que se ven de vez en cuando por Moscú. No está segura de si ese tipo de actividad artesanal es del todo legal. Por si acaso, se aleja un poco con el tranvía: Basmanny raión, nunca antes ha estado aquí. Niños abandonados le piden limosna, Isa le ha advertido sobre esos niños. Algunos son pequeños criminales peligrosos, no por nada en la Unión Soviética se introdujo la pena de muerte a partir de los doce años (Charlotte se quedó estupefacta). Le resulta muy difícil permanecer indiferente. Están cubiertos de andrajos, algunos llevan trapos en los pies. Tres niños se calientan junto a una estufa de alquitrán en la que se cuece asfalto. Los peones camineros, que en ese momento terminan su pausa del mediodía, los espantan maldiciendo.

Personas que llevan algo bajo las chaquetas forradas de algodón van hacia ellos: mercado negro, comprende Charlotte. Se anda con cuidado, evita mirar incluso.

De pronto, frente a una casa, una larga cola. Casi por costumbre, pregunta qué hay. Resulta que es una cárcel. Las mujeres le dan la espalda en silencio. Algunas llevan paquetitos. Una sale en ese momento del edificio, tiene cara de haber llorado. Aún lleva su paquete.

Después, por fin, encuentra un zapatero. Un hombre mayor demacrado, está sentado en el saliente de un muro, tiene delante, extendido en el suelo, todo su «taller». Riéndose entre dientes observa los zapatos de invierno de Charlotte. Le ofrece el cojín sobre el que está sentado: sudárynia, le dice, un tratamiento

extraño. Charlotte, valiente, se queda de pie. Hace frío, mueve los pies alternativamente. El hombre se lo piensa un buen rato, gira el zapato a un lado y a otro antes de meterlo en una especie de tornillo de banco y empezar a cortar la suela.

Resulta ser bastante dicharachero. Cuenta lo difícil que están las cosas hoy en día para, como él lo llama, un artesano autónomo. Doscientos rublos de impuestos al mes, el sitio también tiene que pagarlo. ¡Y además el material! Todo va al Estado, afirma el hombre, y esto confunde a Charlotte por partida doble: por un lado, le parece obvio que en el Socialismo se dé preferencia a lo estatal, ¿cómo iba a ser si no? Por otro, ha descubierto hace poco que las empresas estatales de arreglos no tienen material. ¿Por qué este hombre sí tiene? ¿Miente? ¿Es un ratero?

Se arrepiente un poco de haberse mezclado con él. Pero ha quitado ya el cartón de las suelas y sigue hablando. Lo entiende mal, y no solo porque le falten dientes y tenga la nariz taponada. No solo por los labios agrietados ni por el acento ni por las palabras sueltas que no entiende. Es porque lo que está contando le resulta incomprensible. Le pasa a toda prisa por delante antes de que Charlotte pueda intervenir con sus ideas y preguntas. Que en realidad es un campesino: eso lo entiende. Que viene de Kuban y que emigró después de la gran hambruna. Primero se comieron a los perros, le cuenta, y el resto, sudárynia, mejor se lo ahorro. Después quiso ir a Leningrado, pero lo enviaron a Murmansk, donde iba a obtener un permiso de residencia. Pero aquello, afirma el hombre, es prácticamente un campo de trabajo, y Charlotte vuelve a no entender nada: ¿campo de trabajo? ¿Hambruna? ¿Está hablando de antes de la Revolución, del zarismo?

¿Zarismo? El hombre se ríe. Tiembla de la risa. Usted es extranjera, sudárynia. En el zarismo era apenas un niño, dice el hombre, son trescientos rublos.

¿Un niño? ¿Qué edad tiene entonces?

El hombre cuenta a toda prisa los rublos que le ha dado, los hace desaparecer en su ajada chaqueta forrada de algodón. Mira rápido a su alrededor y pregunta: ¿Cuántos me echa?

Por los menos cincuenta, calcula Charlotte. Siendo honesta, incluso más. Dice en voz alta: cuarenta. Por amabilidad. Pero el hombre le sonríe enseñándole los huecos de los dientes:

Veintisiete, sudárynia.

Veintisiete… La cabeza le da vueltas. Mete los zapatos en la bolsa, huye. Con el corazón acelerado espera en la parada. Hasta que no está en el tren no se da cuenta de lo congelada que está. Tiene los pies como hielo, pero no se atreve a sacar los zapatos de invierno con las suelas nuevas. En el vestíbulo del hotel pasa a toda prisa por delante de Anna Davídovna, temerosa de que esa mujer propensa a la inoportunidad pueda echar un vistazo a su bolsa de la compra. Repara con retraso en el uniformado que está junto a ella, un barrigudo con bigotito hitleriano. Obviamente, el ocupadísimo Vasia.

A Wilhelm le cuenta lo maravillosamente bien que el zapatero le ha cambiado las suelas. Él se lo cree. Y por supuesto cree que Charlotte ha estado en un zapatero estatal, ¿dónde si no? Examina exhaustivamente los zapatos, elogia el extraordinario trabajo. Charlotte se avergüenza. No por mentir, sino porque es muy fácil mentirle. Resuelve no volver jamás a hacer algo así. Sí, empieza a desear incluso que las autoridades retiren a ese hombre de las calles y le prohíban ejercer su oficio, aunque sea injusto. Pero le quiere lejos. ¿A dónde, cómo de lejos? Intenta olvidarlo. Olvidar lo que dijo. Sí, la situación del abastecimiento es complicada. Sí, ha habido cheques para el pan hasta hace algún tiempo. Pero ¿comer perros? El resto, sudárynia, se lo ahorro. ¿Qué se supone que significa eso: sudárynia?

Consulta en el diccionario: señora. ¿Por qué alguien de veintisiete años, alguien que ha pasado casi toda su vida en la Unión Soviética, la llama sudárynia? Un embustero. Un lunático. Un contrarrevolucionario.

Al menos los zapatos están bien: un buen trabajo contrarrevolucionario. Camina por Moscú con los pies secos. Poco a poco consigue no pensar quince veces al día en el origen de las suelas de sus zapatos. Mientras guarda una cola. Mientras arrastra la compra de vuelta a casa. Mientras las asas de la bolsa le cortan

los dedos. Mientras anda con cuidado por la nieve reblandecida o se sacude los zapatos a la puerta del hotel.

Y, sin embargo, no puede evitarlo: busca perros con la vista. Intenta recordar cuándo fue la última vez que vio un perro en Moscú…

¡Menudo disparate! Hay muchísimas explicaciones racionales para la falta de perros en Moscú: no hay comida para perros, viviendas comunitarias, tradición. No todos son como los alemanes, que tienen debilidad por los perros. ¿Y no es incluso agradable que aquí no haya perros? Y, en vista de que, hay que admitirlo, la situación del abastecimiento aún es difícil, ¿no sería políticamente irresponsable mantener a un perro?

Pero Charlotte busca perros allá donde va. Se recrimina a sí misma esa obsesión. A veces da un rodeo intencionado por una de las pocas zonas verdes del centro. En los caminos aún no despejados de nieve busca de pasada marcas amarillentas, excrementos de perro. No hay. Por la noche, cuando las doradas estrellas de yeso dan vueltas sobre ella, piensa, se imagina cómo sacrifican un perro en una cocina comunitaria. Ahora todo parece depender de si ve un perro en Moscú.

Y entonces, por fin, ve uno. ¡Un perro moscovita! Lo ve solo un momento, cerca de la Casa del Gobierno, junto al nuevo puente de piedra. Es un pastor alemán de pelo largo, cuidado. Un hombre bien vestido lo lleva de la correa, desaparece con él en el patio del edificio. ¿Y ella qué piensa?

Ella no piensa. Pero piensa la otra Charlotte, la mala que hay dentro de ella. Piensa: No hay perros en Moscú…

¡Pero si acabas de ver uno!, piensa Charlotte.

Pero la otra piensa: No hay perros en Moscú.

De pronto llega diciembre. El encuentro con Kurt no puede posponerse más, hasta Wilhelm lo admite. No quiere acompañarla, tiene mucho que hacer. Charlotte no piensa contradecirle.

Wilhelm se ha entregado entretanto a una suerte de actividad compulsiva. Hace media hora diaria de ejercicios con el sistema de Jahn, el llamado «Padre de la gimnasia». Pasa mucho tiempo en el baño, toma duchas de agua fría, se frota el cuerpo minuciosamente con su cepillo de cerdas de jabalí. Intenta dar forma al pelo que le queda, aunque después se pone el sombrero y, sin importarle el tiempo que haga, se dirige a paso firme a la Biblioteca Lenin, donde lee el Deutsche Zentralzeitung y el Rundschau y toma notas para contarle las noticias a Charlotte al llegar a casa. Después de comer, estudia el informe de Stalin sobre el VIII Congreso Extraordinario de los Soviets. Esto lo hace sentado, en el escritorio, con un lápiz en la oreja con el que subraya lo más importante (o sea, casi todo), interrumpido, no obstante, por períodos de pasividad repentinos y de incalculable duración. Ocurre entonces que se tumba en la cama dos o tres horas, mirando fijamente el techo. A veces, durante estos arrebatos, Charlotte no puede evitar pensar en la extraña broma que se le escapó a Wilhelm después de entregar su revólver:

¿Y ahora con qué me pegaré un tiro?

Charlotte llama a Kurt a la universidad, donde trabaja como dibujante, y queda con él en el café Chaika de Kitái-górod, a veinte minutos a pie. Kurt es su hijo pequeño. Tenía once años recién cumplidos cuando ella se fue, Werner era solo dos años mayor, y aunque a día de hoy le sobran razones y justificaciones para su decisión de entonces, le pesa el cargo de conciencia, sobre todo frente a Kurt, quizás porque es el pequeño, pero quizás también porque, en secreto, siempre ha preferido un poco a Werner. Werner es alto, rubio y guapo, mientras Kurt, nacido en el invierno de los nabos y afectado pronto por raquitismo, siempre ha sido enclenque; tiene además un defecto en los ojos que, a pesar de los esfuerzos médicos, parece agravarse año tras año: bizquea hacia afuera, algo que a ella siempre le ha dado un poco de vergüenza.

Tras la separación, los chicos vivieron con su padre cinco años hasta que, en 1933, con dieciséis y diecisiete años, obtuvieron un visado para la Unión Soviética. Erwin no lo consiguió hasta un año después y ella misma, Charlotte, apenas pudo ayudar a los chicos aquí en Moscú. Aunque por lo menos les consiguió —a través de Abrámov-Mirov— una habitación, lo cual era increíblemente difícil. Pero

cuando Kurt, perdidamente enamorado, se fue a vivir un par de semanas con una chica, Werner se llevó a su novia a la habitación compartida y ya no volvió a dejar entrar a Kurt en ella.

Esto desembocó en una disputa. Werner no tenía derecho, pensaba Charlotte, a disponer de la habitación a su antojo. Medio año después encima se fue a otra habitación y se casó con una emigrante alemana, lo cual, sin embargo, no le impidió engañar a esta con una rusa cuyo marido cumplía condena por robo. Era obvio que bebía, engañaba a la rusa con su hija prácticamente menor de edad, salía con indeseables y faltó varias veces a los encuentros mensuales con Wilhelm y Charlotte. Entretanto, Charlotte lleva ya más de tres meses sin ver a Werner.

En Kurt, en cambio, se puede confiar, es un buen hijo. A las cuatro en punto entra en el café Chaika. Sus rizos negros están más tupidos, lleva pantalones anchos con vuelta y una tosca camisa de barragán bajo la chaqueta forrada de algodón, todo lo cual lo asemeja a un ruso. Su defecto del ojo no se nota desde lejos, pero el modo especial, indirecto, como sigue a Charlotte con la mirada, hace que esta repare de inmediato en su pequeño hándicap. Siente en el acto un fuerte deseo de rodearle con los brazos y apretarlo, pero los achuchones demasiado íntimos no son costumbre en la familia. Se besan fugazmente en las mejillas, Charlotte se limita a apretarle la mano un poco más de tiempo, un poco más fuerte de lo habitual, y Kurt responde con una mirada inquisitiva.

Es prerrogativa de la madre informarse primero sobre el estado del hijo, y Kurt, obediente pero extrañamente apático, le cuenta que, después de no habérsele permitido acceder el año anterior a los estudios presenciales, lo han admitido en la carrera por correspondencia. Charlotte está muy contenta y también un poco aliviada. No es que temiera seriamente que la suspensión afectara a su hijo, pero quién sabe.

¿Es que no te hace ninguna ilusión?, le pregunta ella, mientras Kurt, un poco abstraído, da la vuelta a la carta, como para comprobar si por detrás hay más cosas; como muy tarde ahora sería el momento de explicarle por qué no han quedado como siempre en el café Pushkin —donde ella pagaba siempre con cheques en divisas—, sino en el más modesto café Chaika.

Wilhelm ha insistido en que no le hable de su situación actual —de todos modos es un asunto de trabajo y, por tanto, secreto— y se limite a decirle que ya no dispone de cheques en divisas. Así que a Kurt se lo presenta como si fuera una norma general que afecta a todos los trabajadores. Tendría que sonar inofensivo, pero la explicación deviene prolija y significativa.

A Kurt no parece importarle nada de eso. Pide una ración de pelmeni y un vaso de té; Charlotte, por su parte, solo un vaso de té. Antes de que la camarera traiga las bebidas, él saca el tema que más temía Charlotte que sacara. Kurt le pregunta, bajando la voz, por supuesto en alemán, qué opina del hecho de que hayan ejecutado a Alexander Emel.

Charlotte sabía que se lo preguntaría y sabía también qué iba a responder: la verdad. Que está horrorizada ante los crímenes en los que esa persona (evita decir su nombre en público) estaba involucrada. Que al principio no podía creerse lo que decía el periódico, pero que el hecho de que negase ciertas cuestiones le parece una prueba de que las acusaciones contra él eran ciertas. Pero, sobre todo, explica, está estupefacta al ver hasta qué punto esa persona la ha engañado.

Todo eso le dice, y Kurt lo acepta con la misma apatía con que ha hablado de su carrera por correspondencia. No la contradice, no tuerce el gesto. Asiente de vez en cuando, notificando la recepción de sus palabras mientras come un pelmeni tras otro, todos de la misma forma: tras revolverlos minuciosamente en la salsa de nata y mostaza mezclada por él mismo. De tanto en tanto levanta la vista del plato, la mira con ojos revirados, esto es, con su ojo, lo cual —Charlotte no puede evitar pensarlo— hace que parezca especialmente crítico, especialmente suspicaz.

¿Cree que a este juicio le seguirían otros?

Una pregunta que Charlotte aún no se ha hecho. ¿Otro Centro Trotskista? Imposible, dice. Completamente imposible. Y esta vez, piensa, suena muy convincente.

¿Y Kurt? Kurt se termina la comida, dobla distraído la servilleta usada, la pone debajo del plato vacío, da un trago al té y, solo

después de haber terminado todo eso, pregunta:

¿Y qué hay de Isa? ¿Qué piensas de su encarcelamiento?

Y aunque Charlotte sabe de inmediato, sí, lo sabe casi antes de que Kurt lo diga, que es verdad, responde: ¡No puede ser!

Kurt asiente, como dándole la razón. Y después dice: He estado allí. Han precintado el piso. Llamé a la emisora de radio. Me dijeron que allí no trabajaba ninguna Isa Koigen.

Nieva en Moscú. Todo está blanco: las almenas de la muralla del Kremlin, la torre Spásskaia, las cúpulas de la catedral de San Basilio. Todo es blanco y hermoso, incluso la Lubianka.

La ve cada día: la Lubianka. Por la mañana, cuando sale por la puerta del hotel, ya ve la Lubianka. Y piensa en Isa. Recorre la calle Gorki y piensa en Isa. Ve el monumento a Pushkin y piensa en Isa. Se patea Moscú sobre sus suelas contrarrevolucionarias y piensa en Isa. Piensa en cómo Isa le enseñó la ciudad, su ciudad, con cuánto amor, con cuánto entusiasmo. Le enseñó las primeras «reglas de conducta» moscovitas. Le enseñó a utilizar el metro. Le explicó por qué los gigantescos carteles de Stalin eran políticamente necesarios: El pueblo ruso necesita una cara, no un Politburó. Lo entendió de inmediato. Vio a ese pueblo ruso. Se quedó pasmada ante las hordas de aspecto vagamente oriental que merodeaban frente a la estación de Leningrado. Se extrañó ante las viejecitas que se persignaban en la Plaza Roja, ante los borrachos en los arcenes, ante la grosería de las mujeres que se empujaban en los tranvías, ante los niños mendicantes. Y era Isa quien la tranquilizaba, quien defendía a su pueblo, quien ilustraba a Charlotte sobre los inmensos progresos alcanzados desde la llegada del poder soviético. ¿Isa una enemiga del pueblo?

Charlotte recorre sus recuerdos como si fueran tarjetitas. ¿Dijo Isa alguna vez algo sospechoso? ¿Expresó alguna vez opiniones contrarrevolucionarias? Por otro lado: si realmente estaba conchabada con Emel, ¿habría expresado opiniones contrarrevolucionarias?

Piensa en el rostro abierto y bonachón de Isa, en su risa contagiosa. Su instinto le dice que no es posible. Pero su instinto ya la ha traicionado una vez. ¿Qué le dice la razón? La razón le dice: ¿Cómo puede alguien vivir quince años al lado de un criminal que planeaba actos violentos de la peor especie y no notar nada?

Al mediodía Wilhelm llega a casa con las orejas enrojecidas por la helada (sigue llevando un sombrero solamente) y comienza su revista de prensa. Sobre la próxima apertura de la nueva estación de metro Ojotny Riad. Sobre la erradicación del analfabetismo. Sobre los actos de sabotaje de los antiguos responsables del ferrocarril de Oremburgo… Increíble, dice Wilhelm. ¡Hay que tomar medidas cuanto antes!

Tres noches después, Charlotte reúne fuerzas y se lo dice: han detenido a Isa.

Que cómo lo sabe, pregunta Wilhelm.

Por Kurt.

¿Y él cómo se supone que lo sabe?

A Charlotte le molesta su tono despectivo. Le explica cómo lo sabe Kurt. El humor de Wilhelm da un vuelco. Suena casi triunfante. Casi como si se alegrara de la detención de Isa:

¡Te lo dije! ¡Te dije que no hablaras con Fainstein!

¿Por qué está tan seguro de que Isa es culpable?

Charlotte no se lo pregunta. Rechaza la sugerencia de Wilhelm de ir al Praga con el argumento de que hoy es un día peligroso. Wilhelm la cree, aunque es mentira. Charlotte también rechaza la sugerencia de ir al Praga «sin más»: no se encuentra bien. Esto Wilhelm, en cambio, no se lo cree, aunque es cierto.

Wilhelm se toma dos cervezas, de pie, una especie de deliberada autoanestesia, con un leve reproche de fondo. Pero, apenas se acuesta en la cama, se pone a roncar.

Cae la nieve frente a la ventana. Charlotte no puede evitar pensar en la misa de Navidad: la iglesia de San Mateo en Steglitz, donde iba siempre con su madre. El viejísimo pastor Wuthenow, cuya voz zumbaba en la alta nave central como un insecto grande e inquietante. Pensó durante mucho tiempo que el pastor Wuthenow era algo así como Dios. Siempre salía por la puertecita que había a la derecha del altar. ¿Y la puertecita de la izquierda? Eso, creía Charlotte, era el infierno.

¿Estará viendo la nieve? ¿Tendrá una ventana en su celda? Se imagina cómo conducen a Isa escaleras abajo: puerta izquierda, infierno. Un espacio minúsculo, húmedo, con paredes sin revocar. El suelo negro de la sangre…

Tiene que levantarse, ir al baño, encender la luz. Se sienta en el inodoro, quiere quitarse el sudor de la frente con papel higiénico. Pero el papel higiénico escasea. Se lava la cara con agua caliente. Después de un rato oye el reloj de la torre Spásskaia: las cuatro, hora de Moscú.

Vuelve a acostarse. Se extingue el ruido del Teatralny proiezd. Un único coche baja de la colina de la Lubianka proyectando su luz sobre el techo estrellado, pasa de largo, en dirección a ninguna parte.

Por la mañana: la Lubianka. Su primer pensamiento: ¿se la llevarán para interrogarla?

Mientras espera en la cola: ¿también le preguntarán a Isa sobre ella?

De camino a casa: ¿compararán sus declaraciones?

Pero ¿por qué iban a hacerlo? ¿Quién se iba a interesar por ella? Por Lotte, de Berlín-Steglitz. Sin embargo, empieza a comprobar mentalmente su declaración escrita. Recuerda los pasajes en que restó importancia a su trato con Emel, disminuyó el número de visitas o suprimió por completo acontecimientos. Naderías. Cosas que pueden olvidarse, que son difíciles de describir: el abrazo de

despedida cuando Isa dejó Alemania; las veladas en el hotel Soiúznaia en Moscú. Que Isa le dejara probar su helado… ¿Es políticamente relevante? ¿Debería haber informado?

Música nocturna de piano en la cámara de los boyardos: el último tipo de tortura. Clases de baile, segundo y cuarto día de la semana. Por desgracia, la cámara de los boyardos está enfrente de su habitación. Un maestro repetidor aporrea incansablemente la misma música de baile, la interrumpe, la retoma. En los intersticios suenan aporreados también sus pensamientos, cesan, se reanudan. Nota cómo le sube la fiebre. Da vueltas a un lado y a otro. Le arde la cabeza. Algo le golpea en las paredes interiores del cráneo. Se echa la manta sobre la cabeza, se calienta con su propia respiración. Después, finalmente, comienzan los escalofríos.

Al día siguiente le vuelve a subir la fiebre pese a las compresas que le prepara Wilhelm, y tiene su sueño febril de siempre. Es su sueño de cuando está mala, una pesadilla recurrente. La devuelve a la infancia. Domingo. Tiene que ponerse el vestido de lana blanco que le produce picores. Todo le pica, la piel, la cara. Y, cuando viene el káiser, estornuda.

No es un sueño, pasó realmente. Los mocos se le escapan por la nariz. Pero ella persevera obedientemente en su inclinación, o mejor dicho: en la profunda reverencia que su madre le ha ordenado que haga. Hasta que pasa el káiser. Después su madre le da una sonora bofetada por lo que, en su opinión, ha sido un comportamiento intolerable. En casa castiga a Lotte encerrándola en la despensa sin ventanas, que ha llenado de falsa manzanilla recogida por ella misma, supuestamente para aliviar su fiebre del heno.

Charlotte sueña con esa despensa. Aún lleva puesto el vestido blanco que le pica. Arde, se ahoga. Normalmente no ocurre nada más en su sueño, tan solo intenta en vano quitarse el vestido de lana que le pica, que le oprime cada vez más el cuerpo de forma amenazante. Lucha con el vestido mientras arriba, en la cocina, su hermano Carl-Gustav está sentado haciendo los deberes. O —sospecha de pronto— escribiendo su novela.

Pero ¿por qué una novela? ¿Y por qué Isa se dirige a él todo el rato

como señor Feuchtwanger? A Charlotte le cabrea que Isa confunda a su hermano con el famoso escritor: ¡Señor Feuchtwanger! ¡Señor Feuchtwanger! Quiere levantarse, aclarárselo a Isa, pero entonces teme que pueda ser verdad. Isa, como siempre, podría saber más que ella: Carl-Gustav Schwarz podría haberse convertido en Lion Feuchtwanger, autor de innumerables novelas y textos conocidos. El cual, sin embargo, como todo el mundo sabe, está exiliado en Francia.

La idea la alivia. ¡Claro, está soñando! Pero, extrañamente, las voces de la habitación de al lado se hacen más fuertes y las palabras, más claras: Señor Feuchtwanger, no lo entiende, me están persiguiendo, debe ayudarme a salir del país. Y entremedias una voz de hombre chillona, aguda, con acento bávaro: ¡Se lo pido por favor! Váyase… De lo contrario tendré que llamar a recepción, y eso sería, créame, muy, muy desagradable…

No está soñando.

Está en el Metropol. Las voces no vienen de un sueño, sino de la habitación de al lado.

¿Voces en la habitación de al lado? ¿Feuchtwanger? Pero ¿esto qué es? ¿Qué se le ha perdido a Feuchtwanger aquí? ¿Por qué escucha de pronto el personaje de una novela, además a través de la pared de una habitación de hotel moscovita, la voz de un famoso escritor alemán?

Hay casos en los que la verdad juega en contra de la verosimilitud. El narrador tiene entonces dos opciones: ocultar la verdad o retorcerla hasta que sea verosímil.

O tomar la palabra para justificarse.

Sí, Lion Feuchtwanger vivió en el hotel Metropol entre diciembre de 1936 y febrero de 1937.

Y sí, en diciembre ocupó, al menos durante un tiempo, la habitación 478, la cual, como demuestran los planos históricos del hotel,

estaba comunicada por una puerta con la habitación 479, que a su vez, según los documentos del Archivo Estatal Ruso, en aquel tiempo ocupaba una tal Lotte Germaine, que no es ni más ni menos que mi abuela.

Y aún hay más. Según un informe de escuchas del NKVD, la tarde del 16 de diciembre una mujer irrumpió en la habitación del escritor acosándole con ruegos y exigencias, si bien no se trataba, por supuesto, de Isa Koigen, sino, y esto también estaba en el informe, de Zenzl Mühsam (la viuda de Erich Mühsam, anarquista asesinado en el campo de concentración de Oranienburg, que pidió ayuda en vano a Feuchtwanger y a quien, pocos años después, detuvieron en Moscú y condenaron a reclusión en un campo); si bien, por tanto, no se trataba de Isa Koigen, puede con toda probabilidad deducirse que las últimas horas de aquel día invernal moscovita, ya oscuras, Lotte Germaine no las pasó en la calle, sino en su habitación de hotel, y que de este modo fue testigo del intercambio verbal descrito anteriormente.

La gripe de Charlotte, aunque muy plausible, es inventada.

3. El vecino

—Charlotte—

En 1917, año del Octubre Rojo, los bolcheviques introdujeron el calendario revolucionario: la semana de cinco días más un complicado sistema de días libres para ciertos grupos de trabajadores alternativamente. Se esperaba minimizar así las horas punta y aumentar la productividad laboral. Sobre todo había que desterrar de una vez por todas el calendario bíblico de la vida del joven Estado, que pretendía cambiarlo todo, pero todo de verdad. Un Estado que en el fondo se había creado para abolirse a sí mismo, lo cual ocurriría cuando los trabajadores gestionaran las fábricas que les pertenecían, cuando ya no hubiera explotadores de los que él, el Estado, tuviera que proteger a los explotados. Y eso se llamaba: comunismo.

Entretanto, Stalin ha vuelto a abolir la semana de cinco días y la ha sustituido (con amplio apoyo de la población) por la shestiorka: la semana de seis días con libranzas unificadas los días 6, 12, 18, 24 y 30 de cada mes. La fiesta de Navidad, por supuesto, sigue desterrada del calendario, pero también aquí el timonel de la revolución mundial ha dado un paso atrás ante las necesidades rituales del pueblo, imposibles de erradicar, y en su lugar ha introducido la fiesta de yolka: la fiesta del árbol de Navidad. De pronto, el último día del año, aparecen árboles de Navidad por todas partes, para gran incomodidad de Wilhelm, que considera esa cosa verde un espantajo religioso. Hasta en el gran restaurante del Metropol hay un árbol adornado muy artísticamente y el personal se está preparando para el gran baile de gala de fin de año.

Las entradas para el baile se vendían ya desde octubre. Charlotte no creía entonces que pasarían la nochevieja aquí. Pero, ahora sí que sí, el año termina y las entradas están agotadas.

Reciben el año nuevo en la Plaza Roja. Salen tarde para no pasar mucho frío en la calle. La plaza ya está llena de gente. Cuanto más se acercan a la torre Spásskaia, más llena está. En cierto punto se rinden, quedan atrapados entre la multitud. Sobre su cabeza está el aliento humeante de la masa. El ambiente es de excitación, bullen

las voces, la gente lleva encima shampánskoie y vodka. Todos parecen anhelar impacientemente el nuevo año, todos quieren deshacerse del año anterior, del horrible, estúpido y triste año 1936. También Charlotte aguarda las campanadas como una salvación, incapaz de reprimir su antigua y tenaz tendencia supersticiosa, que le susurra al oído que no es casualidad que las campanadas que aguardan vengan precisamente de la torre Spásskaia, la «torre del Salvador».

Llega el momento: los cuatro cuartos que, a decir verdad, suenan un poco como si una llave inglesa se hubiera caído en los engranajes del reloj. Aún más severa suena, después de ese estruendo, la primera campanada, para nada salvadora, sino más bien como un dios implacable martilleando el cielo nocturno congelado. El resto de las campanadas se hunden entre los vítores. Ante la muralla del Kremlin, roja brillante, un juego loco de sombras: revientan los corchos del champán. Se alargan los brazos, las gorras se tiran al aire, es dudoso que encuentren el camino de vuelta a las cabezas de sus dueños. De repente parece que todo el mundo se conoce. Brindan, la gente se pasa las botellas, se abrazan. Charlotte cierra los ojos, se apoya en el hombro robusto de Wilhelm. Su abrigo huele a humedad y un poco naftalina. Desde lejos, a través de los vítores decrecientes, oye las campanas de la torre Spásskaia repicando la Internacional. Algunas personas aquí y allá la acompañan bramando y ella escucha por la oreja derecha cómo Wilhelm, suave y mal y tristemente, se une también a ese coro disperso:

Arriba, parias de la Tierra.

En pie, famélica legión.

Atruena la razón en marcha,

es el fin de la opresión…

Y entonces llega, el ansiado 1937. Los moscovitas encienden las velas de sus árboles de Navidad. Los niños rompen tazas con la inscripción «1936». Cae la nieve. La gente hace cola. Hace cola para

el pan, para la verdura, para la carne, para los zapatos, para el papel higiénico, para el jabón, para los trajes, para la ropa interior, para las galletas, para los dulces, para las pinzas de la ropa, para las radios, para los candelabros, para los bañadores, para los billetes del transporte, para los lápices de tinta, para los libros o para los trineos. Wilhelm sigue yendo a diario a la biblioteca.

Están quitando la nieve de todas partes. La queman, la llevan al Neglinka subterráneo. El Pravda escribe sobre la enorme importancia política y económica de la estadística. De pronto las pequeñas iglesias ortodoxas se rodean de cientos de personas santiguándose a velocidad de vértigo: Navidad según el viejo calendario (como si fuera cuestión de fe cuándo es la noche más corta). En una carta al Comité Central, los trabajadores estajanovistas prometen seguir rindiendo al máximo, también el último año del Segundo Plan Quinquenal. Y en la portada del Pravda aparece una foto de Lion Feuchtwanger… al lado de Stalin.

Un día después, el 10 de enero, el escritor dice en Radio Moscú las siguientes frases sobre su interlocutor, que Charlotte leerá muy pronto en el Pravda y Wilhelm en el Baseler Rundschau:

Me pregunta, finalmente, qué impresión me causó mi encuentro con Stalin.

La primera impresión, la más inmediata, fue la de una sencillez poco habitual. En el curso de una conversación de varias horas, no noté en Stalin ni un solo gesto que pudiera interpretarse como impostado. Cuando habla, Stalin es claro hasta la brusquedad. Es combativo, un buen polemista que defiende con tenacidad cuanto dice. No es excesivamente amable, pero tampoco es susceptible si su interlocutor le ataca.

Habla con una franqueza que impresiona, aunque no carece de cierta picardía casi bonachona. Tiene sentido del humor y es receptivo al humor del resto. Uno entiende enseguida por qué las masas no solo le honran, sino que le aman. Es parte de ellos, ha salido de ellos, el verdadero representante de los ciento sesenta millones de personas de esta Unión Soviética; ni un poeta podría habérselo imaginado más

digno. Es evidente que tiene algunas contradicciones internas y que nada humano le es ajeno. Stalin, tal y como muestra en conversación, no es solo un gran estadista, un socialista, un organizador: es, ante todo, un hombre.

Feuchtwanger se ha mudado a una habitación más luminosa y tranquila en el ala oeste. Parece, sin embargo, insatisfecho, Charlotte le ve en la recepción dictándole a su traductora quejas variadas: de la inservible lámpara de lectura, de la calidad del agua, de los ratones, del olor a naftalina del armario, de la entrega chapucera del correo, de la calefacción templada.

Sin embargo, a Charlotte le calma y le llena de esperanza la presencia del famoso escritor. De algún modo siente que le animan sus aires burgueses. Feuchtwanger es rico y famoso. No es ciudadano soviético ni miembro del Partido. No está pidiendo asilo ni necesita ninguna otra ayuda del Estado soviético. Es un escritor burgués, aunque ciertamente de izquierdas, o al menos liberal de izquierdas, aquí nadie puede darle órdenes ni amenazarle. Lo que ha dicho de Stalin solo puede ser su opinión sincera.

¿Y el sueño? ¿Y la mujer que seguro que no era Isa Koigen? ¿No tendría Lion Feuchtwanger sus razones cuando le mostró la puerta? De un escritor, de un intelectual, de un represaliado por los nazis, no se piensa que sea un ser inhumano sin escrúpulos. Ni un ciego. Ni un cobarde.

Están además las numerosas personalidades que la presencia de Feuchtwanger atrae al hotel. Muchas personas cuya fama se ve aunque no se los reconozca. Tienen presencia de celebridades, hablan, caminan, se ríen como celebridades, eso es todo. Llevan trajes inmaculados y zapatos lustrosos. Los traen en coche, atraviesan el vestíbulo a grandes zancadas, rodeados por secretarios y cortesanos.

Charlotte da un codazo a Wilhelm: ¿No es ese Isaak Bábel? ¿Y ese otro Serguéi Eisenstein? Ese, en todo caso, es Mijaíl Koltsov, el zar soviético de los medios de comunicación, del que se rumorea que tiene buena relación con Stalin. También Nilsen, el cámara de El

circo (que aún no han visto), forma parte del círculo de Feuchtwanger. Y un día Charlotte reconoce a Serguéi Tretiakov, autor de Cheliuskin, el libro que Charlotte siempre lleva en el bolso por si surge la ocasión de leer mientras hace cola.

Decidida, le pide un autógrafo al maestro y este se lo da amablemente. Aún más: adivina por su acento que es alemana y le escribe en el libro:

Para nuestra camarada alemana, Charlotte Germain.

El problema no es la «e» que falta en Germaine. ¿No tendría que haber fingido ante él, un extraño, que era suiza? Agua pasada, ya no le importa a nadie.

Llega otra buena noticia. Justo cuando Wilhelm ha aceptado tácitamente el uso del calentador por inmersión —esto hace que Charlotte piense incluso en colocar un fogón en el baño—, la dirección del hotel les comunica que, a partir de ese momento, su almuerzo correrá a cargo del restaurante del Metropol. En la recepción les entregan los talones correspondientes.

Cierto es que las comidas resultan ser sencillas (es evidente que se trata de la comida del personal, que a ellos, con subliminal desprecio, una vez se ha aplacado el ajetreo del almuerzo, les sirve a las tres y media en la parte trasera del restaurante una camarera que probablemente preferiría estar almorzando ella misma); las bebidas hay que pagarlas aparte. Es un poco humillante que ellos —junto a Murányov, el viejo Fainstein, a quien Charlotte no puede saludar, y algunos desconocidos— figuren ahora entre los huéspedes de segunda clase, mientras que la rusa charlatana y su Vasia, así como la joven mujer francesa de Veger, el miembro del Politburó, coman a las dos en la parte delantera del restaurante, por no hablar de Feuchtwanger y su séquito, que a las tres y media a menudo están todavía riendo y alborotando delante de los menús que ya se han zampado, y que aun habiendo sido zampados ya, tienen un aspecto más apetitoso que la comida de talón que les

sirven a Charlotte y a Wilhelm… Sin embargo, solo el hecho de que no se hayan olvidado de ellos, de que se ocupen de ellos, es buena señal, y Charlotte se recrimina a sí misma su creciente envidia hacia los más privilegiados.

Wilhelm afronta todo con estoicismo. Come lo que le ponen. No se queja nunca. Sigue desfilando a la biblioteca con cualquier temperatura y regresa con historias de éxitos en el frente de producción. Solo cuando Charlotte cae enferma interrumpe de forma ocasional su rutina y hace colas para conseguir comida; de momento solo ha conseguido un par de remolachas y dos botes de pepinillos encurtidos que alaba profusamente.

La novedad es que por las tardes ha empezado a escribir una carta: a Müller-Mélnikov. Escribe a mano, pues, por supuesto, no tienen máquina de escribir. Primero redacta borradores con un lápiz que afila cuidadosamente. A Charlotte a veces le parece que pasa casi todo el tiempo sacando punta al lápiz. Ya ha sacado punta a la mitad del lápiz y ha desperdiciado una cantidad considerable de valioso papel (solo se puede conseguir papel para escribir con un justificante que diga que lo necesitas para el trabajo). Pero una y otra vez se le ocurre un cambio, una mejora que a ojos de Charlotte no aporta nada, y vuelve a empezar. Una y otra vez. Y siempre con la fórmula de saludo, como si también necesitara practicarla.

Charlotte intenta seguir leyendo Cheliuskin y anota responsablemente las palabras desconocidas. Es curioso: enero acaba de llegar también en el libro. Hace tanto frío que el aceite de las tuberías se congela. Hace tiempo que el Cheliuskin está rodeado de hielo y va a la deriva, sin piedad, hacia el norte. En comparación las temperaturas en Moscú son moderadas, aunque es mejor quedarse en casa. Solo de vez en cuando, sobre todo los días que enfrente hay clase de baile, van —casi siempre «sin más»— al Praga o al cine Udarnik, donde en una ocasión, después de un maravilloso concierto previo, por fin ven El circo, una emocionante historia sobre una hermosa artista americana que, mientras está de gira por la Unión Soviética representando el número Vuelo a la luna, se enamora de un artista ruso.

A Charlotte le molesta un poco que el malo de la película sea precisamente alemán. Es el inventor del número Vuelo a la luna y

chantajea a la mujer porque ha tenido un hijo ilegítimo con un negro. Pero resulta que ese niño ilegítimo no representa inconveniente alguno para el artista ruso enamorado. La artista decide quedarse en la Unión Soviética y Charlotte se seca avergonzada las lágrimas de los ojos.

Por desgracia, la música de piano en la cámara de los boyardos no se limita a dos días. En tardes imprevisibles, la esposa de Veger, el miembro del Politburó, esa mujer esbelta y de apariencia nada soviética, usa el piano recién instalado para ensayar unas sonatas horribles, atonales; y protestar no se puede. Pero también a eso encuentra Charlotte una solución: se larga al café Metropol, que casi siempre está relativamente vacío porque las personas de fuera creen que hay que pagar en divisas. Pide un té negro y lee el Pravda que está a disposición de los clientes, lo cual, tras dos o tres visitas, se convierte en un hábito que le encanta y que además puede justificar ante Wilhelm: también ella tiene derecho a informarse.

Para ser francos, no se lee todo. De hecho, no se lee nada, solo ojea los artículos más importantes. Lee los titulares. Intenta entender la ponderación de los temas y evaluar el ambiente general. Y muy de pasada desliza los ojos por las columnas en busca del nombre I s a K o i g e n.

No lo encuentra. En su lugar encuentra un día a un barrigudo con bigote hitleriano embutido en un uniforme militar, y aunque es cierto que duda un momento, después, a más tardar cuando lee el pie de foto, le queda claro de quién se trata:

Coronel General Vasili Vasílievich Úlrij, presidente del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS

El hombre que condenó a muerte a Alexander Emel. El ocupadísimo Vasia. Y pronto, en pocos días, Charlotte sabrá por qué el pobre Vasia está tan ocupado. La campaña ya ha comenzado. La campaña para el nuevo juicio: el Juicio contra el Centro Antisoviético Trotskista.

4. Revelación

—Vasili Vasílievich—

Hay humo en la habitación, como si acabara de haber un incendio. En la mesa larga, bajo el retrato de Stalin, se sientan nueve caballeros encorvados: el larguirucho Braude y los otros dos abogados defensores cuyos nombres Vasili Vasílievich olvida todo el rato; además, el guaperas de rizos morenos Vóronov y el descolorido Póstyshev, esos dos «expertos» que Vyshinski incluyó tras el percance del Bristol en el primer juicio, y otros cuatro caballeros uniformados: el juez presidente adjunto Matulévich, que guiña un ojo por los nervios, Rychkov, miembro también del tribunal militar, el secretario silente Kostiuchko y el propio Vasili Vasílievich.

Vyshinski está de pie. Para ser más precisos, camina arriba y abajo, ora a espaldas de Vasili Vasílievich, ora por el lado opuesto.

Son las dos de la mañana. Vasili Vasílievich ya no sabe ni cómo ponerse en la silla. Lleva todo el día sentado, la vista volvió a durar hasta pasadas las diez. Están aquí desde entonces. Vasili Vasílievich se pregunta qué piensa el resto. Si ellos también piensan que están aquí para enmendar los errores de otros. Los errores del Infalible.

Por alguna razón está bastante seguro de que ha sido idea de Stalin. Las dos décadas de militancia en el Partido han moldeado su instinto. Lo siente, lo huele: Vyshinski se comportaría de otra forma si se tratara de un error suyo. Es paradójico, pero probablemente estaría gritando como loco. Dejaría claro a todos que, si quisiera, estaría en condiciones de encontrar un culpable. Ahora, sin embargo, llama la atención la lacónica obstinación con que está tratando el asunto. Incluso escucha cuando alguien dice algo, intercala preguntas impacientes e interrumpe sin transición cuando una propuesta resulta inútil. Se trata de un problema doble: hay que corregir algo, pero no está permitido corregirlo; y, en realidad, tampoco puede corregirse.

Están de acuerdo en proponer a Stalin un «interrogatorio adicional» al acusado Piatakov. Pero ¿cuál será el resultado de ese

interrogatorio?

Un mapa de Noruega, de la parte sur, está sobre la mesa. Trotski vive en Hønefoss, unos pocos kilómetros al norte de Oslo. El larguirucho Braude señala un lago al sur de Hønefoss.

Tyrifjorden, deletrea. Camarada fiscal, ¿y si era un hidroavión?

Mira a Vyshinski. Vyshinski mira a Vóronov.

¿Y si el lago estaba helado?, pregunta Vóronov.

Braude, astutamente: ¿Y qué hay de los patines? Como los que utilizaron los camaradas pilotos de salvamento durante el rescate del Cheliuskin.

Qué tipo más estúpido, este Braude. Vasili Vasílievich ya no aguanta más, abre las actas de los interrogatorios del 23 de enero, publicadas en el Pravda, para que todos las vean, aquí las tenéis: el aparato, según declaró Piatakov, aterrizó sobre las tres de la tarde en el aeródromo de Oslo.

Vyshinski lo mira, fugazmente pero lleno de odio. Como si fuera su culpa. Si fuera por él, por Vasili Vasílievich, nada de esto habría pasado. Algunas reuniones en el extranjero. Entregas, enredos, vuelos… Una estupidez confusa.

Más sugerencias, dice Vyshinski.

Todos se inclinan. Fingen que están cavilando. Pero qué queda por pensar. Solo se puede rezar ya… Él lo pensó en su momento, tras el percance del Bristol: le cortan la cabeza, asunto arreglado. Semanas después del juicio aún seguía esperando que pasara. Que lo relevaran de su puesto. El procedimiento habitual: primero relevo, después ejecución. Y entretanto atrapado en el nirvana… Como Yagoda, el jefe de la policía secreta. Relevado en septiembre. Aún no lo han detenido, aunque todos saben que tiene los días contados. Solo imaginárselo es espantoso. Él, Vasili Vasílievich, preferiría pegarse un tiro.

¿Y si no hacemos nada? La voz de Matulévich, el pelota.

Fantástico, dice Vyshinski. Ahora mismo llamo al camarada Stalin y le propongo no proponer nada.

Aniquilado. Con suerte Matulévich cerrará el pico el resto de la noche. Aunque tiene razón, piensa Vasili Vasílievich. Cualquier cosa que hagan solo empeorará las cosas. Y eso que, supuestamente, este segundo juicio despejaría todas las dudas. ¡Llamaron a «expertos» adicionales para comprobar los hechos! ¿Y qué retocaron, Vyshinski y sus expertos, de las declaraciones? Al parecer creían de veras que la cosa estaba atada y bien atada. Stalin ordenó que convocaran a más periodistas que para el primer juicio. Hasta se organizó todo para que coincidiera con el viaje del tal Feuchtwanger. ¡Y el tal Feuchtwanger, de hecho, vino! Y se sentó en el Salón de Octubre y escuchó al acusado Piatakov «admitir» que el 12 o 13 de diciembre de 1935, durante su visita a Alemania, voló con un avión especial a Oslo para reunirse con Trotski.

Y hoy el periódico noruego Aftenposten informa de que, según la autoridad aeroportuaria, ni un solo avión extranjero aterrizó en Oslo en diciembre de 1935.

Y quién dice, dice Kostiuchko, que normalmente no dice nada, quién dice que era precisamente ese.

Vyshinski, impaciente: ¿Cómo ese?

Quiero decir, camarada fiscal, ¿es que no hay más aeropuertos cerca de Oslo?

Vyshinski mira a Vóronov. Vóronov piensa. Claro, hay otros dos o tres aeropuertos no muy lejos. Pero ¿podría aterrizar un avión de pasajeros en alguno de ellos?

Vyshinski: ¿Está eso, lo del avión de pasajeros, en las actas?

No está, Vasili Vasílievich lo sabe. Pero ¿para qué elegir otro aeropuerto? Las otras autoridades aeroportuarias, piensa, negarán igualmente el aterrizaje de un avión extranjero.

No debemos señalar de qué aeropuerto se trata…

Kostiuchko, animado porque Vyshinski no le haya despachado sin

más, se vuelve de repente locuaz. ¿Cómo va a saber Piatakov dónde aterrizó el avión? Declaró que desde allí había aproximadamente media hora en coche a Hönnefuss, o como se llame… Aproximadamente media hora… Que bien podrían ser tres cuartos de hora… O incluso una hora.

¿Y si ese Aftenblatt consulta una por una a todas las autoridades aeroportuarias del entorno, o incluso a todos los aeropuertos de Noruega?

Póstyshev se gana una mirada. Vyshinski vuelve a pasear arriba y abajo por la habitación. Se detiene, mira el reloj. No se sabe si habla a los presentes o para sí mismo: Oslo… Que se quede en Oslo… Al menos ganamos tiempo… Un pequeño avión de pasajeros podría aterrizar en otra parte… ¿O no? ¡Vóronov!

Vóronov duda. Los otros se agazapan. Nadie quiere asumir la responsabilidad de nada.

Estoy, por supuesto, de acuerdo con usted, camarada fiscal, dice Vóronov, aunque, por otro lado, en este momento no puedo garantizar… Quiero decir, en principio, si me lo pregunta así… Un avión pequeño… Depende del tamaño del avión.

Vyshinski apaga el cigarro. Se queda unos instantes en esa extraña posición, inclinado sobre el cenicero. Después va hacia la puerta, la abre un poco y grita: ¡Póngame con el camarada Stalin!

Coge el auricular. Todos apagan los cigarros, se sientan derechos. Se sacuden de las mangas copitos de ceniza. Matulévich se abrocha el botón superior del uniforme. Solo Vyshinski permanece inmóvil, con el auricular en la oreja. Es tal el silencio, que parece oírse el crujido de la línea. Y entonces… La voz de Stalin. Fina y metálica, pero LA VOZ DE STALIN.

Es un misterio cómo hasta esa voz metálica y apenas audible a través del teléfono ejerce su efecto. Cómo se encoge todo, cómo se encogen todos, incluso Vyshinski, aunque este ahora se hincha, intentando mantener la compostura.

Vyshinski presenta a Stalin de un modo engorroso la propuesta de

Kostiuchko, no sin subrayar que, básicamente, no altera nada de la propuesta original, que el aparato aterrizó en Oslo, solo que, siendo precisos, aterrizó cerca de Oslo. Suena todo tan penoso que Vasili Vasílievich siente náuseas. Pero entonces Vyshinski se interrumpe y a Vasili Vasílievich le parece oír la voz de Stalin:

Hagámoslo así.

Suena un clac en el auricular. La tensión del rostro de Vyshinski se relaja. Suelta el auricular como si fuera una granada de la que aún duda que no estalle y después repite, reprimiendo su alivio:

Hagámoslo así.

Vasili Vasílievich no lo tiene muy lejos: trescientos metros. Despide al conductor que espera en la salida lateral. Quiere pensar. En realidad ya no hay mucho que pensar, la decisión está tomada. Stalin, con una facilidad casi sospechosa, ha dicho que sí… ¿Qué significa eso? Vasili Vasílievich no lo entiende. Nadie creerá sus excusas. ¡Un interrogatorio adicional al final del proceso! Apesta a mala conciencia. ¿Y qué va a cambiar? Mañana el caso estará en toda la prensa internacional. Todos lo publicarán. Será como el percance del Bristol, solo que peor. Porque es la segunda vez. Una reincidencia. Nada peor que una reincidencia. Ya entonces se preguntó cómo era posible que quedara gente en el extranjero que aún creyese en la legitimidad de ese juicio…

A Vasili Vasílievich se le escapa una vulgar blasfemia. ¿Se puede saber a quién se le ocurrió lo del Bristol? El acusado Glozmann se reúne con el hijo de Trotski en el Bristol de Copenhague… Fantástico, maravilloso. ¡Solo había que comprobar antes si el hotel aún existía!

Vasili Vasílievich gira a la izquierda en Ojotny Riad. El frío helador le pellizca la nariz, le lloran los ojos. Pero qué frío hace. Hasta las obras del metro frente al teatro Bolshói han parado, es probable que la tierra esté demasiado dura, vete a saber. ¿O es que a los albañiles se les congelan los dedos? ¿Son de verdad convictos quienes están construyendo el metro? Anda ya, en el centro de la ciudad. Hay que

ver las tonterías que se le ocurren a uno por la noche… ¡Convictos! Piensa otra vez en Yagoda. Que hizo que sus presos erigieran un monumento en su honor en la entrada del Canal del Mar Blanco… Menudo cerdo. Que le hubieran erigido un pene así de grande. ¡Te lo van a cortar pronto, amigo! Firmarás las confesiones… y ¡bang!

A la ejecución de Yagoda asistirá sí o sí, piensa Vasili Vasílievich. Si todavía está en el cargo. Cruza la calle, va directo al monumento a Danton que acaban de erigir en la Plaza de la Revolución. Cosa rara: solo está la cabeza, como decapitada. ¿Es una advertencia? ¿Otra broma macabra de Stalin?

Una mujer va hacia él. Una mujer joven, ¿cómo puede ser? Sola, en plena noche. Ni un alma a la vista. Solo esa mujer. ¿Qué hace aquí? A esta hora solo andan por ahí los cuervos negros del NKVD. Por un momento Vasili Vasílievich cree reconocer a la hermosa alemana que vive en el hotel desde hace poco. Con ese saco de huesos que tiene por marido. Komintern, dice Ánnushka. Pero ¿por qué viven aquí? ¿Por qué no viven en el Lux? Ve la cara de la mujer solo de pasada, en realidad solo los ojos. Llenos de lágrimas. ¿Por el frío?

Se detiene, la sigue con la mirada. No, no es la hermosa alemana. Pero la conoce de algo. ¿Es la mujer de ese fiscal encarcelado que vino a verle hace unos días? ¡Es un error, una denuncia falsa! ¡Mi marido es inocente! Algunos escriben incluso a Stalin. Creen que no sabe nada. Oh, sí, qué inteligente es nuestro camarada Stalin. Dentro de poco hará que arresten a Yagoda. Y todos respirarán aliviados. Pensarán: ¡Yagoda era culpable! ¡Por fin!

¿Y si Stalin piensa hacer lo mismo contigo, querido Vasili Vasílievich, y con Vyshinski, y con toda la tropa que estaba sentada hoy en la mesa, preocupándose por un avión que no existe?

Acaba de llegar al hotel, pero aún no ha acabado con lo de Stalin. ¿Por qué está tan tranquilo? ¿Qué trama? ¿No le importa lo que piensen en el extranjero? Ciertamente, tales noticias no llegarán a la Unión Soviética. Como mucho a través de la BBC, pero ¿quién escucha eso? ¿Quién sabe inglés en Rusia? Aunque… ¿y si Feuchtwanger se entera? Y seguro que al final se entera. Si de repente se pone a escribir cosas. O si dice algo por la radio. Sería horrible.

El portero lo saluda con una profunda reverencia, vestigio de la época zarista. Debería abolirse, pero él no puede ocuparse de todo. Vasili Vasílievich sube al segundo piso, esto es, según la cuenta rusa, solo un tramo de escaleras, pero hasta esto de pronto le cuesta mucho trabajo.

Ánnushka está dormida, claro. Le ha dejado unos pirozhkí, un gesto amable, aunque no es precisamente comida de reyes. Antes de comerlos, Vasili Vasílievich bebe un trago de vodka y va al baño. Está demasiado cansado para ducharse, pero, si no lo hace, Ánnushka se quejará del olor a tabaco. Así que se ducha, pero el agua está fría, tibia en el mejor de los casos, maldita sea, y llena de mierda.

Bebe otro trago de vodka, que no está tan frío como debería porque Ánnushka lo ha dejado dentro y no en el balcón. Pero los pirozhkí sí están fríos. Fríos y grasientos. La carne reducida, la masa correosa. Mastica con parsimonia, de pie. Mira a la Plaza de la Revolución. Busca con la vista a la joven con la que se ha cruzado al venir; en vano. Está amargado, tanto que le cuesta tragar. Qué vida esta. Es el presidente de la Corte Suprema de la Unión Soviética, señor de la vida y la muerte. Dicen que Yagoda hacía «ofertas» a esas mujeres. Al parecer tenía hasta una colección de fotos pornográficas. Y algún juguete sucio traído de la India.

¿Y él, Vasili Vasílievich, qué tiene?

Tiene sus mariposas. Ensarta mariposas, como hace Yagoda con las mujeres. Si es que tiene que reírse. Hasta por eso le regaña su mujer. Ni una sola vez la ha engañado, a su Ánnushka. Pero ella le abronca por cazar mariposas. Una disputa matrimonial, el año pasado en Crimea. ¡Me estás arruinando las vacaciones! No, no lo entiende, claro. Es cierto que es difícil de entender. En realidad nadie lo entiende. Esa inquietud que te saca de la cama a las cinco de la mañana. La codicia enfermiza que se apodera de ti cuando descubres un ejemplar raro que extiende las alas entre convulsiones para calentarse al sol…

A finales de verano, justo después del juicio, atrapó una rabicorta w-blanca. ¡En Kúntsevo! Hay que ponerse en situación. La mariposa más rara, con la famosa W blanca en la zona postdiscal. ¡Dos W!

Una en cada ala: Vasili Vasílievich, ¡dos veces sus iniciales superpuestas! Por desgracia, el dibujo está en la parte inferior del ala. ¿Colocarla del revés? Qué tontería.

Ahora se acuerda: ¡pero si la mariposa sigue en el frasco! Ojalá aún pueda colocarla. A no ser que Ánnushka… El horror se apodera de Vasili Vasílievich, querría ir ahora mismo a ver cómo está la rabicorta w-blanca. Pero el frasco está en el otro cuarto, donde está dormida Ánnushka.

No, no haría eso. En realidad no es mala. Solo caprichosa. Mimada. El problema es que no tiene nada que hacer, eso es todo. Pero nada de nada, ni siquiera tiene que cocinar o limpiar. Antes trabajaba: en la secretaría de Lenin. Solo dos años, pero le bastó para el resto de su vida. ¡Trabajaba en la secretaría de Lenin! ¿Qué hacía allí? No importa. ¡Trabajaba en la secretaría de Lenin! Y la gente se queda boquiabierta. Él también se quedó boquiabierto. Pero podría ponerle algo de comer: dos pirozhkí, maldita sea, ¿qué soy, un periquito? ¿O es que está otra vez con las indirectas? Porque ella misma está gorda como un cerdo criado en casa.

Vasili Vasílievich agarra el teléfono, llama a recepción: si pueden subirle a la habitación algo de comer.

No, lo siento, dice la señorita, el restaurante está cerrado.

Vasili Vasílievich repite: Escuche, señorita, soy Vasili Vasílievich Úlrij. Habitación 205. ¿Me entiende? Vengo de trabajar, necesito comer algo.

La señorita: El restaurante está cerrado. No puedo hacer nada, de verdad.

A Vasili Vasílievich le entran unas ganas repentinas de decir algo indecente. Algo absurdo, una marranada. Pero, por supuesto, cuelga. El corazón le late con fuerza. Bebe otro trago de vodka. Después se quita el albornoz y se va a la cama.

No hay manera de dormirse. Ánnushka gruñe suavemente, no puede decirse que ronque. A veces cacarea en sueños como los gatos cuando ven un pájaro. Ya ni se acuerda de la última vez que le dejó

tocarla. A decir verdad, tampoco tiene ya ganas. No es porque esté gorda. No es porque gruña ni porque a veces, mientras duerme, se le caiga la baba por la comisura de los labios. Es cómo le trata. Que le haga sentir a todas horas que se lo debe todo. Y que se meta tanto con él, aleccionándole todo el rato. Hasta cuando se acuestan lo hace: Vamos, gordito, un esfuerzo más. ¡Pellízcame aquí, agárrame fuerte, dame un palmadita en el culo! Se le quitan las ganas. Hasta de darle. ¿Por qué tiene él que aguantarlo todo? Los demás hacen lo que quieren. Yagoda engaña a su Ida con las mujeres de los detenidos. Mólotov se ha agenciado a una bailarina del ballet Bolshói. ¡Muy populares entre los camaradas, las bailarinas del ballet Bolshói! Quién sabe, puede que hasta Vyshinski se haya echado una.

Aunque no lo cree. Ese solo piensa en su progresión: pedalada a pedalada. Querrá llegar al Politburó, quién sabe. Y la propiedad le interesa, oh, sí. Cómo le birló la dacha a Serebriakov, increíble. Y todavía no le han condenado. Y lo mejor de todo: Vyshinski se las arregló, no se sabe cómo, para cobrar la parte de la cooperativa. ¡Pagada por Serebriakov! Y ahora la cosa es pública y está reformándola con cargo al Estado: seiscientos mil rublos. ¡Ver para creer! Hace caja construyéndose una villa de lujo. ¡Y qué ubicación! Con vistas al río, ni el mismísimo Stalin podría soñar con algo así. No es que te vaya a salir el tiro por la culata, querido Vyshinski. Pero es delito. Y está feo. Él mismo, Vasili Vasílievich, no estaría cómodo en una propiedad construida a base de mangancia. Y la mujer de Vyshinski tampoco es que le vuelva loco: Kapitolina Isídorovna, así se llama: largirucha, delgada, todo lo contrario a Ánnushka. Y le saca una cabeza a Vyshinski. Nada, una mujer así tampoco la querría.

Por otro lado, alguien tiene que vivir allí cuando Serebriakov muera. Y estará muerto exactamente en tres días. Es raro que no le condenaran ya en el primer juicio. Era un trotskista de los de verdad. Firmó la Declaración de los 46. Quería derrocar a Stalin, ya entonces, antes de que lo desterraran. Pero después, claro, agachó la cabeza, pidió clemencia, o sea: la readmisión en el Partido. Un hombre roto. Después lo amenazaron con ir a por su hijita de trece años y eso bastó para que lo confesara todo.

Ánnushka, sobresaltada, da un respingo y su tono es de pronto cortante:

¿Vasia?

Mueve la mano, buscándolo a tientas. Le golpea delicadamente en la nariz.

¿Qué hora es?

Ni idea.

¡Cómo no vas a saber qué hora es!

Las cuatro y media, dice Vasili Vasílievich.

¡Ay, Dios! Ánnushka se da la vuelta y da un quejido. Suena a reproche. ¡Como si el tiempo fuera cosa suya! Vasili Vasílievich vuelve a estar amargado ante tanta injusticia. Pero Anna Davídovna vuelve a gruñir. Duerme, dejándolo en la soledad de su mitad de la cama. En su perecedero cuerpo, navegando suavemente como en una vieja barcaza. ¿Y hacia dónde navega el camarada Úlrij, presidente del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS?

Nada hacia afuera, a la Plaza de la Revolución, donde se le acerca la llorona, la aparición nocturna. Pero, en lugar de pasar de largo, en lugar de girar alrededor de él, se detiene, se queda quieta. Le pregunta si no es él Vasili Vasílievich Úlrij, presidente de la Corte Suprema. Si no podría ayudarla, han detenido a su marido, es inocente, claro, un comunista convencido, entregado a la causa. Y Vasili Vasílievich, que suele quitarse de encima a las mujeres de los detenidos siempre con la misma frase —Puedo darle dinero, pero no ayudarla—, toma en sus garras la manita fría de la solitaria mujer y la mira profundamente a los ojos: Podría intentarlo si usted, quizás, por su parte… ¿Cómo se dice ahora? ¿Hacer un gesto de buena voluntad? ¿Estar dispuesta a ciertas contraprestaciones? O directamente: ¿Qué estaría dispuesta a hacer por su marido?

Y la mujer dice: Lo que sea.

La excitación, ya casi olvidada, comienza entre las piernas, bajo el escroto: una contracción y un hormigueo, y después siente una

tensión inesperada en la polla. Se palpa, comprueba: una erección de campeonato. Se rodea la polla con la mano. LO QUE SEA: la mera frase lo excita. Aún no sabe qué hacer con esa preciosa rigidez, aparte de que, por favor, lo repita: ¡LO QUE SEA! Y otra vez: ¡LO QUE SEA!

¿Y después? Vasili Vasílievich se gira con cautela hacia su legítima esposa y mete entre las piernas de ella la mano con la que se acaba de agarrar la polla. Pero Ánnushka empieza de inmediato a refunfuñar y a crisparse como si quisiera espantar un insecto enojoso, y cuando él, después de haber dejado la mano inmóvil durante un rato, lo intenta de nuevo, ella, aún dormida, se da la vuelta bruscamente y le clava la rodilla en el costado.

Todo desaparece: la preciosa rigidez, el cosquilleo y los tirones casi olvidados, la excitación ante ese LO QUE SEA, imposible de revivir una vez que el dolor cede.

El primer tranvía pasa por la Plaza de la Revolución poco después de las cinco y media. Comienza el día. Vasili Vasílievich gira su perecedero cuerpo sobre un costado y se echa el edredón por encima de la oreja.

El despertador suena a las diez, lo apaga de un golpe. Parece seguir pitándole en los oídos. Es inútil, en dos horas comienza la sesión. Vasili Vasílievich sale de la cama levantando las piernas, se endereza, se tambalea hasta el armario. En la esquina inferior derecha está la gran bolsa donde guarda su equipo. Se arrodilla, mete la mano en la bolsa, saca el frasco de las mariposas: ¡Ahí está, intacta! Vasili Vasílievich gira el tarro con cuidado hasta poder ver la doble W: Después del juicio tendré tiempo para ti, cariño.

En el vestíbulo está sentado ese Feuchtwanger con una horda de alemanes, o que en todo caso hablan alemán, ruidosos y desinhibidos. Y aunque, al igual que el día anterior en el juicio, Vasili Vasílievich lleva uniforme, Feuchtwanger no parece reconocerle. Su mirada le pasa de largo y Vasili Vasílievich se ofende hasta el punto de olvidar recoger su ejemplar del Pravda en la recepción.

Ánnushka aún está en el restaurante charlando con esa señora Veger, mujer extraña. Habla francés con sus hijos, como los aristócratas en la época zarista. Su marido es miembro del Politburó, a pesar de lo cual a Vasili Vasílievich no le gusta ver a su mujer cotorreando con ella. Tampoco le gusta que cotorree con otras personas. Tiene la lengua demasiado suelta, cualquier día se le suelta demasiado.

Vasili Vasílievich dedica una sonrisa rápida a la señora Veger y se vuelve directamente hacia Anna: que si ha recogido ella el Pravda, pregunta. Anna le mira sorprendida.

¿Por qué yo?

Si viene la camarera, quiero blinís, seis con caviar, seis dulces, dice Vasili Vasílievich.

¿Doce?

Doce. Y café.

Se da la vuelta, dejando que ella sienta con calma el reproche, y regresa a la recepción. Le siguen pitando los oídos, ¿o es la arpista? También eso son vestigios.

La cuadrilla de Feuchtwanger se está yendo. Caramba, pero si el juicio no empieza todavía. ¿O es que no van a ir? Está a punto de chocarse con Feuchtwanger. Hasta ahora, que está de pie, no había visto lo menudo que es: un hombrecillo de voz ronca. Aunque no tiene la culpa de que casi se hayan chocado, Vasili Vasílievich se disculpa. Feuchtwanger responde algo en alemán, breve y condescendiente, y se vuelve con voz ronca hacia sus amigotes.

Cuando Vasili Vasílievich vuelve a la mesa con el Pravda, la señora Veger ha desaparecido y Ánnushka le echa la bronca:

Tú y tu mal humor espantáis a todo el mundo…

Vasili Vasílievich abre el periódico.

¿Es que no escuchas?

Justo en el momento en que descubre el nombre de Lion Feuchtwanger encima de un artículo, Anna pone la mano sobre el periódico.

Estoy hasta arriba de trabajo, dice Vasili Vasílievich.

¿Y por eso tienes que leer el periódico en el desayuno? Estoy aquí sentada. Puedes prestarme atención. Ni que fuera aire. ¡Qué va a pensar la gente!

¿La gente? ¿Pensar? ¿De qué está hablando? Si todavía no ha empezado a desayunar.

Todavía no he empezado a desayunar, dice Vasili Vasílievich.

Anna Davídovna quita la mano del periódico. Su cara adopta esa expresión de dolor tormentoso que tanto teme Vasili Vasílievich. Sabe lo que viene ahora. Vasili Vasílievich inclina la cabeza asumiendo la culpa y hace un nuevo intento de comprender el sentido del artículo que tiene delante, mientras soporta las quejas de Anna:

Nos vemos diez minutos al día… No hablas conmigo… Me abroncas delante de la gente… Solo te preocupan tus mariposas…

La culpabilidad de los acusados ha sido ya probada en gran medida… Vasili Vasílievich comprueba a toda prisa si se le ha pasado algo: una palabrita de nada como no, por ejemplo…

Ni siquiera me miras, oye decir a Anna Davídovna. Esta mañana aún no me has mirado ni una sola vez. ¿Para quién te crees tú que voy al peluquero?

Vasili Vasílievich levanta la vista. Es cierto, lleva un nuevo corte de pelo. Ahuecado, podría decirse. Y parece que además un tinte rojizo… ¿o siempre ha sido así? Ahora toca sopesar cada palabra. ¿Negar o admitir? Problema: afirmar que ya había reparado en su nuevo corte de pelo puede resultar aún más ofensivo, dado que no ha comentado nada.

Ánnushka, lo siento. Ya sabes que ahora mismo tengo mucho lío. Hoy he dormido tres horas. Me arden los ojos, tengo la cabeza como

un bombo. No tengo ni idea de cómo sobreviviré al día de hoy.

¡Venga ya, ahora te quejas!

Vasili Vasílievich se queda mudo un momento. Le pitan los oídos, casi desea que le dé un ataque allí mismo para poner a Anna en evidencia. Pero no le da ningún ataque, y decide ponerse serio.

¡Anna! Está a punto de llamarla Anna Davídovna. Debo cumplir con un importante cometido social. El camarada Stalin…

Pero, antes de poder llamar a Stalin como testigo en su disputa matrimonial, Anna le interrumpe:

Claro, ¡qué importante eres tú! Y yo, basura. El trabajo sucio sí puedo hacerlo. Ocuparme de la casa, de la dacha. Ya puede caerse el tejado que tú ni te enteras. Y los muebles nuevos…

Anna, por favor, no empieces, delante de la gente…

¿Qué gente? Si solo estamos tú y yo.

Vasili Vasílievich mira a su alrededor: es cierto, de pronto son los únicos del restaurante. Hasta la arpista ha desaparecido.

Anna Davídovna pesca una servilleta de la mesa vecina y, con cuidado para que no se le corra el maquillaje, se seca las lágrimas acumuladas en el rabillo del ojo. Vasili Vasílievich vuelve a sentirse mal.

Lo siento, Ánnushka. En cuanto termine el juicio iremos a Crimea…

Se da cuenta de que ha dicho una bobada: ¡en febrero a Crimea!

En verano, digo. En verano, a Crimea. Sin el equipo de cazar mariposas, lo prometo.

No prometas nada que no puedas cumplir, dice Anna Davídovna.

Y es probable que tenga razón. Vasili Vasílievich se avergüenza porque sabe que meterá a hurtadillas en la maleta su equipo de cazar mariposas, le avergüenza su sigilosa huida en la mañana gris,

su codicia enfermiza, tremebunda, por las criaturas más bellas de la tierra; lo cual no le impide aprovechar las pausas en la conversación para echar una mirada furtiva al periódico.

Bah, lee tu periódico, dice Anna Davídovna. De todas formas tengo cosas que hacer.

Se levanta, se marcha caminando vacilante sobre las piernas rollizas. Vestida no está nada mal, piensa Vasili Vasílilevich. Pero tendríais que verla desnuda.

En cuanto la pierde de vista, se abalanza sobre el artículo como si fuera una fruta robada. Tiene que leer otra vez todo el párrafo para comprender que no se ha equivocado, que Feuchtwanger, de hecho, escribe:

Desde el primer día del juicio se percibe el deseo de que un proceso tan importante se lleve a cabo de forma pausada, digna e impactante. La culpabilidad de los acusados ya ha sido probada en gran medida…

La siguiente reserva es tan ridícula que se invalida por sí misma durante la lectura:

Sin embargo, espero que, en aras de la averiguación definitiva de la verdad, en el transcurso del juicio se aclaren las razones que movieron a los acusados a realizar sus detalladas confesiones.

Vasili Vasílievich dobla el periódico y lo enrolla formando una especie de porra. Después se levanta y camina despacio hacia la salida. Sujeta la porra en la mano. La balancea al ritmo de sus pasos. Le pita el cerebro. Ojalá no le diera de verdad un ataque.

Hasta que no está de camino al juzgado no repara en que ha olvidado sus plinsen. Curiosamente, de momento no tiene nada de hambre. El día es soleado, la nieve está seca y las ráfagas de viento la levantan. También Vasili Vasílievich se siente ligero, casi como si pudiera volar él mismo. En fin, al menos no tiene flatulencias. Los pies le van solos. El aire frío le lija las vías respiratorias y su cerebro ha entrado de puro cansancio en un modo de actividad zumbona.

Vasili Vasílievich tiene una revelación. Le sorprende, pues nunca en su vida ha tenido una revelación. Todos sus saberes los ha tenido que adquirir con esfuerzo, paso a paso. No piensa tan rápido ni con tanta facilidad como otros, esto lo sabe y lo compensa con meticulosidad. Pero ahora se le viene encima. Es grande, demasiado grande como para ponerlo en palabras; en cualquier caso, Vasili Vasílievich necesita casi todo el camino del Metropol a la Casa de los Sindicatos para resumir en una sola frase el núcleo de esa inmensa revelación que le colma por completo, y, aunque la frase suena en comparación mísera y provisional, a Vasili Vasílievich le parece sobrecogedora:

Las personas creen lo que quieren creer.

Con el acento en quieren. Quizás, se le ocurre al instante, siempre lo ha sabido pero sencillamente no se atrevía a pensarlo. Ah, Feuchtwanger, pichoncito mío. No, la fe de la gente no depende de hechos ni de pruebas. Aún peor —y esto es algo así como una segunda parte de la revelación, una mejora—: puedes darles hechos, puedes refutarlos, no sirve de nada. Al contrario: quien quiere creer algo, encontrará el modo. Se colará por el mínimo resquicio que le permita la verdad. Retorcerá y dará la vuelta a las cosas hasta que vuelvan a encajar con sus creencias y toda su inteligencia no le supondrá obstáculo alguno, sino que le ayudará.

Vasili Vasílievich está radiante. Pero qué día, cuánta claridad. El mundo parece abrirse ante él. La gente cree en dioses, la gente cree en cualquier cosa. Discuten como locos sobre si hay que persignarse con dos dedos o con tres. Su madre creía que las ladillas surgían con la suciedad. ¡Intenta disuadirla!

Podría carcajearse ahora mismo en plena calle. Qué curioso: unos creen que el campesinado es una clase reaccionaria, otros creen que

es revolucionaria. Apenas se atreve a pensarlo, pero todas esas disputas en el Partido, las luchas internas, las teorías, los manifiestos, ¿qué es todo eso? El debate sobre el formalismo: ¡discuten por los tonos, por la música! ¿Y qué es, por el amor de Dios, el trotskismo? O estás a favor de Stalin o estás en contra. Punto.

¿Y él? ¿Está él a favor de Stalin? ¿Está a favor de algo? ¿En qué cree? ¿Es uno de esos indocumentados que se autoengañan? Está a favor de Stalin, eso seguro. Pero ¿cree en Stalin?

Cree que no cree en nada. Con esta fabulosa reflexión entra Vasili Vasílievich en la Casa de los Sindicatos: él, Vasili Vasílievich, el infravalorado por todos, el mediocre, el lento, el minucioso; él es el único de la sala que no cree. Llamémoslo ulrijismo. Soy ulrijista, piensa Vasili Vasílievich Úlrij.

Y, a la luz de este nuevo saber, todo le parece un poco más colorido e interesante y a la vez: más ridículo. Las inmensas filas de expedientes metidos unos dentro de otros y los códigos están —¿para qué?— sobre el estrado. Las caras serias y asombradas de los periodistas cuando el acusado Shestov empieza a confesar ante el mismísimo abogado defensor. Las jetas de los del NKVD en la sala; ¡las reconoce por la expresión! Se lo creen todo, quieren creerlo.

Y también los acusados creen. Hasta ahora no había entendido que estas criaturas miserables aún creen. ¡No hacen falta las palizas! Nadie armará un escándalo. Nadie romperá el vínculo. Nadie renegará del amado, del sagrado Partido. ¿Stalin ya lo sabía? ¿Por eso estaba tan tranquilo? ¿Es Stalin, quizá, ulrijista? ¿Es posible que lo fuera mucho antes que Vasili Vasílievich Úlrij? ¿Es eso? ¿Esa es su fuerza?

Todo será distinto, piensa Vasili Vasílievich. No, ya es distinto. Él mismo ya es una persona distinta. Llevará una vida distinta, eso lo tiene muy claro. No volverá a permitir que Ánnushka le haga sentirse mal por llevar consigo su equipo de cazar mariposas. Se levantará a las cinco de la mañana y se irá a cazarlas. ¡Se ha liberado de la mala conciencia!

Y esa es la tercera, la última ráfaga reveladora que le sobreviene a

Vasili Vasílievich. Extraña relación: quien no cree, tampoco rinde cuentas con nadie. Y aunque después de tantas revelaciones siente su cerebro como las fosas nasales después de una sesión de sauna demasiado caliente, Vasili Vasílievich no puede evitar imaginarse la cara. La cara llorosa de la mujer dispuesta a hacer LO QUE SEA por su marido preso. La cara que, en realidad, apenas vio. Tampoco es que la vea ahora, ve más bien una cara inventada, borrosa, genérica. Ve la cara de todas las mujeres de todos los presos dispuestas a hacer LO QUE SEA por sus maridos.

Mientras el acusado Stroílov, un ingeniero jefe cualquiera de Novosibirsk al que utilizan para probar el trabajo destructivo y dañino en las minas de carbón de otro acusado más importante, suelta su interminable confesión, Vasili Vasílievich, con los codos apoyados en el estrado y fingiendo atención, empieza a pensar qué palabras decirle a la cara desdibujada y llorosa de todas las mujeres de todos los presos. O, aún mejor, lo que les hará decir a ellas. ¡Pero qué idea! ¡Qué revelación! Siente un hormigueo, está excitado, es la vida nueva. En sus pantalones militares la cosa se le pone firme.

En el receso, Vasili Vasílievich camina despacio hacia el baño de hombres. No puede evitarlo. Camina decidido, pero sin prisas. A lo sumo roza con la mirada a los que están alrededor. Erguido, con el rostro serio, Vasili Vasílievich entra en el evacuatorio. Con dignidad, como corresponde a un juez presidente.

5. Dos cartas

—Charlotte—

Surge una discusión cuando Charlotte traduce las actas del interrogatorio a Karl Radek. A Wilhelm la información le llega con retraso porque las versiones alemanas de las actas se publican siempre un poco más tarde. Está ansioso, impaciente, nervioso. ¿Quizás porque conoce a Radek?

Claro, todo el mundo conoce a Karl Radek: la cara de pillo con las lentes redondas y brillantes, patillas largas y encrespadas, la pipa en la boca. Uno de los intelectuales rusos más conocidos, un cosmopolita. Un bolchevique de primera hora, uno de los fundadores. Pero Wilhelm lo conoce personalmente, estuvo en contacto con él en Alemania, aunque Charlotte no sabe los detalles, pues fue hace mucho y es alto secreto. Wilhelm solo hace alusiones.

Pero algo sí sabe: fue Karl Radek quien, a principios de los años veinte, por orden del Komintern, o más exactamente, de la OMS, fue a Alemania para organizar el gran levantamiento que debería haber forzado la República de los Consejos. Aunque debido a numerosos errores de planificación y problemas comunicativos este levantamiento se limitó a Hamburgo (por eso pasó a la historia como Levantamiento de Hamburgo), y aunque fue sofocado a sangre y fuego, Radek, sobre todo para los alemanes comunistas, es hoy una leyenda, incluso para Wilhelm, quien, por lo demás, nunca ha querido tener cerca a los intelectuales refinados.

La discusión es breve y encarnizada. Se desencadena porque Wilhelm sugiere que Charlotte no sabe ruso. ¡Precisamente él, que ni siquiera sabe pronunciar bien congreso del partido en ruso! Cierto es que el ruso de Charlotte no es perfecto, pero hasta ahí llega: Radek (entre otras muchas fechorías) ha confesado haber coordinado los preparativos del atentado contra Serguéi Kírov.

Pero si eso ya lo confesó Zinóviev, le suelta Wilhelm.

Y tiene razón, no tiene sentido. Pero es lo que pone en el periódico. Charlotte se niega a consultar un diccionario. Una palabra lleva a la

otra y, de pronto, a ella se le escapa:

Pues pregunta a tus camaradas.

¿A mis camaradas? De pronto Wilhelm parece un extraño, alguien muy hostil.

Charlotte arroja con fuerza el periódico y sale del café Metropol.

Fuera hay veinte grados bajo cero, un viento cortante sopla desde la Plaza Roja. Sin embargo, miles de personas vuelven a manifestarse a favor de la ejecución de los enemigos del pueblo. A Charlotte le lloran los ojos por el frío, mientras lee los eslóganes de los carteles: ¡Gracias, camarada Stalin!, pone bajo el retrato, evidentemente hecho por una mano experta, que aparece multiplicado por la plaza. Hay también innumerables pancartas pintadas a mano, improvisadas, en las que la gente exige la aniquilación de la banda de asesinos o el exterminio del nido de serpientes. Uno llama la atención de Charlotte por encima del resto:

¡Fusilad a esos perros rabiosos!

Justamente con ese verso termina el poema de una niña de once años publicado hace poco en el Pravda. Al leerlo, Charlotte no pudo evitar pensar en la hija de Hilde, que tiene más o menos esa edad. ¿Puede una niña escribir algo así? Y, si pudiera, ¿se debe involucrar a los niños en estos asuntos? ¿Es necesario además ampliar, perpetuar, escribir este tipo de frases en los carteles?

En la Plaza Roja toma la calle 25 de octubre, que Isa aún llama Nikólskaia; no es del todo correcto pero se le puede perdonar. El imponente nombre —Día de la Revolución de Octubre— no se ajusta del todo a esa calle en miniatura. Es una de las pocas calles del entorno de la Plaza Roja que se ha librado hasta ahora de las obras y la demolición. Todas sus bonitas casas bajas se construyeron en el último siglo. En el número siete está la Sociedad Cooperativa

Editorial de Trabajadores Extranjeros, donde trabaja Julius Gebhardt, el marido de Hilde, y Charlotte, cada vez que pasa por aquí, tiene la secreta esperanza de encontrárselo. Pero nunca se lo encuentra, aunque sí que ha visto ya a otros camaradas alemanes: a Emma Golke, la mujer de Arthur, antiguo compañero de trabajo de Wilhelm; al escritor Ernst Ottwalt, que escribió junto a Brecht la famosa película Kuhle Wampe. En una ocasión le pareció ver incluso a Mijaíl Kreps, el jefe de la editorial, una leyenda. ¡Cómo envidia a toda esa gente!

La calle 25 de octubre desemboca en la plaza Dzerzhínski, donde está la Lubianka. A pesar de sus zapatos buenos, contrarrevolucionarios, se le han quedado los pies fríos. Pero aún no quiere volver, no quiere abandonar tan pronto, así que sigue caminando. Da una vuelta a la Lubianka. Nunca lo hace, le parece algo prohibido. Apenas se atreve a levantar la vista. Pero cuando está en la parte de atrás del edificio llega un automóvil: un cuervo negro, así llaman a los coches del NKVD. Bajan cuatro personas, tres con chaqueta de cuero, uno de ellos con maletín, el cuarto con abrigo gris y sombrero, encorvado, tropezando, desorientado.

Petrificada de miedo, sigue con la mirada al grupo, que desaparece en la puerta trasera. Quiere que el hombre se gire, quiere verle la cara…

Siga caminando, ciudadana. La voz severa de un militar detrás de ella.

Charlotte deja atrás la Lubianka y toma el camino de vuelta por Teatralny proiezd, la calle que pasa bajo su ventana y que conduce a la Casa de los Sindicatos, el lugar del juicio. En todo caso él, Vasili Vasílievich Úlrij, no tiene un largo camino.

El día de la lectura del fallo la temperatura baja otros cinco grados. En la Plaza Roja se concentra más gente que nunca. Charlotte sigue por radio el alegato del fiscal. Dura toda la mañana y sigue después del descanso. De alegato nada, es un discurso como el de los congresos del partido.

¿De qué está hablando el fiscal? Comienza de forma muy general:

con la historia de la Unión Soviética, los éxitos de la economía soviética. Habla del legado de Lenin y sobre todo —inevitable ritual — del fiel continuador de ese legado, Iósif Vissariónovich Stalin, que siempre tiene razón en sus advertencias y predicciones. Después el discurso se concreta. Con precisión casi agotadora, el fiscal describe cómo, bajo la dirección de Trotski y en alianza con el fascismo, una banda de agentes secretos, espías, bandidos, terroristas y saboteadores preparó durante años de trabajo subversivo la contrarrevolución e incluso la intervención de los estados capitalistas. Cómo esa gente intentaba dañar la floreciente Unión Soviética. Cómo desempeñaban trabajos dañinos y perpetraban actos de sabotaje que causaron cientos, si no miles de víctimas. Cómo, por último, en su odio irracional, planearon atentados contra Kírov, Mólotov, Zhdánov, Ordzhonikidze y Stalin.

Con una constancia extenuante, el fiscal expone los métodos aborrecibles y ruines que usaban los criminales. Cómo quedaban y se organizaban, cómo se camuflaban y se escondían y cómo operaban con diferentes nombres y disfraces. Cómo incluso, por si acaso eran descubiertos, crearon un ejército conspirador de repuesto, cuyos líderes están ahora ante la jurisdicción soviética: el Centro Antisoviético Trotskista.

Todo es muy obvio y convincente, aunque hay dos cosas que mosquean a Charlotte. Por un lado, el nombre de Bujarin. En los interrogatorios, algunos acusados ya le nombraron. Pero ahora su nombre aparece también en el discurso del fiscal, varias veces y siempre como uno de los involucrados en el asunto. ¿Bujarin, un enemigo del pueblo? Zinóviev, Kámenev, Radek y ¿ahora él?

De todos los antiguos compañeros de armas de Lenin, Nikolái Bujarin es, sin duda, el más simpático, y el más importante también. Zinóviev era un poco vanidoso, Radek un poco pícaro. Pero Bujarin, con su frente de pensador y sus ojos claros, casi infantiles… ¿No vive incluso en el Kremlin con Stalin? ¿Puede ser un enemigo del pueblo alguien que vive con Stalin en el Kremlin? Ciertamente es una tontería imaginarlos saludándose de un balcón a otro por las mañanas o dándose un cigarrillo. Además, Stalin fuma en pipa. Sin embargo, ella siempre ha pensado que eran buenos amigos. ¿Es posible que la tomen con un amigo personal de Stalin?

Le mosquea también el fallo que el juez anuncia al día siguiente. Después del primer juicio, apenas se sorprende por que se condene a muerte a trece de los diecisiete acusados. Pero sí que cuatro se libren con una pena de cárcel. Lo más inquietante: que uno de esos cuatro se llame Karl Radek. ¿Por qué precisamente Radek? Si es cierto que coordinó el atentado contra Kírov, ¿cómo puede ser su pena más leve que la de los demás? Sobre todo porque ese fue el único atentado contra un líder político soviético que tuvo éxito. Y, si no es verdad, ¿por qué confesó? ¿Por qué iba alguien a incriminarse a sí mismo?

Por otro lado: si él no miente, miente Zinóviev. Da igual por dónde lo mires: algo no encaja en este juicio. Por un momento, le parece que toda esa gente se ha puesto de acuerdo, que están interpretando un gran teatro consensuado y —extraña esperanza— que en realidad no se fusilará a nadie.

Por supuesto, no tiene sentido. Es imposible que un tribunal soviético engañe de esa manera al público internacional. Es imposible que se inventen cientos de crímenes y actos de sabotaje, que cientos de periodistas se imaginen sin más sus reportajes. Que incluso a todo un Lion Feuchtwanger le tomen el pelo de esa manera. ¡Doscientas mil personas, según el Pravda, se han manifestado en la Plaza Roja a favor del fusilamiento de los enemigos del pueblo! Es imposible que todos estén locos, que todos finjan, que todos estén ciegos y ella, Lottchen de Berlin-Steglitz, sea la única que lo ve. Es ridículo. Pretencioso. ¿Es una mala camarada? ¿Es verdad que le falta la conciencia de clase? ¿El instinto de clase?

No ha vuelto a hablar de Radek con Wilhelm. La discusión aún está latente. Charlotte cree que tiene derecho a sentirse ofendida. Espera que Wilhelm se disculpe como muy tarde cuando lea en el Deutsche Zentralzeitung o en el Rundschau las actas del interrogatorio a Radek y se convenza de que la traducción de Charlotte era correcta.

Pero Wilhelm no se disculpa. Sigue con su orden del día, actúa como si no hubiera pasado nada y esto a Charlotte le molesta especialmente. Le molesta la naturalidad con que Wilhelm va a la biblioteca por la mañana, como si tuviera un contrato de trabajo,

mientras ella se ocupa de buscar comida. Aunque ahora que tiene los talones del Metropol necesita muchas menos cosas, las colas a temperaturas árticas son muy desagradables. En los días más fríos de enero se quedó en casa, pero también ahora, tras el juicio, le cuesta ponerse en marcha.

A veces se queda toda la mañana en la cama, meditando sobre algo, hasta que cae rendida de agotamiento y, cuando se despierta, empieza a meditar de nuevo. Sobre el juicio, sobre Radek y Zinóviev. Sobre el hombre con sombrero al que tres chaquetas de cuero metieron en la Lubianka. Intenta imaginarse qué ocurre dentro, en la Lubianka. Cómo es, donde están las celdas. Es poco probable que los prisioneros estén al otro lado de los ventanales sin barrotes del antiguo edificio de la aseguradora (que, por cierto, en esta época aún no tiene la forma de mole que adquiriría después, sino que está decorado con torretas y frontones neorrenacentistas de filigrana). Pero ¿las celdas dónde están? ¿En el sótano?

A veces se tumba sin más bocarriba y clava la vista en las estrellitas, que entretanto ya conoce «personalmente»: la descascarillada, la reluciente, las dos hermanas del lado de la calle, la marginada en el borde superior izquierdo… Por supuesto, no cree en señales ni prodigios. Pero, después de haberlas contado mil veces de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, aún intenta dar un sentido al número dieciséis.

Dieciséis acusados había en el primer proceso; ¿qué estrella sería Emel?

O: a los dieciséis años vio por primera vez a Erwin. Dios santo, qué educado era entonces, el futuro catedrático de instituto, y qué modesto.

O cuenta las semanas que lleva en el Metropol, son catorce; ¿qué pasará en dos semanas?

A veces no puede evitar pensar en su infancia. En su madre, que le arruinó esa infancia, pero también en su padre, un hombre imponente con pelo cepillo y barba, y aún se pregunta cómo es posible que ese hombre se dejase aterrorizar de aquel modo por una persona frágil con cinturita ceñida.

Charlotte recuerda las escenas en casa, cuando su madre encontraba un azucarillo en el bolsillo de la chaqueta de su marido, lo cual consideraba una prueba de que había estado en un café; desde su punto de vista, casi tan indignante como la visita a una prostituta, pero sobre todo: ¡Qué despilfarro! Le prohibía su modesta cría de serpientes (una afición, eso sí, ciertamente extravagante). Llegó a quitarle hasta el cigarro de la sobremesa del domingo que, desde sus días de aprendiz en Loeser & Wolff, se contaba entre los momentos cumbre de su vida.

¿Y todo eso por qué?

Por Carl-Gustav, esa es la explicación que Charlotte tiene a mano desde hace años, y al acordarse de cómo a ella, a Charlotte, la postergaban y desfavorecían, siente de inmediato esa amargura que tan bien conoce y que, aunque no sea propia de la clase obrera, le otorga el derecho a contarse de algún modo entre los que, desde el pantalón corto —y justo esto es lo importante: ¡desde el pantalón corto!—, han sufrido la injusticia y la opresión.

Y es cierto. Aunque, de repente, mientras las estrellas giran sobre ella y sus pensamientos empiezan a volverse ya transparentes por el cansancio, se pregunta cómo fue posible que su madre apartara del sueldo de un funcionario raso, de un censor de cuentas de la Real Fábrica de Porcelanas, tres mil marcos (una suma enorme para la época, de la que Charlotte nunca habría tenido noticia si, durante la gran inflación, en pocas semanas no se hubiera reducido tanto su valor que ni siquiera alcanzaba para el billete de tranvía al banco). Eso significaba que la madre no había ahorrado ni mucho menos para Carl-Gustav. El dinero no había ido a él, ¡sino a las cuentas de la caja de ahorros! ¿Para qué había ahorrado entonces? ¿Para qué aterrorizaba a su marido? ¿Para qué conservaba cada hilo, cada jirón de ropa, para qué guardaba cada corcho y recogía cada papel de la calle, para qué alargaba con sal de mesa la vida del polvo de dientes e intentaba fabricar jabón con aceite usado y un poco de lejía?

Incluso una habitación del piso, que de todos modos no era grande, fue realquilada, como se decía entonces, de modo que Lottchen tenía que dormir en la despensa sin ventanas mientras a su hermano le quedó el sofá de la cocina. Sí, también ahorraron en él, y visto así

había sido casi un privilegio tener una habitación propia… Extraño pensamiento.

De esta forma pasa los días más fríos, con mala conciencia, hasta que las provisiones se agotan y se ven mordisqueando tostadas para desayunar. Pero Wilhelm ni siquiera parece darse cuenta, y eso a ella le molesta. Después el tiempo se nubla, las temperaturas suben un poco y, aunque sus ataques de fatiga empeoran, Charlotte finalmente se anima a ir a comprar los productos básicos.

Ya conoce, por suerte, todas las tiendas de la zona, sabe con bastante exactitud dónde hay algo, a veces incluso cuándo. Últimamente también va de tanto en tanto al mercado de agricultores de Arbat, que es más caro, pero apenas hay colas. Aunque no es un mercado negro, se siente un poco incómoda. Le parece casi delictivo conseguir algo sin hacer cola.

También tiene mala conciencia cuando, para aguantar hasta el almuerzo, se permite un trozo de tarta en el puesto de la estación de metro recién inaugurada. Pero su mala conciencia desaparece al descubrir que Wilhelm hace lo mismo cuando va en metro los días fríos.

Él llega a casa del «trabajo» sobre las dos. Últimamente le ha dado por dormir una horita justo después, una especie de siesta antes de comer. Cuando acaba de comer se prepara un café, pues ya hace un descarado caso omiso a la norma de no usar calentadores por inmersión; Charlotte lo observa con gran alegría. Luego enciende la lámpara de mesa y trabaja en su carta. Después del segundo juicio ha tirado todo lo que había escrito hasta entonces, ahora saca punta de nuevo a los lapiceros y garabatea borradores, reflexiona, sigue garabateando, borra palabras y frases y sacude torpemente sobre la papelera la ralladura de la goma de borrar.

Al principio Charlotte intenta ignorarlo y seguir leyendo su Cheliuskin, quiere terminarlo de una vez por todas. Pero el escritorio está junto a su cama, siente la presencia de Wilhelm, le oye resoplar del esfuerzo a través de los pelos de la nariz que intenta recortar semanalmente con las tijeras de uñas, pero que, a juzgar por el sonido, cada vez son más tupidos. Oye sus quejidos involuntarios cuando se le rompe la punta demasiado afilada.

Entonces Charlotte se queda a la espera de que ocurra de nuevo: que vuelva a afilar el lápiz, que se le rompa otra vez.

Oye chirriar el escritorio cojo cuando borra.

Oye soplar a Wilhelm cuando las migas de la goma no quieren despegarse del papel.

Pero lo que más rabia le da es su enervante lentitud. Le observa por el rabillo del ojo pintando sus letras finas e inclinadas. Sufre sus pausas para pensar. Cuenta en secreto las palabras que escribe tras una nueva pausa para pensar.

Es especialmente desagradable cuando se levanta y empieza a deambular por la habitación. Hace siempre el mismo camino, empezando en el escritorio, después a lo largo de los pies de la cama hasta la puerta del baño, media vuelta, regreso a lo largo de la pared, después, con un ligero cambio de rumbo a la derecha, hacia la ventana, donde se queda de pie por un tiempo indeterminado, mirando fijamente la nevada Neglínnaia úlitsa, bajo la cual, invisible, fluye en algún lugar el pequeño río Neglinka.

Cuando se sienta otra vez en la mesa y, en lugar de ponerse resueltamente a escribir, se detiene después de media palabra y vuelve a caer en sus cavilaciones, a Charlotte le entran ganas de darle en la nuca con el lomo del libro; y se asusta, porque de repente reconoce en ella a su madre. Su madre la golpeaba en el cogote con la tabla de la cocina cuando, por enésima vez, de tantos pájaros como tenía en la cabeza, olvidaba apagar la tetera de silbato a tiempo, es decir, justo antes de que silbase. Al silbar la tetera, el caro gas ciudad se desperdiciaba y Lottchen se avergonzaba por causar de nuevo a su madre una pena tan grande.

Cuando además enfrente, en la cámara de los boyardos, suena una saltarina música de piano, a Charlotte ya no le queda más remedio que huir de la habitación. A veces da lo que ella llama una vuelta a la manzana en la oscuridad: a lo largo de Nikólskaia, por delante de la editorial, donde las luces aún están encendidas —echa una mirada tímida a las ventanas, con la esperanza de obtener una impresión de la actividad que hay dentro—, después hasta la plaza Dzierżyński, aunque no rodea la Lubianka, sino que se queda a este

lado de la plaza y ataja por la esquina sin mirar, a pesar de lo cual —o quizás precisamente por eso— no puede evitar pensar siempre en el hombre encorvado del sombrero al que tres chaquetas de cuero metieron en el edificio. ¿Para cuántos acusados habrá sitio en el sótano de la Lubianka?

Cuando vuelve se instala en el café Metropol, donde ya es una especie de clienta habitual, aunque la camarera no se haga cargo. Todo lo contrario, cuanto más viene, con más antipatía la reciben. Durante un tiempo saluda al entrar, pero jamás le devuelven el saludo. En lugar de eso, la camarera se gira, o ni siquiera, la ignora sin más, charla con su compañera, hace el tonto, puede incluso reírse, y de hecho lo hace, pero cuando al final se acerca a la mesa de Charlotte para apuntar en una libreta el mismo pedido de siempre —té con varenie — y responder con un breve ¿algo más?, su cara adquiere una expresión que Charlotte no sabe bien si interpretar como desprecio porque se pasa aquí dos horas con una taza de té, o, al contrario, como una suerte de envidia, porque la toma por una rica extranjera. ¿O es tan solo la ofensa fundamental, duradera, ante el hecho de que ella, la camarera, sirve, mientras Charlotte, la clienta, es servida? Al principio, en sus primeros tiempos en la Unión Soviética, Charlotte y Wilhelm estaban de acuerdo en que esa autoconciencia, como ellos la llamaban, era preferible al comportamiento sumiso de los camareros alemanes, pero entretanto, su entusiasmo ha disminuido.

Charlotte no se atreve a sacar el Cheliuskin en el café Metropol. Teme que leer un libro refuerce la impresión de que se ha instalado aquí como si estuviera en casa. Contra el estudio del Pravda, en cambio, no hay en principio nada que objetar, solo que Charlotte de pronto tiene dificultades para reunir la disciplina necesaria, o mejor dicho: un malestar se apodera de ella en cuanto abre el periódico. Evita los artículos en los que resaltan palabras como enemigos del pueblo o trotskistas. Se detiene un buen rato en inofensivas estadísticas que ponen en números los no va más de la Unión Soviética: el lago más profundo del mundo, el bosque más grande del mundo, el lugar más frío del mundo, todo esto la tranquiliza.

Lee un artículo sobre Thälmann y otros camaradas encarcelados en Alemania, se compadece de ellos, teme por ellos y se alegra

infinitamente de haber escapado de la Gestapo. Lee sobre las victorias del pueblo español sobre el fascista Franco. Pero no lee nada Sobre los objetivos y métodos de los trotskistas, nada sobre Trotski al servicio de la dictadura militar japonesa y tampoco el artículo que, con extraña meticulosidad, se ocupa de un tal café Bristol de Copenhague que al parecer se encuentra justo al lado, o en todo caso no muy lejos, de un tal hotel Bristol que ya no existe, todo ello explicado incluso con un croquis.

A mediados de febrero, Wilhelm ya tiene listo el borrador de su carta y le pide a Charlotte que lo lea. Escribir no es su fuerte, ella lo sabe. Las excesivas claridad y fijeza de la palabra escrita no le convienen. Wilhelm es más bien un amante de lo impreciso, aunque sea en tono militar. El discurso oral de Wilhelm vive de las insinuaciones, a las que su pertenencia al departamento secreto del Komintern da cierto empaque. Pero aquí las insinuaciones no le sirven. Cada palabra, cada coma, cuentan, y por eso ha necesitado casi dos semanas para cuatro páginas en DIN-A5.

¿Con qué resultado? Es una carta de súplica en la que Wilhelm intenta también salvar la cara. El problema no es la sintaxis a veces chirriante, ni las embarazosas faltas de ortografía que desaparecerán sí o sí en la traducción al ruso, sino, en opinión de Charlotte, el envaramiento casi descortés del texto, posiblemente agravado por las interminables revisiones.

Dado que conoce a Wilhelm, puede adivinar los sentimientos ocultos tras esas frases tan áridas, hay partes, incluso, que a Charlotte le conmueven, pero un extraño difícilmente podrá deducir de esa carta cómo se encuentra en verdad Wilhelm y lo que el Partido significa para él. Todas sus afirmaciones resultan vacías y rebuscadas, y sus ruegos parecen exigencias. ¿Escribe mal «Emel» a propósito para subrayar hasta qué punto su relación era superficial?

Pero lo más sorprendente de la carta es que Wilhelm habla exclusivamente de él, de su situación. Ni una palabra de ella, de Charlotte. Y aunque ella es muy consciente de que representa un papel secundario en esta función y de que su destino depende al cien por cien del de Wilhelm, que se la pase por encima de esa manera le afecta de un modo extraño. ¿O acaso Wilhelm, al subrayar una y otra vez expresamente la pureza de su conciencia de

Partido, quiere expresar que en última instancia es ella, Charlotte, la responsable del contacto con Emel?

Se había propuesto no hacer observaciones, pero aun así le pregunta:

¿Por qué una primera persona tan estricta? Yo también estoy aquí.

Porque las cartas en primera persona del plural suenan a conspiración, responde Wilhelm. Si quieres, escribe tú misma una carta.

Charlotte la escribe. Redacta un borrador en pocos días, en inglés. Es consciente de que su ruso escrito no es perfecto, no quiere mostrar puntos débiles. También podría escribir la carta en alemán. Pero Müller-Mélnikov no entiende el alemán y Charlotte no quiere que ese texto que ha hilado con tanto cuidado se vea distorsionado por una traducción inexacta u hostil.

Se muestra modesta, le parece prudente no hablar de sus logros ni de sus sacrificios, sino de los de Wilhelm. Recuerda sus muchos años de lealtad al Partido y, con palabras que Wilhelm nunca utilizaría, describe su dolor y su tristeza por la actual situación; al final de la carta añade una petición verdaderamente importante para ella que, siendo sincera, representa también un intento de continuar la conversación amistosa que tuvo hace cinco meses con Müller-Mélnikov: Charlotte se interesa por los destinos de Jill. Y Wilhelm, sorprendentemente, lo acepta.

Sin embargo, él necesita otros dos días para pasar a limpio su carta con una pluma estilográfica, proceso durante el cual comete errores una y otra vez o se le ocurren nuevos cambios o mejoras perfectamente insignificantes.

¿Sería mejor añadir al parecer antes de he perdido su confianza?

Y empieza otra vez desde el principio. Y otra y otra; mientras Charlotte da sus vueltas a la manzana.

En una de esas vueltas se encuentra con Liuba Löwenstein, una mujer regordeta de pelo rubio rojizo que conoce por Isa Koigen.

Una vez fueron juntas a visitarla: Isa, Wilhelm y ella, Emel no estaba. Liuba vivía en una perpendicular entre la calle Gorki y Púshkinskaia, con su silencioso y barbudo marido que, para sorpresa de Charlotte, ocupaba un alto cargo en la industria pesada. Le sorprendió sobre todo que un hombre de esa posición viviera con su mujer y su suegra en una habitación, aunque fuera bastante grande. Le sorprendió también la costosa cubertería alemana que pusieron sin vacilar para la cena (su madre había tenido una parecida, pero Charlotte no recordaba haber comido nunca con ella) y la domrabótnitsa, una empleada del hogar con cara de palo que sirvió la comida y que dormía en un colchón en el pasillo.

Y otra cosa se le quedó grabada: que la suegra, después de comer, desapareciera tras una cortina que separaba sus dominios de la gran habitación. Una situación extraña, pensaba Charlotte, mientras bajaba instintivamente la voz al tiempo que Liuba Löwenstein seguía hablando y riendo por doquier de forma estridente y penetrante.

Al ver ahora la cara de Liuba, Charlotte siente un destello de alegría, pero casi al instante recuerda la prohibición, impuesta por Wilhelm, de establecer contacto con conocidos de Isa. Pero en ese momento se acuerda de que, en su declaración sobre Emel, Wilhelm ha mencionado a Liuba Löwenstein como conocida, así que al final triunfa el impulso de dirigirse a ella, pues —también esto se le pasa por la cabeza en el momento del encuentro— sabe que Liuba tiene algo que ver con la literatura y el hecho de que se encuentren al lado de la Sociedad Cooperativa Editorial de Trabajadores Extranjeros hace que de repente piense que Liuba podría dirigirse allí, que quizás podría darle alguna información o serle de ayuda de algún modo.

Nota muy tarde, cuando ya se había dirigido a ella, la expresión de rechazo de Liuba. Liuba no le devuelve el saludo, aunque se detiene y la mira, como si no la recordara. Charlotte tendría que mencionar ahora el nombre de la persona que las une, pero quiere evitarlo, así que balbucea algo sobre la visita aquella, intenta, a modo de prueba, dar el nombre de la calle, pero no le sale. Tampoco le sale el nombre del marido de Liuba. Pero se acuerda de pronto de que él bromeaba con que la casa que habitaban había sido un famoso

burdel y, para documentar al menos con un indicio que en efecto se conocen, cita —¡precisamente!— ese comentario estúpido. Pero la cara de Liuba permanece impertérrita. Un silencio terrible.

Hasta ahora Charlotte no se había dado cuenta de lo cansada que parece Liuba, de lo angustiada —incluso desaseada— que está. El pelo teñido de rojo se ha vuelto gris en la parte superior del cráneo, tiene el cuello doblado y Charlotte ve claramente unos pelitos que se le ha pasado arrancar brotando sobre el labio superior.

Liuba mira a izquierda y derecha antes de contestar a una pregunta que Charlotte no ha formulado:

No sé.

Y de repente prorrumpe en sollozos, se controla por un momento, saca un pañuelo, se tapa la boca y la nariz y llora en silencio con los ojos cerrados. Cuando Charlotte intenta consolarla poniéndole la mano en el brazo, Liuba se aparta bruscamente, echa a correr por la calle y a punto está de ser atropellada por un coche de plaza. El cochero le grita complejísimas maldiciones. Liuba avanza dando tumbos entre el tráfico, escapa a ciegas de un automóvil, consigue esquivar un autobús y desaparece entre la multitud en dirección a la estación de metro de Ojotny Riad.

A Charlotte le cuesta dos días comprender que Liuba no lloraba por Isa Koigen. Termina recordando también el nombre del marido: Lázar Alexándrovich Goryzhnikov. Un pez gordo del Comisariado del Pueblo para la Industria Pesada. Estrecho colaborador de Piatakov. Que fue condenado a muerte en el último juicio.

Su encuentro con Kurt vuelve a retrasarse. Acuerdan verse en el café Chaika, como la última vez. Kurt lleva otra vez su chaqueta forrada de algodón, y un gorro de piel. Se quita las dos cosas, pero después de un rato se pone de nuevo la chaqueta, ya que la cafetería no está muy bien calefactada. A pesar de la chaqueta acolchada, a Charlotte le parece que está más flaco que la última vez, aunque al mismo tiempo más maduro, más adulto, más fuerte.

Ella, por el contrario, desde el principio está agitada, no se centra. Teme las preguntas de Kurt. Intenta no quejarse, habla un poco del tiempo horrible que está haciendo (y la pifia de inmediato al quejarse de hacer cola con el frío) y después empieza a preguntarle a Kurt por su salud y en particular por su alimentación y por la comida en la cantina de la universidad. Por primera vez piensa que Kurt podría no tener suficiente de comer.

Pero sus palabras parecen no llegar a Kurt, es como si se quedaran enganchadas en su chaqueta forrada de algodón. No reacciona a los lapsus delatores de Charlotte y responde a sus preguntas amable pero monosilábicamente, mientras de manera uniforme y sistemática come sus pelmeni, y solo cuando ha pinchado el último, lo ha empapado en salsa y lo ha masticado y tragado con cuidado, responde con una simple pregunta:

¿Cómo estáis?

Charlotte intenta escabullirse con una frase vacía, pero Kurt la mira con su ojo torcido; es azul hielo como antes, cuando Kurt era un niño rubio y sus ojos no apuntaban a lugares distintos.

Como todo lo que le rodea ahora es incómodo o secreto, se alegra de recordar de pronto la gripe; fue hace ya mucho, pero no se habían vuelto a ver. Un buen tema: la enfermedad. Puede quejarse un poco, no tiene que fingir que todo le va bien y tampoco miente. Sus palabras, sin embargo, quedan atrapadas en la chaqueta forrada de Kurt, sin energía para llegar a él, por mucho que Charlotte se esfuerce con los detalles. Hasta cuando menciona los cuarenta coma seis grados reales de fiebre que alcanzó mientras estuvo mala, se siente como una embustera.

Últimamente se habla mucho de detenciones, dice súbitamente Kurt.

Primera noticia, contesta ella, y al momento le parece una estupidez. Mientras aún está pensando cómo rectificar —de manera inocua— Kurt pregunta:

¿O sea que donde vosotros estáis, en Podlipki, no hay detenciones?

Durante un rato, un rato demasiado largo, Charlotte mira fijamente al centro de la mesa, mira fijamente ese objeto de cristal pulido que ahora mismo no sabe cómo se llama.

Ya no vivimos allí, se oye decir.

Salero, recuerda de pronto. El objeto en el centro de la mesa.

Desde cuándo, pregunta Kurt.

Ya desde octubre.

Kurt, reflexionando: ¿De qué os acusan?

Es información restringida, Kurt. No puedo hablar de ello.

Kurt asiente como si quisiera expresar su comprensión y aparta el plato, y Charlotte se alegra de que esa difícil conversación termine. A la vez emerge al fondo la cuestión de cómo se lo explicará a Wilhelm. Anticipa cómo se pondrá, escucha su voz cortante: Bajo ninguna circunstancia deberías haber… Pero, en ese momento, Kurt posa en ella su ojo azul hielo y, en un tono que parece demasiado trascendente para una pregunta así, pregunta:

Pero ¿Wilhelm está bien?

¿Qué quieres decir?

Kurt: Pregunto si está bien.

Charlotte intenta respirar con calma. Mira el salero del centro de la mesa. Kurt ahora se desdibuja un poco.

Sí, está bien, dice.

Entonces no hay problema.

Kurt dobla la servilleta, la desliza bajo el plato. Se quedan callados. Charlotte no pierde de vista el salero, por si acaso. Oye decir algo a Kurt. ¿Casarse? ¿Ha dicho casarse? Comprueba si hay algún significado oculto en el mensaje. Pero no, Kurt va a casarse.

Qué bien, dice Charlotte. Me alegro.

Cubre a pie los dos kilómetros de vuelta al hotel, pese al frío. El aire le muerde la nariz, penetra en los pulmones. Bajo sus zapatos crujen la grava y el hielo. Ha conseguido tener una conversación más o menos normal sobre el matrimonio. Sobre la novia, que al parecer se llama Olga. Rusa, sin profesión conocida (lo que molesta un poco a Charlotte). Un año mayor que Kurt (lo que también molesta un poco a Charlotte). Pero quizás ha entendido algo mal, a decir verdad no estaba muy centrada. Solo tenía un pensamiento en la cabeza:

¡Que a Kurt le parezca posible!

De repente, nota que está hablando en voz alta. El frío en los dientes.

¡Que a Kurt le parezca posible que puedan detener a Wilhelm!

No es que crea que Kurt pueda creer que Wilhelm sea un enemigo del pueblo. Pero obviamente cree que otros pueden creerlo. Levanta la vista antes de cruzar la calle: mira su habitación del hotel, hay luz encendida. Allí está sentado él, Wilhelm. Sentado en su escritorio, escribiendo una carta estúpida y superflua.

Alguien vocea, algo traquetea, vibra. Ve con claridad cada pelo del caballo. El coche de plaza se detiene y el enfado del cochero se descarga en una triple maldición.

РГАСПИ ф. 495 / оп. 205 / д. 488 / л. 105 – 108

¡Apreciado camarada Müller!

Hace ya seis meses que me apartaron de mi trabajo. Que estoy aquí en Moscú a la espera de nuevas medidas.

Entenderá que, siendo consciente de no haber hecho nada contra el honor de un comunista ni contra la línea del Partido, no es fácil estar en el centro del Socialismo excluido de toda vida social.

El hecho loable de que me haya procurado hasta ahora condiciones materiales no es, sin embargo, decisivo a la hora de valorar mi situación.

Sí lo es, en cambio, mi suposición de que, al parecer, he perdido su confianza, la confianza del partido, pese a mi claro pasado político, pese a mi lucha decidida y demostrable contra la oposición en el KPD, pese a mis largos años de trabajo en su departamento y a mi intachable trabajo político en Punto Dos, pese a mi declaración del 29 de septiembre de 1936 donde decía que mis relaciones con el bandido terrorista Ehmel fueron absolutamente casuales, que no tenía ni la menor idea ni referencia sobre la villanía de esta persona.

Es lo más duro que me ha podido pasar.

Entiendo muy bien que, sobre todo hoy en día, los controles y la desconfianza son necesarios. Pero creo que, precisamente por la posibilidad de aclarar mi caso, mi estado de aislamiento e inactividad no tiene que ser permanente.

Me dirijo a usted hoy, tras seis meses de espera, con la petición de que se examinen las disposiciones que aún se interponen a la continuación de mi desempeño en su departamento. Querría recordarle asimismo que apenas puedo realizar trabajos manuales duraderos con mi antebrazo derecho, que fue herido de bala en el Golpe de Estado de Kapp de 1920. Le ruego me informe lo antes posible de las perspectivas de que dispongo.

Un saludo comunista,

Hans Germaine

РГАСПИ ф. 495 / оп. 205 / д. 917 / л. 22 – 24

Querido camarada Mueller,

No puede ser su intención o la del Partido el condenarnos a una lenta muerte moral porque no reconociéramos la doble cara de este bandido. ¿No reveló el segundo juicio, aún de manera más espantosa que el primero, que estas personas eran maestros de primer orden en el arte de la mentira y el engaño, que fueron capaces de engañar a los más altos funcionarios del Partido durante muchos años a pesar de que su pasado opositor era bien conocido?

Repito que ni siquiera sabía que este bandido era un trotskista — conocía 2 faltas políticas en 2 artículos y no tenía una concepción clara del carácter de estas faltas. Entiendo que esto es solo mi culpa, que no traté de averiguarlo. Pero creo que esta falta no puede ser imperdonable.

Apreciamos, naturalmente, que nos haya resuelto la cuestión material. Pero también debe entender que esto por sí solo no significa vida. Nos echan de nuestro trabajo, cada camarada, naturalmente, lo sabe y, por lo tanto, todos nos consideran criminales. No se llevó a cabo ninguna rehabilitación, ni siquiera recibimos información oficial sobre los resultados de la investigación. Vivimos como parias, expulsados de toda comunidad humana.

Si no está interesado en mí (no hice grandes cosas por la Revolución), no puede ser del todo indiferente ante el gran sufrimiento de un compañero, un proletario, que desde hace 27 años está organizado en el movimiento obrero, que nunca paró de luchar activamente por el Partido y por la línea del Partido y que ha perdido ahora su trabajo y en conexión con eso todo lo que hizo que valiera la pena vivir. Le pido, camarada Mueller, que lo ayude y que nos devuelva a los dos a una vida normal, en la que podamos ser miembros útiles de la sociedad socialista.

Luego, hay una segunda petición: aparte del dolor, me preocupa mucho no saber una palabra si no de Jilly, sobre Jilly. Sería muy amable por su parte darme algunas noticias. A veces me tortura la idea de que le haya pasado algo. ¿Está bien de salud, es feliz? Por favor, camarada Mueller, por el bien de Jilly, imagine por un minuto lo que significa esta nueva decepción para nosotros, después de abrigar felices sueños de futuro con Jilly, en los que viviría cerca de Moscú y siempre vendría a vernos.

Espero por un momento, que rompa el silencio de tantos meses y de una respuesta a mi carta.

Suya,

con saludos comunistas

Lotte Germaine

6. Comensal de talón

—Charlotte—

Llega marzo. En Alemania salen los amentos del sauce. Pero aquí, en Moscú, las montañas de nieve apilada no hacen más que ensuciarse y endurecerse. De vez en cuando asoma el sol, fundiendo en poco tiempo la nieve de los tejados y formando con ella carámbanos de tamaño mortal.

Se publica en el Pravda la despedida del camarada Stalin en la sesión plenaria corriente. Stalin habla de la falta de corazón de algunos burócratas del Partido. Critica que se excluya a gente solo por llegar una o dos veces tarde a las reuniones del Partido o por no pagar las cuotas puntualmente. Habla con calidez y amabilidad, pide más indulgencia y atención. Charlotte no puede evitar acordarse de Jilly frente a la casa natal de Stalin: Ahora entiendo por qué le aman.

De Jilly aún no sabe nada, ni rastro. En su lugar, Provost aparece de pronto. ¿Gaston Provost? Charlotte cree verlo, un fantasma tras la puerta de cristal. Tiene que ser un error, claro. ¿Qué va hacer Provost en el hotel Metropol?

Aunque el hombre se le parece. Y mucho. Por no decir que es exactamente como él.

Ahora sí que te estás volviendo loca, piensa Charlotte. Su mirada se cruza con la de él y, mientras aún duda, el falso Provost abre la puerta, persiste en una reverencia que apenas insinúa y, en cuanto Charlotte empieza a moverse, pronuncia a media voz: ¡Madame!

Merci, responde ella instintivamente, sintiendo en la nuca la brisa de la puerta cerrándose.

A Wilhelm no le cuenta nada del encuentro, sobre todo porque después ya no está segura de si en realidad era él: Provost. Dos días después sí está segura, pero para entonces ya no tiene que explicárselo. Sobre mediodía —la hora para los comensales de talón — Gaston Provost aparece en el restaurante. Entra cauteloso, tan

inseguro como ella la primera vez, mira el techo de cristal con el mismo asombro, duda un instante si seguir andando o esperar a la camarera, en general se comporta como ella en sus primeros días en el Metropol.

Apenas ha decidido sentarse en una mesa de la parte delantera cuando una camarera se le echa encima y lo dirige a la mitad trasera del restaurante, donde se sientan los comensales de talón.

A ese no lo conocemos, le susurra Wilhelm al oído.

Tampoco Provost se fija en ellos. Se sienta lo más lejos posible, es evidente que hace esfuerzos por comportarse de un modo rutinario y normal; lo mismo intenta Charlotte. Solo arriba, en la habitación, se discute el caso. Vive aquí, eso está claro. ¿También le han suspendido de sus funciones? ¿Un compañero de penurias?

Lo más fácil sería preguntarle, pero Wilhelm razona:

O es culpable de algo, en cuyo caso no queremos saber nada él. O no es culpable de nada, en cuyo caso no querrá saber nada de nosotros.

Suena lógico. Sobre todo porque Provost tampoco habla con ellos.

El ocho de marzo Wilhelm llega a casa con un ramo de flores: día de la mujer. Además ha reservado en el restaurante Praga. Charlotte no tiene más remedio que aceptar. En un día así es difícil mostrarse displicente.

Después de que las temperaturas cayeran de nuevo a principios de mes hasta los veinticinco grados bajo cero, ahora hace más calor. Nieva. Un blanco fresco cubre por poco tiempo el gris deslucido del invierno. Fuera hay un número llamativamente alto de personas, lo sorprendente es que muchas están ya borrachas por la tarde. Un mujik que a Charlotte le recuerda a su zapatero contrarrevolucionario intenta obligarla a beber un trago de su botella, mientras grita máslenitsa, máslenitsa; semana de la mantequilla, entiende Charlotte. Una costumbre reaccionaria, los

mujiks celebran el fin del invierno. Pero hay borrachos también del lado del progreso, incluso mujeres con ramos de flores, brigadas que celebran el día de la mujer.

Delante del Praga, uno de estos grupos discute con el personal por unas mesas que al parecer están reservadas pero nadie ocupa. Una de las mujeres empieza a increpar a los empleados, a soltar palabras malsonantes, es una grosera que viste chaqueta forrada de algodón sobre un vestido horrible con manchas. Pero no es el lenguaje ofensivo lo que escandaliza a Charlotte, sino la frase, la media frase, que suelta la mujer después de que los trabajadores hayan conseguido evitar a duras penas que asalte el restaurante:

¡Gracias, potencia soviética…!

Tranquilízate, Masha, le advierte una más joven. Después se van, cinco o seis mujeres soviéticas, con flores en el brazo y en los pies zapatos de verano demasiado finos. Cantando a coro como para ahogar el comentario de la grosera.

Charlotte pide un Bœuf Stroganoff prohibitivo, pero en ningún momento de la cena logra apartar de sí la idea de que está comiendo carne de perro. De camino a casa Wilhelm guarda un llamativo silencio mientras pone su mirada suplicante. Charlotte no sabe si apiadarse o buscar una excusa, si no es ya demasiado tarde: normalmente, cuando no quiere o no puede, se lo indica con tiempo para que se haga a la idea. Pero hoy el problema se resuelve solo:

Se encuentran con Provost en el ascensor. El grueso ascensorista uniformado le pregunta a qué piso va —a Charlotte y a Wilhelm hace tiempo que no les pregunta, cuendo entran se limita a hacer un asentimiento cómplice—. Charlotte sospecha que Provost también va al cuarto.

Cuando el ascensor se detiene, les cede el paso con caballerosidad, los sigue sin mucha prisa, a la derecha, por delante de la empleada de turno, otra vez a la derecha, a lo largo del pasillo, a través de la puerta de cristal donde se encontraron, y otra vez a la derecha; no deja de seguirlos. La distancia ha aumentado algo; cuando abren la puerta de su habitación, Provost aún está a unos veinte pasos, pero, apenas la cierran, oyen junto a ellos el chasquido del cerrojo. La

habitación de al lado. La habitación en la que vivía Feuchtwanger.

Wilhelm pone corriendo la oreja en la puerta que comunica ambas habitaciones, aguanta un minuto, dos. Silencio; hasta que Provost empieza a cantar, evidentemente al lado de la puerta, o en cualquier caso lo bastante alto como para que Charlotte entienda todo:

Plaisir d'amour ne dure qu'un moment.

Chagrin d'amour dure toute la vie…

Wilhelm la mira con un gesto para el que Charlotte solo tiene una palabra: estupefacto.

No hace falta decir que, en estas circunstancias, el tema carnal está descartado. Lo mismo parece pensar Wilhelm. Durante bastante tiempo, Charlotte le oye dar vueltas en su cama, ocupado quizás con preguntas parecidas a las de ella: ¿Ahora esto qué significa? ¿Se supone que Provost está tanteándolos? ¿Es mera casualidad que viva en la habitación de al lado? ¿Qué sabe? ¿Qué quiere? ¿Está aquí por su propia voluntad?

Risas en la calle. Trápala de caballos. Un borracho proclama lloriqueando que no está borracho. De vez en cuando brillan las estrellas que tiene encima. Han pasado dieciséis semanas. ¿Es Provost el gran acontecimiento que han estado esperando todo este tiempo? ¿Es la solución al gran acertijo? Provost, ese títere. No está dispuesta a creerlo.

Los días siguientes Charlotte baja sin darse cuenta el tono de voz, mientras Wilhelm parece que empieza a hablar especialmente alto y claro. Subraya en repetidas ocasiones su optimismo: Sabemos, después de todo, que no tenemos nada que reprocharnos. Lee en voz alta sus anotaciones de la prensa, se pavonea como quien no quiere la cosa mientras pasa por delante de la puerta intermedia y hasta se detiene para que no se le entienda mal cuando —como

prueba definitiva del carácter fascista del trotskismo— cita el Rundschau, que a su vez cita al Völkischer Beobachter, que a su vez cita a Trotski, que está en algún lugar criticando la degeneración del Socialismo en la Unión Soviética. Charlotte le observa como a un extraño.

Cuando ella habla bajo, él dice: No tienes que andar susurrando, no tenemos nada que ocultar.

Pero Charlotte tampoco quiere hablar de cosas cotidianas a un volumen que traspase las paredes de la habitación. Ni quiere discutir, al alcance de los oídos de Provost, sobre si puede utilizar las versiones desechadas de las cartas como papel higiénico (pues por supuesto el papel higiénico es un bien escaso que, como ya han comprobado, el hotel no pone a su disposición), ni quiere informar a Wilhelm de un pelo de la nariz que se le sale. De ninguna manera quiere hablar de Kurt ni de Werner. Ni de Liuba Löwenstein, sobre la que hasta ahora no ha informado a Wilhelm, porque —esta es su excusa— no sabe interpretar su comportamiento. Charlotte, así pues, guarda silencio, no habla prácticamente nada. Wilhelm apenas parece darse cuenta.

Sube la radio. Charlotte al principio cree que lo hace para decirle algo que Provost no debería oír. Pero no le dice nada. Simplemente enciende la radio y se traga un discurso de Mólotov de tres horas. Del que no entiende ni una palabra. Charlotte tampoco entiende casi nada, pues la calidad de la señal deja mucho que desear, lo cual Wilhelm niega categóricamente.

Dos días después, Charlotte lee en el Pravda que unos parásitos y saboteadores interfirieron deliberadamente en la transmisión del discurso de Mólotov.

Pero hay algo aún peor. Después del suceso de la radio aparece en el hotel otro trabajador de Punto Dos: John Murray, el extraño técnico de señales inglés. Entra en el restaurante con cara de pocos amigos y, al ver a los otros, se sienta bien lejos; en primera clase, de donde la camarera lo echa inmediatamente.

Al día siguiente en el restaurante hay otros tres de la OMS, tres jóvenes comunistas españoles: Carmen Silva, Luisa Diego y Pedro

Marchisto. Pedro enseñaba a los alumnos cómo montar una radio con piezas sueltas y dejarla lista para su uso; Charlotte desconoce las tareas de las otras dos. ¿Qué ha pasado? No pueden haberlos suspendido a todos de golpe.

Después de comer, Charlotte intenta convencer a Wilhelm para hablar al menos con los españoles:

¡Estamos todos en el mismo barco!

No estamos en ningún barco, susurra Wilhelm.

El primer día los que acaban de llegar están aún apocados y miran con timidez a su alrededor. Pocos días después, sin embargo, empiezan a conversar animadamente, formando los tres un poder superior. Gaston Provost también se esfuerza por parecer alegre y ensaya pequeñas bromas con una camarera que, sorprendentemente, no solo no da calabazas al francés de pega, sino que le recompensa con bocados especiales.

Así empieza de pronto una suerte de concurso de buen humor y naturalidad. También Wilhelm empieza súbitamente a conversar relajado y le da a Charlotte por debajo de la mesa: ¡No pongas esa cara! Charlotte se esfuerza por parecer amable e interesada, mientras Wilhelm —más alto de lo necesario— habla sobre el cumplimiento anticipado del plan del algodón en rama o sobre el viaje récord de la nueva locomotora soviética SO 17-3. Solo Murray, en su mesa, mira malhumorado la tertulia, de vez en cuando un misterioso impulso parece pasarle por su cerebro trastornado y se le escapa una suave carcajada.

¿Se ríe de ellos?

Para colmo, poco después aparece también Li Chang. No intenta sentarse en la zona delantera nada más llegar, sino que elige un sitio libre en la zona de los del talón. Pero es evidente que la camarera está empezando a cansarse de las mesas individuales. Provost puede quedarse sentado, pero conduce a Chang a la mesa de Murray. No opone resistencia, saluda a Murray con una inclinación formal que Murray imita lo mejor que puede estando sentado. Absurdo teatro.

Resulta que todos se alojan en la cuarta planta. Con bastante puntualidad, el equipo al completo sale a las tres y media para el almuerzo, así que es difícil evitar el ascensor compartido; tras haberse visto en varias ocasiones rígida junto a sus bienhumorados camaradas, Charlotte decide ir por la escalera, aunque Wilhelm quiere seguir usando el ascensor. Pero Charlotte simplemente arranca y a Wilhelm, que quiere fingir consenso, no le queda otra que seguirla.

Mientras bajan juntos los escalones, él bufa a su lado: ¡No vuelvas a perder los estribos!

Charlotte nota cómo la sangre se le sube a las sienes: perder los estribos; la expresión.

¿Yo pierdo los estribos? Intenta susurrar, pero se le quiebra la voz y empieza a chillar: ¡Todos vosotros sois los que perdéis los estribos!

Wilhelm la agarra por la muñeca, pero en ese instante se oye el zumbido del ascensor que llega, el famoso ascensor de cristal del Metropol, Wilhelm la suelta en el acto y los dos se quedan en una posición antinatural, como de opereta, mientras se deslizan por delante de ellos las caras curiosas de Provost y Murray. Pasan uno o dos segundos antes de que Wilhelm diga:

Basta. En bastantes líos me has metido ya con tus… Busca la palabra adecuada… Manías.

No es la palabra adecuada, pero Charlotte sabe de inmediato a qué se refiere: la vieja historia. Estocolmo.

Es cierto, perdió los nervios, se puso a llorar en el andén, en público, y quién sabe qué más hizo, no lo recuerda con tanta exactitud, aunque sí se acuerda del motivo. Al cambiar de tren en la estación se había dado cuenta de que en los sellos de los visados falsos de sus pasaportes falsos faltaba una «i» en Imperio alemán: ¡Impero alemán! Aún tenían que cruzar las fronteras de Dinamarca, Alemania y Francia, y después volver. Una operación insensata, suicida.

Wilhelm había ido de todos modos, con su sello del Impero alemán

en el pasaporte. Y, aunque cueste creerlo, regresó.

Ya no volvieron a emplearla en operaciones conspirativas y también Wilhelm, a su pesar, empezó a salir cada vez menos al extranjero como correo. Por razones que ella no comprendía, a él le encantaban esas operaciones. ¿Acaso no descubrían cada vez a más y más correos? ¿No es consciente Wilhelm de que posiblemente ella lo salvó de un arresto de la Gestapo? ¿De la detención, de las torturas, de la muerte?

Hasta ahora siempre ha interpretado el silencio de Wilhelm sobre el asunto como una señal de que su enfado y su alivio por lo menos equilibraban la balanza. Pero ahora: En bastantes líos me has metido ya con tus manías.

Wilhelm sigue caminando, se para en seco, la mira impaciente. A Charlotte le tiemblan las piernas, tarda un momento en poner el pie en el siguiente escalón. Wilhelm le ofrece el brazo, ella lo agarra como si fuese la barra del tranvía. Por delante de la empleada de turno. Por delante de la recepción. A través del restaurante, como en una carrera de baquetas, Charlotte intentando sonreír. No, delante de esta gente no quiere mostrar puntos débiles.

Sabe que es lunes por la sopa: una mezcla indefinible de sobras que aquí llaman solianka. Sol significa sal y la sopa hace honor a su nombre.

Excelente, dice Wilhelm.

¿De verdad se lo parece? Charlotte mira alrededor: todos comen obedientemente su sopa, solo el tarado de Murray tuerce el gesto y vuelca en el plato todo el cuenco de crema agria.

Sí, dice Charlotte, excelente, aunque salada como un perro.

A mediados de marzo las temperaturas bajan otra vez hasta los dieciséis grados bajo cero y Gustav Schock, antiguo administrador de Punto Dos, se muda al Metropol. Un par de días más tarde llega también Novosielski, director de la escuela de radiotelegrafía, y una

de las traductoras, Clara Sondermann, que se sienta con Provost.

Excepto los alumnos —Charlotte tenía la secreta esperanza de que Jill Greenwood llegase algún día—, media escuela de radiotelegrafía está ahora en el Metropol. ¿Ya no necesitan gente? Justo ahora, con los nazis ganando fuerza en Alemania. Con la guerra en España contra Franco fuera de sí. Con la amenaza de Inglaterra y también de Japón. ¿La OMS ya no necesita radiotelegrafistas? ¿Ha dejado el Komintern de formar a espías?

¡Al parecer eso está infestado de enemigos del pueblo! Le viene la frase. En aquel momento pensó que solo una pavisosa con cardado y uñas pintadas podía balbucear semejante tontería. ¡El Komintern! ¡La espada de la revolución mundial! Pero entretanto sabe quién es la pavisosa del cardado. ¿Piensa también Vasili Vasílievich Úlrij que el Komintern está infestado de enemigos del pueblo?

Las temperaturas alcanzan por fin valores positivos, pero empiezan las lluvias torrenciales. Lluvias de marzo, peor que la nieve, el frío húmedo se te mete en los huesos, hasta con paraguas te mojas. Absurdamente, los canalones de Moscú no desembocan en el alcantarillado, como en su Alemania natal, sino a medio metro del suelo, de modo que en la acera desaguan trombas de agua de lluvia y de deshielo. Se forman charcos por todas partes, todo se inunda. En veinte minutos los zapatos y la ropa están tan empapados que hay que ponerlos a secar hasta el día siguiente.

Por desgracia, también el café Metropol queda descartado como paradero, pues Provost va allí últimamente. Se ve que ha descubierto que puede beber té y leer el Pravda a un módico precio. En pocos días ha conseguido encandilar también a la camarera. Ella no solo tolera su presencia constante, sino que prácticamente revive, se pasea anadeando por el café y —es para no creerlo— al llevarle la cuenta se inclina tanto que Provost puede fijar la mirada en su escote.

Charlotte tiene pocas ganas de ver a Provost estudiando ostentosamente el Pravda, ni mucho menos quiere iniciar un concurso silencioso a ver quién lo lee más tiempo y más

concienzudamente; además, solo hay un ejemplar por el que hay que competir.

Así pues, en los días de lluvia pasea por los pasillos del hotel. Descubre una peluquería en la primera planta. Recuerda que se acerca su cumpleaños; como si necesitara una razón para ir a la peluquería. Se alegra de que la espera sea larga, se sienta tranquilamente en la esquina y hojea un folleto de Moscú que está a disposición de los clientes, curiosamente solo en ruso: historia de la ciudad, arquitectura, conquistas del Socialismo.

Hay una foto de un gigantesco desfile deportivo en la Plaza Roja. El Parque de la Cultura y Ocio, consagrado a la memoria de Gorki cuando este aún vivía, se elogia por todo lo alto. Siguen páginas y páginas de publicidad: de los puestos de comida que hay en cada estación de metro; del UNIVERMAG central, donde puedes comprar ropa de hombre y de mujer, artículos deportivos, cosmética, cámaras fotográficas, gemelos de teatro, instrumentos musicales e incluso armas de caza; de una zapatería con todas las ofertas imaginables; del cine Udarnik, donde hay un concierto antes de cada pase; de una cafetería modelo con gran variedad de frescos productos lácteos y de repostería; del restaurante Praga (con jazz, coro gitano y jardín estival en la azotea); del Museo Estatal de Historia en la Plaza Roja; del Jardín Botánico; de la galería Tretiakov (donde Charlotte ya ha estado, por supuesto, pero que ahora decide visitar de nuevo).

La vida se ha vuelto mejor, la vida se ha vuelto más feliz, camaradas. Leyendo todo esto, uno podría creerlo.

Charlotte a veces merodea por el vestíbulo fingiendo que espera, lo cual, por otro lado, es cierto.

Observa cómo friegan los suelos de mármol.

Turistas americanos parten de viaje.

Los hijos de los huéspedes permanentes se precipitan escaleras abajo gritando y los empleados del hotel los amonestan con

delicadeza.

Madame Veger llega después con el ascensor y desaparece en el restaurante.

El viejo Fainstein se queja de algo en recepción, discute con una empleada, después con el jefe, por último se resigna y hace que el ascensorista gordo le suba de nuevo.

Y después llega él. La cara redonda, hinchada. Los ojos, tan solo ranuras, como si no hubiera espacio para más. Camina como cegado, un animal ciego y grande, aunque en realidad no es grande, solo macizo. Arrastra consigo por el vestíbulo el frío húmedo de la calle. No saluda a nadie, no mira a la izquierda, no mira a la derecha. Hace un gesto apenas perceptible al hombre con abrigo de cuero que lo acompaña, y este se gira en el acto y desfila hacia la salida. Charlotte le ve abrir afuera un paraguas negro grande; mientras tanto, Vasili Vasílievich Úlrij ya está subiendo en el ascensor de cristal.

Cumpleaños. No, Wilhelm no se ha olvidado de las flores. Simplemente no las ha conseguido. Está triste. Lo ha intentado todo, dice. Ayer, en lugar de ir a la biblioteca, estuvo todo el día por ahí buscándolas. Hizo cola dos veces para nada. Por lo visto las flores se agotaron el 8 de marzo. A cambio le ha traído una botella de champán de Crimea y una caja de bombones.

Cuando Charlotte muerde el primer bombón, hay un gusano dentro. Un gusano muerto, sí, pero un gusano. Wilhelm abre todos los bombones para comprobar si traen guarnición.

No hay más, los bombones pueden comerse.

Beben una copa de champán para desayunar y cada uno come medio bombón. Wilhelm, para demostrar que pueden comerse. Charlotte, para aliviar la aflicción de Wilhelm. Tenía buenas intenciones. Siempre tiene buenas intenciones. ¿Y dónde nos ha llevado esto? A comer chocolate con gusanos. Charlotte intenta no pensarlo mientras mastica su medio bombón, dejando que se le

deshaga en la boca, aplastando contra el paladar, con la lengua, los restos derretidos. Intenta no pensar: Matar el gusanillo. Después se enjuaga con champán.

Para no tener que pasar esa noche sola con Wilhelm en la habitación manteniendo conversaciones políticas inanes ha intentado por todos los medios conseguir entradas para el ballet del Bolshói, por desgracia sin éxito. Pero ha comprado entradas para la película Beleet parus odinokiy (Albea una vela solitaria), que acaba de estrenarse. Asoció enseguida el título con el mosaico del frontón del Metropol, en el que se ve un barco con una vela blanca. Isa le explicó que se trataba de una escena de un drama francés. Va de un príncipe que se enamora de una princesa a la que nunca ha visto. Hasta ahí todavía se acuerda. Le sorprendió esa idea extraña: ¿cómo es posible enamorarse de alguien a quien no se conoce?

La película, sin embargo, no tiene nada que ver con el amor. Y trata la navegación también muy tangencialmente; cuenta más bien la historia de dos colegiales que, durante la Revolución de 1905, llevan cartuchos a los insurgentes en sus mochilas. La película es buena; el argumento, interesante. El guion es del conocido escritor Valentín Katáiev. Y, con algunas pistas, también Wilhelm puede seguir más o menos la historia. En el camino de vuelta prácticamente está dispuesto a explicarle la película a Charlotte.

Intentan coger un taxi, pero solo consiguen un coche de plaza. El viento arrastra la lluvia bajo la capota y llegan mojados y congelados a casa. Charlotte pregunta en recepción por el correo, con la esperanza de que haya llegado alguna felicitación, quizá de Jilly. Hilde también sabe que es su cumpleaños (y que están aquí). Pero lo único que ha llegado es un telegrama de felicidades de Kurt.

Wilhelm se mosquea: ¿Por qué Kurt sabe la dirección?

Se la dije yo.

Charlotte se mete el telegrama en el bolso y arranca a toda prisa. Wilhelm quiere saber más, pero ni en el ascensor ni en el pasillo ni en la habitación puede hablar libremente.

No era lo que habíamos acordado, susurra mientras se quita los

zapatos.

¿Qué habíamos acordado?, pregunta Charlotte levantando la voz a propósito, y siente una alegría malvada.

La lluvia golpea las ventanas y las chapas. Un tranvía traquetea en la curva, las ruedas chocan contra los raíles, preferirían seguir en línea recta. Charlotte espera a que Wilhelm se duerma. Sabe que sus ronquidos la molestarán. Pero quiere que se duerma de una vez, que se vaya de una vez. Cuando acaba el día quiere estar de una vez por todas a solas consigo misma.

Pero Wilhelm no se duerme, lo sabe por cómo respira. ¿Está mirando las estrellas? ¿Desea algo? ¿Qué podría desear Wilhelm? ¿Qué piensa este hombre? ¿Nunca duda? ¿Dudaría si algún día vinieran a por él?

Horrible descubrimiento: que, aunque sea por un instante fugaz e indefinido, es capaz de desear tal cosa. No ella, sino la otra Charlotte, la mala que hay en ella. El animal estúpido que no comprende las cosas más sencillas: Si vienen a por Wilhelm, vendrán también a por mí. Pero ¿a santo de qué iban a venir a por Wilhelm?

Después, al fin, oye su respiración descontrolada y quejosa en la otra cama. Wilhelm se ha ido, está fuera de su alcance. Ahora se avergüenza. Intenta ser justa. Erwin nunca le trajo flores por su cumpleaños. Cuando cumplió veinticinco le regaló una aspiradora; con bomba manual. No puede evitar reírse por lo bajo al acordarse. Cómo Erwin rompía a sudar mientras intentaba demostrarle que esos aspiradores eléctricos tan de moda no eran necesarios. Y al pensar en su infancia: ¿acaso existía algo así como los cumpleaños? Nunca tuvo ni un solo invitado de cumpleaños. Tampoco recuerda regalos; aparte de una chaqueta de cuadros cosida con la tela de un abrigo desechado por su hermano que, a su vez, ya era de segunda mano. Y el bizcocho con una vela en la cocina las mañanas que cumplía años; eso era todo. Y sí, los animalitos de papel que su padre le recortaba con unas tijeras y después doblaba por la base de tal modo que se sujetaban: recuerda un elefante, un pez y un burro.

Y al recordar esos animales que su padre dibujaba, recortaba y ponía junto al bizcocho, de pronto se emborronan las estrellas ante sus ojos. Ni siquiera intenta contener las lágrimas.

7. Un giro esperado

—Charlotte—

El frío ha cedido, el mes de abril ha llegado. Los amentos del sauce siguen sin florecer en Moscú, pero por todas partes se nota que van aflojándose las garras del invierno. Se limpian las montañas sucias de nieve que marzo ha dejado en los bordes de las calles. Se limpian las aceras de sedimentos invernales que se pegan a los zapatos. En el hotel llevan días limpiando sin parar los pasillos, los empleados maldicen en voz baja, pero con buen humor. En su fuero interno también ellos están exultantes por el inminente final del invierno.

Pero sobre todo: se puede salir de nuevo de la prisión lujosa, como dice Charlotte en secreto. Fuera de esta demencial obra de teatro de la que nadie sabe el final. En la que nadie sabe el papel que interpreta realmente. Cuántas horas muertas ha pasado merodeando por el vestíbulo y los pasillos, sí, hasta en la cámara de los boyardos viendo torneos de ajedrez, aunque ni siquiera sabe cómo se colocan las piezas. Llegó a pensar en apuntarse al curso de baile (aunque Li Chang se le adelantó y jamás querría practicar el foxtrot con Li Chang). Cuántas horas han pasado Wilhelm y ella en silencio y cuántas horas ha pasado en la cama, con el libro abierto en las manos, luchando contra la mala que hay en ella: contra la rata de la duda que le roe las entrañas.

También fuera, al aire libre, donde nadie escucha tras la puerta, donde nadie observa desde la mesa de al lado, se prolonga: el elocuente silencio entre ellos. Sus conversaciones siguen rígidas e inocuas mientras rodean los Chistye Prudy, los estanques limpios. Ni en los lugares más recónditos del parque consigue expresar Charlotte algo de lo no dicho, de lo que tiene dentro y le inquieta, y sigue llevando la rata de la duda en el vientre como si fuera el hijo de un extraño.

Cuando Wilhelm anuncia con cara solemne que han detenido a Guénrij Yagoda, antiguo jefe del NKVD, ella se limita a encogerse de hombros. Salta a la vista que Wilhelm lo considera una buena noticia. Pero a Yagoda ya lo había sustituido Yezhov tras el primer juicio y las detenciones no cesaron. Incluso hubo más. La verdadera

pregunta sería: ¿qué hay de las investigaciones contra Alexander Emel y los otros quince llevadas a cabo por orden de Yagoda? ¿Qué pensar de un servicio secreto en cuya cúspide hay un enemigo del pueblo? ¿Acaso resultará en breve que Yezhov es también un enemigo del pueblo?

Enemigos del pueblo en la cúspide de los órganos más importantes.

Aunque casi peores son los pequeños arrebatos que sufre: cuando, al ver los Estanques limpios grises y llenos de basura, le asalta de pronto un insidioso anhelo. Por las lilas del canal Teltow, que casi cree oler. Algún local para excursionistas en Königs Wusterhausen, agua caliente por un groschen para preparar el café traído de casa. Y el camarero de pies planos que se dirige a ella todo el rato con un guapa.

Todo es, claro, políticamente cuestionable. Ha pedido la ciudadanía soviética y le asalta la nostalgia por su país. Y además es una estupidez: en Alemania mandan los nazis. Allí está en busca y captura porque, como antigua diputada de distrito del KPD, la consideran corresponsable de un asesinato político cometido por el Frente Rojo de Combate en un local de Neukölln. Aunque no tuvo absolutamente nada que ver.

Otro pensamiento estúpido: recuerda a Vasili Vasílievich Úlrij dando vueltas por el vestíbulo y se pregunta cómo alguien tan feo, gordo y antipático puede llegar a presidente de la Corte Suprema. Pero ¿debe un juez ser simpático? ¿Debe ser guapo y delgado?

Aunque, en el fondo, no le inquietan estos arrebatos y preguntas. Son solo apariencias, síntomas. Ni siquiera sospecha hasta dónde llegan sus dudas. En cuanto dirige sus pensamientos hacia allí, siente miedo. Lo real, de lo que trata todo, permanece indefinido, informe, borroso. Aunque quisiera comunicarlo, no podría, porque no es posible pensar por detrás del miedo.

Wilhelm parece olerlo. ¿Instinto de clase? En cuanto salen del hotel su tono cambia casi imperceptiblemente. En la habitación suena jovial; fuera, sin embargo, su discurso se vuelve apelativo. Da igual de qué hable, Charlotte tiene siempre la sensación de que quiere convencerla de algo. De que, al fin y al cabo, todo va bien, como

debe. De que aquí, en la Unión Soviética, se está construyendo el Socialismo contra viento y marea. Y sus pruebas son extraordinariamente convincentes, pues no son solo artículos de periódico o informes sobre colosales fábricas de acero o de coches en algún lugar remoto del país, no son solo las noticias de récords solitarios en el transporte marítimo o en la aviación: es que se ve a cada paso. Las obras de la capital han despertado de su hibernación. La ciudad bulle de repente con un empuje creativo. La primavera moscovita no huele a lilas y espino blanco, sino a tierra y cemento.

Monstruosas torres de piedra crecen hacia el cielo. Avenidas de ocho carriles se abren paso a través de la ciudad. Lo que estorba se aparta. Las bolas de demolición golpean. Ninguna propiedad privada se interpone al interés público. ¡La construcción del metro! Moscú, hasta hace poco una ciudad de casas de madera negra, tendrá mañana el metro más moderno del mundo. Se abren nuevas estaciones a un ritmo casi semanal. Estadios, piscinas y parques de recreo crecen de la nada, y todo ocurre al mismo tiempo y a una velocidad que dificulta a veces incluso orientarse: las líneas de tranvía se interrumpen sin más. Se abren gigantescos agujeros en las calles. El café Chaika, donde Charlotte ha quedado con Kurt para otro de sus encuentros mensuales, ha desaparecido de pronto de una forma tan perfecta que ni siquiera es capaz de recordar dónde estaba realmente. Kurt y ella no se localizan y tienen que concertar una nueva cita.

Y pese a todo: ¡cuánto cuidado en esta gigantesca empresa! En la calle Gorki van a moverse las casas de más valor, dicen, para que la calle pueda ensancharse. En la isla del Moscova puede verse cómo intentan desplazar un edificio residencial de varias plantas para hacer sitio a un nuevo puente. Trasladar casas: una técnica sin precedentes.

Ni ante la naturaleza se detiene la voluntad de transformación. Un día nublado, a finales de abril, están a orillas del río Moscova junto a miles de moscovitas, observando cómo el agua sube poco a poco: ¡el riachuelo se está convirtiendo en un río! Por extraño que parezca, esto impresiona a Charlotte más que cualquier otra cosa, más incluso que los planes para el colosal Palacio de los Soviets, que, con cuatrocientos quince metros, será el edificio más alto del

mundo.

Pero nada de esto le ayuda con su enfermedad, más bien al contrario. El entusiasmo que se percibe en todas partes solo la hace más consciente de lo excluida que está. Mira furtivamente alrededor, a la gente a orillas del Moscova. Mira a los jóvenes fumando mientras ven crecer el agua, como si ellos fueran los artífices del milagro; ¿y si lo son de verdad?

Mira a las mujeres, poco abrigadas para el tiempo que hace, sus pechos abultados parecen reventar de orgullo las blusas. ¿A quién le importa que lleven zapatos azules y calcetines feos?

Ve a un anciano con una cicatriz en la cara y una gorra de plato de Lenin sobre la cabellera gris, explicándole en voz baja a su asombrado nieto el tremendo acontecimiento que está teniendo lugar en el lecho del río. ¿Combatió al lado de los bolcheviques en aquellos días de octubre? ¿Se llevó esa cicatriz de la guerra civil?

Ella, Charlotte, no es artífice de ningún milagro, no luchó en ninguna batalla. En vez de eso lleva dentro, en secreto, la rata de la duda. Mira con envidia a los muchachos que desfilan por parejas durante el subbótnik y sabe que nunca podrá ser cómo ellos. Nunca será una verdadera ciudadana soviética, ni siquiera si algún día le aprueban la solicitud. No es lo bastante fuerte, eso es todo, y quizás tampoco lo bastante joven. A esos miembros del Komsomol que desfilan, probablemente les importa un bledo si el testimonio de Karl Radek es idéntico al de Grigori Zinóviev. O si un tal Alexander Emel participó en un complot para asesinar a Stalin. Seguro que apenas los conocen o que los conocen solo como acusados que salen en los periódicos. ¡Agua pasada! Esos muchachos culminarán una obra colosal y ella se quedará al margen, envidiosa, obstinada, avergonzada. Es su culpa, no de ellos. Ahora entiende por qué el Partido no sabe qué hacer con ella.

Cada día en el almuerzo interpreta su papel en la absurda obra de teatro. Observa el mudo tira y afloja por el orden de las mesas. La camarera intenta siempre juntar grupos. Al final solo se ponen cubiertos en determinadas mesas. Sin embargo, Schock y Novosielski consiguen separarse después de todo. Li Chang y Murray se quedan en una mesa. Provost se pone a flirtear con Clara,

la traductora. A la facción española nada le afecta, hasta su alegría parece genuina. Li Chang se ríe entre dientes de Murray, que de pronto empieza a comer delicadamente la sopa y a ponderarla con extravagantes palabras de elogio en su lengua materna: Delectable! Enchantingly! Superb! Schock y Novosielski parecen alegremente confiados, aunque apenas cruzan palabra.

Wilhelm habla muchísimo para lo que es habitual en él. Parece guardarse todas las buenas noticias del día para el almuerzo. La parte de Charlotte consiste en poner cara de interés y formular alguna preguntita ocasional, lo cual es cada vez más difícil. Como la mayoría de los presentes no entiende alemán, Wilhelm cree necesario introducir de tanto en tanto algo que muestre a todos que no está hablando solo del tiempo, y casi siempre son las palabras: el camarada Stalin…

Cuando Charlotte vuelve a la habitación siente la musculatura facial agotada de tanto optimismo. Apenas soporta la voz de Wilhelm, cada palabra que pronuncia es como si le clavaran una tijera en la cabeza.

Wilhelm, por suerte, ya lo ha dicho casi todo. Por lo general, tras la comida tardía, cae exhausto en la cama y enciende la radio, que a esa hora emite programas sobre el gobierno de la casa o la higiene, oportunidad que Charlotte aprovecha para salir de la habitación sin dar explicaciones. Cheliuskin le salva los días. Es extraño, pero ahora tiene ganas de leer, y no solo eso: siente de pronto que el libro es una posibilidad de huir, como una puerta a otro mundo.

Ha encontrado un lugar propicio para leer en el segundo piso, en una de las mesas de ajedrez que solía ver con Isa. Al final de ese pasillo donde dicen que estuvo la habitación de Bujarin (205, cree recordar, y de hecho la última habitación de la derecha lleva ese número) hay un amplio nicho con una palmera, y debajo una mesa que nunca está ocupada. Aquí lee, en solo cinco o seis tardes, el resto de la historia. Al principio está un poco intimidada por el entorno y cree que, en cualquier momento, algún empleado del hotel la echará. Pero no viene ninguno y, tras una o dos horas, ya está sumida en la lectura, viviendo por completo en ese otro mundo de personas atrapadas en el hielo, entusiasmada como si se tratara de su propio rescate. Sabe, desde luego, cómo termina la historia.

Recuerda la bienvenida triunfal a la tripulación y a sus salvadores en Moscú. Pero al leer todo vuelve a estar abierto, todo vuelve a ser posible.

Durante cuatro días se inquieta ante cada vuelo de rescate, participa de cada drama que ocurre en el hielo o en el aire. Lee sobre alas congeladas, patines rotos, aviones reventados y aterrizajes de emergencia en medio de la nada. Lee sobre un piloto que, después de que se reventara una tubería, bombeó gasolina a mano durante horas; sobre otro que rompió el parabrisas de su avión, cubierto de hielo, para poder ver. Le tiemblan las manos al pasar las páginas, cuando los últimos miembros de la tripulación suben al último avión. Y se le saltan las lágrimas cuando el piloto decide colgar a los ocho perros de trineo que quedaban de las alas de su cargado avión, con redes hechas de seda de los paracaídas.

Después lee la cita que una aplicada bibliotecaria ha pegado en la contracubierta del libro:

Solo en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas son posibles tan brillantes victorias de la energía humana, organizada revolucionariamente, sobre las fuerzas de la naturaleza. Solo en nuestro país, donde la guerra por la liberación de la humanidad trabajadora empezó y se sigue librando incansablemente, pueden nacer héroes cuya asombrosa energía suscita la admiración incluso entre nuestros enemigos.

Maxim Gorki

Al día siguiente, una de las señoritas de la recepción le hace una seña. Es evidente que se acuerda de que Charlotte ha preguntado, a menudo infructuosamente, por el correo.

¡Tengo algo para usted! Habitación 479, ¿no?

Charlotte lee en primer lugar el remitente. KI, Mokhovaya úlitsa 36: el Komintern. Después mira la parte frontal. La carta es para ella.

No para Wilhelm, ni siquiera para los dos.

Abre el sobre, le tiemblan las manos. Tiene que leerlo tres veces para creerse lo que pone.

¿Todo bien?, le pregunta la chica.

8. Asuntos privados

—Hilde—

Superstición comunista: que la meteorología se porta bien con la Revolución. Hilde no recuerda, de hecho, ningún Primero de Mayo lluvioso. Y también esta vez el cielo vuelve a estar azul radiante y frente a las murallas del Kremlin puede celebrarse el gran desfile.

Por desgracia, solo han podido conseguir sitio de pie, en diagonal frente al mausoleo. ¿Una mala señal? Julius tiene que aupar a hombros a Sina, que está como loca con el espectáculo. Pero muchas de las imágenes y representaciones están orientadas hacia el mausoleo, donde se pone el Politburó. Todos los que pasan, cuando pasan, se vuelven y dirigen su mirada a Stalin.

Los obreros de la fábrica de automóviles Stalin han levantado una peligrosísima pirámide humana encima de un camión SIS-5. Unos trabajadores del acero han construido un alto horno móvil en el que arde un fuego simbólico; lamentablemente, difícil de ver desde el lado «equivocado». Pasan cosacos a caballo. Abanderados en filas de ochenta atletas. Nadadores en bañador. Las trabajadoras de una fábrica textil muestran, marchando al mismo paso, cien veces el mismo vestido iridiscente: ¿pueden trabajar tantas mujeres en una fábrica? ¡Y todas del mismo tamaño!

Los tanques último modelo avanzan en columnas. Esos también pueden ir con ruedas, dice Sina. Para sorpresa de Hilde, Sina se sabe incluso el tipo de avión que pasa planeando sobre un camión especial (es un Polikárpov). Si realmente reconoce al piloto que va en la cabina o si solo se lo ha imaginado es una incógnita: el famoso Valeri Chkálov, del que se cuenta que atravesó volando un puente sobre el Moscova; inclinado, pues la envergadura de su avión era mayor que la distancia entre los pilares.

Después se acerca un globo terráqueo de al menos diez metros de altura. En la parte de atrás se ven América y el Pacífico, lo de la parte delantera queda fuera de su campo visual.

No tenía ni idea de que también habíamos creado el mundo, dice

Julius bajando la voz.

Y Sina, como si fuese una profesora que, por enésima vez, corrige a un estudiante torpe: Vamos, papá, no creamos el mundo, ¡vamos a conquistarlo!

Una mujer con abrigo de franela se gira y comenta: ¡Correcto, jovencita! Y mirando a Julius: Su hija parece disponer de una conciencia política mayor que la suya, ciudadano.

Hilde hierve de rabia: ¡Mira que no pueda mantener la boca cerrada! Sobre todo habiendo compañeros que pueden oírles. Le pisa, Julius refunfuña: ¡Eh, cuidado donde pisas!

Ten cuidado tú.

A los veinte minutos la niña ya le pesa mucho. No puede hacer nada, Sina va ya por los treinta y nueve kilos. Tiene que bajarla, la niña empieza a quejarse porque ya no ve. La mujer vuelve a girarse en actitud de reproche. Hilde reacciona:

Camarada, ¿podría dejar pasar a la niña?

El tono justo. La mujer se hace cargo, la deja pasar: ¡Por favor, camaradas, dejad pasar a la niña! Sina vacila, mira a su madre interrogativamente con sus grandes ojos azules. Hilde asiente. Está segura de que volverá por el mismo camino y si no: tiene casi once años, sabe cómo llegar a casa.

Sina desaparece en la multitud. ¡Camaradas, la niña quiere ver el desfile! ¡Dejad paso!

Julius da la mano a Hilde, esta se suelta, aún enfadada. Como si él no supiera qué está pasando.

Aunque ella misma cada vez entiende menos. Hace tres días arrestaron a Neumann. Julius aún no sabe nada. ¡Heinz Neumann! La voz de Stalin, le llamaban en Alemania. ¿De qué le acusan? ¿De que seguía el rumbo de Stalin cuando este ya había cambiado de rumbo hacía mucho tiempo? Sí, Heinz era de ultraizquierda. ¿Es ahora motivo de arresto? Pues habría que arrestar a medio Partido. Todo el mundo ha sido demasiado de izquierdas en algún momento.

O demasiado de derechas. O demasiado de centro. Por el mausoleo pasan ahora delegados de koljoses ucranianos, mujeres con coronas en el pelo, un tractor reluciente arrastra una espiga de trigo gigante.

Que detuvieran a Friedich Stumm, bueno, quizás sí era un topo. Pero ¿por qué Heinz Neumann? ¿Por qué Arthur Golke? ¿No respondió su hermano incluso por Wilhelm? ¿Por qué Paul Rakow, que estuvo con Heinz en China? Si esto sigue así, pronto no quedará mucho del Komintern. Y nada de la OMS.

Les saludamos con una triple ovación. ¡Hurra ¡Hurra! ¡Hurra! Hilde no despierta hasta el tercer hurra. Julius, en cambio, participa obedientemente. Estos rituales le cuestan, ella lo sabe. Hilde le da la mano en señal de reconciliación. Delante de la tribuna desfila ahora el pueblo normal: gente seleccionada de instituciones y administraciones, en un orden distendido. Banderas rojas y carteles de Stalin, centuplicados. La orquesta toca la última canción favorita de los soviéticos:

Mi Patria está poblada por banderas

que siempre van portando nuestro amor…

La gente canta a coro, equivocada y perezosa, tampoco Hilde se sabe bien la letra. Su cabeza es demasiado vieja como para memorizar todas esas nuevas canciones.

pues no hay país a lo ancho de la tierra,

donde tan libre campe el corazón.

Durante un tiempo ha sospechado que el servicio de inteligencia del Ejército Rojo iba a hacerse cargo de la OMS. Solo que si la cosa sigue así, pronto no habrá nada de lo que hacerse cargo. Un servicio de inteligencia no solo está formado de aparatos de radio y cámaras de espionaje. Un servicio de inteligencia es una red: personas, fuentes, conocimientos. Todo lo que ellos, y ella misma en primera persona, construyeron en los años veinte en Alemania con mucho

esfuerzo. Si ahora tiene que pasar al Ejército Rojo, bien. Pero ¿qué está pasando? Están dejando morir de hambre a la gente ahí fuera. Las misiones en el extranjero están prácticamente paradas. No hay dinero, no hay logística. En Alemania los descubren por docenas. Las fuentes se agotan, las direcciones se vuelven inservibles. Todo el aparato se va al carajo mientras ellos aquí están ocupados redactando todo tipo de evaluaciones y haciéndose la vida imposible unos a otros. Se suspende a la gente, nadie sabe por qué. ¿De verdad creen que, si tienen a Abrámov-Mirov, tienen a la OMS? ¿Y que pueden fusilar al resto? Si fusilan a Paul Rakow, no solo están fusilando a un hombre. Están borrando conocimiento. Cada persona que falta es un nudo insustituible de una red altamente sensible que nunca podrá ser remendada.

Ahí viene Sina. Parece que los miles de carteles de Stalin ya no le parecen tan interesantes, sea como sea, de repente quiere irse a casa. Totalmente descartado, abandonar el desfile del Primero de Mayo antes de tiempo. Pero Sina sigue dando la lata, supuestamente tiene que ir al baño: argumento irrebatible.

Tú te quedas, le dice Hilde a Julius. Y volvemos a buscarte.

Se pone en marcha con Sina. El Museo de Arquitectura está cerrado, claro. El restaurante Slavianski Bazar también. Todo está cerrado. Al otro lado de la plaza: el hotel Metropol. Sabe que media escuela de radiotelegrafía vive ahora allí, ¡pero espero que estéis todos en el desfile del Primero de Mayo, camaradas!

Ciudadana, la niña debe ir urgentemente al baño.

La señorita de recepción las mira con desconfianza antes de decir con tono despectivo: Detrás de la columna, a la izquierda.

Probablemente piensa que Hilde está usando a Sina como pretexto. Pero si fuera así: ¿es delito tener que ir al baño? A pesar de ello, quiere evitar sospechas: Ya eres mayor, le dice a Sina. Encontrarás el camino tú sola.

Hilde se sienta en el vestíbulo y estira las piernas. Mira a su alrededor, mármol por todas partes: mármol rojo, mármol blanco, mármol negro. El ascensor acristalado refulge como una pulida copa

de vino. Todo es amplio y claro, muy diferente al Lux, donde todo es estrecho y oscuro y está deteriorado, las alfombras desgastadas y en los baños comunes los grifos gotean. Por las noches las ratas corretean por el edificio…

En realidad le hubiera gustado ver los baños. Cómo viven aquí los señoritos: Wilhelm con su señora. No, en el fondo no les desea nada malo. Está feliz con Julius. Si la situación no fuera tan opresiva. Y una segunda habitación estaría muy bien: para el amor, cuando Sina duerme.

Antes no le importaba nada de eso. Pero antes no tenía una hija. ¿Está empezando a aburguesarse? A los cuarenta y dos años. Un dormitorio extra: ¿quién tiene algo así en Moscú? Bueno, hay algunos que tienen…

Por la tarde van al Parque de la Cultura. Está hasta arriba, tendrían que haberlo previsto. Sina se muere por tirarse con el paracaídas. La cola en la torre de saltos es horrible. Por suerte, resulta que Sina es demasiado pequeña para subir. También para el carrusel se ponen en una larga cola; pero, como Sina está cansada, se deja convencer para dejarlo por hoy: ¡Otra vez será!

Los únicos divertimentos para los que no hay mucha cola son las llamadas cátedras de la entrada del parque, donde pueden escucharse conferencias sobre diversos temas. Junto a cada cátedra hay un cartel con las opciones:

Objetivos y resultados del Segundo Plan Quinquenal

Por qué es lícita la victoria del pueblo español sobre el fascismo

Antecedentes de la penetración alemana en Marruecos

¿Por qué la Unión Soviética necesita el Polo Norte?

Sina examina los carteles concienzudamente, aunque por fortuna ningún tema logra entusiasmarla. Callejean un rato por las veredas

flanqueadas por banderas, lemas, pancartas y diagramas sobre el actual estado de desarrollo del Plan Quinquenal. Saltan a la vista, en interminables hileras, retratos de miembros del Politburó, de trabajadores de élite, de los pilotos que rescataron a la tripulación del Cheliuskin en el océano Ártico y, por supuesto, de Stalin. ¡Te damos las gracias, camarada Stalin, por nuestra vida feliz! Y, entre todo ello, hay estatuas de atletas; desnudos, estilo antiguo, pero con bañadores cuidadosamente modelados.

Vaya, cuánta mojigatería, no puede evitar decir Julius, y a continuación, claro, Sina quiere saber qué es mojigatería.

Ser mojigato es cuando a alguien le da vergüenza estar desnudo, explica Hilde. Y Sina reconoce:

Soy mojigata.

Hilde piensa si no sería un problema que Sina repitiera eso en la escuela y al mismo tiempo se pregunta si no se está volviendo loca poco a poco. Los rusos son mojigatos, es justo decirlo. Por otro lado: ¿no sería raro que por todas partes colgasen pililas de deportistas?

Comen helado, se maravillan ante los baños cubistas del Parque de la Cultura (cada uno por su lado) y ven a los cientos de parejas en la pista de baile: desde hace dos años el jazz se permite en la Unión Soviética y la gente se dedica con fervor al aprendizaje de modernos bailes occidentales. Julius se balancea al ritmo de la música, con buena actitud. A Hilde no le gusta mucho. ¿Realmente hay que importar todo lo que viene de Estados Unidos?

También el tren de pioneros está lleno hasta los topes. Pero se las arreglan para coger prestada una barca y, por último, cuando en realidad ya es demasiado tarde para la niña, consiguen, sin hacer apenas cola, entradas para el gigantesco cine al aire libre y ven la película El circo, en la que sale la que a día de hoy es la canción favorita de los ciudadanos soviéticos.

El argumento está un poco cogido con pinzas. Trata del director de un espectáculo circense de Estados Unidos que intenta sabotear una función soviética porque amenaza con superar a la americana. Además, hay una historia de amor entre una rubia americana

interpretada por Liubov Orlova, que en la película tiene un hijo negro y se enamora de Serguéi Stoliarov, el flamante héroe de todas las rusas. Todo ello con un montón de magníficos números circenses, todo muy emocionante. Sina tiene las orejas rojas todo el tiempo.

De camino a casa habla sin parar del niño negro, hace muchas preguntas que ni Hilde ni Julius pueden responder satisfactoriamente: por qué los negros son negros, de dónde sacó la mujer rubia al niño negro y por qué no vienen todos los negros a la Unión Soviética, si en América les va tan mal… Ya en casa está tan cansada que casi se queda dormida mientras cena.

Julius le guiña un ojo a Hilde, ella le devuelve el guiño.

El hueco donde duerme Sina está detrás del armario, una cortina de terciopelo colgada del palo de una escoba delimita su reino. Aunque esta disposición hace el cuarto más pequeño de lo que ya de por sí es, ahorran espacio colocando la mesa delante de la cama, que a su vez sirve de asiento; además, la mesa forma así una suerte de parapeto visual en caso de que Sina se despierte por la noche. Pero a estas alturas han acumulado ya experiencia sobre las fases del sueño de un niño. Menos de una hora después de dormirse su sueño es tan profundo que podría dispararse a su lado un obús de campaña.

Acuerdan tácitamente no pasar hoy la primera fase de sueño profundo de Sina con paseos y discusiones políticas. Hilde se apresura al baño compartido: fregar los platos, ducharse. No hay agua caliente ahora mismo. Lava los platos y se lava ella con agua fría. Se mira en el espejo mientras se seca: sí, ha engordado, pero a Julius le gusta, o al menos eso dice. Y en realidad ella le cree: cuando piensa con qué placer le rodea los pechos, cada pecho individualmente con ambas manos, mientras le lame y le chupa los pezones… Por un lado, se avergüenza de su gordura, le parece hasta un poco anormal que Julius la desee así, pero, por otro lado, es precisamente esa anormalidad lo que a ella le gusta, y en sus mejores momentos consigue entregarse a ese placer extraño, abstruso y probablemente cuestionable desde el punto de vista político, desaparecer por completo en él, no ser más que una cosa deseada, usada.

Cuando vuelve, Julius ya ha abierto la cama y el vino georgiano que un escritor le regaló la semana pasada. Forma parte del ritual que Julius no vaya al baño hasta ese momento. Hilde puede, mientras tanto, sorber un poco de vino. ¡Oh, cuánto le gustan esos minutos! Se echa encima el camisón de seda para no quedarse ya completamente desnuda, se tumba en la cama. Empieza a tocarse con cautela. Otra idea anormal: ¿debería quizás comprarse un lápiz de labios, como hacen últimamente todas las pelanduscas?

Al día siguiente vuelve a estar cubierto; el cielo, del blanco típico del mes de abril. Cae incluso una ligera llovizna. Sin embargo, va a pie, porque así la transición es más suave: de la noche que aún lleva consigo al día de trabajo que tiene por delante. Y también por el leve dolor de cabeza. Anoche se bebieron una segunda botella de vino. Y luego volvieron a hacerlo, Julius como enajenado, como si fuera la última vez.

Julius, viviremos, le dijo ella. Viviremos aún muchos años. Pero tienes que tener un poco más de cuidado con esa boca tuya…

En el monasterio Strastnói parece que están con los preparativos de la explosión, ya se están reuniendo los mirones.

Sobre la cabeza de Pushkin hay una paloma posada, como siempre, y como siempre él finge no darse cuenta. Le viene a la mente un poema de Pushkin:

No me dejes, Señor, perder el juicio,

antes el zurrón quiero y el cayado,

antes hambre y afanes.

Qué cosas tan raras se recuerdan. Pero ¿qué significa en realidad? No me dejes, Señor, perder el juicio… antes hambre y afanes. ¡Cómo que antes hambre y afanes! Es mejor un poco de locura… Se sonroja al recordar las frases que le susurró al oído a Julius anoche.

Pero cuando llega a la Casa de Herzen los recuerdos se desvanecen. Se acuerda de lo que Julius le explicó sobre el encuentro de la Unión de Escritores que tuvo lugar aquí, en la Casa de Herzen: una compañera histérica criticó al escritor Vasíliev por enviar calcetines de invierno al campo de trabajo a un compañero recluido.

No, no van específicamente contra la OMS. Tampoco contra el Komintern. Se detiene a gente por todas partes. Y no solo a extranjeros. De hecho, al final la mayoría de los acusados eran rusos. Había un armenio, un kazajo, un letón. Olberg es suizo. Varios judíos: Zinóviev, Kámenev, David. Reingold es probable que también sea judío. ¿O es todo pura casualidad? ¿Una maquinaria fuera de control reclamando víctimas a ciegas? Políticos, científicos, escritores. Incluso a esa actriz han detenido: Carola Neher, una celebridad. ¡La actriz de Brecht! Julius estaba horrorizado, claro. O ese escritor callado y meticuloso con el que Julius había compartido prácticamente el escritorio en la Sociedad Cooperativa Editorial. ¿Cómo se llamaba? Ottwald.

Superstición estúpida: que eso de alguna manera protegerá a Julius. Porque seguro que no van a golpear de nuevo en el mismo escritorio.

A las nueve en punto entra en su despacho, abre la ventana, fuma una papirosa. Como de costumbre, los pasillos siguen en silencio, solo la Kúrochkova está trasteando ya en su despacho. Hilde sospecha que viene tan pronto para hurgar en los escritorios de los demás. El suyo está cerrado con llave. Y además no encontraría nada.

De pie, echa un vistazo al correo. Petición de Abrámov-Mirov: el Departamento de Falsificaciones debe producir dos pasaportes para el GRU. También interesante: el Departamento de Falsificaciones se ha librado de todo hasta el momento. Hay que comprobar facturas. Alguien solicita la paga de vacaciones. Krumina quiere que le reembolsen doce rublos. ¿La gente no piensa en otra cosa? El Departamento de Cuadros envía un comunicado: Nikolái Rákov ha sido suspendido temporalmente. Razón: su hermano está detenido. Increíble. ¿También se paga por los delitos de los familiares, como en la Alemania nazi?

Y después esto: Erna Mertens solicita de la dirección del S. S. una evaluación personal de Berta Zimmermann. Y confidencial.

Es el colmo. Esa mocosa, ese mal bicho. ¿Ahora quiere denunciar a Berta Zimmermann? Hilde echa el humo por la ventana. Pasea la mirada por las enormes almenas rojas. La torre de la Trinidad. Junto a ella, a la izquierda: el edificio del Senado. Ahí está él. Rodeado de muros, de secretarios y cortesanos, telefonistas, cocineros, oficiales de guardia. ¿Sabe realmente lo que está pasando?

No tiene nada en contra de la purga del Partido. Ni de los juicios. Pero que gente como Erna Mertens husmee detrás de trabajadores con largos años de servicio. Esos dos, ella y ese Brückmann, son lo peor. Gente así está destruyendo el Partido. Habría que evaluarlos a ellos… ¿No estuvo Mertens durante un tiempo bastante cerca del grupo de Fischer y Maslow?

Hilde mete una hoja en la máquina y teclea sin pensar:

Berta Zimmermann, mujer de Fritz Platten, que organizó en 1917 el regreso de Lenin a Rusia y le salvó la vida en el intento de atentado del 14 de enero de 1918, ya trabajaba en la OMS a las órdenes de Ósip Piátnitski y de Abrámov-Mirov. Desde hace años organiza de forma decisiva, como comunista encubierta, las operaciones en el extranjero y la actividad de los correos de la OMS. Hasta donde alcanza nuestro conocimiento, nunca ha infringido ningún principio político ni conspirativo, nunca ha estado en la oposición ni es culpable de disidencia alguna.

Fdo. Müller

A las once llega Mélnikov, le muestra las cosas para que las firme: Borís Nikoláievich, la Dirección de Cuadros quiere una evaluación de Berta Zimmermann. Ya he redactado algo. Creo que podríamos enviarlo así.

Mélnikov asiente y pide una taza de té. Cuando se la trae, él se sienta en su escritorio, inmóvil, apoyado en los codos. Tiene delante de él, intactos, los documentos que le ha entregado.

Hilde le vuelve a recordar la evaluación de Berta Zimmermann y cierra la puerta. Le molesta la pasividad de Mélnikov. Parecer ser que tiene mal de amores, pero ¿es lugar este para esas cosas? Una inspiración para la OMS nunca ha sido. Pero antes al menos hacía el trabajo rutinario, solicitaba fondos o telefoneaba a Anvelt e intentaba calmar las cosas en según qué asuntos o salvaguardar a sus trabajadores de Mertens o Brückmann… Ahora ni siquiera hace eso. Mélnikov está, cómo decirlo, desaparecido. Más pálido y huesudo que nunca. Es como si solo pudiese superar el día apretando los dientes. ¿Y por qué? ¿Por qué narices envió lejos a la mujer que ama? A España.

Todos creen que es una venganza porque ella no le correspondía. Pero Hilde sabe más. Le ha reservado con demasiada frecuencia habitaciones de hotel, mientras él se inventaba inverosímiles tareas laborales para Jill Greenwood los mismos días. Y después pedía flores. O una caja de bombones. Supuestamente para su esposa. Y Hilde, en lugar de dejárselo a la Kúrochkova, iba ella misma, compraba las flores, solo porque va contra su instinto de conspiradora involucrar a más cómplices… ¿Es necesario que el jefe de la OMS tenga una aventura con una alumna de diecinueve años? Una vez estuvieron juntos toda una semana en Nizhni Nóvgorod. Y después la envía de repente a España, a la guerra civil. No al frente, es cierto, sino como radiotelegrafista para el Estado Mayor, pero aun así. ¿Rompieron? ¿Estaba haciéndole su mujer la vida imposible?

Por la tarde Mélnikov aún no ha firmado nada. Al día siguiente ni siquiera se presenta en el trabajo. Al otro sí se presenta, pero no firma nada, no pregunta nada, no ordena nada, sino que se sienta —¡gran novedad!— en el balconcillo esquinero, al sol, y se hace servir allí el té.

Qué raro, dice Mélnikov, que en Selenguinsk haga más frío que en Moscú, aunque esté más al sur.

Hilde no sabe qué decir. No conoce Selenguinsk.

Está en el lago Baikal, le explica Mélnikov. Nací allí.

Ah, ¿sí? Hilde finge interés y Mélnikov, que normalmente no dice una palabra de más, empieza a perorar sobre su ciudad natal. Habla sobre la primavera tardía, sobre el invierno temprano…

El verano es breve, pero ¿sabe qué? En ningún otro lugar del mundo el sol es tan hermoso como en Selenguinsk.

Hilde está allí plantada como un pasmarote. Tiene mejores cosas que hacer que escuchar una conferencia sobre el verano en Selenguinsk. Mélnikov entorna los ojos hacia el sol, casi parece haber olvidado que ella está allí.

Es una pena que lleve tanto tiempo sin ir, dice Mélnikov con los ojos cerrados.

Pues vaya, dice Hilde. Tómese unas vacaciones.

Mélnikov asiente.

Pero estaría bien que, antes de eso, firmase los documentos.

Cuando Hilde se va a casa, aún no ha firmado nada, aunque promete hacerlo por la noche. Pero al día siguiente, cuando vuelve, todo sigue en el mismo sitio; solo falta el borrador del asunto de Berta Zimmermann. No está por ninguna parte.

Hilde está que trina. ¿Ha perdido la cabeza? ¿Se ha vuelto loco? ¿Está enfermo, incapacitado para el trabajo? Está a punto de llamarle a casa. Después se pregunta si no sería mejor que hablara con Anvelt. Pero, mientras aún se está preguntando cómo hacerlo, Anvelt entra en la oficina, sorprendentemente temprano y armando menos ruido que de costumbre, sin el abrigo de marinero ni las botas, que ha cambiado por unos zapatos abiertos de verano.

Anvelt le coge una papirosa de su cajetilla. Se queda un rato en silencio junto a la ventana, luego habla contra la ventana cerrada,

como si no se dirigiera a nadie: lo siente, se lo tendría que haber dicho antes, ella misma sabe cómo es eso…

Hilde mira cómo echa el humo contra el cristal, oye a alguien revolviendo en el despacho contiguo de Mélnikov. Sabe al instante que no es Mélnikov. De pronto, comprende.

Detenido, se le escapa. Más una constatación que una pregunta.

Anvelt hace un gesto de indefensión. A ella le da un vahído. Se enciende igualmente una papirosa. Ahora comprende también quién está revolviendo al otro lado. ¿Pueden hacerlo? Su primer pensamiento. Dice en voz alta:

En su despacho hay material del que solo está al tanto la OMS.

Los camaradas están haciendo su trabajo, le tranquiliza Anvelt. Todo se quedará como estaba. Solo están buscando pruebas.

¿Pruebas de qué?

¿De qué? Bueno, de sus actividades.

¿De qué actividades?

Hilde, ya sabes de qué va esto. Acciones de cualquier tipo, contactos en el extranjero…

¿Perdón? ¿Quieren acusar al jefe de un servicio de inteligencia de tener contactos en el extranjero?

Eleva tanto la voz que Anvelt se vuelve hacia ella asustado. Da un rodeo:

En el sentido de, entiéndase, actividades terroristas. Contra la Unión Soviética, etcétera.

Hilde, sobria: ¿Está Mélnikov acusado de actividades terroristas contra la Unión Soviética?

¡Hilde! Anvelt pone los ojos en blanco, gira la cabeza hacia el despacho que están revolviendo: Los detalles saldrán a la luz

durante la investigación.

Hilde guarda silencio. Anvelt también. Termina de fumar su papirosa, de pie. Después se dirige a la puerta.

Ah, otra cosa. El Comité Ejecutivo me ha designado para asumir el cargo de forma interina. Así que nos veremos más a menudo.

Le guiña el ojo para animarla y sale del despacho. Hilde se queda en su escritorio, incapaz de moverse. Poco a poco, paso a paso, va comprendiendo: por qué no firmó nada. Por qué hizo desaparecer el documento donde se posicionaba a favor de Berta Zimmermann. Y por qué envió lejos a la mujer que ama: a una guerra civil.

Casi lo admira. Al mismo tiempo le resulta amargo haberlo subestimado de ese modo. Haberse puesto como una furia con él, creer que estaba poco menos que trastornado. Repasa en su cabeza lo que realmente le dijo, lo que hizo. Por suerte no recuerda nada grave. ¿Por qué no fue un poco más amable con él? ¿Por qué no se dio cuenta? Aunque estaba tan claro, claro como el día… ¿Sabe qué? En ningún otro lugar del mundo el sol es tan hermoso como en Selenguinsk.

Al mediodía ya se le han terminado los cigarrillos. Por una vez el ascensor funciona. Pulsa el botón a la primera planta: stolóvaia. Pero en la tercera el ascensor se detiene y entra: Charlotte Germaine. Pelo recién arreglado y maquillada, abrigo de verano y entusiasmo casi intolerable:

¡Hilde!

Vaya, ¿cómo tú por aquí? Hilde respira hondo, intenta que no se le note.

Tenía que venir a la Dirección de Cuadros por el despido… ¿No te ha contado nada Julius?

Julius se lo había contado, aunque en realidad no habría hecho falta. Hilde sabía que Charlotte iba a obtener un puesto en la Sociedad Cooperativa Editorial. Erna Mertens le había preguntado a ella, a Hilde, si veía algún inconveniente en que le dieran el empleo

y Hilde no había respondido negativamente a la demanda, más bien: no había respondido en absoluto. Dejó que la cosa se hundiera, se olvidara, hasta que al final ocurrió por sí misma.

Sí, dice Hilde, Julius me lo ha contado.

¡Ay, Hilde! ¡No puedes imaginar lo aliviada estoy! ¡Que estamos! ¡Wilhelm y yo!

El tono aflautado de Lotte la saca de quicio. El ascensor se para, la puerta se abre. Charlotte sigue hablando con voz aflautada, Hilde no escucha, piensa cómo deshacerse de ella.

Debería ir a la cantina. Tengo un poco de prisa.

¿Te importa que te acompañe? Mi própusk vale para todo el edificio; excepto para la cuarta planta, claro.

¡Pero no tienes bonos para la comida!

No importa, me siento y te acompaño.

Perspectiva horrible: sentada con Charlotte en la stolóvaia, donde la Kúrochkova puede oírlas. Quién sabe qué más dirá esa voz aflautada.

Como no tienes bonos, mejor vamos fuera. De todas formas tampoco tengo hambre.

Esto significa que aún tendrá que soportar un rato la voz aflautada de Lotte: ¡qué amable había sido Julius con ella el primer día! En realidad, todos lo fueron. Y está tan contenta de que al final se hayan solucionado las cosas.

De que se hayan solucionado las cosas, piensa Hilde mientras bajan las escaleras mecánicas a la estación de metro Komintern. El único sitio de la zona donde venden cigarrillos. ¡Qué corta es esta mujer! Solo es capaz de ver su propio destino, su puestecito en la Sociedad Cooperativa Editorial. Ruedan cabezas por todas partes, el país se va al garete. Y ella está a punto de estallar de felicidad.

¿Qué haces allí exactamente?

A decir verdad, solo he ido una vez, porque el despido de la OMS aún no está cerrado. Empiezo como voluntaria. Pero el camarada Bork, lo conoces seguro, el jefe de la sección de alemán, me ha prometido que ascenderé rápidamente.

Sí, si primero dejas que él ascienda encima de ti, piensa Hilde, mientras vuelven a subir las escaleras mecánicas. Bork es conocido por su debilidad por las voluntarias. Dice en voz alta:

Crucemos.

Le ofrece a Charlotte una papirosa, pero la rechaza. Hilde se enciende una. Por desgracia, en el puesto de comida solo había Kazbek, ella suele fumar Belomorkanal, como todos en el Komintern, se había acostumbrado, tal vez para honrar el gran proyecto del canal del Mar Blanco. Todos los buenos camaradas fuman Belomorkanal, aunque los Kazbek no saben peor.

Caminan pesadamente por la tierra húmeda que algún día volverá a ser un prado. Hilde no sabe muy bien adónde ir. Antes había un par de puestecitos, también un banco, pero últimamente ya no hay donde sentarse.

Charlotte sigue acelerada y no para de hablar. Lleva zapatos de verano blancos y Hilde observa, con satisfacción maliciosa, cómo se le pega el barro. Que si sabe cómo está la situación con Wilhelm, pregunta Charlotte. Pero Hilde no sabe cómo está la situación con Wilhelm. Es probable que la Dirección de Cuadros esté teniendo dificultades para colocarlo, pues realmente no vale más que para el servicio secreto.

Hilde le promete que se informará, aunque ya sabe que no lo hará. Sabe Dios que ahora tiene otras preocupaciones.

A Charlotte se le ocurre la idea de quedar, una vez se aclare la situación con Wilhelm, y Hilde acepta, aunque solo a medias, y se odia por hacerlo. ¿Por qué no puede decirle sin más a esta mujer que no quiere tener nada que ver con ella?

Pisa la papirosa sobre la tierra: tiene que volver al trabajo, dice.

Charlotte lo entiende, pero, antes de que se separen, quiere saber algo más: ¿tiene idea Hilde de por qué media escuela de radiotelegrafía vive de pronto en el Metropol?

A Hilde le molesta la impertinencia. Aunque lo supiese: ¿cree de verdad esta mujer que se lo contaría? Dice en voz alta:

Por algo será. De todas formas, no creo que esté autorizada a informar sobre eso.

¿Y no podría, al menos, contarle algo sobre Jill Greenwood?

¿Jill Greenwood? Hilde se ríe.

No quiero detalles, basta con que me digas si le ha pasado algo o si está bien.

Está bien.

Charlotte le tiende la mano, ambas manos, y le da las gracias con tanta efusividad que a Hilde casi le remuerde la conciencia. Después comienza alejarse a pasitos cortos, con sus zapatos sucios, pero aún se detiene una vez más, se gira:

¡Ah! ¡Saluda de mi parte al camarada Müller!

Lo haré, dice Hilde.

Por la tarde, Hilde espera a que la Kúrochkova se vaya y después va al despacho de Mélnikov. Al parecer está intacto, los del NKVD no han dejado huellas. Abre la puerta del balcón como si tuviera que dejar marchar el alma de Mélnikov. Saca a modo de prueba un archivador con direcciones y palabras clave: ¿cuántas son válidas aún? ¿Quién sigue con vida?

Coge del armario la bolsa que Mélnikov utilizaba para sus viajes de trabajo reales o fingidos y empieza a meter sus objetos personales: fotos enmarcadas de su mujer y sus hijos, una pitillera de plata con el águila zarista (¿de dónde ha sacado una cosa así?), el juego de escritorio de latón, con pluma estilográfica y lápiz sin punta, un

puñal torcido con caracteres japoneses en la hoja, un cartucho del que nunca explicó por qué estaba en su escritorio, así como dos calentadores de pies de lana de oveja: siempre fue muy friolero.

Va en metro hasta Krásnye vorota. Mélnikov vive en Joromny tupik, a pocos pasos de la estación de metro. Entra en el corredor del edificio con el corazón acelerado. Está tan oscuro que tiene que encender la luz. Tercera planta, sube andando, por nada del mundo querría quedarse atrapada en el ascensor. Piso 78, toma aliento un instante, llama al timbre.

Abre una chica joven, rubia, no muy amable. Sabe al instante que no es su mujer.

Busco a la familia Mélnikov.

Será mejor que lo olvides.

Hilde mira el largo pasillo: apartamento comunitario. Aún funciona su instinto de conspiradora, repasa las puertas, la segunda a la izquierda está precintada. La mujer parece notar su mirada.

Los pajarillos han dejado el nido. Anoche. Si quiere un consejo, salga de aquí antes de que alguien se ponga a hacerle preguntas estúpidas.

Puerta cerrada. Hilde se desploma sobre los escalones. La luz se apaga. Hace una eternidad que no llora, considera el llanto un síntoma de autocompasión. Pero lo que le oprime la garganta, lo que hace que le broten lágrimas de los ojos, no es autocompasión, sino esa maldita bolsa con las cosas personales de Mélnikov: que ni siquiera eso pueda hacer por él, esas palabras se le pasan por la cabeza todo el rato, ni siquiera eso, piensa, como si esa estúpida bolsa aún le importara a alguien, como si fuera a cambiar algo, para Mélnikov, para su mujer, para sus hijos. Es descabellado e inútil, pero se sienta en las escaleras y llora.

La luz se enciende, un relé hace clic, el ascensor se pone en marcha. Hilde se levanta, se seca las lágrimas. El ascensor pasa veloz por delante. La bolsa le pesa al bajar las escaleras.

Entretanto han volado el monasterio Strastnói, de la torre ya solo queda un tocón sobre el que aún se afana una bola de demolición, oye los ruidos desde lejos: los aullidos de la excavadora, los golpes de la bola de demolición, sorprendentemente agudos, como golpes en un cuerpo desnudo. Sabe cómo suena eso.

Los bomberos también han venido, lo rocían todo con agua. Pero la cara de Pushkin está llena de polvo. Observa impasible lo que está sucediendo.

Viven en la habitación 14 de la primera planta, en ruso: segunda planta. ¿Va el NKVD por la escalera? Cuando vinieron a arrestar a Guénrijovski, creyó oír el relé; a las tres y media de la mañana.

Julius y Sina ya están en casa. Julius ha traído de la cantina un tarro de salchichas vienesas y está practicando una canción con Sina, probablemente para la escuela.

Resona entre cumbres, valles y praderas…

No, dice Julius, no es resona, es resuena.

Julius saluda a Hilde con un beso, la mira un instante: ¿Va todo bien?

Sí, todo bien, miente. Voy a hacer una sopa de patata.

En la cocina, a los fogones, está Muhammed Ali, el indio de la Sociedad Cooperativa Editorial, que vive a tres habitaciones de la suya y está haciéndose su arroz con curry; sabe Dios de dónde sacará el curry. Junto a la sartén hay una olla hirviendo con pañales, probablemente de Friedel Lange, la de Sauerland, o, más exactamente, de su hijo Karlchen, el bebé de la planta.

En la mesa de la cocina están Viktoria Wilhelmson, una atractiva sueca, y Alijánov, jefe de la Dirección de Cuadros del Komintern. Alijánov la saluda con una triste inclinación de cabeza que Hilde entiende al momento. Es obvio que la detención de Mélnikov no es

cosa suya. Tampoco esperaba que lo fuera. Alijánov es uno de los miembros más listos y bondadosos del aparato del Komintern. Son Mertens y Brückmann, sus encargados, quienes le presionan. ¿Por qué tienen tanto poder? ¿Quién está detrás de ellos? ¿Para quién trabajan?

Hilde corta patatas y zanahorias en trocitos, sofríe cebollas en aceite, añade la verdura. Tiene hasta mejorana. Lástima que le falten ciruelas pasas. Así hacía su madre la sopa de patata.

Mientras se cocina todo, hojea un poco el Pravda que ha traído Alijánov y pone la oreja en la conversación entre él y Wilhelmson, que gira en torno a una representación en el Teatro Artístico de Moscú, Los días de los Turbin, de Bulgákov, una obra sobre la derrota de los blancos en Ucrania. Interesante: la obra fue prohibida en 1929 por tendencias pequeñoburguesas y por hacer propaganda de la guardia blanca, pero más tarde, por intervención personal de Stalin, se levantó la prohibición. De eso están hablando los tres, Muhammed participa desde los fogones, aunque no ha visto la obra. Pero no se trata de eso, se trata de otra cosa que Alijánov, finalmente, desvela:

Estoy seguro de que, si ciertas injusticias llegaran a oídos de Stalin, las corregiría.

Ella Brückmann entra en la cocina, los Brückmann también viven en la segunda planta. La conversación termina.

Antes de irse a la cama, Sina quiere recitar a toda costa la canción que acaba de aprender, pero no quiere cantarla (este tipo de timidez es nueva). Aún no se siente cien por cien segura con la letra, Julius tiene que intervenir de vez en cuando:

Resuena entre cumbres, valles y praderas,

bajo el vuelo del águila un espléndido canto,

la canción sobre Stalin…

…que su amor nos entrega, completa Julius. Y Sina continúa:

Que nos colma de gracia y de amistad.

Orgullosos cantamos el canto de guerra.

Y su plan llevaremos al triunfo final.

Al cantar, felices, a nuestra vida plena,

sabremos…

Aquí Sina sufre otro parón y Julius tiene que intervenir: Por quien… por quien, cada día, tenemos que trabajar, termina de recitar Sina.

Vamos a trabajar, corrige Julius. A Sina casi se le saltan las lágrimas. Julius la elogia, le infunde ánimos. Sina vuelve a empezar. Por suerte, la última estrofa le sale sin problema.

Resuena entre cumbres, valles y praderas,

donde surcan el aire los aviones gloriosos,

la canción sobre Stalin, que su amor nos entrega,

a quien somos leales hasta la eternidad.

Una hora después de que Sina se quede dormida, Julius formula la pregunta en clave: ¿Damos un paseo?

Hilde asiente, se pone el abrigo y los zapatos, coge la bolsa con las cosas de Mélnikov y hace un gesto a Julius para que no haga preguntas. Fuera le explica que hoy, excepcionalmente, darán el paseo por otro sitio, que tiene algo que hacer.

Toman el tranvía hasta Ojotny Riad, cambian al metro y siguen una estación hasta Dvorets sovétov. De ahí van al río, siguen la orilla hacia el sur. Ralentizan el paso. Apenas hay gente, un buen sitio

para hablar. Julius estalla: ¡Hay que ver lo que enseñan a los niños!

No es para tanto, opina Hilde.

Hilde, me estoy volviendo loco, ya no entiendo nada. ¿Sabes que han arrestado a Heinz Neumann? ¡Heinz Neumann! No hay un estalinista más convencido. ¿De repente es un enemigo del pueblo? Taubenberger, Rakow, Erich Tacke. ¡Y ahora Neumann! ¿Por qué lo hace? ¿Qué quiere?

¿Quién?

Julius la mira sorprendida: ¿Quién? ¡El águila!

Tal vez, dice Hilde, no tiene ni idea de lo que está pasando.

Julius sacude la cabeza: Claro que lo sabe. Todo el NKVD trabaja para él.

El NKVD. Bajo la dirección del enemigo del pueblo Guénrij Yagoda.

A Yagoda lo han detenido.

Sí, dice Hilde. Pero ¿qué interés puede tener Stalin en detener a alguien como Heinz Neumann?

¡Eso mismo te pregunto yo! ¿Por qué lo hace? Que quisiera deshacerse de Zinóviev lo entiendo. Luchas de poder en las altas esferas. La unidad del Partido, si quieres. Karl Radek, más difícil. Pero ¿por qué Heinz Neumann? ¿Se puede saber a dónde vamos?

A ningún lado, dice Hilde.

Hilde, estás empezando a inquietarme.

Se queda quieta, mira alrededor. El lugar es propicio. La ribera está tupida. Los matorrales forman una tapadera perfecta hacia la calle.

Hilde le pone a Julius la bolsa en la mano.

Tírala al río. No preguntes, tírala, hazlo ya, lo más lejos que puedas. Después seguimos andando como si nada, sin hablar, hasta que

lleguemos donde no puedan vernos ni oírnos.

Julius la mira un instante, asombrado, después tira la bolsa con todas sus fuerzas.

Se oye el golpe en el agua, Hilde no mira. Se engancha al brazo de Julius y tira de él. Doscientos metros y unas cuantas calles llenas de recovecos después, Julius quiere saber qué ha tirado al agua.

Los objetos personales de Mélnikov.

Tarda dos segundos en comprenderlo. ¡No! Julius casi grita. Hilde le agarra del brazo, le indica que baje la voz. Tal vez habría sido mejor no decirle nada.

Dios mío, ¿cómo va a acabar todo esto?, susurra Julius. La mira con los ojos como platos. Hilde, susurra, Hilde… Le da miedo decirlo, pero ella sabe lo que está pensando.

No, no me pasará nada. No estaba muy ligada a Mélnikov, ya lo sabes. Mientras no detengan a Abrámov-Mirov… Se ríe. Pero tú sí tienes que tener más cuidado, Julius. Piensa en nosotros, piensa en Sina.

Se abrazan. Hilde le nota la cara caliente, la piel suave, casi de niño. Julius la aprieta fuerte y Hilde, dolorosamente, es consciente de cuánto le quiere. Le ama, como una esposa y como una madre y como una hermana. Le gustaría inundarlo de amor.

No, a ella no le pasará nada. No hay nada sospechoso en su biografía, está segura. Pero debe tener cuidado. Querer llevarse a casa las cosas de Mélnikov fue estúpido, un sinsentido. No puede dejarse llevar hasta ese punto. Nunca más, se jura a sí misma. No puede poner en peligro a su pequeña familia, ni a Sina, su niñita de ojos azules, la criatura más hermosa de la tierra, ni a Julius, su maravilloso e inteligente amado, inútil para toda clase de conspiraciones.

El abrazo se convierte en un beso. Un peatón pasa por el otro lado de la calle, maldice:

¡Extranjeros!

Tiene razón. Los rusos no se besan en la calle.

El 12 de mayo detienen a Ávgust Ivánovich Kork, jefe de la Academia Militar Soviética, se entera por la prensa.

El 15 de mayo, concretamente por la noche, detienen a Kurt Sauerland, compañero de Julius, el padre de Karlchen, el bebé de la planta. Vive a solo algunas habitaciones de ellos, en el número 6. A Hilde la despierta el clic del relé del ascensor. Sí, el NKVD es demasiado vago para subir a pie el único tramo de escaleras.

El 17 de mayo detienen a Hermann Schubert. Vivía justo al lado de Sauerland, en la habitación 7. Lo conoce de Hamburgo, los últimos años era un líder político allí. Con él montó una cárcel secreta de la OMS en Alemania. Bajo su dirección secuestraron al traidor Rauschenberg, a quien más tarde Wilhelm envió a Rusia en una caja de madera.

Ambas habitaciones están selladas con precinto, llevan a los familiares a la miserable ala lateral del hotel. Ahora Hilde pasa a diario por delante de dos puertas precintadas.

Al día siguiente se entera por Alijánov de que Béla Kun, miembro del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, jefe del Partido Comunista de Hungría, también ha sido detenido.

Se llevan del hotel Lux a Hermann Remmele, amigo íntimo de Heinz Neumann, antiguo diputado del Reichstag por el KPD. El relé hace clic a las tres y media de la mañana.

El 26 de mayo por la mañana la habitación de Alijánov aparece también precintada. Es la número 10. Hilde vive en la número 14.

Poco después Julius trae la noticia de que han detenido a Julia Ánnenkova, redactora jefe del Deutsche Zentralzeitung, conocida por ser una seguidora fiel, casi fanática, de Stalin.

El 13 de junio Hilde se entera por el Pravda de que Mijaíl Tujachevski, mariscal de la Unión Soviética, héroe de la guerra civil, líder del Ejército Rojo, es condenado a muerte y fusilado.

El mismo día, por una carta a Anvelt del responsable del NKVD para el Komintern, se entera de que han detenido a Berta Zimmermann.

Pocos días después Yan Anvelt se cuela en su despacho con sus zapatos abiertos, le roba una papirosa e interpretando malamente, con fingida despreocupación, le hace la terrible pregunta:

¿Cómo de estrecha era en realidad tu relación con Abrámov-Mirov?

Hilde logra resistir una semana, después sufre un colapso. El médico le diagnostica una infección febril, aunque no puede especificar de qué se ha infectado exactamente.

РГАСПИ ф. 495 / оп. 205 / д. 488 / л. 27

Declaración

Hacia finales de 1934 ocurrió lo siguiente en Punto Dos:

En un par de botas de mujer propiedad de la camarada Lotte Germaine se vertió ácido sulfúrico. Se destruyeron así las botas. Un poco más tarde también se vertió ácido sulfúrico en una maleta grande con ropa de cama y prendas de vestir propiedad de Lotte y Hans Germaine se destruyeron así un abrigo de invierno, medias, etcétera. No pudo hallarse al perpetrador. Por un tiempo sospeché de un camarada neurótico (John Murray) pero no pudo probarse nada. Más tarde sospeché del propio Hans Germaine. Mis sospechas se vieron reforzadas por la actitud de Germaine en nuestro colectivo. Germaine me trasladó la impresión de ser un arribista político que no se detendría ante nada para lograr sus objetivos. Me parece que Germaine orquestó todo esto a fin de atraer hacia sí mismo la atención general. Hans Germaine dirigió durante algún tiempo la instrucción política; lo hacía de un modo bastante mecánico y superficial. Cuando más tarde la camarada Krumina organizaba las clases de política él y Lotte Germaine intrigaban para imposibilitar la traducción de las lecciones.

04. V. 1937

Gaston Provost

РГАСПИ ф. 495 / оп. 205 / д. 488 / л. 98–99

Copia

Alto Secreto

Al camarada Miller

De Li Chiang

Considero necesario informarle de que, en julio del pasado año 1936, recibí las siguientes instrucciones del entonces administrador del Punto, G. Schock:

1 Hacer fotos de una serie de trabajadores del Punto (profesores, estudiantes y personal)

2 Hacer fotos de distintos objetos del Punto (edificios, parque, etc.)

Tenía que hacer estas fotografías como ayudante de Hans Germaine, que realizó estos trabajos, los cuales Schock presentó como un encargo de Müller, antiguo jefe de la OMS. Las fotos de los trabajadores eran necesarias, dijo, para la documentación y las fotos de los edificios, para el álbum.

Al final hice yo todo el trabajo, porque H. Germaine cayó enfermó y se fue de vacaciones; fueron los siguientes trabajos:

3 Fotografié a unas 20 personas y entregué a Schock 6 copias y un negativo de cada camarada.

No recuerdo con exactitud los apellidos de todos los camaradas, pero los indico a grandes rasgos:

1. Charlie Black

2. Katie Black

3. Bayron Fesseden

4. Harry French

5. Hilde Herford

6. Carmen Silva

7. Luisa Diego

8. Pedro Marchista

9. George Villaneva

10. Sofie Michel

11. Olaf Berg

12. Ewald Stern

13. Nelli Hill

14. Jill Greenwood

15. Morry Kent

16. Harold Milter

17. Li Sim

18. El jardinero Godunow

19. Edmund Müller

4 Hice aproximadamente 22 fotos en formato 9 x 12 de diferentes objetos exteriores del Punto. Cada toma tenía dos negativos y un positivo en papel. Se lo entregué todo también a Schock.

Además, sé que Hans Germaine realizó trabajos parecidos así como fotografías de interiores sin mi participación.

Firmado: Li Chang

23.7.37

Informo de que los negativos del jardinero Godonov y del montador eléctrico E. Müller / los últimos de la lista / están en el armario de la

oficina.

Firmado: S. Miller

Copia certificada: Ascharova

28.VII.1937

GA/3.

9. Amor en tiempos de terror

—Charlotte—

Una vez más, todo parece pender de un hilo cuando no la reciben en el despacho del jefe de la editorial: la Dirección de Cuadros del Komintern ha llamado, tiene que presentarse enseguida, le explica la recepcionista rubia como el sol, con voz apacible y acento nórdico.

Por suerte, solo falta una firma:

Por la presente me comprometo a guardar los secretos que me han sido confiados… de por vida… todos los acuerdos… personas…

El alivio se le sube a la cabeza. Pero tiene que mirar fijamente el texto al menos hasta que la Mertens crea que se lo ha leído con atención.

Soy consciente de que el incumplimiento de este compromiso significa la traición y el fraude a la clase trabajadora y de que tendrá los correspondientes efectos y consecuencias.

Fecha, firma, listo. La Mertens asiente y le desea mucho éxito en su nuevo puesto de trabajo. A Charlotte le encantaría abrazarla, le encantaría gritar de júbilo, saltar de alegría, pero naturalmente se contiene. Solo cuando ya ha salido por la puerta toma aire y envía un gracias enorme a las dieciséis estrellas de su habitación.

Como si su suerte no fuera ya lo suficientemente perfecta, se encuentra en el edificio del Komintern con Hilde, que le promete que se ocupará del asunto de Wilhelm. Y aunque Hilde, por supuesto, no tiene permitido darle información concreta sobre los

antiguos residentes de Punto Dos, al menos puede tranquilizar a Charlotte en relación a Jill Greenwood: está bien, le dice. Cómo iba a estar si no, si al parecer está bajo la protección personal de Mélnikov. ¿Se pondrá en contacto después de todo? Ahora que ella, Charlotte, ha dejado de ser una nopersona.

Al día siguiente la recibe por fin el jefe de la editorial. En la antesala se marea al observar las estanterías con todas las obras publicadas en la casa. La SCETE le parece ahora la editorial internacional más importante del mundo. Una docena de secciones, trescientos empleados. Aquí se publican las mejores obras de la literatura mundial, las más progresistas, traducciones y originales, clásicos rusos, vanguardistas de izquierda. Desde su silla puede descifrar los nombres de Fadéiev, Feuchtwanger, Gorki, al otro lado Thälmann, Togliatti, Tretiakov, el autor de Cheliuskin…

Es comprensible que el director de tamaña institución no pueda dedicar mucho tiempo a una humilde voluntaria. Mijaíl Kreps parece distraído, le pregunta el nombre dos veces en tres minutos y después ordena a su secretaria rubia como el sol, cuyo apellido, si ha entendido bien, es Wilhelmson, que se la lleve a la sección de alemán.

La oficina del jefe de la sección alemana es algo más modesta que la de Kreps, su secretaria es una rusa malhumorada que a Charlotte le recuerda un poco a la camarera del café Metropol, pero el jefe de la sección, en cambio, la saluda con una efusividad casi exagerada:

Otto Bork, se presenta, apartándose un mechón de la cara. Ya nos conocemos.

Sí, se acuerda de él, aunque solo lo ha visto de pasada dos o tres veces, en Hamburgo, junto a otros misteriosos camaradas rusos. Imposible no acordarse de alguien así: un hombre guapo, quizás un poco demasiado guapo, demasiado rubio, con los ojos demasiado azules. Pero estos diez o doce años le han sentado bien, tiene los rasgos más marcados y sin embargo conserva algo infantil, travieso. Está segura de que entonces no se llamaba Bork (ella tampoco se llamaba aún Germaine). Que él también se acuerde de ella le parece

sorprendente, se siente honrada. La calidez de este hombre en general le agrada. Su actitud abierta contrasta totalmente con la cautela y la desconfianza a la que está acostumbrada del círculo de la OMS.

Él le pregunta qué idiomas sabe, cambia brevemente al ruso, elogia la magnífica entonación de ella (cuánto tiempo hacía que no escuchaba un elogio) y después quiere saber si, en perspectiva, así lo expresa, se vería a sí misma intentando una traducción literaria; hasta que, por último, se levanta y la invita a hacer un pequeño recorrido por la sección de alemán.

Apenas percibe cómo él posa suavemente la mano sobre su cintura cuando la dirige a la puerta, o quizás lo nota, pero está en estado de embriaguez, camina a trompicones, como achispada, por el pasillo, y no sabría a dónde va si Bork, con pequeños y suaves toques de mano, no la guiara a través de ese caos maravilloso. La mayoría de las puertas están abiertas, gente amable por doquier, ocupada en interesantes tareas; conoce a algunos, al menos de vista, de su vida anterior; antes del aislamiento y la ocultación: Marta Globig, que en su día también fue empleada de la OMS, pero solo hasta poco antes de la llegada de Charlotte; Elsa Noffke, su marido sucedió a Alexander Emel como jefe del Departamento de Propaganda del KPD; conoce, claro, a Julius Gebhard, el marido de Hilde, que se cruza con ellos en el pasillo con una tapa de váter bajo el brazo. Riéndose, le explica a Charlotte que la tapa privada del váter ha elevado sus protestas por el estado de los baños en la editorial. Para su sorpresa, también está aquí Alice Rund, a quien conoce de su época en la Delegación Comercial Soviética de Berlín. ¿Qué hace Alice en la Sociedad Cooperativa Editorial?

De algunos solo conoce el nombre: Johann Biefang, autor del conocido folleto Mineros del Ruhr en los pozos soviéticos, es un hombre de baja estatura que habla un divertido dialecto renano. El nombre de Kurt Sauerland también le suena, aunque Charlotte no es capaz de atribuirle ninguna obra. El hombre en cuestión resulta ser grande como un oso; sumido en sus pensamientos, se levanta de su escritorio, se inclina obedientemente, los ojos pequeños detrás de dos lentes de aumento redondas. Charlotte está segura de que olvidará su nombre al instante. Pero a ella le ocurre lo mismo con

muchas de las personas que le presentan, todo va muy rápido, es demasiado todo esto, le dan vahídos de alegría, siente calores atravesándole, está mareada por el ambiente serio y empeñoso, por el humo de los cigarrillos, por el olor de los libros recién impresos, colocados en pilas ordenadas en los escritorios y los aparadores.

¿No trabaja también Ernst Ottwalt en la sección?

Bork le coge la mano, sacude imperceptiblemente la cabeza. Ella se sorprende: ¿Puede Ernst Ottwalt, el hombre que escribió con Bertolt Brecht la famosa película Kuhle Wampe, haberse convertido también en una nopersona?

Finalmente, Bork le presenta a la editora para la que trabajará. Se llama Inge Karst, es por lo menos cinco años más joven que ella, algo afligida, pálida, sobrecargada de trabajo. Comparte despacho con la camarada Neumann, también muy joven, que no tiene nada que ver con Heinz Neumann, como extrañamente recalca de inmediato.

En el despacho está además un tal camarada Nóvikov o Nóvichok, no lo entiende bien. Está sentado con Inge Karst en una mesa muy pequeña llena de hojas de manuscritos, y le pide a Charlotte que se siente al lado y participe en la discusión. Bork se despide con un guiño.

Las hojas del manuscrito pertenecen a un texto en ruso que va a traducirse al alemán. La discusión trata sobre la palabra rusa смычка —smychka— que significa algo como unión o agrupación, pero que en el actual lenguaje político de la Unión Soviética quiere decir siempre unión del proletariado y el campesinado, lo cual es poco probable que entienda el lector alemán. ¿Significa que a la palabra unión tienen que añadirle del proletariado y el campesinado?

El camarada Nóvikov o Nóvichok opina que no se puede cambiar el original, la camarada Karst, por su parte, cree: Traducir significa hacer comprensible el texto al lector alemán.

Sí, pero al lector no puede imponérsele su propia comprensión del texto, dice el camarada Nóvikov o Nóvichok.

Al final acuerdan dejar la palabra rusa smychka y deciden añadir un comentario editorial: Unión del proletariado y el campesinado.

Se trata de un folleto de la editorial del PCUS (B), titulado: Los cómplices de derecha de la banda trotskista. El camarada Nóvikov o Nóvichok lo está traduciendo.

Quién es el autor, pregunta Charlotte.

Los otros dos se miran antes de que Inge Karst responda:

El autor, como tal, es desconocido.

Charlotte decide no volver a ponerse en evidencia haciendo más preguntas.

Durante la siguiente semana tiene ocasión de leer el folleto, del que solo hay disponible un manuscrito original en ruso. El autor, como tal, desconocido demuestra minuciosamente que los disidentes de derecha Rykov (en su día presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo), Tomski (en su día presidente del Consejo Central de Sindicatos de Rusia) y Bujarin (en su día mimado del Partido y, tras Lenin, su «teórico más valioso») siempre fueron disidentes de derecha, que siempre se opusieron a las lecciones de Lenin, que estaban en contra de una industrialización rápida y de la colectivización de la agricultura, que juraron la imposibilidad del Socialismo en un único país, todo ello antes de, finalmente, al amparo de mendaces declaraciones de arrepentimiento, afilar las malditas armas de la impostura más infame y, junto a los bandidos trotskistas, cometer los crímenes más viles contra el Partido y contra nuestra Patria.

¿No resulta reiterativo que afilaran las malditas armas de la impostura más infame y que además lo hicieran al amparo de mendaces declaraciones de arrepentimiento?

Pero no, no es cosa suya. Traducir significa hacer comprensible el texto al lector alemán, dijo Inge Karst. Y el camarada Nóvikov o Nóvichok: Al lector no puede imponérsele su propia comprensión

del texto. Los dos tienen razón.

Charlotte aprende algunas cosas sobre transcripción y formatos de párrafo, pliegos impresos y gramática. Mejora sus habilidades de mecanógrafa en teclado ruso, porque tiene que producir un segundo ejemplar del manuscrito. Lleva la correspondencia del correo tubular cuando el sistema se atasca. A sus cuarenta y dos años no se le caen los anillos por hacer té para los otros dos, más jóvenes. Lava sin que se lo pidan los vasos que dejan en la cocina los compañeros que se retrasan. No le importa lo más mínimo llevar corriendo de vez en cuando un manuscrito a la imprenta para los compañeros del despacho de al lado. Aún está como en un globo. Las cosas se han solucionado. Está salvada. ¡Trabaja para la Sociedad Cooperativa Editorial de Trabajadores Extranjeros!

Cierto, es una voluntaria, está en el escalafón más bajo de la jerarquía editorial. Pero en algún momento, quizá pronto, trabajará como traductora. ¿Y no insinuó Bork, incluso, que podría convertirse en traductora literaria? Trabajará y trabajará. No cometerá errores. Por nada del mundo abandonará el puesto que le ha caído en suerte. Por nada ni por nadie.

Una día, durante la comida, oye que alguien —no sabría decir quién — menciona el nombre de Alijánov. Solo el nombre, sin comentarios. Sabe que así se llama el jefe del Departamento de Cuadros, uno de los más altos funcionarios del Komintern. Mientras aún está reflexionando sobre esa críptica mención —¿suena amarga, se oculta tras ella una vaga indignación?—, el ambiente en la mesa da un vuelco. Se burlan del gran pañuelo verde de seda de Hilde Angaróva. Se ríen por lo bajo cuando Bork tira la salsa en el mostrador de la comida. Y, antes de terminar de comer, Charlotte ya ha olvidado el incidente.

Una semana después, Marta Globig asoma la cabeza por la puerta y dice: Sauerland. Solo esa palabra. Inge Karst asiente. El camarada Nóvikov o Nóvichok asiente. ¿Se refiere a Kurt Sauerland? ¿El oso con gafas que le dio la pata tan obedientemente? Decide no preguntar.

La tercera semana Bork la llama a su despacho y le pide que busque en su biblioteca ciertos autores y saque de la estantería los

correspondientes volúmenes.

Le pone en la mano una lista en la que, en letra pequeña y clara, figuran varios nombres.

Kun, Béla

Pfeiffer, Max

Rabitsch, Rudolf

Sauerland, Kurt

Bork la ayuda a subir la escalerilla, cuidadosamente. Se queda junto a la escalera, la sostiene. Dirige la mirada de Charlotte a Béla Kun, esquina superior izquierda. Ella tiene que estirarse un poco para llegar y entonces nota que Bork le rodea el tobillo derecho.

No te preocupes, yo te agarro, dice Bork.

Charlotte sujeta la lista en la boca, se coloca sobre el antebrazo La Segunda Internacional en disolución. Intenta ignorar la mano de Bork en el tobillo. Pero, mientras intenta coger de la estantería La cuestión candente: unidad de acción, cree sentir los dedos de Bork subiendo un poco por su pantorrilla. Con Las luchas de febrero en Austria y sus enseñanzas ha llegado ya a la corva. Charlotte deja de apilar libros y la lista se le cae de la boca.

Haga el favor, camarada Bork.

Con voz temblorosa.

Bork desiste de inmediato, disculpándose exageradamente. Ha perdido la cabeza por un momento ante, así lo expresa, una anatomía tan perfecta.

¿Puedo ayudarla con los libros?

Charlotte le pasa los volúmenes de Béla Kun. Con el resto del alfabeto ya no hay más incidentes. Junto a la secretaria de Bork,

Charlotte lleva los tomos descartados a un sótano donde hay otros libros.

Papel de desecho, dice la secretaria.

Por supuesto, no le habla a nadie del incidente, mucho menos a Wilhelm. Wilhelm no está bien. A finales de abril, cuando llegó la noticia de su contratación en la SCETE, estuvo algún tiempo, breve, de buen humor, y a Charlotte le costó disuadirle de brindar por su nuevo puesto antes de haber firmado el contrato. Para esas cosas es supersticiosa.

Wilhelm, es obvio, espera que lo exoneren pronto, sobre todo porque entretanto no duda en considerar a Emel un conocido de ella. Pese a toda su alegría, no deja de molestarle un poco que hayan tramitado antes el caso de Charlotte. Y luego, encima, pasa una semana y otra y una tercera sin noticias del Komintern.

Charlotte intenta animarle. Le trae libros: algo de Egon Erwin Kisch y de Maxim Gorki. Desde hace poco tiene el descuento para el personal. No importa que los libros estén a precio de ganga en la Unión Soviética, simplemente es agradable disponer del descuento para el personal. Wilhelm lee los libros, incluso, al menos los reportajes de Kisch China secreta y El cambio profundo de Asia, pero su humor, lejos de mejorar, empeora cada día que pasa. Día a día crece su impaciencia. Se queja de que apenas puede concentrarse. No deja de darle vueltas a las razones del retraso y siempre hace las mismas preguntas, para las que Charlotte no tiene respuesta.

Charlotte reinstaura las visitas al restaurante Praga, siempre en víspera de día festivo. Es buena con él. Debido a la presencia de Provost en la habitación paredaña, van al restaurante un poco antes de lo normal y así el programa de radio aún no ha terminado cuando regresan. Lo hacen protegidos por el espacio radiofónico del día. A veces emiten música, otras veces noticias o la revista de prensa mundial, en una ocasión llegan a escuchar la voz de Stalin. Extrañamente, esa especie de secretismo aumenta la excitación de Charlotte y, tras el incidente con Bork, relampaguean aquí y allá

pequeñas fantasías fuera de lugar que, en diversas formas, tratan de cómo se deja conquistar a partir de los tobillos. Como es natural, no se atrevería a verbalizar tal cosa, pero solo pensarlo ya hace que arda por dentro. Las necesidades de Wilhelm, por el contrario, parecen ir decayendo cada vez más.

Charlotte come de vez en cuando en la stolóvaia de la editorial con Alice Rund, y rápidamente acuerdan verse fuera del trabajo. Como no quiere que Provost los escuche, quedan en casa de Alice. Charlotte espera que así Wilhelm se distraiga un poco, aunque al principio se muestra reacio. Pero ella no acepta excusas. Llevan demasiado tiempo metidos en la habitación, evitando cualquier contacto, Charlotte insiste en volver a mezclarse con la gente. Ahora que ya no tienen que sentirse como nopersonas.

Eres tú la que no tiene que sentirse así, refunfuña Wilhelm. Pero acepta la derrota.

Alice Rund, haciendo honor a su apellido —regordeta—, es una hermosa mujer entrada en carnes que jadea con solo subir un tramo de escaleras. Es un poco mayor que Charlotte, pero la diferencia de edad se pierde de algún modo entre sus lorcitas. En realidad, no se conocen mucho. En la delegación Charlotte era corresponsal, así se llamaba el cargo pomposamente, y Alice trabajaba en el departamento que facilitaba puestos de trabajo en la Unión Soviética. Pero las dos vivían en Berlín-Britz. Así que a veces charlaban un rato de camino a casa.

En casa de Alice solo estuvo una vez, ha olvidado por qué fue, pero aún se acuerda de su sorpresa cuando una criada con cofia y delantal blanco le abrió la puerta y le cogió el abrigo. La casa era tan grande que podías perderte y estaba llena de muebles de época y jarrones caros. Resulta que el padre de Alice tenía una pequeña fábrica donde se producía algún tipo de equipamientos dentales. Hija de un capitalista, pero miembro del Partido Comunista. A Charlotte le subió el ánimo comprobar que había militantes con orígenes aún más impuros que los suyos.

No puede evitar pensar en la casa berlinesa de Alice mientras sube ahora la escalera del ala lateral de un deslucido inmueble de renta moscovita. El edificio es ya de construcción soviética, aquí y allá

hay cosas que parecen estar sin concluir, y sin embargo, ya empieza a deteriorarse. La puerta principal está atascada, falta un cristal.

En el apartamento huele a parafina y a algo más. El pasillo es largo y oscuro. Una mujer está en la cocina comunitaria, cociendo coles (a eso huele). Charlotte la saluda al pasar. La mujer no devuelve el saludo.

La habitación de Alice no es pequeña, aunque tampoco grande. También aquí ha conseguido encontrar algunos muebles antiguos. Hay un bonito y pequeño escritorio junto a la ventana, imperio o Bidermeier, Charlotte de eso no entiende. El rincón para dormir está separado por una cortina. En las paredes cuelgan reproducciones de pinturas vanguardistas.

Se entera de que Alice vive aquí con Ludwig, un hombre compacto y ancho de espaldas que estrecha la mano con férrea firmeza y lleva varias piezas de acero inoxidable —prótesis habitual en la Unión Soviética— en la parte frontal de la dentadura. No solo su apretón de manos es férreo: lo es también su sonrisa. Pero su dialecto es suave, habla con voz apagada, lo cual llama mucho la atención dado que, en este momento, retumban gritos estridentes en la habitación de al lado. Hay alguna discusión en marcha (se trata de dinero, por lo que alcanza a entender Charlotte), un niño además berrea. De fondo suena la radio.

Los Kroshkin, se disculpa Alice. Una familia de cinco que vive en una sola habitación, gente sencilla de Kubán. Ya sabéis lo que pasa: todos quieren venir a Moscú.

Y Ludwig añade: Nos denunciaron hace poco porque presuntamente estábamos escuchando la radio alemana. Pero solo tuvimos visita, y estuvo todo el tiempo declamando…

Se ríe. Charlotte también intenta que le parezca divertido, pero lo cierto es que, desde el primer momento, se siente incómoda, asediada por el vecindario invisible. Ni los deliciosos pasteles que Alice sirve con el té logran cambiar eso: son de Yeliséiev, explica Alice, la famosa tienda de exquisiteces (que hace tiempo, no obstante, pasó a llamarse Gastronom Nº1).

Parece que a Wilhelm, por suerte, le cae bien Ludwig, pues resulta que no solo parece estar hecho de metal, sino que es un verdadero trabajador siderúrgico. Alice le consiguió en su día un trabajo en la Unión Soviética, es probable que se conozcan de eso.

Wilhelm empieza a preguntar a Ludwig sobre sus experiencias en el sistema de producción socialista, un poco también por saber si trabajar en una fábrica soviética sería una opción plausible para él. La conversación arranca inofensiva, pero cuanto más profundiza Ludwig en la materia (espoleado por las preguntas y objeciones de Wilhelm), más problemática se vuelve. El tema es la importantísima producción de rodamientos de bolas, para la que se encargaron costosas máquinas americanas que, sin embargo, no se utilizan, puesto que el techo de la fábrica no es capaz de aguantar, lo cual ha causado ya un grave accidente por el que han detenido al director de la factoría, aunque precisamente él había advertido de la débil construcción del techo.

La conversación se va adentrando así en terrenos cada vez más comprometidos. El ánimo de Wilhelm se ensombrece a ojos vistas, sus argumentos se agotan. Alice juguetea con su chaqueta de punto, intenta cambiar de tema varias veces. Finalmente, cuando, para colmo, alguien se pone a cantar en la habitación de al lado (no está claro si con el ritmo de la música o contra él), Charlotte sugiere salir a dar un breve paseo.

Caminan alrededor de una gran obra, las conversaciones se suavizan, se hacen bromitas, como para borrar las impresiones de las últimas horas, y las parejas se despiden amistosamente. Pero Charlotte tiene claro que ha sido la primera y última visita a casa de Alice Rund.

Hace otro intento con Julius Gebhard. Siempre le ha caído bien, una persona inteligente, ingeniosa. Quizás también le está secretamente agradecida por haberse hecho cargo, por así decirlo, de Hilde, que fue abandonada por Wilhelm. Pero cuando le sugiere que se vean algún día, y sobre todo cuando añade que Hilde se ha mostrado de acuerdo recientemente, Julius se muestra desconcertado. Hilde, dice, está muy ocupada desde el cambio…

Ahora es Charlotte la que está desconcertada: ¿Qué cambio?

Ah, perdona, pensé que lo sabías… La cara de Julius adquiere una expresión de susto.

No, no sabe nada. Ni tampoco quiere saber. No quiere visitar a nadie más, quizá sea lo mejor después de todo. No quiere verse involucrada en ningún problema. No quiere verse involucrada en nada. Quiere trabajar, eso es todo. Que no vuelvan a suspenderla de empleo. Nunca más al infierno de la espera. Mejor una vida picando manuscritos y haciendo té.

Pero un día llaman a Inge Karst de la dirección del Partido. Apenas se le nota nada cuando vuelve, sigue haciendo su trabajo, incisiva y meticulosa, trata a Charlotte con educación y distancia y tiene enconadas discusiones con Nóvikov (no es Nóvichok). Fuma mucho, está pálida como siempre. Solo que su cara ha adquirido de repente un extraño brillo ceroso. Charlotte tarda un rato en darse cuenta de dónde lo ha visto antes: en su padre. También él tenía ese brillo ceroso en la cara; cuando estaba muerto.

Pocos días después llaman a Inge al despacho de Bork. Esta vez, cuando regresa, ni siquiera amaga con volver al trabajo. Enciende en silencio un cigarrillo, se reclina en la silla y mira por la ventana. Loni Neumann también se enciende un cigarrillo. Nóvikov se excusa y sale del despacho.

Las mujeres guardan silencio un rato, Charlotte no se atreve a teclear en la máquina de escribir. Después suena el teléfono, Loni descuelga y comunica a Charlotte que Bork quiere verla en su despacho.

Tras el incidente de la escalera solo lo ha visto alguna vez de pasada. Apenas parecía reparar en ella y Charlotte no estaba segura de si debía tomárselo como una buena o como una mala señal. Ahora Bork la recibe llamativamente parco en palabras, casi severo, así que ella siente miedo y angustia, aunque, por más que lo intente, no se le ocurra de qué podría acusarla.

Le pregunta cómo está, incluso pregunta por Wilhelm, y ella le informa a regañadientes. Quiere saber cómo se apaña con su trabajo, y luego, sin solución de continuidad, le propone finalizar Esbirros de derecha como editora responsable, pues la camarada

Karst, así lo expresa, ha fallado.

La fecha de publicación es el 26 de julio, lo que significa que el folleto ha de ir a composición, como muy tarde —hojea su calendario— el 17 de julio. ¿Preguntas?

Pero ¿qué ha pasado con la camarada Karst?, se le escapa.

Bork recapacita un momento antes de decir: La camarada Karst ha sido expulsada del Partido por haber maquillado datos biográficos relativos a sus familiares. Por supuesto, el ascenso va unido a un aumento de sueldo.

¿Qué ascenso?

Tu ascenso, camarada Germaine.

Vuelve caminando a tientas en dirección al despacho, pero a mitad de camino gira hacia el baño. Ni hablar de encontrarse cara a cara con Inge Karst, de cuya desgracia se está aprovechando. Busca el cubículo más limpio, se sienta en la tapa del váter cerrada. Huele mal, la cisterna murmura, el suelo está manchado del color que se usó para pintar las puertas. ¿Acaban de ascenderla a editora? Escucha en su interior, ¿dónde está la alegría, los gritos de júbilo? En vez de eso, resuena en su cabeza esa estúpida frase… por haber maquillado datos biográficos relativos a sus familiares…

Charlotte no puede evitar pensar en su propio currículum; curiosamente, en un detalle del todo accesorio, mejor dicho, en una palabra, la palabra real. Que sustituyó por estatal. No sonaba bien, eso es todo: padre censor de cuentas de la Real Fábrica de Porcelanas. ¿Acaso la fábrica de porcelanas no pertenecía al estado?

No, nadie la expulsará del Partido por eso. ¡Sería absurdo! Y eso si se dieran cuenta. Aunque no está segura: ¿escribió lo mismo en el currículum que entregó para ingresar en el Partido? ¿Y en todos los formularios que ha rellenado para los comités de revisión?

Cuando vuelve al despacho, Inge ya está recogiendo sus cosas. Charlotte no sabe qué decirle, pero obviamente Inge no necesita que le diga nada. Le da sin más los documentos de trabajo, manuscrito y

traducción, lo que lleva hasta el momento. La hoja con los detalles de producción: tipo de encuadernación, pliegos y caracteres, números y términos técnicos que Charlotte no entiende del todo.

Pie de imprenta en la última página abajo, dice Inge. Te deseo lo mejor.

¿Qué vas a hacer ahora?, pregunta Loni Neumann.

Inge se encoge de hombros. Abraza a Loni, da la mano a Charlotte. Al final se decide también por un abrazo.

Cuídate, le dice.

Después coge su bolso y se marcha. A Loni Neumann se le saltan las lágrimas. Hay un gran silencio. Solo el viento susurra entre la holgura de las ventanas.

Wilhelm intenta mostrar alegría por su ascenso, pero se ve que le resulta difícil. Por supuesto, ahora ella está más ocupada que antes. Trabaja duro hasta última hora de la tarde, a veces hasta la noche, y, cuando se levanta a las siete y media, está ansiosa por ir cuanto antes a la editorial, de tantas cosas como tiene en la cabeza. Tiene que esforzarse de veras para no ser siempre la primera; mientras Wilhelm no sabe cómo pasar el tiempo. Sigue yendo cada día a la biblioteca y lee el Deutsche Zentralzeitung, pero sus visitas son cada vez más cortas; informa cada vez menos de nuevos éxitos. Un día, mientras se dirige a la imprenta, Charlotte lo ve sentado en un banco, dando de comer a las palomas. Hace como que no le ha visto.

No quiere ir al cine ni al teatro porque, aunque no lo confiesa, entiende muy poco. Cuando Charlotte le sugiere que haga un curso de ruso, también para estar con gente, pone como pretexto que, mientras no lo despidan de la OMS, necesitaría el permiso de la dirección. Pero, dada la actual situación, ¿por qué no llama directamente a Hilde y le pregunta?

Charlotte entiende su sufrimiento, naturalmente. Al mismo tiempo

su inactividad empieza a sacarla de quicio. Las horas que pasa con él son cada vez más angustiosas. Es casi imposible sacarle de la habitación, en la que apenas entra un rayo de sol y que, cuanto más brillante es el cielo afuera, más cavernosa parece volverse. Por otro lado, tampoco puede dejarle solo, ya que ella está la mayor parte del tiempo en el trabajo. Así que el tiempo que no está en la editorial lo pasa en la cueva escuchando los lamentos de Wilhelm. Y, cuando al fin consigue convencerle para salir a pasear en su día libre, él se arrastra a su lado como una sombra y todo cuanto ve parece causarle dolor. El sol le levanta dolor de cabeza. El viento le molesta. En la Plaza Roja se detiene sin cesar porque se le mete arena en los ojos.

Una luminosa tarde de junio, al llegar a casa, Charlotte se encuentra a Wilhelm tumbado en la cama como si estuviera muerto. Supone que le duele el estómago y se ofrece a prepararle un té, pero Wilhelm apenas sacude un poco la cabeza: no es dolor de estómago.

¿Y qué es esta vez?

Han detenido a Abrámov-Mirov.

Su voz suena débil y quebradiza, como si saliera de un teléfono, de un mundo lejano, pasado. Abrámov-Mirov, sí, se acuerda. Pero ¿qué se supone que tiene que ver con ella?

De repente tiene ganas de gritarle: ¿Por qué me cuentas eso?

Se vuelve en silencio y se dispone a preparar algo de cena, aunque ya sabe que Wilhelm no comerá nada. Le da lo mismo. Tiene hambre, quiere comer. Saca la navaja suiza y empieza a cortar el pan en rodajas. A descuartizarlo. Se cabrea: ¿Por qué no hay un solo cuchillo que corte? ¿Y él cómo demonios se ha enterado? ¿Ha hablado por teléfono con Hilde? ¿Tiene otras fuentes?

Secretos de Wilhelm, no quiere saber absolutamente nada al respecto. Nunca ha querido saber nada y por eso le gustaría, si es posible, seguir ahorrándoselos. Si es posible.

¿Y si tienen algo contra él? De pronto ese pensamiento está ahí. Charlotte se detiene. ¿Qué sabe ella de Wilhelm? De sus acciones y

actividades. Hamburgo. La maleta con los billetes de dólar. El revólver. ¿Qué se hace con un revólver? Por orden de… Abrámov-Mirov. ¿Por eso están tardando tanto en resolver su asunto? Y otra cosa se le pasa por la mente: que ellos, a todos los efectos, no están casados, no por lo civil. ¿Ayudaría eso?

Pone pan, mantequilla y embutido en la mesa. Y los tomates en conserva que había hoy en la stolóvaia.

Que aproveche.

No tengo hambre, dice Wilhelm.

Ella también, de hecho, ha perdido el apetito.

La gran reunión del Partido se celebra a mediados de junio. Charlotte ya ha vivido algunas reuniones pequeñas, pero esta vez se junta toda la editorial, trescientas personas, tienen que alquilar una sala para hacerla. Parece un congreso del Partido. Un gran retrato de Stalin tras el escenario, con flores delante. Una tribuna de oradores envuelta en una bandera roja desde la que una camarada de la dirección del Partido pronuncia el discurso de apertura.

La camarada se apellida Dzerzhínskaia. Es la viuda del famoso miembro del servicio secreto y fundador de la Cheka, una mujer no muy joven, con aspecto de ama de casa. Lleva una blusa anticuada, un pañuelo grande en tonos claros alrededor del cuello y los hombros. También su tono de voz es de madre; de madre que regaña a sus hijos porque han vuelto a liarla por enésima vez. ¿No nos advirtió ya el camarada Stalin? ¿No nos alertó ya el Comité Central, con motivo del vil asesinato de Kírov, de los peligros de la indulgencia política y del sentimentalismo pequeñoburgués? ¿No estábamos llamados a aumentar nuestra vigilancia ante la intensificación de la lucha de clases? ¿Por qué, pregunta la camarada Dzerzhínskaia, a pesar de todo no somos capaces de reconocer en nuestras filas a su debido tiempo a los enemigos del pueblo? ¿Cómo es posible que sigan entre nosotros, que sean miembros del Partido, que ocupen puestos de responsabilidad y lleven su vida de parásitos a costa de la clase trabajadora? ¿Cómo

puede ser que se necesite al NKVD para desenmascarar a semejantes traidores?

La camarada Dzerzhínskaia propone que se desarrollen medidas especiales, métodos de trabajo extraordinarios para proteger a la editorial de la infiltración de agentes enemigos y del peligro de los impostores. Propone que todos los camaradas se comprometan por escrito a prestar más atención a su entorno y a informar a la organización del Partido de cualquier sospecha. ¡Nada de falsas lealtades! ¡Nada de consideración a viejas relaciones de amistad! ¡Abrid los ojos! ¡Escuchad! No rechacéis las nimiedades como meras nimiedades. Atentos a la elección de las palabras. ¿Quién habla despectivamente de un camarada meritorio? ¿Quién calla cuando debería hablar? ¿Quién duda cuando se trata de desenmascarar a un traidor y condenarlo? ¿Quién muestra una disposición insuficiente a la autocrítica?

La camarada Dzerzhínskaia propone además que se expulse del Partido, con carácter retroactivo, a los siguientes camaradas: Valentina Adler, Kurt Sauerland, Heinz Neumann, Erich Tacke (a quien Charlotte no conoce) y a un japonés (cuyo nombre no entiende bien). La camarada Dzerzhínskaia propone además que se expulse del Partido a Inge Karst y que a modo de prueba se la envíe a producción.

Charlotte está de acuerdo en todo. Sin dudar, sin torcer el gesto. La resolución se aprueba por unanimidad. Resuenan los aplausos.

El camarada Brückmann, de la Dirección de Cuadros, sube espontáneamente a la tribuna y propone un agradecimiento colectivo al comisario del pueblo para asuntos internos, el camarada Yezhov, por su ayuda en la búsqueda de enemigos del pueblo, trotskistas y espías en nuestras filas.

La resolución se aprueba por unanimidad. Resuenan los aplausos.

Sube el director, pensativo, ausente, como lo vio Charlotte en su despacho. Le lleva un buen rato ordenar sus papeles, ajustarse las gafas. Finalmente carraspea y empieza a hablar. Kreps habla bajo, pero se entiende todo lo que dice, ya que la sala, de pronto, se ha quedado en completo silencio. Agradece a la camarada

Dzerzhínskaia su instructiva contribución. Charlotte espera que, como director, haga referencia de una vez al trabajo en la editorial. Pero, en lugar de eso, empieza a hablar de errores. De sus errores: Mijaíl Kreps hace autocrítica. Un hombre encogido, con traje arrugado, que reconoce su culpa ante el Partido y ante todos los empleados.

Dice que no prestó la suficiente atención a las advertencias del Comité Central ni, en especial, a las del camarada Stalin. Siente como un fracaso personal que, bajo su dirección, elementos hostiles trabajaran y publicaran en la Sociedad Cooperativa Editorial. Agradece personalmente al camarada Brückmann su gran participación en el esclarecimiento de estos casos. Agradece al camarada Yezhov y a los camaradas del NKVD su excelente trabajo. Pero, sobre todo, da las gracias al camarada Stalin: cuya clarividencia e inflexibilidad nos protegen de los insidiosos ataques del enemigo de clase.

La camarada Dzerzhínskaia aplaude cuando se menciona al camarada Stalin, y todos la siguen, también Charlotte; pero los aplausos resultan moderados. Después de todo, se trata de una autocrítica; no quieren aplaudir los errores del director.

Podría objetarse, continúa Kreps, que, como director, él no podía evaluar a cada uno de los camaradas; él depende, claro está, de la ayuda y las iniciativas de la Dirección de Cuadros del Komintern y del Comité Ejecutivo. También cuenta con el apoyo del Consejo de Supervisión y, por encima de todo, como bien ha señalado la camarada Dzerzhínskaia, cuenta con la colaboración activa de todos los empleados de la editorial. También quiere indicar expresamente que muchas de las publicaciones que con posterioridad se han revelado hostiles obtuvieron en su día la aprobación de la dirección del Partido e incluso su apoyo explícito.

Un murmullo suave recorre la sala.

Pero no se trata hoy de minimizar su culpa ni de echársela a otros, añade Kreps, sino de exponer sus propios errores.

¡Habla de eso entonces, camarada!, grita alguien en la sala.

Kreps levanta la vista desconcertado. Coge el vaso de agua, bebe, carraspea varias veces y prosigue con el discurso. Su mirada se pega al guion manuscrito. Solo levanta la vista en contadas ocasiones, mostrando al personal su rostro sudoroso, crispado por la tensión.

Pasa a hablar de publicaciones concretas, menciona nombres, entre ellos el de Ernst Ottwald, y también, para sorpresa de Charlotte, el de Alexander Emel: Kreps se disculpa por haber intentado contratar cuatro años antes a un enemigo del pueblo, culpable probado y condenado; lo cual, por fortuna, no terminó ocurriendo. Habla mucho más tiempo sobre el caso Radek, del que Charlotte no tenía noticia. El problema estaba en que, el año anterior, se había publicado en la Sociedad Cooperativa Editorial la traducción de Karl Radek de la llamada Constitución de Stalin a pesar de que había disponible otra traducción de un camarada de la sección alemana del Komintern. Kreps confiesa que prefirió la traducción de Radek por razones puramente subjetivas. Se dejó deslumbrar, dice, por el esplendor exterior y por la fidelidad formal a los detalles, sin reconocer detrás de esa fachada el carácter hostil de la versión.

Pero ¿cómo se reconoce el carácter hostil de una traducción?, se pregunta Charlotte mientras Kreps se disculpa una y otra vez con los camaradas de la sección alemana, los trabajadores de la editorial y los lectores germanófonos. ¿Y qué quiere decir con espléndida en su exterior? ¿Se refiere al estilo, al lenguaje? ¿Podrá ella misma, Charlotte, con sus entusiastas esfuerzos por alcanzar la elegancia estilística y lingüística, producir algún día una traducción espléndida en su exterior? ¿Tiene razón tal vez el camarada Nóvikov al abogar por la formulación menos elegante, pero formalmente fiel a los detalles? Lo cual, de acuerdo a las palabras del director, tampoco es que te proteja de producir una traducción hostil. Si hasta el momento Charlotte creía que solo los autores podían ser sospechosos de alguna forma de hostilidad, ahora, mientras Kreps extrae lecciones de su mala conducta, toma conciencia de una forma espantosa de que los traductores tampoco están ni mucho menos libres del anatema, y lo mismo da que entreguen textos formalmente fieles a los detalles o espléndidos en su exterior.

Finalmente, tras disculparse una vez más ante los trabajadores, el

Partido y el camarada Stalin y prometer que aumentará su vigilancia revolucionaria en un cien por cien, el director se marcha, silencioso, pequeño y arrugado. Y Bork camina hacia la tribuna de oradores.

No, no camina, salta. Bork brinca rebosante de elasticidad. También él da las gracias brevemente a la camarada Dzerzhínskaia e incluso al camarada Kreps, pero después pasa sin más a asuntos de trabajo. Esboza las publicaciones de la sección alemana para el primer semestre del año. Informa sobre la cooperación con editoriales germanófonas en el extranjero, sobre canales de distribución, exportación y licencias. Critica la falta de producción de literatura de propaganda antifascista, sugiere una serie de informes documentales sobre el día a día del sistema de producción socialista en la Unión Soviética, propone la formación de un grupo de trabajo que trate de forma divulgativa las actuales cuestiones centrales del marxismo. Nada más empezar a hablar ya ha borrado la angustia reinante. Un suspiro de alivio recorre la sala.

Bork habla sin papeles, apoyándose solo en una tarjetita con puntos clave. Brillan sus ojos azules. Cada tanto se aparta el mechón rubio que le cae una y otra vez sobre la cara. Charlotte admira la facilidad con que desarrolla sus ideas a partir de los puntos clave, y hasta sus breves pausas reflexivas las sigue con agrado. Para terminar, sorprendentemente, menciona su nombre, el de Charlotte, en relación con la nueva serie de textos sobre las cuestiones más importantes y candentes de la política interior soviética, cuyo siguiente folleto —Los cómplices de derecha de la banda trotskista — aparecerá el próximo mes editado por Charlotte Germaine. Bork le sonríe desde la tribuna, Charlotte nota cómo se pone colorada.

Pero por mucho que le halague la mención, esta también hace que la presión aumente. Sea como sea, está nerviosa. El trabajo es más duro de lo esperado, hay obstáculos. Nóvikov lo discute todo, hasta la última coma, y apela constantemente a su experiencia frente a ella, la principiante. Hay que conseguir traducciones autorizadas de las numerosas citas de Stalin. En la imprenta la tratan como a una idiota porque no sabe la diferencia entre caja y folio, ni calcular el número de caracteres de un pliego. También Loni Neumann la trata

de repente con hostilidad, como si ella hubiera denunciado personalmente a Inge Karst.

Por las noches le cuesta dormirse, prosigue mentalmente las discusiones con Nóvikov o intenta determinar un formato de papel adecuado. Sueña con números: ochenta y dos veces ciento diez, uno treinta y dos. Se imprimirán diecisiete mil cien ejemplares, una tirada que mete miedo. En el sueño, los diecisiete mil ejemplares se desechan porque falta una coma en una cita de Stalin. Al final de una larga máquina de impresión está Inge Karst, el brillo ceroso en la cara, lamentándose. Charlotte despierta, pero los lamentos aún se oyen. Vienen de fuera, del pasillo del hotel.

Es una mujer. Una voz masculina intenta calmarla. Otras ladran entremedias. Ruido de botas. Y después solo se oye un suave gemido que dura hasta por la mañana.

Al día siguiente una de las dos habitaciones de la familia Veger está precintada. Se enteran de que han detenido al miembro del Politburó Yevgeny Veger. Desde ese día su mujer, la joven y esbelta dama que habla con sus hijos en francés y suele tocar el piano por las tardes, se sienta cada noche en la cámara de los boyardos y llora. Tal vez vaya allí a propósito para que sus hijos no la oigan. Sus gimoteos, en cualquier caso, ahora se oyen todas las noches. Aullidos, lamentos, a veces sílabas sueltas. Luego otra vez silencio. Y Charlotte, acostada en la cama con los ojos abiertos, espera a que vuelva a empezar…

Por las mañanas va a trabajar sin haber dormido bien. Sufre ataques de cansancio ya antes del mediodía, se le cierran los ojos. Después vuelve a estar sobreexcitada y nerviosa. A mitad de conversación con Nóvikov olvida los argumentos que se ha preparado la noche anterior. Cuando llega a casa se deja caer en la cama sin desvestirse y duerme dos o tres horas, hasta que otra vez empieza el lloriqueo en la cámara de los boyardos…

Charlotte se cubre la cabeza con la manta, da vueltas, intenta no escuchar. A veces la mujer habla sola varios minutos. Después las palabras se arrastran de nuevo hacia esos gimoteos de perro apaleado. ¿Cuántas noches puede durar esto? Charlotte, a veces, cree oír una risa. ¿O es que está cantando? Ojalá no se ponga

encima a tocar el piano… La fecha de publicación se acerca inmisericorde y Charlotte está a un paso de malograr su gran oportunidad.

Pero entonces pasan dos cosas:

Primero se llevan a la mujer. A un psiquiátrico, según dicen. A Charlotte le avergüenza sentirse aliviada.

Y después Bork la llama a su despacho para interesarse por cómo van las cosas. Enseguida se ve que lleva un retraso insalvable. Charlotte se prepara para lo peor, pero Bork escucha con calma sus problemas y sus quejas. Agarra el teléfono, pide que le pasen con la imprenta. Exige hablar con el encargado de turno del que Charlotte se ha quejado, y ordena al hombre, con voz firme, que ayude en absolutamente todo lo que necesite a la camarada Germaine. El folleto, dice, es una contribución fundamental que ha redactado un camarada de alto nivel, de muy alto nivel, de hecho. Si se publicara con retraso o con errores, le hará responsable a él, al encargado de turno de la imprenta.

Después le explica a Charlotte la diferencia entre caja y folio. Juntos calculan el número de caracteres por pliego (cuarenta y un mil) y deciden el formato de papel y el grosor del cartón para la cubierta en relieve. Bork le pide a Charlotte que le explique brevemente los principales puntos de discordia en cuanto a contenido entre ella y Nóvikov, da la razón a Charlotte en todo y la anima a imponer su criterio frente a Nóvikov. Él la respaldará en cualquier caso.

Finalmente, le encarga a una archivera de la editorial que encuentre las traducciones exactas de las citas de Stalin, y Charlotte sale de su despacho liberada y habiéndose quitado un peso de encima. No ha habido ambigüedades ni insinuaciones, el tono de Bork ha sido de camaradería, pero distante.

Quizás demasiado distante, piensa Charlotte.

Los últimos días antes de la entrega acude varias veces a su despacho para preguntar algo o pedir ayuda. Se sorprende a sí

misma yendo antes al baño y comprobando su aspecto en el espejo. Se viste con más cuidado de lo habitual. Vuelve a quitarse los pelillos que han crecido en lugares no deseados. Al final se lleva incluso a la editorial el lápiz de labios y aplica con cuidado algo de rojo, pero solo un poco, casi nada; como si así fuese menos pecaminoso. Suele ir tarde al despacho de Bork, una vez que la jornada ha terminado. Resuelven en común los últimos problemas, eligen tipo de letra y ajuste para los títulos largos. Charlotte pone una silla en su lado del escritorio para que ambos puedan observar los borradores desde la misma perspectiva.

Bork se quitaba la chaqueta y se arremangaba la camisa. Los antebrazos, bronceados, están cubiertos de pelo rubio. Huele bien, aunque solo sea por la loción de afeitado. No lleva anillo. Charlotte sabe que no tiene por qué significar nada.

El 17 de julio, puntualmente, Charlotte lleva a imprenta el texto listo para composición y aclara los últimos detalles con el encargado de turno. Ya no hay nada que hablar con Bork. A pesar de eso, vuelve a la editorial. Encuentra una razón: todavía no ha acabado la jornada. Quiere ordenar su escritorio, al día siguiente no se trabaja y ella siempre ordena su escritorio antes de un día libre. Cuando llega, Loni Neumann ya está recogiendo. En la editorial reina ya un clima de final de jornada, se cierran puertas de golpe, hay risas en el pasillo.

Charlotte recoge un poco. Pasan por sus manos notas y borradores: la letra de Bork, ágil, rápida, efectiva, tan diferente a la de Wilhelm. Todo para tirar, todo basura, pero no termina de decidirse. Tal vez lo necesite para corregir las galeradas.

La editorial se queda en silencio, coge sus cosas, se va. Pero, sorprendentemente, sus pies van en la dirección equivocada. Se lo explica diciéndose que quiere dar las gracias a Bork una vez más. Además, ¿no debería informarle de la entrega a tiempo del manuscrito? No hay razón para las palpitaciones. Sin embargo, pasa por delante de la antesala de su despacho, comprueba de pasada si su secretaria aún está, no, no está. Va hasta el final del pasillo, finge que, por puro despiste, no ha visto la puerta. Da media vuelta. Atraviesa la antesala, se obliga a llamar a la puerta antes de cambiar de opinión. Casi espera que no esté, pero entonces se oye

un agudo: ¿Sí?

Cuando Charlotte abre la puerta, Bork está subido a la escalera, frente a la estantería. Charlotte balbucea las frases que se había preparado mientras Bork desciende con parsimonia. Este espera la pausa de la vergüenza y después dice:

Me temo que no tengo más trabajo para ti hoy, camarada Germaine. Y añade: No puedo pedirle a una editora en toda regla que me ayude a clasificar los libros.

Y Charlotte se oye decir: Ni siquiera lo has intentando…

Por la noche va con Wilhelm al Praga, como cada víspera de día libre. Pero, como llegan tarde, solo quedan sitios reservados, y ellos no han reservado. Regresan, Charlotte se disculpa profusamente por no haber llegado antes a casa, pero a Wilhelm todo eso le da igual. No se encuentra bien. Aún tiene indigestión. Ni siquiera quiere una copa de champán para celebrar la entrega del manuscrito. Otras actividades físicas están fuera de discusión, por suerte.

Charlotte espera a que Wilhelm se duerma, después ya puede recordar. En ese momento, sola en la cama, aún se sonroja de vergüenza al pensar en lo que ha hecho sobre esa escalera, y no puede evitar excitarse de forma recurrente.

Por supuesto, no puede volver a ocurrir algo así. Toma la firme decisión de no volver a ir tras Bork a su despacho. A menos que la llame, entonces no tendrá elección.

El primer día de la semana termina la jornada un poco antes para ir por fin a la peluquería, ya ha hecho suficientes horas extra. El segundo día llegan las pruebas de imprenta. Aún no domina del todo las marcas de corrección, pero tampoco es razón suficiente para ir a ver a Bork. Puede preguntar a Loni Neumann, también Nóvikov sabe de eso.

El quinto día envía las galeradas corregidas. Ha superado una semana sin Bork.

El tercer día de la siguiente semana Charlotte recoge por fin de la imprenta cinco ejemplares recién salidos. Fuera hace calor, domina Moscú un apático anticiclón continental. El cielo es azul, la gente en las calles está de buen humor. Llevan ropa blanca, moda veraniega moscovita. Los hijos de madres rusas, a quienes se les permite hacer casi cualquier cosa, corren como locos, recalentados por el sol abrasador, exigiendo helados, dando la lata, gritando.

A Charlotte no le molesta. Pasea un rato, se regala un helado: Plombir, el mejor helado del mundo, de eso está convencida desde que vive en Moscú. Se sienta en un banco, se limpia bien los dedos después de haber comido el helado y saca el folleto del bolso, lo hojea, lee aquí y allá algunas frases. Contempla satisfecha el título, el sello de la Sociedad Cooperativa Editorial: un círculo en el que un trabajador blande un martillo. Abre la última página, encima del pie de imprenta pone:

Traductor: E. Nóvikov. Editor: Germaine

Llama desde una cabina a Kurt para quedar por fin con él. Le regalará un ejemplar del folleto, ya está deseando ver su cara. Piensa a quién más podría regalar uno, fantasea con la idea de mandarle un ejemplar a su madre (aunque, después de su divorcio y de su huida a Moscú con un comunista, es difícil que se escandalice por algo).

¿Indicó que su madre es simpatizante del Partido Nacional del Pueblo Alemán? Aunque no han tenido contacto desde hace diez años. Quién sabe a quién votará ahora… Charlotte no quiere pensar en eso.

Podría regalar un ejemplar a Werner, si tuviese contacto con Werner. Tal vez sea el momento de volver a quedar con él. Wilhelm no tiene por qué enterarse.

En la editorial a nadie le interesa su folleto. Nóvikov no está. Loni Neumann ni siquiera lo coge, aunque Charlotte deja los ejemplares a la vista en su escritorio, y solo dice: Ah, eso.

De todas formas, en la comida se tratan otros temas. Se discute sobre si es posible comprar bonos de defensa sin ser ciudadano soviético. Alguien ha conseguido el nuevo receptor de radio SWD, con el que supuestamente pueden escucharse emisoras de todo el mundo. Pero ¿pueden hacerlo? ¿Está permitido? Otro sabe dónde hay zapatos de verano a la moda. Y entonces llega Marta Globig y dice:

Kreps.

Por un momento, se hace un gran silencio en la mesa. Alice se lleva las manos a la cara.

Marta Globig añade: Y Wilhelmson también.

Esa misma tarde, en una reunión convocada a toda prisa, se anuncia que Mijaíl Kreps ha sido detenido y que el jefe de la sección alemana, Otto Bork, asume de forma interina la dirección de la Sociedad Cooperativa Editorial.

Pocos días después, al final de la jornada, Bork llama a Charlotte a su nueva y pomposa oficina. Aún reina el desorden, los libros están amontonados por el suelo, una cómoda tipo vertiko está atravesada, el escritorio hasta arriba de pequeños objetos de todo tipo. Él mismo está un poco alborotado. Nada en él muestra que, aunque sea de forma interina, acaba de convertirse en director de una poderosa editorial.

Al contrario, parece inquieto, reflexivo, un poco melancólico incluso; y eso de repente a ella le gusta. No se resiste cuando la atrae hacia él. Se siente como una actriz de cine. Se siente como si la arrancaran de la vida y la transportaran a la pantalla. No puede creerse que, en ese despacho en el que la recibió el gran Mijaíl Kreps, en el suelo, entre pilas de libros, esté entregándose a un extraño de pelo rubio. Pues no otra cosa es Otto Unger, llamado ahora Otto Bork: un extraño, un completo desconocido que la mira con ojos de loco mientras le susurra obscenidades increíbles. Y en el reflejo de sus ojos de loco se vuelve loca ella misma.

Él vuelve a llamarla, ella va a su despacho. Se entera de que está casado y tiene dos hijos, y va a su despacho. Por el día traduce un nuevo folleto titulado Las tareas de la propaganda antirreligiosa; al término de la jornada va al despacho de Bork. Hace horas extra, se queda en la oficina hasta las siete y media, y va al despacho de Bork. Traduce frases como: Según los creyentes, Dios envía las enfermedades como prueba para las personas o como castigo por sus pecados. Pero no es ella la que enferma, sino Wilhelm. Se queda tumbado en la habitación del hotel, con fiebre, y ella va al despacho de Bork. Le compra medicinas. Le cocina caldo de pollo. Miente, engaña. Se avergüenza, y va al despacho de Bork.

No todos los días, solo cuando él la llama. A veces no llama durante días, y teme que la haya abandonado. La habitación del hotel le parece entonces aún más miserable, Wilhelm le parece aún más lamentable en su lecho de enfermo. Se da cuenta de lo indefenso, de lo perdido que está. ¿A ella quién la protegerá?

Detienen a Alice Rund; ella va al despacho de Bork. Johann Biefang. Paul Dietrich, el exsecretario de Ernst Thälmann. Las habitaciones se vacían. Se ven chaquetas negras de cuero. Se susurra. Se ríe. Se come. Se trabaja. El folleto sobre Las tareas de la propaganda antirreligiosa debería estar listo para composición en octubre. Fuera llueve a cántaros. La gente se olvida de cerrar las ventanas. Los papeles vuelan por el pasillo. Un rayo ha caído en alguna parte.

Una mañana la habitación de Gustav Schock aparece precintada.

El Sóviet Supremo adopta la ley electoral más democrática del mundo.

La fábrica del Komintern de Járkov produce su locomotora número cinco mil.

Toca el reloj del Kremlin. Un aviador soviético ha vuelto a establecer un récord mundial.

Y Charlotte va al despacho de Bork.

Va al despacho de Bork y hacen cosas indecibles. Hacen cosas para las que ella no tiene nombre. Lo hacen en el suelo. Lo hacen en su

escritorio desordenado. Lo hacen en la escalera. Allí juegan a ir subiendo desde los pies, ella intenta concentrarse: Tujachevski, Chernomórdik, Tretiakov… Un momento, ¿Tretiakov?

¿Qué pasa?, pregunta Bork apartándose de ella.

Nada, dice Charlotte.

La mañana siguiente, antes de salir de la habitación, se mete el Cheliuskin de Tretiakov bajo el abrigo de verano. No se le ocurriría tirarlo por el retrete. En la recepción hay un cartel que advierte expresamente sobre los atascos en los retretes (al parecer no es la única que quiere deshacerse de material escrito). Lo hará de camino al trabajo. El trayecto es corto, sobre todo desde que descubrió el atajo: del lado sur del hotel directo a través del viejo muro de la ciudad, pasando por la parte trasera del edificio de la editorial; después se atraviesa un pasaje y se llega directamente a la calle 25 de octubre.

Por ahí no hay muchas posibilidades de deshacerse del libro, pero Charlotte se acuerda de los cubos de basura que hay detrás de la editorial, un par de metros a la derecha del camino. Allí puede tirarlo discretamente.

Lo hace. Pocos pasos después, recuerda la dedicatoria:

Para nuestra camarada alemana Charlotte Germaine

Da media vuelta, coge el libro del contenedor con esfuerzo y, al volver, a punto está de chocarse con él: cara carnosa, bigotito, uniforme militar. Medio paso por detrás, el abrigo de cuero.

Vasili Vasílievich Úlrij se detiene, sorprendido por el ataque lateral. El abrigo de cuero avanza un paso, como para protegerlo. Úlrij la mira:

¿Desea algo, ciudadana?

Trabajo aquí, se disculpa ella. Señala el edificio de la editorial. Tartamudea algo sobre el hotel y sobre Anna Davídovna, a la que, no le sale la palabra correcta, conoce de pasada… o… a la que, desayunando…

Úlrij la para con un gesto.

Si desea algo, venga a mi despacho…

Lo dice con un tono de voz sorprendentemente agudo, casi femenino, y después sigue andando, lento y cansado. Solo el abrigo de cuero echa otro vistazo atrás.

Hasta que no se pierden de vista en la esquina, Charlotte no se atreve a comprobar cuál de los dos lados del libro que, como una estúpida, sostiene visiblemente en la mano, está a la vista. Por suerte es la contra.

¿La ha visto sacarlo del cubo de la basura? Se le acelera la respiración, como aquella vez en el andén de Estocolmo. Ahora no pierdas los nervios, mantén la calma…

Mete el libro en el bolso, aunque apesta, y aprieta el paso sin saber hacia dónde. A la editorial no, eso seguro. ¿Por qué lo único que ha dicho es que trabaja en la editorial? ¿Y si llama y resulta que no está en el trabajo? Da media vuelta, se detiene de nuevo. Pero ¿por qué iba a llamar? No, tiene que irse de aquí. El libro tiene que desaparecer, y sobre todo: debe destruir la página con la dedicatoria. Corre al metro Ojotny Riad.

¿La sigue alguien? Se sube al tren por los pelos, avanza algunas estaciones. Se baja, otra vez por los pelos, justo antes de que se cierren las brutales puertas del vagón. Kírovskaia, escaleras arriba, a lo largo del anillo de los bulevares, dirección a los estanques: Chistye Prudy.

Aquí también hay mucha gente. Charlotte se sienta en la orilla, espera el momento propicio. Arranca discretamente la página y empuja el libro al agua con los pies, ¡pero flota! Vuelve a pescarlo, se lo mete empapado en el bolso, se va a toda prisa…

De la dedicatoria se deshace por el camino, en un baño público. El libro lo tira junto al monumento a los granaderos caídos en la guerra ruso-turca, en unos arbustos.

Los últimos días de agosto Wilhelm se va recuperando poco a poco. El día 24 asisten a la exhibición aérea anual en Túshino, donde decenas de miles de espectadores celebran a los héroes del vuelo sin escalas URSS-EE. UU., entre ellos a Valeri Chkálov, que realiza alocadas maniobras en un avión monomotor de fuselaje corto.

Un Polikárpov I-16, dice Wilhelm.

El verano va cediendo, el último gran anticiclón continental se agota, quedándose estancado. Los días se acortan, el polvo del verano moscovita parece disiparse, el aire se aclara. Y una mañana, Charlotte siente la fresca brisa otoñal en el rostro.

Los encuentros con Bork se han normalizado, convirtiéndose en una extraña rutina, como las clases de gimnasia. Siempre el segundo día de la semana, a las siete y media, Charlotte llama a la puerta de su despacho. Nunca se ven fuera. No hablan de las detenciones ni de los últimos chismorreos de la editorial. Como mucho Bork pregunta cómo va el nuevo folleto, o Charlotte le informa con franqueza sobre sus disputas con Elsa Noffke, que ejerce de editora del mismo, mientras Charlotte, como deseaba, se ha hecho cargo de la traducción.

Las transiciones de lo profesional a lo corporal son abruptas. Charlotte a veces desearía más ternura, por no decir: amor. Pero Bork nunca habla de amor, nunca da a entender que su relación pudiera significar algo más allá de la oficina, y, aunque a Charlotte esto algo le molesta, tampoco se atrevería a afirmar que ama a Bork. Sin embargo, anhela los encuentros con él, espera impaciente sus llamadas. A veces tiene la sensación de que vive toda la semana para eso. El resto no parece de verdad, una realidad diluida en la que ella solo existe a medias.

Pero también las horas con Bork son irreales, embriagadoras, incomprensibles, y, cuando lo ve en la stolóvaia, apenas puede

creerse que en su despacho realmente sucedan esas cosas. A veces piensa en poner fin a todo ese lío, pero, en cuanto escucha su voz al teléfono, esas ideas se esfuman. Se levanta como teledirigida, cierra la puerta de su despacho y va al baño a pintarse un poco los labios. ¡La vida se ha vuelto mejor, la vida se ha vuelto más feliz, camaradas!

Un día, la fecha de entrega ya está cerca, se desencadena una discusión con Elsa Noffke sobre la frase: Esto no se correspondió con la idea de que las quemas de brujas solo se producían en la tenebrosa Edad Media. La cuestión era si había que mantener la extraña forma gramatical del pasado del original ruso —no se correspondió con la idea— o si el autor, básicamente, había querido decir: Esto no se corresponde con la idea, opción que Elsa Noffke defiende con inusitada vehemencia.

Al salir de su despacho sobre las ocho de la tarde, a Charlotte se le ocurre de pronto hablar con Bork, para estar bien pertrechada al día siguiente. Pero parece que Bork ya se ha ido, la antesala de su despacho está cerrada. Cuando, sin embargo, sale a la calle, ve luz en su ventana, una luz tenue, parecida a la de sus citas, cuando ella pone su blusa sobre la lámpara del escritorio.

Charlotte camina veinte minutos arriba y abajo frente al edificio de la editorial, reconcomida por las sospechas. Después, Hilde Angaróva sale a la calle, con las mejillas sonrojadas y su pañuelo verde.

¿No tenía justamente un tono verdoso la luz tenue del despacho de Bork?

Por supuesto, Charlotte resuelve poner fin en el acto a su aventura, impulsivamente, sin pensarlo: concluir, concluir sin más. Es casi un alivio haber encontrado al fin una razón. Pero, ya en casa, mientras corta pan y embutido, bailan ante sus ojos imágenes de Bork y Angaróva. Apenas come nada y cuando Wilhelm, preocupado, le pregunta qué le pasa, una oleada de vergüenza la atraviesa.

Más tarde, acostada pero despierta bajo las dieciséis estrellas,

examina mentalmente los indicios. ¿Qué vio realmente? A decir verdad, no puede jurar que aquella luz tenue fuera verdosa. Era débil, en cualquier caso. Pero ¿no es débil la luz del escritorio de Bork? Por desgracia, se olvidó de mirar si el cuarto volvía a iluminarse cuando la Angaróva salió a la calle. ¿Y si se equivoca? ¿Y si Bork, simplemente, se encerró para poder trabajar en paz? Por otro lado: cómo temblaba la Angaróva al salir de la editorial. Como un pollo asustado.

¿Tiene ella ese aspecto cuando sale del despacho de Bork?

Decide pedirle cuentas. Naturalmente, no tiene derecho a decirle nada. Él nunca le ha prometido nada, y sería raro acusarle de infidelidad: ella misma es infiel. No, no le montará una escena. Se mantendrá fría sea como sea. Pero, si es verdad, terminará con él. ¿Es eso mezquino? ¿Pequeñoburgués? ¿Vanidoso? ¿Por qué es tan importante ser la única?

¿También pondrá a la Angaróva a desclasificar los libros en la escalera?

La incertidumbre la corroe, no ve el momento de la llamada de Bork. En las pausas para comer trata de captar su mirada y a la vez observa si la Angaróva hace lo mismo. Por la tarde comprueba la intensidad de la luz en su despacho (con resultados no concluyentes). De noche se imagina cómo se lo preguntará, tiene conversaciones hipotéticas, se prepara para cualquier eventualidad; solo para acabar mortificándose por no poder dejarlo pasar.

Casi olvida el cumpleaños de Wilhelm. Es el 1 de octubre, el día antes es fiesta. Se acuerda justo a tiempo para comprar, el último día laborable, una botella de champán de Crimea y un poco de caviar (que a ella le gusta más que a Wilhelm). En el UNIVERMAG consigue por casualidad un cuchillo decente para el pan, que decide considerar un regalo, y unas margaritas escuálidas que, envueltas en papel de flores, guarda durante un día en un cubo del baño.

Por la mañana, cuando pone los regalos en la mesita, Wilhelm tiene lágrimas de emoción en los ojos. Solo entonces se da cuenta de lo lamentable que queda la mesa de cumpleaños.

Decide otra vez terminar con Bork. Y otra vez espera con impaciencia su llamada al día siguiente —es el famoso segundo día de la semana— hasta las ocho y media. Después sale de su despacho y comprueba que ya no hay luz en el de Bork.

Pero dos días después, a eso de las tres de la tarde, Bork la llama y le pide que vaya a verlo. Suena un poco rígido y oficial por teléfono, pero eso no tiene nada de especial. Lo extraño es la hora. Charlotte se peina frente al espejo del baño, se pinta los labios sin que apenas se note y se pone en marcha.

Como temía, su siempre malhumorada secretaria está en la antesala y la anuncia. Charlotte se queda allí observando las estanterías: Fadéiev, Feuchtwanger, Gorki, al otro lado Thälmann, Togliatti… Tretiakov falta. Oye voces en el despacho de Bork, espera a que alguien salga de un momento a otro, pero nadie sale. En lugar de eso, le piden que pase.

En el despacho de Bork, además de él, hay dos personas: el camarada Karpóvich, de la dirección del Partido, y la camarada Dzerzhínskaia, que sin más preámbulos le pregunta a Charlotte sobre su relación con Hilde Tal.

¿Hilde Tal? Sí, claro que conoce a Hilde Tal.

Pero la camarada Dzerzhínskaia quiere más datos: de qué, desde cuándo, con qué frecuencia… Y Charlotte, incluso antes de ser capaz de pensar en lo espantoso que resulta todo eso, instintivamente comienza a restar importancia a su relación con Hilde Tal y a redondear a la baja el número de veces que la ha visto; oculta su admiración por Hilde y limita su último encuentro a una coincidencia en el ascensor.

A la mañana siguiente, Bork la llama y le informa de su despido con efecto inmediato.

DANZA DE LA MUERTE

РГАСПИ Ф. 495 / ОП. 65А / Д. 14455 / Л. 3

Extracto del expediente

DEL COMUNICADO DE YÁSCHENKO al PARTKOM del 25.VI.37

TAL – ABRÁMOV era su amigo y ella era amiga de su esposa y es posible que estuviera en su piso.

Firmado: Yáschenko

25.VI.37

Certificado: Ascharova

13.VII.37

GA/3

1. Fiebre

—Hilde—

La fiebre no es muy alta, pero los dolores de cabeza son intensos. Durante tres días no es capaz de pensar nada, solo palabras sueltas, sin sentido, salen a la superficie de vez en cuando, golpeándole las paredes del cráneo, retumbando: Partido… Patria… plato… Kazbek… enemigo del pueblo… a ninguna parte…

En un momento dado ve canteras. En la parte interior de su cabeza estallan y se desprenden rocas que caen, la tapa del cráneo es cada vez más fina, teme Hilde. Pero, extrañamente, siempre hay rocas nuevas, como si volvieran a crecer. Tiene la sensación de que los numerosos analgésicos y somníferos que toma están corroyéndole el cerebro, abriendo pasajes y túneles a través de los cuales se filtra el líquido. Todo se seca, y quedan solo, duros y secos como huesos, los versos de Alexandr Serguéievich Pushkin:

No me dejes, Señor, perder el juicio,

antes el zurrón quiero y el cayado,

antes hambre y afanes.

Y no es que tenga en mucho mi razón,

ni tampoco es que alegre no estuviera

si de ella me apartare.

Pero ¿cómo sigue? No se acuerda, es para volverse loca. ¿Ya está loca? ¿Las pastillas ya le han comido el cerebro? Más adelante hay una estrofa que empieza con Lo triste es… ¿Lo triste es qué?

Se levanta a duras penas, coge de la estantería el volumen de Pushkin. Pasa las hojas… No lo encuentra… Se queda dormida agotada.

Julius llega a casa y la regaña. El médico ha dicho: reposo en cama, caldo de pollo, ¡nada de esfuerzos! ¡Nada de leer! Julius le ha prohibido expresamente el periódico, tiene mucho cuidado de que no haya ninguno a la vista.

La tercera noche duerme de un tirón, sin soñar, como si estuviera muerta. Por la mañana ya no tiene fiebre. Convence a Julius para que le haga un café. Después del café se siente mejor. La luz del día ya no le hace daño, al contrario, le viene bien. El mundo se ha renovado, todo está limpio y brillante. También su cabeza está purificada. Sus pensamientos son simples y claros como no lo eran desde hacía mucho tiempo.

Guarda cama, se atiene a las prescripciones médicas y reflexiona. Se siente como en un capullo: el cuarto es ahora una extensión de su cerebro. Recapacita, desde el principio sabe que sigue la pista a una gran verdad. Solo tiene que reunir las piezas. Tienen que encajar todas; y encajan.

Recuerda a Alijánov sentado en la cocina: Estoy seguro de que, si ciertas injusticias llegaran a oídos de Stalin, las corregiría. Poco tiempo después: detenido.

Heinz Neumann, la voz de Stalin, detenido.

Julia Ánnenkova, que podía sacarte de quicio con su culto a Stalin, detenida.

Sí, por supuesto que hay parásitos y enemigos del pueblo. Por supuesto que es plausible que haya topos en el aparato del Komintern. ¡Pero no la mitad del Komintern! Mélnikov será lo que sea, pero ¿un enemigo del pueblo? Por Berta Zimmermann pondría la mano en el fuego. Y no digamos ya por Abrámov-Mirov.

A Gustav Schock también lo han detenido. Están cerrando Punto Dos. Están destruyendo la OMS. ¿A quién beneficia esto?

La pregunta crucial: ¿a quién beneficia esto? ¿A quién beneficia que se detenga a personas que ocupan puestos clave en la economía soviética? ¿A quién beneficia el encarcelamiento de los mariscales más importantes de la URSS, si la guerra está a la vuelta de la

esquina? Solo hay que pensar un poco, pensar con lógica.

Se hace otro café. No es que lo necesite urgentemente, pero ha de parar un momento antes de abordar la última conclusión. Ya le late la ilusión en la garganta. Casi se le escapa una risilla por haberlo adivinado. ¡Escenifican detenciones masivas! Y es que: si solo detuvieran a los mejores y más leales, saltaría a la vista de todos. Muy inteligente, muy hábil. Utilizan las purgas del Partido para desatar una incontrolada caza por persistencia. Encarcelan a cientos, tal vez a miles, para que los golpes decisivos se pierdan en esa gran masa de detenciones. ¿Y quién es el responsable de todo?

Se aovilla con su café en la cama y lleva sus pensamientos al extremo, al final lógico, coherente: es el NKVD. No es Yezhov, no es Yagoda. No es una única persona. ¿Para qué ha trabajado diecisiete años en un servicio de inteligencia? Una sola persona jamás podría hacer todo esto. Se necesita todo un aparato. Se necesita una red. Un sistema integral, conspirativo.

El NKVD está infiltrado, corrompido. Está en manos del enemigo de clase.

La siguiente conclusión es evidente: tiene que llamarle. No hay otra manera. Si no lo hace, el NKVD detendrá hasta al último camarada honesto, al último general capaz, al último director de operaciones que sabe lo que hace. Los tanques alemanes invadirán la Unión Soviética. Y, si el NKVD no la detiene antes, los alemanes la llevarán al paredón y a su familia con ella.

Se sabe de memoria su número de teléfono.

Le llamará y él lo entenderá. Porque es evidente. Sus argumentos son absolutamente claros. La única cuestión es cómo se las arreglará para hablar un rato con él sin que la molesten. Para que la escuche: Stalin.

Por supuesto, no puede empezar diciendo que cree que el NKVD está en manos del enemigo. Por otra parte, tiene que ser breve, pues Stalin, naturalmente, se impacientará, se disgustará incluso, cuando se entere de que no es Anvelt quien quiere hablar con él, sino solo su secretaria. Todo tiene que estar bien pensado, cada palabra, cada

sílaba cuenta.

Piensa durante días. No toma notas. No lo habla con Julius. Todo ocurre en su cabeza. La conversación, poco a poco, con sus posibles trayectorias y variantes, se va hinchando hasta convertirse en una estructura monstruosa, pero aun así ella siempre encuentra este o aquel ángulo muerto, este o aquel punto poco claro. Juega una y otra vez con las posibles sorpresas. Condensa sus ejemplos y argumentos, los reordena, se prepara para las preguntas.

Reformula las frases antes de dormirse, al despertarse las vuelve a descartar. Se piensa mucho tiempo por dónde empezar. ¿Es petulante hacerlo con su propia biografía? Por otro lado, tiene que dejarle claro quién le habla. Que no es una mera recepcionista que ha perdido los estribos por unas cuantas detenciones.

Me llamo Hilde Tal y nací en Riga en 1895. Mi padre era obrero y mi madre jornalera (¿o esto ya es demasiado?). Soy miembro del Partido Comunista de Letonia desde su fundación. Luché arma en ristre en la Revolución. Era miembro del comité revolucionario. Trabajo en el aparato secreto del Komintern desde su fundación. Luché en el Levantamiento de Hamburgo… No, esto es demasiado. Falta sangre.

He matado por la Revolución. He robado, asesinado, secuestrado por la Revolución. He estado en la cárcel (aunque esto es mejor que no lo diga, pues si no tendría que explicar cómo salió de allí sin convertirse en una traidora). En pocas palabras: He matado. Con mis propias manos. He ejecutado a personas. Entiendo muy bien que la Revolución no es un paseo. No siento compasión por los traidores. Apoyo sin reservas la purga del Partido. Eso basta.

Aunque también podría mencionar la fundación de la OMS y de ahí pasar a Abrámov-Mirov: Lo conozco desde 1920, cuando él dirigía en Berlín el cuartel general europeo de la OMS. Abrámov-Mirov armó el aparato en Alemania y en Europa. Ha hecho lo inimaginable por la Revolución. Siempre fue duro, consecuente e inquebrantable. He llevado a cabo cientos de operaciones por orden suya. Usted podrá objetar que yo no he podido controlar cada día, cada acción de Abrámov-Mirov desde 1920. Es cierto, pero desde 1933 fui su secretaria personal. Hasta que lo trasladaron, conocía

prácticamente cada uno de sus pasos. Cada cita, cada carta, sé a quién llamaba, con quién se reunía. Soy capaz de justificar al detalle cada viaje de trabajo. Conozco su agenda privada, en la medida en que, después de doce o catorce horas diarias de trabajo, es posible tener algo privado. He llevado a cambiar de suelas sus zapatos y le he reservado entradas para el teatro. Le he recordado el cumpleaños de su mujer. Y, créame, Iósif Vissariónovich, en todo ese tiempo no hubo ni una sola muestra, ni un solo indicio de que Abrámov-Mirov hiciera algo en perjuicio de nuestro Estado o de nuestro Partido.

Veremos qué sacan a la luz los camaradas del NKVD, escucha decir a Stalin.

Lo que los camaradas del NKVD sacan a la luz, camarada Stalin, es siempre una confesión. También Abrámov-Mirov confesará. Y, si no confiesa, a usted le dirán que ha confesado. Pueden fusilarle, no se trata de él. No tiene miedo a la muerte, yo tampoco. No se trata de una persona, no se trata de salvar a uno solo. Se trata de que el NKVD está empezando a destruir nuestro Estado, nuestra economía, nuestro ejército, nuestra capacidad defensiva. Se trata de que el enemigo de clase ha logrado infiltrarse en el NKVD. Yagoda no era el único traidor allí. Mis diecisiete años de experiencia en el servicio secreto, mi instinto, mi cabeza, todo me dice que los artífices de la gran conspiración de la que hablamos todos los días, esa que en vano tratamos de contener, hay que buscarlos en el NKVD.

Hace tiempo que ya no se encuentra mal. Sin embargo, aún guarda cama una semana entera, como le ordenó el médico. En su capullo. En la habitación que piensa con ella. Recapitula sus experiencias con Heinz Neumann, piensa en Berta Zimmermann para estar bien preparada frente a todo tipo de preguntas. Se aprende de memoria pasajes enteros, pero entonces nota que, cuando habla, solo se ocupa de recordar el enunciado, y empieza a tartamudear si no le viene inmediatamente. Entonces intenta olvidar el enunciado exacto, se impone pausas, hace café. Fuma a escondidas o toma una pastilla e intenta dormir un poco.

Saca a Pushkin de la estantería y al fin encuentra el poema y la estrofa de marras. Dice así:

Lo triste es esto: que si el juicio pierdes

miedo a todos darás como la plaga,

y te encarcelarán.

Te atarán con cadenas de demente

y a través de la reja, como a fiera,

a azuzarte vendrán.

Se siente aliviada. No, no está loca. Al contrario.

Después, por fin, su primer día de trabajo tras la enfermedad. Hace sol y no hay viento, pero cuando sale a la calle el aire le produce un pequeño escalofrío en la piel: Ah, sí, el otoño, recuerda.

Los tilos del anillo de los bulevares tienen las primeras flores amarillas. Del monasterio Strastnói ya no queda nada. Pushkin mira a las excavadoras que están allanando el terreno a sus pies. Dicen que lo van a trasladar al otro lado de la calle. Pero aún está ahí, pensativo, con la cabeza gacha. ¡Dios mío, qué joven era! Murió con treinta y ocho años, cuatro años más joven que ella. Es raro que ninguna paloma le cague hoy en la cabeza.

Hilde repasa otra vez las cuestiones tácticas. Sabe que Stalin nunca trabaja antes de las once y media. El problema es que a esa hora Anvelt ya suele estar en el despacho. No obstante, Anvelt acostumbra a ir a comer sobre la una y media, pero Stalin no suele hacerlo hasta cerca de las tres. Llamará en cuanto Anvelt salga de su despacho. Seguramente cogerá el teléfono Poskrióbyshev, el secretario de Stalin, y ella le dirá que el camarada Anvelt quiere hablar con Stalin, y que es urgente. Aunque es probable que Stalin no se ponga de inmediato. Por razones de seguridad, el Kremlin prefiere devolver las llamadas. Ella subrayará la especial urgencia del asunto con la esperanza de que la llamada se produzca enseguida.

Pero ¿qué pasa si Stalin llama cuando Anvelt ya ha vuelto de comer? O peor aún: ¿qué pasa si llama a Anvelt directamente, al otro teléfono?

Al llegar a la casa de Herzen ya ha entrado en calor. Su cabeza también está caliente, funcionando a tope, tiene buenas sensaciones. Encuentra respuesta a todo: va a desconectar la clavija de la línea directa. Pedirá que le devuelvan la llamada a su número porque la otra línea tiene interferencias. Si Stalin llama en un momento inoportuno, dirá que Anvelt no está en su sitio en ese momento… Es todo muy fácil, solo hay que ser decidida, actuar con determinación… Uf, ahora sí nota que lleva mucho tiempo metida en la cama. Se sienta en el banco en el que solía sentarse con Julius, toma aliento un minuto.

Le llama la atención lo callados que están los pájaros. Recuerda un día de lluvia en primavera. Más concretamente, el día después. Aún había charcos en los caminos, pero los pájaros alborotaban excitados en las ramas, enviando sus mensajes urgentes a la ciudad. ¿No acababan de arrestar a Radek? También él, básicamente, un fiel seguidor de Stalin. Poco antes había escrito un artículo para Izvestia. Recuerda incluso el titular: La banda fascista trotskiano-zinovieviana y su agitador Trotski; o algo así. Y después la detención…

Sí, lo ha entendido. Ha entendido todo, ha encajado todas las piezas. Qué claro es el aire en otoño. Qué transparente. ¿Es la luz? ¿Es una cuestión química?

La siguiente franja temporal comienza a las cinco de la tarde, pues, aunque al principio Anvelt hacía bromas sobre las hordas de trabajadores nocturnos que hacían guardia a lo largo y ancho del país por si Stalin tenía una pregunta en medio de la noche, él mismo trabaja ahora en el turno nocturno. Y eso significa que por la tarde se va a dormir a casa y no vuelve hasta última hora. En ese medio tiempo, piensa Hilde, llamará al Kremlin por segunda vez y, como su número ya lo habrán comprobado con la anterior devolución de la llamada, la pondrán con él. Y, si eso tampoco funciona, cuando Stalin llame, simplemente cerrará la puerta de su despacho y hablará… Variante uno, variante dos, variante tres a…

Un poco nerviosa sí que está. Nada grave: miedo escénico, como antes de una operación. Qué coño. Ya lo ha hecho más veces. Se acuerda del asalto de los nazis a la colonia de casitas con huerto donde se escondían: treinta muertos. De las operaciones policiales en Hamburgo tras haber perdido la batalla. De cómo escapó por los tejados, a través de los andamios, al piso de un desconocido… Un gato tiene siete vidas, dicen. Ella tiene alguna más.

En la esquina de Nikítskaia aún venden helados, en realidad ya no es época, pero está tan acalorada que se compra uno de todos modos: Eskimo. Si pides Plombir, te llenarán de plomo. ¡No empieces ahora a disparatar! La cubierta de chocolate cruje entre sus dientes. El helado le sienta bien. Con suerte funcionará el ascensor.

¡Y de hecho funciona! Buen presagio. Aunque no cree en los presagios. No, cree en las personas. Cree en la fuerza para actuar. Cree en el plan. Cree en el eterno empleado de turno que está sentado en su mesa de la cuarta planta y recibe su própusk con expresión pétrea. Ritual inevitable, si no, faltaría algo.

Recorre el largo pasillo, se oye el teclear de una máquina de escribir. Para su sorpresa, viene de su despacho. La Kúrochkova está sentada en su escritorio. Pero bueno, ¿una sustitución? Cómo va a sustituirla la Kúrochkova, que no tiene idea de nada.

Ya estoy de vuelta, dice Hilde, y espera que la Kúrochkova se levante y deje su sitio. En lugar de eso, le comunica que el camarada Anvelt la espera en su despacho.

Anvelt da un respingo en su silla, como si fuera una visita de Estado. Pide té a la Kúrochkova, le sugiere a Hilde que tome asiento, le ofrece incluso pastas y empieza a explicar algo de un modo tan retorcido y confuso que Hilde piensa por un momento que se ha vuelto loco.

Hilde se enciende una papirosa, le ofrece una a Anvelt, pero este la rechaza. ¡Anvelt la rechaza!

¿No te encuentras bien?, pregunta Hilde.

Anvelt sonríe de un modo extraño y, a continuación, empieza a decir que lo siente mucho, que no puede hacer nada, que no ha sido su decisión…

Vale, ¿pero qué?

El despido.

¿El despido?, pregunta Hilde, pero lo entiende al momento: su despido.

Poliáchek.

Se le ha escapado. Así se llama el agente del NKVD para el Komintern.

Anvelt asiente.

La Kúrochkova trae el té, y el minuto que tarda en volver a salir del despacho le basta a Hilde para entenderlo todo, para reordenarlo todo. Así que se trata de eso. La tienen en el punto de mira. Claro, también es una fiel seguidora. ¿Debería haberlo sabido?

La llamada se cancela, pues naturalmente no puede llamar a Stalin desde su casa. Escribirá una carta, decide al instante. Aún no está todo perdido. Hoy mismo conseguirá una máquina de escribir. Cuando escribe a mano en ruso se le nota la «extranjería», y su instinto le dice que eso no es bueno.

Conseguir la máquina, escribir la carta, entregársela en mano al guardia del Kremlin: para Stalin personalmente.

De repente tiene prisa, deja el té, se pone en marcha.

Aún tienes que firmar el acuerdo de confidencialidad, dice Anvelt a sus espaldas. ¡Y recoger en caja la paga del mes!

Hilde firma el acuerdo de confidencialidad y recoge en caja su salario mensual. Después parte en busca de una máquina de escribir. Al principio ni se le ocurre comprar una. Va directamente a casa, pues sabe que Heinrich Meyer, habitación 258, tiene una.

Pero la habitación está precintada. Un colaborador estrecho de Ernst Thälmann, estuvo dos años en un campo de concentración. Otro indicio. La 259 también está precintada. ¿Quién vivía aquí? Y la 204. Nilo Virtanen, un finlandés que trabajaba en la OMS.

Desde su habitación llama a Erna Petermann, su marido trabaja en la oficina de Palmiro Togliatti. Tiene una máquina, Hilde está segura, pues a menudo transcribe en casa para su marido. Pero Erna le da largas, le dice que ahora mismo necesita urgentemente la máquina.

La otra Erna, Erna Winzer, también es una opción. A su marido, Otto, lo acaban de despedir del Departamento de Publicaciones del Komintern, Hilde no sabe el motivo. Sin embargo, decide llamarla. Erna se muestra sorprendida y contenta. Nadie la ha llamado desde que despidieron a Otto. Pero máquina de escribir no tiene.

Así que llama a Paul Förster, un técnico, siempre tiene de todo. Y, efectivamente, tiene una máquina de escribir. Por el día la necesita, pero podría prescindir de ella por la noche.

Hilde acepta recoger la máquina al día siguiente, a última hora, pero a la vez decide ir al UNIVERMAG con la esperanza de que, por casualidad, haya máquinas de escribir después de todo. No hay ninguna, claro. Pero hay cámaras de fotos. Podría comprarle una cámara a Julius por su cumpleaños, se le ocurre de pronto. La fecha acaba de pasar, hundida de algún modo en los días que pasó enferma, pero hace tiempo que Julius quiere una cámara.

Se pone a la cola y, mientras espera, tiene la idea de sorprender a Julius con una pequeña celebración: mañana, víspera del día de asueto, sería la ocasión perfecta.

Compra la cámara. Compra pan, pepinillos y puerros, además de bacalao y filetes de arenque en lata. Y tres botellas de vodka y dos de champán. Después vuelve a llamar a los Petermann para invitarlos al cumpleaños. Pero supuestamente tienen entradas para el teatro. Acostumbrada como está a las conspiraciones, Hilde pregunta: Muy bien, ¿y qué vais a a ver?

Erna, al parecer, ha olvidado el título.

También Erna Winzer duda. Insinúa que ahora mismo Otto tiene ya suficientes problemas y que no le gustaría tener —así lo expresa— conversaciones complicadas.

Pero si no vamos a tener conversaciones complicadas, contesta Hilde.

Erna preguntará a Otto.

A Therese Meyer ni siquiera se lo dice. Pero invita a Inge Karst, la compañera de Julius. La conoce de Hamburgo: una de esas mujeres que sabe manejar un arma de fuego. Inge acepta al momento.

También invita a Paul Förster. Es un poco dogmático, pero un buen tipo. Además, dicen que acaba de llegar de España y eso a Hilde le interesa. Y así podría traer directamente la máquina de escribir.

Después llama a Erwin Umnitzer, el primer marido de Charlotte, al que, desde su separación de Wilhelm (y de la de Erwin y Charlotte), le une una relación amistosa.

Erwin parece nervioso al teléfono, pero también se alegra: tiene que hablar con ella de todos modos.

Como Erwin ha aceptado, no sabe si debe invitar a Alice. Después de que Charlotte se fuera de casa, Alice Rund creyó tener una oportunidad con Erwin. Casi podría decirse que lo perseguía. Aunque ahora Alice está felizmente liada con ese boxeador, cómo se llamaba… Ludwig. El hombre de hierro.

Llama a la Sociedad Cooperativa Editorial, pero, para su sorpresa, le dicen que Alice ya no trabaja allí. No le dicen nada más. ¿La habrán detenido? Julius se lo habría dicho.

No le pregunta, no le cuenta nada de su despido, todo eso puede esperar hasta el lunes. Por la mañana sale de casa como siempre. Sin pensárselo dos veces, sube al trolebús que lleva al Serébriany Bor, una zona boscosa en las afueras donde antes solía ir a por setas. Desde hace algunos años hay allí un popular parque de recreo, han excavado un canal y han creado una isla falsa. En

verano la gente se baña, también se pueden alquilar barcas.

Pero hoy, un día laborable normal de septiembre, no hay nadie. Hilde se tumba en la hierba que el sol oblicuo aún consigue calentar un poco, mientras la brisa fresca le acaricia las piernas. Observa largo rato las nubes que pasan muy lentamente por el cielo: una chica con el pelo al viento. Una jirafa asustada. Un… ¿Qué se supone que es eso? ¿Una rana gorda con barba? Pero allí, claramente: Stalin con una pipa.

No puede evitar pensar en el cielo de Riga, su ciudad natal, en el espectáculo de nubes sobre la bahía: cada tarde una nueva representación. Colores de los que no se creería capaz a ningún pintor: del violeta al verde esmeralda. Puede ocurrir que medio cielo se convierta en una alfombra naranja o en un brillante metal blanco amarillento.

No ha vuelto en casi veinte años; en Letonia, donde triunfó la contrarrevolución, está en busca y captura, y al echar hoy la vista atrás lamenta no haber sido capaz de sentir todo aquello, cuando era joven, con la suficiente profundidad. Haberlo dejado pasar distraída, en lugar de respirarlo, absorberlo, almacenarlo en sus células y llevarlo consigo para siempre.

Lo extraño es que de pronto siente los labios salados: ¿llora últimamente sin darse cuenta?

A la vuelta compra flores en el mercado negro de Arbat. Después empieza a preparar la fiesta. Cuando Julius llega a casa hay flores en la mesa y también una tarta de cumpleaños. Hilde y Sina preparan un pequeño buffet para la noche. Julius está conmovido.

Pero ¿quién se comerá todo esto?, pregunta.

Cuando ella le informa de que ha invitado a gente a escondidas, se queda por un instante sin palabras. Después se deja contagiar por la alegría de Sina:

Mamá le ha prometido que puede quedarse hasta la hora que

quiera.

Comen los tres la tarta de cumpleaños. Luego culminan los preparativos de la fiesta: mantel blanco, Hilde pone tres bombillas de colores en la lámpara de araña. Julius, sin hacer ningún comentario, extiende una manta sobre el radiador.

Paul viene con la máquina de escribir, como siempre solo; no tiene pareja.

Inge viene sola porque su marido está en el campo de concentración de Sachsenhausen, de lo cual Hilde no tenía noticia.

Pero también Erwin viene sin su joven esposa. Gerda está, bueno, está enferma, dice Erwin mirando de reojo a Sina, para que todos entiendan que pasa algo de lo que no quiere hablar en presencia de la niña.

Toman, para empezar, una copa de champán de bienvenida; para la comida esperarán al resto de invitados. Solo Sina se queja, está deseando probar los canapés con los barquitos de pepinillo cortados muy finos, y Hilde se lo permite. En realidad Sina ya se ha llenado con la tarta, solo mordisquea los pepinillos, preguntando impaciente dónde están los otros invitados. Escucha un rato con interés a Erwin hablando de las grandes exhibiciones aéreas, y quiere saber qué acrobacias realizó exactamente en el cielo su héroe Chkálov.

De ahí la conversación deriva en los ataques aéreos de los fascistas a Durango y Guernica. Paul ha visto Guernica tras la destrucción, horribles imágenes. Sina pone los ojos como platos y Hilde le indica a Paul con la mirada que se contenga en las descripciones. Hablan un rato de la situación del frente en España. Paul está seguro de que la victoria de la República frente a Franco es inminente. Habla del gobierno regional comunista de Cataluña y de los enfrentamientos con los trotskistas del POUM.

Sina empieza a aburrirse y, decepcionada con la fiesta, se va a la cama. Antes le dejan que recite su canción a Stalin.

Deciden no posponer más la cena. Hay un gran silencio en la mesa,

como si esperasen todos a que Sina se quedara dormida, pero, cuando Hilde dice que ya está, la conversación sigue atascándose.

Quién más iba a venir, quiere saber Inge.

El matrimonio Winzer, dice Hilde. Los Petermann declinaron al momento.

¿Y Alice Rund?

Silencio.

No puede ser, dice Erwin. Deja de comer, se toca la frente.

Julius sirve más vodka, levanta su copa. Por Alice.

Pero, chicos, no podemos brindar por Alice, objeta Paul.

¿Por qué no? ¿Crees que es una enemiga del pueblo?

Inge habla con voz apagada, también Paul contesta en bajo, aunque su voz suena estridente como el timbre de un teléfono.

No, claro que no. Pero ¿por qué la han detenido entonces? Porque está detenida, ¿no?

Inge, como si hablara para sí misma: Cuando ingresé en el Partido, había siete personas en el Politburó: Lenin, Trotski, Zinóviev, Kámenev, Rykov, Tomski y Stalin. De los siete, uno es hoy el líder indiscutible y cinco son enemigos del pueblo.

Chicos, os los ruego, interviene Hilde. Queremos celebrar el cumpleaños.

Paul dice: No estarás en serio poniendo en duda que, objetivamente, son enemigos del pueblo.

Yo no pongo en duda absolutamente nada, dice Inge. Pero, si a ti te arrestaran mañana, ¿serías un enemigo del pueblo?

¡Y a mí por qué me iban a arrestar!

Por favor, no discutamos.

Hilde se levanta, enciende la radio. Suena música clásica, un poco lenta, pero música después de todo. También para que tape las conversaciones.

Por Alice, dice Erwin y se bebe el vodka de un trago. Dame otro.

¿Y a Gerda qué le pasa?, pregunta Hilde, suponiendo que está enferma de verdad, tal vez cosas de mujeres, y por eso Erwin no ha querido comentarlo antes.

Erwin necesita un momento antes de soltar: Quieren echarnos. Que volvamos a Alemania.

Hasta Paul se queda atónito: ¿Y eso por qué?

No hay motivo, dice Erwin. Mi pasaporte ha caducado y el Departamento de Visados y Registro se niega a sellar el permiso de residencia en un pasaporte caducado. Tengo que ampliarlo. Pero la Embajada de Alemania solo lo amplía para viajar de vuelta al país.

¿Has estado en la Embajada de Alemania? Paul está horrorizado.

¿Qué iba a hacer si no?

Pues que no te extrañe entonces que no amplíen tu permiso de residencia.

¡Dios santo, Paul! ¿No lo entiendes? Me pidieron que lo hiciera. Yo me negué, claro. ¡No voy a ir a una embajada fascista! ¿Y sabes lo que pasó después? Te lo diré: tuvimos una visita, dos personas de civil, pero con armas y bayonetas caladas, ¿me oyes? Bayonetas caladas. Tipos así. Con chaquetas de cuero. Que si habíamos regularizado nuestros dokumenty. Y, cuando dije que yo no iba a una embajada fascista, se acomodaron en el sofá, se quedaron sentados, fumando, apagando las colillas en el suelo y respondiendo a cada pregunta preguntándonos solo si habíamos regularizado nuestros dokumenty. ¡Y al día siguiente vuelven! ¡Y al siguiente! Desde hace tres semanas, recibimos visitas a diario, a veces antes, a veces después.

¿Por qué les dejáis entrar?, pregunta Paul.

¿Que por qué les dejamos entrar? Erwin le mira fijamente, estupefacto. Y entonces toda su excitación estalla en una risa maníaca. Se le caen las lágrimas, se tapa la cara con las manos. Los demás están sentados al lado, perplejos, en la radio suena una marcha fúnebre. Hilde se levanta y apaga el aparato. Erwin recupera la compostura.

Que por qué les dejamos entrar… Solo tienes que oírles llamar, Paul, y entonces sabrás por qué les dejamos pasar. Llevan su identificación: Departamento de Visados y Registro. Gritan en el pasillo. Los vecinos los oyen. Nadie del edificio habla ya con nosotros, la gente nos llama fascistas. Totalmente absurdo. Sí, fui a la Embajada de Alemania, Paul. Y la Embajada de Alemania estampó en mi pasaporte: ¡Catorce días de validez para volver a Alemania! Y ahora estaré encantado de que me aconsejes.

Y dirigiéndose a Julius: Y tú dame otro.

Todos guardan silencio, todos han dejado de comer. Erwin se bebe su vodka. Se oye ruido en la habitación de al lado, Hilde mira el reloj: son solo las once y media, muy pronto para el NKVD.

Hilde, tú conoces a todo el mundo. ¿No conoces a nadie que pueda ayudarnos?

Escribe a Stalin, dice Hilde.

Una hora después los invitados se han ido. Hilde y Julius recogen la mesa en silencio. No hay nada más que decir, solo cosas que hacer. Mañana escribirá su carta, lo tiene todo en la cabeza. Mañana se la entregará al guardia. Remitente: Komintern, OMS. O como se llama ahora: S.S.

Stalin leerá la carta. Stalin reaccionará. Stalin salvará este país. Tiene que salvar este país. ¿Quién sino él?

Cuando terminan de fregar y de guardarlo todo, es la una y media. A las dos están en la cama. Hilde no puede dormirse, también Julius está tumbado bocarriba, mirando el techo.

Te oculté que Alice está detenida, dice por fin. Te he ocultado algunas cosas, Hilde. Quería ahorrártelas.

Y, después de un rato, añade: Tengo la sensación de que no estás bien.

Ya me he recuperado.

No me refiero físicamente.

Estoy bien. Mañana hablamos de todo. Ahora descansemos, necesitamos fuerzas.

Se acurruca junto a Julius, es su posición para dormir: vientre contra espalda, la nariz contra el hombro de Julius. Huele muy bien. ¿A qué exactamente? Un poco a copos de avena con pasas y mantequilla, como cuando era niña.

La despierta el clic del relé del ascensor. Escucha los pasos acercándose. Oye los golpes en la puerta. Tarda un rato en comprender que están llamando a su puerta.

2. Interrogatorio

—Charlotte—

Las escuálidas margaritas del cumpleaños aún están sobre la mesita. Afuera nieva. Los copos ligeros forman remolinos frente a la ventana. Sonidos alegres entran desde la calle: voces, cascos de caballo, el repicar de la campana del tranvía, todo amortiguado como solo pueden amortiguar las primeras nieves.

¡La primera nevada! Charlotte piensa en pan negro y sardinas en aceite. Piensa en cómo guardaba cola con sus zapatos de verano. Piensa en el zapatero de Basmanny raión. Piensa en la primavera solitaria, cuando las aguas del Volga llenaban el río Moscova. Piensa en Serguéi Tretiakov, que le escribió en el libro: Para nuestra camarada alemana, Charlotte Germain. En los polvorientos días de verano, en los lamentables paseos con Wilhelm. Piensa en el día que entró por primera vez en el despacho de Otto Bork. Piensa en el rostro ceroso de Inge Karst. Piensa en Alice Rund y en su novio de hierro en aquella habitación mísera. Piensa en Liuba Löwenstein, a quien a punto estuvo de llevarse por delante un coche de plaza. Piensa en Isa Koigen, que le enseñó el hotel Metropol. Piensa en cómo Wilhelm empezó a vomitar en Yalta.

Piensa en el año que ha dejado atrás y, aunque recuerda la primera nevada como si fuera ayer, todos esos meses le parecen una eternidad. El tiempo no pasa, los segundos gotean sobre su cuerpo como un veneno.

A las dos y media Wilhelm se levanta, se lava los dientes, realiza un ritual matutino mínimo para salir del paso y le pide a Charlotte que se prepare para comer. Cuando trabajaba en la editorial solo comía de talón los días libres. Era fácil mostrarse de buen humor, pues estaba de buen humor; si bien es cierto que nunca llegó a decidir si debía expresar su distancia con respecto a los comensales de talón perennes mediante una conducta fresca y festiva o mostrando el cansancio, la fatiga de la semana. Mientras comían le gustaba informar a Wilhelm sobre sus éxitos en la editorial, subiendo la voz

algo más de lo necesario. Solía llegar un poco tarde a comer, después de entretenerse a posta. Y alguna vez dejaba a la mitad las porciones —no precisamente generosas— como para demostrar que ya no necesitaba la bazofia de rancho del Metropol.

Le aterra volver a pisar el restaurante. Intenta conseguir un aplazamiento, se escuda en la falta de apetito, alega dolores de cabeza. Pero Wilhelm, una vez que ha recobrado las fuerzas, insiste obstinadamente en que vaya. Wilhelm baja los tres tramos de escaleras tieso como un poste de la luz, Charlotte, siempre medio paso por detrás, busca apoyo dándole el brazo.

Atraviesan el gran salón, Charlotte no mira ni a izquierda ni a derecha. Come sin comprender bien lo que tiene en el plato. Wilhelm dice cosas, ella entiende solo nieve, nieve… Asiente, le da la razón, nota cómo a Wilhelm se le mueven las orejas cuando habla.

Para la vuelta acuerdan tácitamente tomar el ascensor. En el largo trayecto por el pasillo de su planta Wilhelm le susurra: ¿Has visto?

Charlotte no ha visto nada aparte de sus orejas.

Novosielski, dice Wilhelm.

¿Qué pasa con él?

Wilhelm la mira sorprendida: No está.

Pasan el resto del día en silencio, cada uno en su cama. A las ocho Wilhelm pone las noticias, que no entiende. Charlotte mira fijamente las dieciséis estrellas; de pronto, han perdido todo su significado: estuco en el techo. No hay sentido, ni enigma, ni mensaje. No hay nada, y esa nada se vuelve tan poderosa a cierta hora de la noche que la saca de la cama. Tiene que ir al baño, encender la luz. Se sienta en la tapa del váter cerrada y espera a que pase lo peor. El reloj de la torre Spásskaia da las cuatro, y de repente le parece como si todo eso ya hubiera ocurrido, justo así. Como si hubiera atravesado un bucle temporal y hubiera llegado al

mismo punto, justo hace un año, con todos sus sentidos, sus pensamientos, sus células corporales.

Cuando vuelve a la habitación, Wilhelm está despierto. En el reflejo de un coche que pasa ve que tiene los ojos abiertos. Sus miradas se encuentran. Charlotte se sienta en el borde de la cama, mirando hacia Wilhelm. Lo escucha respirar. Escucha latir su propio corazón. ¿O es el de Wilhelm? ¿Es su propia respiración?

Tengo miedo, se oye decir.

Wilhelm le da la mano. Es grande y dura, totalmente distinta a la de Bork.

No puede pasarnos nada, dice Wilhelm. No se le ve la cara en la oscuridad. Solo oye su voz, suave pero insistente, implorante: No puede pasarnos nada porque no hemos hecho nada.

Charlotte se arrastra dentro de su cama, agotada, con los pies fríos. Tal vez tenga razón. ¿De qué van a acusarles? No pueden condenarte por vender a alguien un gramófono. Ni por escribir en tu biografía: Fabrica de Porcelanas Estatal en lugar de Real.

¿Y si descubrieran que su padre era monárquico y su madre una nacionalista alemana?

¿Y qué culpa tengo yo de cómo sean mis padres?

Usted no tiene culpa, camarada Germaine. Pero tendría que haberlo señalado.

O se dirigiría a ella por su nombre real: Umnitzer, así se apellida todavía. Camarada Umnitzer. ¿O ciudadana Umnitzer? ¿Como a los acusados del juicio?

Los copos de nieve al otro lado de la ventana parecen subir, el mundo al revés. Podrías creer que estás cayendo al vacío con la habitación del hotel. Wilhelm comienza a roncar suavemente. No puede pasarnos nada porque no hemos hecho nada. Ella no ha planeado ninguna acción contrarrevolucionaria ni ha revelado ningún secreto. Sus delitos son nulos, irrelevantes y sobre todo: indemostrables. ¿No es así? ¿Qué puede saber él? ¿Qué preguntas

podría hacerle?

¿Quién es él?

No le ve. Solo ve una luz deslumbrante, circular, dirigida a ella. Pero de la luz sale una voz, una voz sorprendentemente aguda, casi femenina. Y a esa voz la acompaña una cara. Una cara carnosa y pálida con ojos estrechos, constreñidos por unos cachetes hinchados.

Cuando se despierta, Wilhelm ya ha salido. Ha hecho el desayuno con lo que había: mermelada y pan tostado. Charlotte se hace café. Debería ir a comprar, ponerse a la cola para la comida. Pero después del café se siente de pronto tan cansada que tiene que volverse a acostar.

Se despierta por segunda vez cuando Wilhelm regresa. Ha comprado algunas cosas, una lata de atún, pan blanco y hasta un pedazo de mortadela llamada dóktorskaia. Insiste en dar un paseo antes de comer. Obedientemente, Charlotte se calza sus zapatos contrarrevolucionarios.

La primera nevada ya ha desaparecido. Pero hace un frío húmedo, el viento arrastra la lluvia por debajo del paraguas. Wilhelm da zancadas como si fuera a algún sitio. Charlotte se le cuelga del brazo como antaño, cuando era niña, del brazo de su madre, y deja que la arrastre.

Wilhelm la arrastra durante una hora entera. Está empapada, hasta sus zapatos se han calado. Mientras está en movimiento al menos se siente un poco mejor. Pero, en cuanto llega a casa, en cuanto se quita los zapatos, el malestar vuelve, en algún punto entre el diafragma y el ombligo, como si algo taladrase y escarbase en ella sin cesar.

Wilhelm ya no tiene que convencerla para que vaya a comer. Desde que falta Novosielski va voluntariamente. La duda sobre si están desapareciendo más exempleados empieza a preocuparla, y por supuesto entiende que los demás también están preocupados. Todos

quieren saber si falta alguien más, por eso es necesario que todos se presenten a comer. Es como si hubieran acordado tácitamente ese ritual: se viene a pasar lista en secreto.

Después de comer consigue dormir un poco. Luego Wilhelm vuelve a encender la radio, no para que los proteja cuando hablen, sino tan solo para evitar el silencio.

Charlotte oye sin querer las noticias con las que se pretende crear el ambiente para el vigésimo aniversario de la Revolución. Se habla todo el tiempo del ritmo vertiginoso de la industrialización. A pesar de la guerra civil, de las sanciones y del boicot, dice la radio, a pesar de los continuos actos de sabotaje y del trabajo de zapa de los trotskistas, en los veinte años desde la Revolución se ha pasado de ser probablemente el país más atrasado de Europa a ser un poderoso estado industrial. Se dice que la industria pesada se ha triplicado en comparación con los niveles previos a la guerra. Se produce el triple de carbón y veinte veces más de energía eléctrica. Petróleo, hierro bruto, acero; por todas partes hay aumentos del veinte por ciento o más. Incluso en producción de pescado, aceite para cocinar o azúcar se superan con creces los niveles previos a la guerra. No hay duda de que la Unión Soviética está dando pasos de gigante hacia el comunismo. Se calcula que, a mediados de este siglo, la Unión Soviética habrá sobrepasado a Alemania y a Estados Unidos, y toda la riqueza que el gigantesco país produce será en beneficio de los trabajadores y no de la clase alta parasitaria. ¡Una sociedad sin explotación! Con una cultura de vida totalmente nueva, con nuevas necesidades, nuevos objetivos y valores.

No, no duda de que será así. Hoy los avances y los logros sobrepasan ya los problemas y las carencias. Hoy todo el mundo en la Unión Soviética tiene derecho al trabajo, derecho a la educación gratuita, a la atención médica sin cargo alguno. Se crean gigantescos parques culturales y de recreo, palacios del pueblo, campamentos infantiles gratuitos. Se construyen casas de la cultura en las fábricas. En un país donde una de cada dos personas era analfabeta, los trabajadores interpretan teatro, escriben literatura. Lo que ha pasado aquí en veinte años parece un milagro. Y lo que habrá ocurrido en otros veinte va más allá de lo imaginable.

Pero ¿dónde estarán ellos en veinte años? ¿Qué estarán haciendo?

¿Verán surgir en Moscú, de las ruinas de la iglesia del Cristo Salvador, la construcción más alta del mundo? ¿Verán a la calle Gorki doblar su anchura? ¿Verán elevarse dos pisos el venerable edificio del Mossoviet? ¿Viajarán por un kopek a la periferia de la ciudad en el metro más profundo y largo del mundo?

Llega la noche. El programa de radio termina. Charlotte se lava los dientes, se acuesta. Está tumbada bajo estrellas muertas, esperando el sueño. Pero el sueño no llega. En su lugar ve la cara carnosa. Y, tras la luz deslumbrante, circular, una voz sorprendentemente aguda, casi femenina, formula desagradables preguntas:

¡Ciudadana Umnitzer! Usted indicó en su currículum que, a raíz de la guerra, entró en conflicto con sus ideas burguesas adquiridas. ¿Correcto?

Correcto.

Escribe que se puso totalmente del lado de quienes querían poner fin a la guerra. ¿Correcto?

Correcto.

¿Estaba, así pues, del lado de los consejos de trabajadores y soldados?

Y ahí ya tiene un problema. ¿Y si interrogan a Erwin? ¿Y si el interrogador le restriega la declaración de Erwin?

Ciudadana Umnitzer, su marido de entonces, Erwin Umnitzer, afirma que usted estaba horrorizada cuando él se acercó al KPD.

Siendo honesta, no solo ha maquillado la biografía de sus familiares. Ha maquillado su propia biografía. Y, cuanto más lo piensa, más grave le parece. No, no estaba del lado de quienes querían poner fin a la guerra. Aunque la guerra ya había durado cuatro años. Aunque esperaba en casa con dos niños. Aunque les había caído encima el invierno de los nabos y Kurt sufría raquitismo.

Lo que en realidad la horrorizó fue que echaran al káiser. Increíble pero cierto. Aunque ella odiaba al káiser; ¿o no? Cuántas veces relató a sus amigos y conocidos cómo su madre la llevaba al

Tiergarten; cómo tenía que ponerse siempre el vestido de lana blanca que le picaba; cómo su madre le dio una bofetada cuando estornudó en presencia del káiser…

Solo que, ahora que lo piensa, ahora que realmente se pone a recordar, ya no está ni mucho menos segura de que odiase al káiser. Más bien recuerda que se odiaba a sí misma. Se avergonzaba. Y más tarde se avergonzaba de su vergüenza. Por eso odiaba al káiser, veinte años después. Y cuando empezó a contárselo a sus amigos y conocidos hablaba de ese odio como si fuera el odio de la niña. De pronto se convirtió en una historieta útil: la historia de cómo odiaba al káiser ya desde niña. No podía tener orígenes proletarios, no pertenecía por nacimiento a la clase revolucionaria, pero sí había vivido —según esa historia—, desde la más tierna infancia, la experiencia de la opresión, y había desarrollado después una conciencia rebelde y antimonárquica.

Solo que, por desgracia, nada de eso es cierto.

Encuentro con Kurt en el café Krasny mak (amapola roja). El Chaika sigue ilocalizable. Ella lleva su folleto; él, a su novia. Olga parece muy rusa, piensa Charlotte. No tiene nada que objetar. Pero el cuello abrochado hasta arriba es bastante conservador, al igual que el pelo perfectamente ondulado. En general, la joven parece anticuada, con pinta casi de abuela. Sin duda es simpática, amable, educada, pero todo el tiempo habla solo de casarse, de una casa en las afueras que quiere comprar y de lo que se puede hacer ahora para ganar más dinero; además, o mucho se equivoca Charlotte o en su tono se percibe cierto reproche a Kurt porque, en lugar de trabajar en la obra o en una fábrica de coches, está haciendo Historia y Literatura por correspondencia, mientras gana lo imprescindible como dibujante en la Universidad.

Charlotte, por supuesto, no dice ni una palabra de todo esto. Se conforma con que Kurt no le traiga esta vez ninguna noticia funesta. Si la novia lleva el cuello abrochado hasta arriba y se ondula el pelo, quién sabe cuánto durará esta historia. Los divorcios en la Unión Soviética no son muy complicados. Lo principal es que no quiera que le haga un bombo enseguida.

Pero, en cuanto Olga va al baño, Kurt utiliza su ausencia para, en alemán y bajando la voz, comunicarle algo a Charlotte, que introduce con las palabras: Por favor, mantén la calma y que Olga no te note nada…

No me digas que está embarazada.

Pero Kurt dice: No quieren ampliar el permiso de residencia de Erwin.

Charlotte no entiende. No pueden enviarle de vuelta a Alemania.

Sí pueden, dice Kurt. No tiene la ciudadanía soviética.

Tampoco ella, Charlotte, tiene la ciudadanía soviética. Pero no van a extraditar a Alemania a una antigua empleada de la OMS. ¡Una portadora de secretos! Sin embargo, le tiemblan tanto las manos que, cuando Olga vuelve, no se atreve a levantar la taza de té.

Si mandan a Erwin a Alemania, al menos no podrán interrogarlo. Esperanza vergonzosa.

¿O ya le han interrogado?

Ciudadana Umnitzer, usted conocía al criminal condenado Moiséi Lurie y a su esposa, Isa Koigen. En su declaración señala que visitó a estas personas tres o cuatro veces entre septiembre y diciembre de 1935. ¿Es cierto?

Hasta donde recuerdo, sí.

Escribe que, en su última visita, él le dijo que le habían apartado de su trabajo. ¿Es cierto?

Eso dijo.

Pero no le apartaron hasta 1936. De esto concluyo que también visitó a Koigen y a su marido después de diciembre de 1935. Pero usted afirma que solo se lo encontró otra vez, por casualidad, en la primavera de 1936, en el Parque de la Cultura.

Puede que haya olvidado una visita, era una época extenuante.

Ciudadana Umnitzer, en enero de 1933 Isa Koigen la visitó. Afirma que posteriormente solo se encontró con Koigen y su marido en otra ocasión. Sin embargo, en abril, cuando Lurie iba a viajar a Moscú, le preguntó a Koigen si él podría llevar algunas cosas para su pareja. ¿Tenía ya tanta confianza después de dos encuentros? ¿O también aquí ha vuelto a olvidarse de alguna visita?

Indiqué que conocí a Alexander Emel, o sea, a Moiséi Lurie, tomando café un domingo en casa de Isa Koigen. A ella no he negado haberla visto más de una vez.

Ciudadana Umnitzer, en 1934 usted vivió durante un tiempo en el mismo hotel y en el mismo pasillo que Koigen. Afirma haber estado en su habitación «seguro dos veces» y también haber vuelto a encontrarse con Lurie. Dice haber estado en una ocasión al menos una hora a solas con Isa Koigen. Es probable, escribe usted, que su marido también fuera una vez. Eso haría tres visitas. ¿Cuántas visitas ha olvidado?

Entonces llevaba poco tiempo en la URSS, no recuerdo los detalles.

Escribe que, a principios de 1934, visitó a Koigen («que yo recuerde») dos veces en su nuevo piso. ¿Qué significa «que yo recuerde»? ¿Significa que puede haberse olvidado aquí también de una o dos visitas más?

Es posible, sí.

Escribe que sus hijos también estuvieron allí para recoger comida y dinero. ¿Estuvo usted presente en esas ocasiones?

A veces sí.

¿A veces significa: dos veces, tres veces, cuatro veces?

Más bien cuatro, probablemente.

Ciudadana Umnitzer, usted mantuvo contacto estrecho en Berlín y en Moscú con Isa Koigen y su marido, Moiséi Lurie. Sumando solo los encuentros que usted ha admitido, en tres años se visitaron al menos veinte veces. Eso significa más de seis veces al año, o una vez cada dos meses. Si reviso mi propia agenda, no encuentro a nadie, salvo parientes

cercanos y amigos íntimos, a quien visite cada dos meses. Envió objetos personales a Moscú a través de Emel. Mandaba a sus hijos a la casa de ambos para que recogieran comida y dinero. Les vendió un gramófono con sus vinilos. Asistió varias veces a veladas en las que se bebía y se bailaba. ¿No es verdad que Isa Koigen y Moiséi Lurie eran dos de sus amigos más íntimos, dos de las personas en las que usted más confiaba?

Es posible.

¡Ciudadana Umnitzer! En el currículum que presentó con motivo de la solicitud de traslado al PCUS (B) incurrió en falsedades. En su declaración por el asunto de Emel mintió al Partido burdamente. Miente, maquilla los datos, los niega. ¿No es hora de que diga usted la verdad?

Va haciendo más frío. El cielo no se ilumina en su ventana norte hasta alrededor de las ocho y media de la mañana. A las nueve y media aún tienen que tener la luz encendida. Sin embargo, no desayunan hasta las once, han ido retrasando sus horarios poco a poco. Wilhelm ya no va a la biblioteca, en lugar de eso salen juntos a pasear. Después deben superar otra larga hora de tortura antes de bajar al restaurante para comprobar si falta alguien.

Quien falta es Chang.

Nadie parece notarlo. Las conversaciones en la mesa son tan alegres como siempre, parece casi como si los que quedan quisiesen compensar la pérdida con ruido. Hasta el tarado de Murray, sin que nadie le preste atención, masculla alabanzas a la sopa de entrante, como si su vecino de mesa aún estuviera con él.

No es que Charlotte esté precisamente de luto, pero la ausencia de Chang la conmociona. Quizás sea el número tres: la transición del par a la serie. En todo caso, el temor a que Schock y Novosielski no fueran los últimos se ha convertido de pronto en la certeza de que esto tampoco terminará con Chang.

Por la noche se sorprende a sí misma comprobando si tiene

suficiente ropa interior limpia. Coloca la pequeña bolsa a mano, por si acaso no se le permite llevar maleta (el hombre al que las chaquetas de cuero metieron en la Lubianka no llevaba ninguna maleta encima).

Antes de irse a dormir ordena rápidamente la habitación para no tener que avergonzarse si un extraño entrase de forma inesperada.

Después se tumba bajo las estrellas muertas y comienza el interrogatorio.

Ciudadana Umnitzer, usted era amiga íntima del culpable probado y condenado enemigo del pueblo Moiséi Lurie y de la culpable probada y condenada enemiga del pueblo Isa Koigen. Sin embargo, afirma que nunca le llamó la atención ninguna declaración delictiva ni hostil.

Recuerda el arte de florecillas: el retrato de Stalin. ¿Es eso una declaración hostil?

Ciudadana Umnitzer, tal afirmación no es solo despectiva para con el camarada Stalin, sino que también lo es para con los jardineros que crearon ese retrato con mucho esfuerzo y honda veneración. Muestra un desprecio oculto hacia la clase trabajadora que está construyendo el Socialismo con enormes sacrificios. Muestra un desprecio oculto hacia la dictadura del proletariado que, bajo la dirección del camarada Stalin, se está haciendo realidad en este país. Muestra una actitud criticadora, burguesa y negativa hacia la Unión Soviética, que representa en definitiva la base ideológica del trotskismo. La expresión «arte de florecillas» no es un crimen. Pero sí una señal. Es la superficie tras la cual se hace visible una actitud delictiva.

Hasta ahora no lo había visto tan claro.

¿Cuál es su posición personal hacia la expresión «arte de florecillas»?

Como he dicho, no había adoptado hasta ahora una posición clara al respecto.

Sin embargo, está dispuesta a pasar por alto e incluso a disculpar tales declaraciones. ¿O acaso se expresa de este modo una conformidad oculta?

Hasta ahora lo había entendido como una cuestión de gusto.

Ciudadana Umnitzer, ¿ha hecho usted misma comentarios despectivos sobre el camarada Stalin? ¿Ha tenido pensamientos hostiles que no ha expresado? ¿Es usted una impostora?

Siempre me he esforzado por estudiar y comprender las decisiones del Partido.

Ciudadana Umnitzer, ¿ha dudado alguna vez de la política de los dirigentes del Partido? ¿Ha cuestionado la necesidad de las purgas del Partido? ¿Ha mirado con desconfianza las medidas del NKVD para la salvaguarda de los logros de nuestro Estado obrero y campesino?

Sí, he dudado.

Sí, he cuestionado.

He mentido al Partido.

He maquillado mi currículum y entregado falsas declaraciones.

Sí, soy una mentirosa, una estafadora. Mis convicciones son débiles. Me falta la perspectiva de clase. Soy mala. No soy fiable. No soy apta para la gran causa del Socialismo…

Todo esto no lo dirá, claro.

No dirá nada del arte de florecillas. Nada acerca de que aún no es capaz de considerar a Isa Koigen una enemiga del pueblo. Nunca reconocerá que admiraba a Alexander Emel. Jamás hablará con nadie de lo que sintió cuando, mientras bailaban, él le colocó sus manos divinas alrededor de la cintura. No hablará ni de sus zapatos contrarrevolucionarios ni de sus sospechas de que los soviéticos comen perros. No dirá a nadie que no sabía quién era Stalin cuando entró en el Partido Comunista. Ni que todavía hoy considera a Trotski el líder militar de la Revolución.

Aún menos le contará a nadie cómo engañó a Wilhelm. Nunca confesará que ha habido momentos en que deseó no haberle conocido nunca, no haberle seguido nunca a la Unión Soviética. Que incluso ha habido momentos en que se ha arrepentido de

haberse afiliado al Partido Comunista. Negará, maquillará, mentirá. Siempre ha mentido, toda su vida. Sí, utilizó la pluma estilográfica de su hermano. Sí, perforó el linóleo de la cocina. Sí, robó diez pfennigs del monedero de su madre y se compró un pedazo de chocolate blanco. ¿No tenía razón su madre? ¿No había sido desde niña una mentirosa, un bicho raro, un caso perdido? ¿No había vivido siempre en ella esa otra Charlotte, la mala? Esa criatura terrible que debe ocultar a todo el mundo.

Ciudadana Umnitzer, usted era amiga íntima del culpable probado y condenado enemigo del pueblo Moiséi Lurie y de la culpable probada y condenada enemiga del pueblo Isa Koigen. También tenía relación con el culpable probado y condenado enemigo del pueblo Abrámov-Mirov y con el culpable probado y condenado enemigo del pueblo Borís Mélnikov. Y tenía además buena relación con la culpable probada enemiga del pueblo Hilde Tal. Estaba rodeada de enemigos del pueblo. Sin embargo, afirma no haber notado nunca ninguna actividad hostil. ¿Mantiene esta afirmación?

La mantengo.

Ciudadana Umnitzer, no es creíble que no notase ninguna actividad contrarrevolucionaria en su entorno inmediato, ninguna declaración, ninguna señal, ningún momento sospechoso. El hecho de que no quiera decir nada al respecto demuestra que usted misma estaba involucrada en esas actividades.

Sí, he estado en el desván jugando con los adornos de Navidad. Sí, he vuelto a ir detrás del cobertizo con Peter Schuhmann y sí, hemos vuelto a comer nieve. Sí, he dejado que me toque el culo desnudo con su mano fría. Sí, he derramado el aceite. Sí, no he apagado la luz. He dicho palabrotas. He deseado a mi hermano que tenga un fatídico accidente con la bicicleta. He infringido el cuarto mandamiento, pero solo en el caso de mi madre. Y el séptimo mandamiento. Y el octavo. Y el décimo. Y el padre Wuthenow, que todo lo sabe y cuya voz zumba como un gran insecto en las alturas de la nave de la iglesia, el padre Wuthenow me dará la mano y me llevará hacia la pequeña puerta, a la izquierda del altar, y después escaleras abajo hasta la sala diminuta donde el suelo está negro por la sangre de los fusilados.

Ciudadana Umnitzer, ¿admite que es usted una enemiga del pueblo?

3. Día de la Constitución

—Hilde—

Hilde se arrastra hasta el catre. Inna, la otra letona, le hace un hueco. Ni siquiera hay catres suficientes para todas. Inna se mueve a los pies de la cama, Hilde se duerme enseguida, pese a los dolores. En algún momento se despierta, una sed horrible.

Bebe, dice Inna.

Hasta ahora no había notado que tiene los labios hinchados, no sabe de qué. Música a lo lejos, ya tiene alucinaciones. Pero Inna dice, Día de la Constitución, están celebrándolo fuera.

¿Cuánto tiempo he estado fuera de combate?

Treinta horas, dice Inna. Y Hilde dice:

Artículo 119. Los ciudadanos de la Unión Soviética tienen derecho al descanso.

Inna no se ríe.

Hilde se gira con esfuerzo, calcula, treinta horas, tiene que ser por la noche, las ocho o las nueve, la luz sigue encendida, las mujeres hablan. Intenta volver a dormirse, dormir, dormir, de lo contrario no lo aguantaré, se retuerce, tira de la fina manta hasta las orejas. No sirve de nada. Ciento cuarenta mujeres en la celda, el infierno. Discusiones, acusaciones, distintas facciones, simplemente no paran. Alemanas, letonas, rusas. Mujeres de comisarios del pueblo, ¡mi marido nunca fue trotskista! Se creen inocentes, las muy gilipollas. Pero al final todas confiesan. Al final firman todas. Cinco años en un campo de trabajo, ocho años en un campo de trabajo, lo normal para las mujeres de los enemigos del pueblo. Pero ella no es la mujer de un enemigo del pueblo. Ella es una enemiga del pueblo.

No, no confesará nada, no firmará nada. Matadme a palos, así no tendré que ver más vuestras jetas. Ya se acuerda de por qué tiene el labio hinchado. Jetas de asesinos. Traidores. Ahora tiene que ir al cubo, maldita sea. A última hora de la tarde los cubos están hasta

los topes, ciento cuarenta mujeres, pero aún así te preguntas de dónde viene todo eso, qué excretan si apenas hay nada que llevarse a la boca.

Hilde se las arregla a duras penas para levantar el trasero y hacer sus necesidades sin entrar en contacto con el borde del cubo. Le duelen los pies, las piernas, todo. Treinta horas de pie: hasta caerse. Su sobrepeso ahora se está vengando.

Ah, Julius, si tú supieras.

Se arrastra de vuelta al catre, tira de la manta hasta las orejas. Los dolores no son lo peor. Las humillaciones son peores, tener que aguantar los insultos a la cara de ese cabrón, tener que aguantar que, cuando cae, la levanten tirándole del pelo. Nunca se lo contará a Julius. Nunca le contará cómo la han tratado. Como un pedazo de mierda.

Se hace una bola, muy pequeña. La pierna derecha un poco más hacia delante para que no presione la izquierda. Así está bien. Quedarse así tumbada, no desea nada más. Quedarse así, hacerse pequeña…, desaparecer…, solo por un ratito. No, no confesará. Cómo vais a condenarme, hijos de puta, malnacidos, ya se os cortará la risa…

A su lado se oyen risitas, insultos, una escudilla de latón cae al suelo, un ruido increíble. Alguien vende cigarrillos… Oh, sí… Después un cigarrito, maravilloso pensamiento.

Cuando despierta se siente como enterrada. Alguien le sacude la rodilla, suave, pero le duele: es Inna, que aún está sentada a los pies del catre, a Inna le toca dormir, piensa Hilde. Pero Hilde no puede. Una montaña de escombros en el pecho. Siente la cabeza como si fuera de hormigón, una enorme bola de hormigón, absolutamente imposible levantarse, mantener el equilibrio. Solo cinco minutos, Inna, solo cinco minutos.

Pero Inna dice: Tienes que levantarte.

Abre los ojos. La mísera lámpara del techo está encendida. Entra luz por la puerta de la celda.

Delante, inmóvil, la silueta de un uniformado.

4. Moral

—Vasili Vasílievich—

Sí, es un honor haber recibido el 7 de noviembre un asiento en la tribuna del mausoleo, aunque en realidad es horrible. Aquí arriba sopla el viento, a la media hora ya duelen los pies de frío, pero uno, al fin y al cabo, no puede ir con botas de fieltro a celebrar la Revolución.

Para colmo, tiene la sensación de que pronto tendrá que ir al baño, pero es imposible escabullirse de la tribuna del mausoleo sin que se note. Se pregunta cómo lo hacen los otros: Stalin, Mólotov, Voroshílov. Yezhov, esa víbora, que hasta al lado de Stalin parece diminuto. El viejo Kalinin. Jruschov, ¿son sus pies tan grandes como parecen? ¿O son solo las botas? Seguro que se ha envuelto cada pie en dos peales. Más listo de lo que parece, el paleto.

Vasili Vasílievich mueve los dedos de los pies. Le duelen sobre todo los pequeños, que chocan contra el frío cuero de la bota. Vasili Vasílievich intenta pensar en otra cosa.

¿En qué piensa Vasili Vasílievich?

Piensa, por supuesto, en su cita. Piensa en un rostro pálido, en rizos negros. Wadwiga, se llama. Intenta imaginar cómo será. Ha pensado palabras, palabras malsonantes, verdaderas marranadas. Oye a Wadwiga decir palabras, con su acento polaco. Qué estúpidez que su rostro se le desdibuje en la imaginación todo el rato. Que, cuanto más le ocupa sus ensoñaciones, más empiece a parecerse al rostro de la hermosa alemana.

No habría estado mal, la alemana. Pero su marido, por desgracia, aún no está detenido, ha hecho averiguaciones con Poliáchek. Es gente del Komintern a la que se ha suspendido porque tenía contacto con ese tal Lurie. Se acuerda: profesor de no sé qué de la Antigüedad.

¿Debería citarla, a la hermosa alemana? ¿Con qué pretexto?

No, no funciona así. Tiene que venir ella. El marido tiene que estar

detenido. El asunto tiene que estar sobre su mesa, no sobre la de Poliáchek. Y, aun así, no es tan fácil como podría pensarse. Al parecer Yagoda recogía a las mujeres de la calle, pero ¿cómo lo haría? ¿Qué diría su mujer al respecto? Ida Averbaj: no se la puede tratar mal así como así. ¡La sobrina de Sverdlov! ¡Una fiscal! Incluso ha escrito libros sobre nuestros excelentes campos de reeducación.

Bueno, ahora puede estudiar los campos de reeducación desde dentro… ¿Participó quizás ella de toda esa porquería? Porque nadie puede tener tres mil fotografías pornográficas sin que su mujer se dé cuenta. Dicen que coleccionaba hasta lencería. ¡Lencería! Ay, si Ánnushka le encontrará a él unas simples bragas…

Es increíble cuánto tiempo puede tener Stalin la mano levantada para saludar. ¿Practicará? Gracias a Dios, en segunda fila no tienes que saludar todo el rato. No estar delante también tiene sus ventajas. Y tampoco es que te salve estar en primera fila. El año pasado ahí estaba Bujarin, Stalin pidió expresamente que lo subieran a la tribuna cuando vio que no le habían reservado sitio. Y ahora está en una celda, filosofando. Escribe cartas a Stalin haciéndole la pelota, como si fuera a servirle de algo.

No, mejor no imaginarse qué pasaría si Ánnushka le pillara. No puede cometer errores. Todo tiene que ser perfecto, un plan preciso… El problema: él está siempre bajo observación. Del hotel a la oficina, de la oficina al juzgado, todo en un radio de apenas cien metros. Todos le ven, todos le conocen. Todo el que entra a su despacho queda registrado. Durante las horas en que atiende el edificio está lleno de trabajadores. Y por la noche, cuando el edificio está vacío, cuando solo queda él, los guardias no dejan pasar a nadie. Así son las normas de seguridad que él mismo ideó. Si le pidiera a un guardia que, como excepción, dejara pasar a cierta dama, a la mañana siguiente estaría en boca de todo el personal de vigilancia. Y a la siguiente lo sabría el chófer. Y, una semana más tarde, Ánnushka…

Encerrado. Rodeado por su propia gente. Vasili Vasílievich moquea. No es fácil ser el presidente del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS.

Ahora vienen los tanques, el punto culminante del acto. El último

modelo desarrollado, un tanque ligero, es el T-70. Con esto no ganaremos ninguna guerra, piensa Vasili Vasílievich. Pero Stalin aplaude, todos empiezan a aplaudir: Mólotov, Kaganóvich, Yezhov, Kalinin, Mikoyán, Jruschov y, finalmente, también Budionny. Sí, también Budionny, el gran héroe. Aunque probablemente sea el único hombre de Rusia al que Stalin no puede detener así sin más. ¿O sí? Después de todo, también se ha detenido a Tujachevski. Nadie lo habría pensado. Ayer, héroe de la nación; hoy, un traidor. Todo vale. Y la gente se lo cree. Esto es, ulrijismo.

Vasili Vasílievich no puede evitar recordar la otra noche: la noche de la revelación. ¿O era ya de día? Hacía frío. Frío y claridad. Y todo parecía tan espléndido, tan prometedor… Es extraño lo rápido que se ha desvanecido. Esfumado. Lo rápido que la vida se ha vuelto a apoderar de él, el ajetreo cotidiano, el trabajo. Y esas terribles vacaciones en Crimea…

A veces siente todavía un eco de euforia. Pero también hay momentos en que ni siquiera entiende ya en qué consistía la revelación. Que la gente cree lo que quiere creer; pero tampoco es que esto sea un secreto. ¿O sí? ¿Cómo de estúpida es la gente? ¿Cómo de estúpidos son quienes creen en algo? ¿Y cómo de estúpidos son quienes ni siquiera se dan cuenta de que lo hacen?

Los tanques por fin han pasado, el desfile se acaba. Stalin se da la vuelta, se frota las manos, patea el suelo como un oso danzante. No se sabe bien si hay que reírse, al parecer Stalin está de buen humor. Pero de pronto se dirige a todos en tono cortante: ¡Camaradas, cometimos un error! Mira a su alrededor, su mirada va de uno a otro, se detiene en Budionny.

Tendríamos que haber hecho la Revolución en verano, dice Stalin.

Tras un segundo de espanto, todos se ríen. Hasta Vasili Vasílievich se ríe. Hasta el propio Stalin se ríe de su broma.

En marcha, dice Stalin. Y a Voroshílov: ¡Espero que tengas buena calefacción!

Bajan de la tribuna y se reparten en los coches que esperan. A comer a casa de Voroshílov; Vasili Vasílievich no está invitado.

Todos están invitados menos él. ¡Por suerte!

Vasili Vasílievich marcha por la Plaza Roja hacia el río Moscova. Allí tomará un taxi. Avanza con la cabeza gacha, se ha ceñido bien la shapka a la cara… Cuando Stalin bebe es lo peor, dicen. Al gordo de Jruschov lo pone a bailar el jopak. O los tortura con preguntas: ¿Cuánto pesa la Unión Soviética?, parece que le preguntó una vez a Yezhov. Que se vayan al cuerno, prefiere aprovechar para hacer una pequeña excursión.

Aun así, le reconcome un poco que otra vez no le hayan invitado. La Orden de Lenin tampoco se la han dado. A la mierda la orden, pero de todas formas es injusto. Él pringa como el que más, siempre hay operaciones nuevas, urgentes. Operación alemana, operación polaca. Poliáchek le ha contado que pronto habrá una operación letona. Pero ¿por qué? ¿Es por la desconfianza de Stalin hacia todo lo que no sea ruso?

Aunque Stalin tampoco confía en los rusos. Y, a fin de cuentas, él tampoco es ruso. Vyshinski es polaco. Vasili Vasílievich es letón. No hay quien lo entienda. En verano hizo que mataran a medio mando del ejército. Bueno, ¡a casi todos! La mayoría rusos. Miles de sentencias, todas de su ámbito de responsabilidad, de Vasili Vasílievich Úlrij. Dos veces tuvo que posponer las vacaciones que le había prometido a Ánnushka. Y al final, por pura consideración, ni siquiera se llevó su equipo de cazar mariposas.

¿Y qué haces de vacaciones sin el equipo de cazar mariposas? Las peores vacaciones de su vida. Fue más divertida la guerra… Dos veces, ni una más, ha conseguido salir de caza este año. No atrapó nada. Y, cuando por fin llegó a colocar la rabicorta w-blanca, con la doble W en la zona postdiscal, se le rompió. Tuvo ganas de llorar.

Una vez firmó ciento treinta y ocho sentencias de muerte en dos días. ¡Ciento treinta y ocho! Es cierto que las troikas que Yezhov emplea últimamente por todo el país consiguen más. Se superan unas a otras al modo estajanovista. Al parecer las hay que han sentenciado a cuatrocientas personas en un día. Pero, en primer lugar, van de tres en tres, y, si se divide cuatrocientos entre tres, da ciento treinta y tres, lo ha calculado. Eso hace cinco menos que su récord. Además, sus casos tienen cierta importancia: mariscales,

líderes del cuerpo, comandantes de división; al menos podrían hojear los expedientes.

Cuatrocientas sentencias al día. Vasili Vasílievich intenta dividir cuatrocientas sentencias entre doce horas de trabajo. Digamos que treinta y siete por hora, o sea, menos de dos minutos por sentencia. No, esto no es serio.

Ligera nevada. Vasili Vasílievich intenta coger un taxi, no es el único. Es muy raro que un general con uniforme intente parar un taxi con la mano. Sería mejor de civil, pero no puede ir a casa y cambiarse. Ánnushka jamás se creería que va de civil a un acto oficial. Eso es lo que le ha contado, lo de la comida de después: ¡Alégrate de no estar invitada! Y Ánnushka se alegró.

Para a un coche, por desgracia un poco lejos. Ya hay otro hombre agarrando la manilla. Pero Vasili Vasílievich aprovecha con resolución la ventaja que le da el uniforme.

Disculpe, ciudadano, es urgente.

El ciudadano retrocede en silencio y le cede el taxi. A Sokólniki, dice Vasili Vasílievich, Perevedénovski pereúlok. Y el conductor obecede con un: A sus órdenes, camarada general. Da la vuelta al coche, un Emka bastante nuevo, y conduce dirección sur. Parece que quiere evitar el centro, es razonable tras el desfile. Lo preocupante es que no quita ojo al retrovisor.

Mire la carretera, camarada, dice Vasili Vasílievich.

A sus órdenes, camarada general, dice el conductor. Parece georgiano, por el acento. Sus ojos negros se mueven en el retrovisor como en una tronera. Se detienen una y otra vez a la altura de Vasili Vasílievich. Gira a la izquierda, hacia el anillo de los jardines. Los ojos se sumergen brevemente, vuelven a emerger. De repente empieza a hablar:

Camarada general, permítame una pregunta.

Vasili Vasílievich se la permite. Y el conductor empieza a hablar de su hermano. Este hermano, un tal Vahtang, era vicepresidente

adjunto en un sovjós en Kubán y alguien lo denunció. En consecuencia, lo expulsaron del Partido y lo despidieron.

El caso es, camarada general…, que no sabe quién lo denunció ni de qué se le acusa realmente. Está en la picota y no sabe por qué. ¡No tiene posibilidad de defenderse!

El conductor casi está gritando de la excitación. Vasili Vasílievich comprueba sin querer si tiene el revólver en el bolsillo; pero no, ¡claro que no lo tiene! En la tribuna estaban prohibidas las armas. Vasili Vasílievich empieza a sentirse incómodo.

Ciudadano chófer, soy presidente del Colegio Militar del Tribunal Supremo de la URSS. No está dentro de mis competencias…

Camarada general, ¡qué le cuesta! ¡Solo una carta al Comité Regional! Bastarían dos líneas: Examinen el caso de fulano de tal. Le daré el nombre y la dirección… ¡Usted está del lado de la justicia después de todo!

Ciudadano…

¡Nanitashvili, Iósif! Como Stalin. Soy miembro del Partido.

Camarada Nanitashvili, ha olvidado encender el contador…

No aceptaré dinero de usted, grita el hombre. Escriba esas dos líneas para mi hermano. ¡Haga un servicio a la justicia comunista! ¡Dos líneas, le llevará un minuto!

Los ojos revolotean por el espejo, moviéndose de un lado a otro. El coche recorre el anillo de los jardines a una velocidad notable.

Camarada Nanitashvili, por favor, mire la carretera.

¡Estoy mirando la carretera! ¡Estoy mirando la carretera! Pero prométame, camarada general, que escribirá dos líneas para mi hermano.

De acuerdo, lo haré. Pero, por favor, mire la carretera.

¿Lo promete, camarada general? ¿Por su honor comunista?

Sí, por mi honor comunista.

Denunciará a este bastardo, decide Vasili Vasílievich. Chantaje, amenazas. Resistencia a la autoridad del Estado.

Es usted un buen hombre, camarada general. ¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias de parte de toda mi familia! Mi padre era un viejo bolchevique. Estuvo en la guerra civil… Hemos llegado a Sókolniki. ¿Cuál era la dirección?

Siga hasta la esquina, voy ahí mismo, miente Vasili Vasílievich. Lo último que quiere es que ese chalado vea a dónde va.

El chalado para, saca un talonario, garabatea algo en él. Se lo da a Vasili Vasílievich. Este lo dobla cuidadosamente y se lo guarda en el bolsillo de la pechera. El chalado le tiende la mano.

Muchas gracias, camarada general. ¡Le estaré agradecido hasta el final de mis días!

Y será pronto, piensa Vasili Vasílievich mientras le estrecha la mano.

La zona es espeluznante, en el lado izquierdo de la calle, evidentemente recién ensanchada, todas las casas están demolidas. Para que el conductor lo pierda rápido de vista, Vasili Vasílievich gira a la derecha: Ininski pereúlok. A la izquierda, una especie de parque o zona salvaje. Vasili Vasílievich va hacia allí con decisión, se interna un poco en el parque. Espera a que el chalado se vaya. Saca la nota del bolsillo de la pechera, la rompe y tira los trozos a la nieve.

No, claro que no lo denunciará. Pues tendría que explicar qué hace aquí.

Vasili Vasílievich vacía la vejiga, intenta orientarse. Perevedénovski pereúlok. Eso tiene que ser un poco más al norte. Sale del parque, atraviesa la ancha prospekt. Anda sobre la nieve por el otro lado, donde aún no hay acera. Desfila entre edificios traseros medio derruidos. ¿No hay nadie aquí a quien pueda preguntar?

En uno de los patios parece haber un fuego. Pero Vasili Vasílievich

decide no entrar, quién sabe qué clase de gente andará por allí. De pronto le sale al paso un adolescente, obviamente un niño sin hogar, desaseado. Hay que tener cuidado con gente así.

Dime, joven, ¿dónde está la Perevedénovski pereúlok?

El chico se encoge de hombros.

Creo que hay una fábrica de papel técnico o algo así, añade Vasili Vasílievich.

Eso es ahí adelante, dice el chico moviendo la mano en la dirección que Vasili Vasílievich iba a tomar de todos modos. Da las gracias secamente y sigue andando. El alumbrado no funciona. Acelera el paso sin darse cuenta, por miedo a que el joven reúna a su pandilla y lo persigan. De pronto está en la Novy Perevedénovski pereúlok, la nueva travesía Perevedénovski. Esto ya tiene mejor aspecto.

Doscientos metros más allá, sin embargo, el mundo queda cerrado con tablones y clavos: una gran valla, detrás vías, un recinto inconcebible. No le queda otra que darse la vuelta.

No se ve por ningún lado a nadie a quien preguntar. En la calle hay unas cuantas casas hechas con troncos, negras y torcidas. Vasili Vasílievich decide llamar a la puerta. Le abre una anciana que, en cuanto lo ve, comienza a lloriquear: ¡Perdónenos, padrecito, no hemos hecho nada! ¡Somos inocentes! El buen Dios es mi testigo…

Sale un hombre: Buenos días, ¿qué desea?

Buscamos la Perevedénovski pereúlok, la fábrica de papel técnico.

Un día festivo, pregunta el hombre.

Un día festivo, sí, responde Vasili Vasílievich.

Media vuelta, segunda calle a la izquierda, dice el hombre y cierra de un portazo.

Debe de haberse pasado la calle, probablemente no hay ninguna señal. Vasili Vasílievich vuelve sobre sus pasos, con un mal presentimiento. Y, en efecto, más atrás, donde preguntó por el

camino al niño de la calle, aparecen tres personas, un niño, dos gamberros. Le han puesto el ojo encima, piensa Vasili Vasílievich de inmediato.

Se esconde detrás de un cuadro eléctrico, mira a su alrededor. ¿Debería huir de tres niños? Es probable que lleven cuchillos, y que hagan uso de ellos, pues supondrán que él lleva una pistola. ¿Tal vez andan detrás de la pistola? Una pistola que no lleva encima.

Detrás del cuadro eléctrico, en la valla, hay un hueco. Para qué hacerse el héroe. Vasili Vasílievich se mete a presión por el agujero, por desgracia es muy estrecho. La Orden de la Bandera Roja se le engancha en una tabla, se arranca, desaparece en algún lugar en la nieve. La única medalla que ha recibido hasta el momento, por sus méritos en la guerra civil. Vasili Vasílievich la busca a tientas, no la encuentra, a la mierda.

Atraviesa a toda prisa el solar. Tropieza, se cae, corre. Las ramas le golpean en la cara. Se sube a un cubo de basura, salta un muro. Un dolor punzante en el tobillo derecho. Sigue a toda prisa, atraviesa un patio entre edificios, una puerta y de pronto está en la calle. Frente a una fábrica: papel técnico. Está en la Perevedénovski pereúlok. Un par de números más allá debe de estar la residencia comunitaria.

Solo ahora se da cuenta Vasili Vasílievich de cómo suda. Le duele el tobillo. La medalla ha arrancado un triangulito de tela de su uniforme. Tiene las rodillas húmedas, las manos sucias. Coge un poco de nieve, se frota las palmas, se refresca la cara. Por un momento se pregunta si no debería abandonar su empresa. Pero no, ni pensarlo. Ya casi ha llegado.

Remonta, cojeando lentamente, los números de las casas. Se vuelve varias veces, no sea que la banda esté doblando la esquina, pero no es el caso. ¿De verdad lo estaban siguiendo? ¿Por qué iban a meterse con un hombre al que suponen armado? Menudo papelón. ¿Cómo va a explicarle a Ánnushka que se le ha extraviado la medalla?

Ahí está la residencia comunitaria. Vasili Vasílievich pasa despacio por delante, por el otro lado de la calle, para reconocer el terreno:

un portero, tenía que haberlo imaginado. Vasili Vasílievich necesita caminar un poco más para sentirse a la altura del encuentro. Después se da la vuelta y camina despacio hacia el edificio, escondiendo la cojera. El portero resulta ser una mujer, la típica empleada de turno avinagrada.

Vasili Vasílievich adopta un tono severo, oficial: Ciudadana, ¿aquí hay ascensor?

La ciudadana se muestra insegura ante su entrada en escena: Camarada oficial, en realidad usted no puede… aquí… sin…

¡Le estoy preguntando si aquí hay ascensor!

Sí, pero no funciona.

Vasili Vasílievich sube las escaleras. Habitación 401, supone que en el cuarto piso, pero solo hay tres. Llega a un largo pasillo. Parpadea una luz de neón. Hay trastos por todas partes, una vieja máquina de coser, una silla rota, como en un desguace.

Habitación 401, se le va a salir el corazón, intenta respirar con calma. Llama. La polaca, con un albornoz a rayas de hombre, abre la puerta.

Ya pensaba que no iba a venir.

¿Suena decepcionada o aliviada? Vasili Vasílievich ya no recuerda qué se imaginó cuando la mujer le contó que, desde la detención de su marido, trabajaba en la fábrica de papel y tenía una habitación en la residencia de al lado. Esto no es una habitación, sino una alacena de dos por tres como mucho. Papel feo, estropeado. En la parte frontal, bajo la ventana, una mesita torcida. A pesar de la hora, la bombilla desnuda del techo está encendida. Todo esto Vasili Vasílievich solo lo percibe de refilón, un todo mugriento y desolador que le ofende: ¿se merece esto?

Sorprendentemente, en el diminuto espacio hay dos camas, a derecha y a izquierda, contra la pared. Resulta que Wadwiga no vive sola, sino que tiene una compañera que ha salido. Volverá más o menos en hora y media, le informa la mujer, para entonces tienen

que estar listos.

La palabra molesta al instante a Vasili Vasílievich, aunque tampoco sabe qué podría objetar. Una hora y media es tiempo suficiente, decide no darle más vueltas. Se quita el abrigo, lo tira a la cama libre de la izquierda. La mujer corre las cortinas desgastadas, enciende la lámpara de la mesita y apaga la de arriba. Se sienta en la cama de la derecha.

¿Quiere ya… o prefiere antes un vodka?

Vasili Vasílievich se decide por el vodka para entrar en ambiente. Se sienta y la observa mientras lo sirve. También ella parece un trasto en este trastero. Una persona desechada, dañada. En su oficina le pareció hermosa. No tan hermosa como la hermosa alemana, pero tenía como mucho carácter en su duelo. Sus ojos estaban llenos de brillo, su rostro tenía la pálida dignidad de una estatua. Pero aquí simplemente es blanca, su piel parece flácida por el cansancio. El albornoz en el que desaparece seguramente pertenece a su marido. En los pies lleva unas zapatillas de estar por casa con brillos y pompones rosas, reliquias de una vida anterior.

Beben.

Tiene un agujero en la chaqueta, dice la mujer.

Vasili Vasílievich considera si decir algo sobre un atraco, pero se lo piensa mejor. Le pasó al salir del taxi, dice: Me caí. Se señala las rodillas, en las que se perfila oscura la humedad.

Vaya por Dios, dice la mujer. ¿Otro?

Beben otro. La mujer guarda silencio, se muerde nerviosa los labios. Vasílievich también calla. ¿Qué puede decir? Le pide un tercer vodka.

Bueno, ahora tal vez deberíamos…

Sí, por supuesto, la mujer acepta apurada. Se agarra la solapa del albornoz, como si quisiera quitárselo, pero de repente se echa las manos a la cara.

Estoy muerta de vergüenza, dice con voz ahogada.

Pero, antes de que Vasili Vasílievich pueda replicar algo, la mujer se disculpa, se quita el albornoz y se tumba desnuda en la cama. Ven, dice.

Vasili Vasílievich se quita las botas, la chaqueta del uniforme, los pantalones. Cuidadosa, parsimoniosamente. Conoce su aspecto en calzoncillos largos. Ni siquiera en uniforme se ve como desearía. Pero sin el uniforme es sencillamente vergonzoso. Piensa en apagar la lámpara de la mesita. Problema: él quiere ver.

Por ahora decide evitar lo peor: la desnudez. Se acuesta junto a la mujer, Wadwiga, le vuelve a venir su nombre. Tiene los ojos llorosos. En realidad quería decirle marranadas, recuerda. Pero tiene dudas. Tal vez le considere un pervertido. Decide posponerlo. Más tarde, cuando hayan entrado un poco en calor, decide Vasili Vasílievich.

Le toca los pechos, le acaricia el vientre. Empieza a besarla. Aunque en realidad no le gustan los besos. Prefiere ir directo al tema. Solo que tendría que tener la polla a punto. Le mete la mano entre las piernas, con la esperanza de que así se le mueva algo a él… La mujer abre los muslos, solícita, pero ese gesto le somete a una presión aún mayor. Bajo presión la cosa no funciona. Se frota con ella, toquetea un poco su sexo, pero esto no le lleva a ninguna parte. Los labios de la vulva se sienten como… como ciruelas, piensa Vasili Vasílievich.

Vamos, adelante, dice la mujer.

Dime alguna guarrada, ordena Vasili Vasílievich.

¿Qué quieres que diga?

Vasili Vasílievich se lo dice, la mujer lo repite, sin vacilar, sin vergüenza. Vasili Vasílievich no sabe cómo seguir. ¿Debería ordenarle que se avergüence?

Desiste, se sienta.

¿Qué pasa?, pregunta ella. Me querías, aquí me tienes. He cumplido

mi parte. ¡Por favor, tómame!

Repite la guarrada que Vasili Vasílievich le dijo, pero suena ridícula, embarazosa.

Basta, dice Vasili Vasílievich.

Se levanta, se pone el uniforme, se aprieta el cinturón. Se lo aprieta dos agujeros de más.

¿Qué será de mi marido?

Haré lo que pueda, dice Vasili Vasílievich.

La mujer le tiende la mano: No puede condenarlo, es inocente. ¡No puede hacerlo!

Lo miraré bien, dice Vasili Vasílievich.

Intenta zafarse, pero la mujer se aferra a él. Le agarra la mano con una fuerza asombrosa.

¡Prométamelo!

La mujer lo suelta. Vasili Vasílievich coge su abrigo y sale a toda prisa del cuarto, medio cegado, en la cara el dolor deslumbrante de la humillación.

Ordena a la empleada de turno que le pida un taxi. Se queda de pie, esperando. Cae la nieve, de cuando en cuando un frío copo le acaricia la piel de la cara. Vasili Vasílievich se pasea arriba y abajo, intentando atrapar un pensamiento. Revive el horrible momento de su humillación. Todo el rato se le sube el calor a la cara. Ensaya pequeñas excusas: el cuarto, la situación. La falta de emoción con que la mujer repetía la palabra indecente. ¿Tal vez fuese, se le ocurre, porque la mujer, siendo polaca, no siente la indecencia contenida en las palabras rusas?

No sirve de nada. Da igual por dónde lo mires, ella ha sido testigo de su debilidad. Testigo de su tripa hinchada, de sus calzoncillos

largos, de su impotencia.

Llega el taxi. Hotel Metropol, ordena Vasili Vasílievich, pero inmediatamente cambia de opinión. No puede mirar a Anna a los ojos en ese estado, desolado por dentro y por fuera. Lléveme a la calle 25 de octubre, corrige Vasili Vasílievich. Número veintitrés.

Entendido, dice el conductor.

¿Qué quiere decir con entendido? La mirada suspicaz de Vasili Vasílievich se desplaza hasta el retrovisor, pero el conductor mira hacia delante, hace su trabajo, no le molesta con ninguna petición. Vasili Vasílievich se siente aliviado, incluso agradecido. Agradecido porque, por una vez, alguien no quiera algo de él.

Le da al conductor una propina excesiva.

Hay que ver dónde hemos llegado, piensa Vasili Vasílievich al cruzar la entrada del edificio del Colegio Militar. Ahora da dinero a la gente por no molestarle.

Cuando llega a su despacho se quita el uniforme y lo mete arrebujado en el armario. Se pone el uniforme de repuesto. Por suerte, dejó aquí uno, con barra de medalla y todo. Se deshará del viejo y pedirá un uniforme nuevo, de todas formas el pantalón se le había quedado pequeño, y además tiene derecho a uno cada año.

Va al baño, se mira en el espejo. No se le nota nada, opina Vasili Vasílievich. Ha perdido la medalla, pero puede recuperarla… Vuelve en sí poco a poco. El entorno conocido le ayuda. Vuelve al despacho, se sienta en su escritorio, en la silla que su trasero conoce de memoria. Aquí, en el centro de su vida, lo ocurrido hace media hora en la residencia comunitaria ya le parece menos horrible. Más lejano, más irreal. Solo le reconcome su promesa. Aunque fue casi un chantaje. ¿Y qué prometió en realidad? Prometió volver a mirarlo bien, nada más.

Vasili Vasílievich hojea los papeles de su escritorio, coge el expediente Woinakowski, en el que, por alguna razón, falta el

pasaporte. Traición a la Patria, espionaje, propaganda contrarrevolucionaria, no falta de nada. Párrafos 58.1, 58.3, 58.6… Confesión incluida, caso cerrado. Aunque hubiera pasado lo de esta tarde, piensa Vasili Vasílievich, no habría podido hacer nada por él.

En ese sentido es bueno que no pasara nada. En el fondo, siendo honesto, no hubiera podido ejecutar la contraprestación. Hay otros que hacen eso: prometer cosas que no pueden cumplir. Pero ¿no hay algo mezquino en eso? ¿Falto de escrúpulos?

Vasili Vasílievich mira fijamente el expediente de Stanisław Woinakowski, o mejor dicho, mira un poco más allá, a la nada, a algún punto del espacio, mientras en su cabeza se suceden los minutos más tormentosos de la tarde: él frotándose contra ella, los estúpidos calzoncillos entremedias, los labios de la vulva que se sentían como ciruelas, los fútiles esfuerzos y maniobras, completa y absolutamente desesperanzados, pues desde el primer momento lo sabe: no puede hacerlo…

Pero no tiene por qué avergonzarse. No puede hacer una cosa así. Hubiera sido mezquino, falto de escrúpulos. Y, al fin y al cabo, el hecho de que no pudiese muestra en el fondo que él, Vasili Vasílievich, no es mezquino y tiene escrúpulos. Que lo hagan otros, que se sirvan de ese modo, él no puede. Sí, quizás es débil. Pero ¿no es su debilidad la expresión de una cierta, digámoslo tranquilamente, moral?

Confirma el veredicto con su firma: Muerte por fusilamiento.

Satisfecho con su propia incorruptibilidad, cierra el expediente, pasa al siguiente, como un autómata: Laima Zeraus. Alias Hilde Tal. De Letonia, como él. La conoce de algo. ¿No era la hija del carnicero? ¿O trabajaba en la fábrica de carne? Un marimacho. Joven, bocazas. ¿Qué sabe de él? ¿Qué puede saber? A Vasili Vasílievich no le gustan las personas que puedan saber algo de él. Sobre todo las que puedan saber que estudió Comercio en el Instituto Politécnico, y no Derecho. Sin embargo, la mujer de la foto del pasaporte se parece poco a la Laima Zeraus que él conoce. Una persona tirando a gruesa, fofa. ¿La está confundiendo?

Mira la acusación: párrafos 58.5, 58.6. No hay confesión. Pero sí

declaraciones de Abrámov-Mirov, de Mélnikov y de algunas otras personas que no conoce. Con las mujeres suele optar por diez años en un campo de trabajo. ¿Por qué, en realidad? ¿No impera la igualdad de derechos en la Unión Soviética?

Muerte por fusilamiento, decide Vasili Vasílievich. Incluye su firma bajo el veredicto, pasa al siguiente expediente… Pero entonces recuerda que hoy es festivo. Y aquí está, pringando otra vez. Mientras los otros zampan grévol y beben champán donde Voroshílov. De alguna manera, le ofende que no le hayan invitado.

РГАСПИ, ф. 146, оп. 2, д. 38

Hemos unido el Estado de tal forma que, si una sola de sus partes se separa del todo socialista, no solo daña a ese Estado, sino que es incapaz de vivir por sí misma y cae inevitablemente bajo el yugo extranjero. Por eso, cualquiera que se esfuerce por destruir la unidad del Estado Socialista, que ansíe separar de él una parte o una nacionalidad, es un enemigo, un enemigo jurado del Estado y de los pueblos de la Unión Soviética. Y destruiremos hasta al último de estos enemigos, aunque sea un viejo bolchevique, e incluiremos también a sus parientes y su familia. A cualquiera que, con sus acciones o su pensamiento, sí, también con su pensamiento, actúe contra la unidad del Estado Socialista, lo destruiremos sin piedad. ¡Por la destrucción de todos los enemigos, hasta el último de ellos, por la destrucción de los enemigos y de sus parientes!

(Brindis de Stalin el 7 de noviembre de 1937, vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, durante la comida en casa Voroshílov).

5. Danza de la muerte

—Charlotte—

El 1 de diciembre, en plena noche, Charlotte oye pasos. Llegan poco antes de las tres y media, a las cinco menos cuarto vuelven a irse.

Al día siguiente, en la comida, falta Pedro Marchista.

La mesa española se queda en silencio. Las dos camaradas restantes intentan mantener el tipo, pero se han acabado ya las manifestaciones de alegría. ¿Quién de ellas era la que estaba con Pedro: Carmen o Luisa?

Es la primera vez que Charlotte se lo pregunta. Intenta imaginar quién de las dos le va más a Pedro, pero, para su sorpresa, descubre que apenas puede recordarle. No muy alto, pelo negro, una nariz se diría que prominente. Pero no es capaz de enfocar el rostro en su cabeza. Lo veía a diario, a diario se le sentaba enfrente. Habría creído que no lo olvidaría nunca; y ahora ha desaparecido. ¿Quién era realmente? ¿Por qué vino a la Unión Soviética? ¿Lo esperan unos padres en alguna parte? ¿Amigos? ¿Recibirán una carta? ¿Qué pondrá?

Observa a las dos españolas: Carmen, que parece realmente una Carmen, con sus hermosas cejas sin depilar y el cuello siempre recto, como si llevara algo en equilibrio sobre la cabeza. Luisa, por su parte, rubia iridiscente, pero con una tez oscura contra la que ni siquiera el clima ruso tiene nada que hacer. ¿Recordará sus caras si desaparecen? O si ella misma desaparece.

¿Y Murray? Murray vuelve a conversar consigo mismo, inclinado sobre la sopa como un gnomo. Pecoso y pelirrojo, eso sí podría recordarlo. Y esas anticuadas patillas largas y rizadas también son difíciles de olvidar. Pero el rostro real, esa jeta ancha, de pícaro…

Se pone a prueba imaginando a Provost antes de mirarlo: los ojos bastante juntos alrededor de la nariz, no hay mucho sitio en esa cara; la barbilla como alargada; el pelo, ya algo ralo, suelto hacia atrás. ¿Color de ojos? No lo sabe…

Azules, resultan ser azules. La barbilla no es tan alargada como pensaba. La frente, en cambio, es llamativamente alta, con el comienzo del pelo muy atrás. Al observar con detenimiento el peinado, se ve que tira de fijador. Lo interesante: a primera vista Provost resulta más bien severo, poco comunicativo, lo que posiblemente se vea reforzado porque, a pesar de la considerable longitud de su cuerpo, siempre se sienta erguido a la mesa. Pero esta impresión se desvanece en cuanto se dirige a alguien, mejor dicho, a una mujer, en este caso a Clara Sondermann. No puede decirse que su sonrisa sea bonita, pero sí tiene, quizás por el constante esfuerzo que hace para mostrar sus grandes dientes, una cierta intensidad. También su mirada, su cabeza ladeada en la escucha y su ceño fruncido transmiten la impresión de un interés sincero.

Por desgracia, Clara Sondermann está sentada de espaldas a Charlotte; de nuevo constata que, como mucho, recuerda un atisbo de su rostro. De algún modo suave, traslúcido, de ojos claros. Solo ve las orejas, cuyos lóbulos se han desarrollado hasta la base del cuello y están arrugados. ¡Qué orejas tan feas! ¿Puede un hombre amar a una mujer con esas orejas?

La pregunta surge porque, últimamente, en el cuarto de Provost, se escuchan ruidos que solo pueden interpretarse como los sonidos reprimidos del amor: gemidos que salen amortiguados, a trompicones, de los cuerpos. No pasa todas las noches, pero, cuando pasa, son de una persistencia francamente mortificante. Durante horas, le parece a Charlotte, con una regularidad maquinal, allí está pasando algo, mientras Wilhelm y ella yacen sin dormir en camas separadas.

El insomnio, en general, la atormenta cada vez más, incluso si hay calma en la habitación de al lado. Aunque calma de verdad nunca hay. La noche está llena de ruidos. Siempre hay alguien yendo a algún sitio. Un coche para frente al hotel. A veces cree oír el ascensor. Algo cruje de pronto en medio de la habitación.

Los ratones, dice Wilhelm.

Se duermen tarde, se despiertan tarde. Sus paseos se acortan con el aumento de las heladas, les bastan ya veinte minutos antes de ir al

comedor a hacer su pequeña representación diaria. En cuanto vuelven a la habitación, se tiran en la cama y se quedan dormidos, y esto hace que cada vez se acuesten más tarde, que cada vez se levanten más tarde, un círculo vicioso.

El 6 de diciembre falta John Murray. Es el Día de la Constitución, fuera hay ambiente festivo. Hace un poco más de calor, la nieve fresca bendice los tejados de la ciudad, las grandes construcciones comunistas y las cúpulas de las iglesias. El Danton de la Plaza de la Revolución tiene un estúpido sombrerito blanco. Suena música por todas partes. En la plaza, por fin adoquinada de nuevo, la gente baila frente al teatro Bolshói.

Consigue recordar hasta cierto punto la cara de John Murray: pícara, pecosa. Nunca le cayó bien. Era falso, estaba loco. En absoluto apto para el servicio, opina Charlotte. La camarera recoge su cubierto, no puede sino parecerle bien: uno menos. Charlotte ve cómo se detiene un momento, mira a su alrededor y, alzando la barbilla, cuenta las personas que quedan.

Pocos días después, sin embargo, el número de comensales de talón aumenta. Pues Sepp, el factótum de la brigada de falsificadores, aparece de pronto. Se abre paso en silencio entre las sillas y las mesas, llevando el brazo que le queda por delante, como un elefante su trompa. Elige el antiguo sitio de Murray. Se sienta y saluda a Charlotte.

¿Ha sido un saludo? ¿La mirada, la bajada de cabeza apenas perceptible?

Se gira asustada, lo lamenta en el mismo instante, vuelve a girarse, pero para entonces Sepp ya está inmerso en el menú, del que casi ningún plato está disponible.

Al día siguiente consigue llamar su atención e intercambian un saludo silencioso. Desde entonces alberga el deseo de hablar con Sepp, quizás él sabe algo. ¿Pero cómo hacerlo sin que Wilhelm se dé cuenta? Apenas hay escondrijos en su vida circular y vacía de sentido. Tendría que enterarse de cuál es su cuarto. Tendría que atreverse a ir sola, pero no tiene justificación. Tendría que actuar de forma resuelta y conspiradora, pero le falta arrojo. Lleva demasiado

tiempo sin moverse del sitio, todo el día al lado de Wilhelm, dos personas sin esperanzas que se aferran la una a la otra pero no pueden ayudarse.

Y, sin embargo, es mejor que estar sola. Ahora que tiene ante los ojos la posibilidad de separarse de Wilhelm, su compañía no le molesta para nada, al contrario. Su simple presencia la reconforta. Su moqueo ocasional, sus ronquidos durante la siesta, sí, hasta los ruidos procedentes del baño han dejado de molestarle. Le conmueve cómo él intenta ocultarle su desesperación. Se avergüenza de todo lo que le ha hecho a escondidas. Y aprecia aún más su lealtad.

A menudo piensa en los casi quince años que ha vivido con él, recuerda las excursiones en moto a Königs Wusterhausen. El olor de las aguas del Havel en el pelo; la piel de gallina cuando hacía cola para una bockwurst con el bañador empapado. Recuerda su «noche de bodas» en el hotel Vier Jahreszeiten de Hamburgo (la noche de bodas se redujo a que Wilhelm le había conseguido un pasaporte a nombre de Germaine y un visado de entrada a la Unión Soviética). Recuerda el ataque de risa en el Vier Jahreszeiten, cuando tiró el jarrón de flores y el extravagante camarero le pidió disculpas por ello. Recuerda muchas cosas que parecían olvidadas. Se alegra de recordarlas; de que todo eso ocurriera. Incluso el sello del Impero alemán le arranca una sonrisa. Pero, cuando emerge de sus recuerdos, vuelve a encontrarse en su lujosa prisión.

De vez en cuando, Vasili Vasílievich Úlrij se manifiesta en su cabeza. Pero ya han repasado todo mil veces. Ha confesado sus mentiras. Ha admitido sus pequeñas falsedades. Ha dejado a un lado sus pequeñas excusas. Ha confesado que no estuvo lo bastante atenta, que a veces dudaba.

No es buena camarada y aceptaría que el Partido la castigase, incluso que la expulsara. Pero ¿cómo va a admitir que es una enemiga del pueblo? ¿Cómo va a admitir que estaba al tanto de actividades contrarrevolucionarias? ¿Cómo va a admitir haber llevado mensajes secretos o haber preparado atentados? No puede admitirlo, aunque solo sea por sus hijos.

Ciudadana Umnitzer, ¿cree de verdad que mejorará la situación de sus hijos si sigue mintiendo?

Pero si estoy diciendo la verdad.

Ciudadana Umnitzer, intente comprenderme. Nos ha mentido todo el tiempo. No ha dicho ni una sola vez voluntariamente la verdad. ¿Por qué deberíamos creerla?

A mediados de diciembre faltan Carmen y Luisa. La noche después, Charlotte se queda tumbada en la cama con la ropa puesta. Hasta ahora se levantaban después del programa de radio, primero Wilhelm, luego Charlotte, iban al baño uno detrás del otro, se cambiaban de ropa y se acostaban; y después se quedaban despiertos esperando a que llegase su hora. Esta noche, sin embargo, después de lavarse los dientes, Charlotte decide volver a vestirse: llegado el momento no quiere que la encuentren en camisón. Wilhelm sigue su ejemplo, sin comentarios. Y se quedan acostados hasta las cuatro y media, con las luces de la mesilla encendidas.

Al día siguiente Charlotte decide quedar con Werner, y pronto, antes de Navidad. Al teléfono Werner suena tan descarado y alegre como siempre, y así se presenta dos días más tarde en el café Amapola Roja. Ni siquiera se quita el sombrero de piel al entrar, las dos orejeras le sobresalen tercas de la cabeza. Sus movimientos son decididos y resueltos; en pocos pasos llega hasta ella, arremolinando tras de sí el aire invernal.

Tira el gorro en la mesa. Charlotte se abstiene de reprenderle por ello.

A diferencia de Kurt, Werner no solo tiene los ojos azules, también es rubio. Y alto, fuerte y esbelto, en otras palabras: encaja al cien por cien en el ideal que se propaga hoy por hoy en Alemania. Lo que no cambia el hecho de que Werner sea una persona llamativamente hermosa. Y su belleza no es fruto solo de las fantasías de su madre, también los camaradas del Departamento de Propaganda de Berlín debían opinar lo mismo: hace cuatro años, Werner, de diecisiete años, aparecía en innumerables carteles electorales del KPD en Berlín, como prueba, por así decirlo, de que se podía ser alto, rubio y con ojos azules, y aun así comunista.

Mejor no imaginar lo que los nazis harían con Werner si lo mandaran a Alemania. Por suerte ahora es ruso, ciudadano soviético, para ser exactos. Es difícil que lo expulsen, pero ¿y si a ella, a Charlotte, la condenan? Padre indeseado, madre encarcelada…

La camarera trae una carta y se dirige directamente a Werner: Ciudadano, quite el gorro de la mesa, es falta de higiene. Y cuelgue sus cosas en el perchero.

Y Werner, comiéndosela con los ojos: Claro que sí, guapísima, ¿cómo resistirme a usted?

La camarera se da la vuelta, sin saber si sentirse ofendida o halagada. El ruso de Werner es impecable pero, a diferencia del de Kurt, aún conserva un claro acento.

Me alegro de que hayas venido, dice Charlotte.

Yo también, dice Werner.

Charlotte no sabe por dónde empezar. Le gustaría hablar con Werner de su vida, de la vida de él. También de su futuro. Kurt le ha contado que Werner lleva un tiempo trabajando en la construcción del metro, no como voluntario, sino regularmente, a destajo, por turnos. Gana tres veces más que Kurt, pero bebe y por las noches se junta con personajes de dudosa reputación. Charlotte se imagina a los obreros como tipos rudos, sin formación. Hubiera preferido que Werner estudiara. Pero ¿puede decirlo? ¿No debería, por el contrario, estar orgullosa de él? Miembro de la clase trabajadora, héroe del Plan General.

¿Qué tal en la obra?, pregunta Charlotte.

¡Cojonudamente!, dice Werner en alemán. Acabamos de desenmascarar a nuestro brigadista, el muy cerdo.

Vaya, dice Charlotte. Puede imaginarse, dice, que el trato allí es bronco, pero los obreros del metro seguro que son buenos camaradas…

Sí, dice Werner. Unos completos canallas, unos inútiles. Se ríe.

Algunos son buenos tipos.

Si se bebe mucho, quiere saber Charlotte.

Solo después del trabajo, contesta Werner. En la obra nunca bebemos.

Charlotte intenta hacer de madre diplomática: por supuesto, no tiene nada en contra de que se divierta, siempre que no se pase de la raya. Pero es que le conoce, sabe que a veces tiende al carácter disoluto. Quizás sería conveniente en estos tiempos un poco de contención. Pensarse dos veces lo que uno dice, con quién se junta…

Werner parece no entender. Come alegremente sus pelmeni. Hace oídos sordos al tono de preocupación de Charlotte, y esta empieza a pensar que quizás Kurt ha exagerado.

He oído que estás con una chica muy joven.

¿Te lo ha contado Kurt?

No, miente Charlotte, lo he oído por ahí.

Tiene dieciséis años, dice Werner. Yo tengo veintidós. ¿Qué problema hay? Papá tenía cinco años más que tú. ¿Y cuántos tiene Wilhelm?

No es eso, dice Charlotte.

¿Entonces qué es? ¿Es porque antes estuve con su madre? ¿También has oído eso por ahí?

Wilhelm se arrima la segunda ración de pelmeni y empieza a comérsela. No parece furioso, ni siquiera irritado. Come sin avidez, levanta una y otra vez la vista del plato, observa los pelmeni ensartados antes de llevárselos a la boca, es como si hablara con ellos, no con Charlotte.

Es cierto, dice Werner. Es verdad. Primero conocí a su madre. Tenía treinta y seis años, ¡fíjate! Y tuve algo con ella. ¿Es que ahora está prohibido? ¿O tenía que seguir con ella toda mi vida? Pues no lo

sabía. Algunos se separan aunque tengan dos hijos. Hay incluso madres que se van de casa y dejan con el padre a sus hijos menores. Nunca te he reprochado nada. Tenía doce años cuando te fuiste, y Kurt diez. A partir de entonces, nos hacíamos nuestros bocadillos para el colegio y nos cosíamos nosotros mismos los botones. No, no fue un desastre. Erwin nos daba veinte marcos al mes para la compra y con lo que ahorrábamos íbamos al cine. Vinimos solos a la Unión Soviética, Kurt con quince, yo con diecisiete. Erwin seguía en Alemania y tú por ahí perdida en tu Punto Dos. No sabíamos el idioma, no teníamos amigos ni trabajo. Ni siquiera podía leer el plano de la ciudad. No sabía qué tenía que comer. No te reprocho nada, mamá. No te pido que cuides de mí. Pero, por favor, no me digas cómo tengo que vivir.

En un primer momento, Charlotte cree que está indignada, pero no lo sabe bien. ¿Está de verdad indignada? ¿O cree que tiene que estarlo? ¿Debería adoptar un tono admonitorio? ¿Debería seguir haciendo de madre o ese papel no le corresponde? ¿Debería enumerar los contraargumentos?

Ella le consiguió el piso en Moscú, ahora se acuerda. Durante un tiempo incluso pagó el alquiler. No tenía doce años cuando se marchó, sino casi catorce. ¿Debería recordarle el tiempo que pasaron juntos en Berlín? Las excursiones para bañarse con la BMW R32. Los fines de semana en Hamburgo o Cuxhaven. También está segura de que siguió cosiendo botones y zurciendo calcetines hasta que esa tal Gerda se mudó con Erwin… Podría decir muchas cosas.

No dice nada. Mira fijamente el mantel, las manchas de té, las migas… De repente se oyen voces. Werner deja de comer. Entran dos militares en el café. La camarera señala a un niño y el militar le agarra del brazo. Charlotte no entiende lo que dicen. Observa al niño, tendrá doce años, pelo rapado y orejas de soplillo. Sucio, con harapos. Zapatos demasiado grandes. Mira al suelo, en silencio.

Charlotte nota cómo se le saltan las lágrimas.

No te pongas a llorar ahora, mami, dice Werner. Todo está bien.

Coge su monedero del bolso, pero Werner insiste en pagar.

El 25 de diciembre falta Clara Sondermann con sus feas orejas. Sorprendentemente, no cesan los ruidos en la habitación de al lado.

El 29 de diciembre instalan un abeto de cuatro metros en el restaurante del Metropol.

El 30 de diciembre se cancela la comida de talón porque están decorando la sala para el gran baile de gala de Nochevieja.

Charlotte y Wilhelm, por supuesto, no tienen pensado ir al gran baile de gala, aunque Charlotte, este año, hasta consiguió entradas; a finales de septiembre, cuando aún trabajaba en la editorial. Banquete incluido, un capricho de los caros. Desde la cuarta planta se escucha la música: jazz. A Wilhelm no le gusta el jazz.

Se quedan en la cama, vestidos, hasta las once y cuarto. Después Wilhelm sugiere de pronto ir al restaurante: sería una pena dejar que se desperdicie una buena comida. ¿Y qué diferencia hay entre estar tumbados aquí arriba o sentados allí abajo?

Cuando Charlotte está lista son casi las doce, llegan justo a los fuegos artificiales frente al hotel. Cuando la gente regresa en tromba al restaurante, ya no se comprueban las entradas. Encuentran sus asientos numerados en una esquina, se los dejan sin rechistar. Del buffet apenas queda nada, pero aún hay tortitas plinsen con caviar de beluga, hay salmón de la península de Kola, aún queda un poco de asado de ternera frío. Hay pollo, pato, hasta faisán de no se sabe dónde. Hay muchas cosas que no suele haber, pero también está la famosa ensalada típica de remolacha (llamada vinegret); hay, por supuesto, ensalada moscovita con mayonesa, pirozhkí, pelmeni, varéniki, hay unos pepinillos encurtidos maravillosos, un chucrut delicioso, sí, hay incluso salchichas, de las que Wilhelm se da un buen festín, con una variante rusa de la ensalada de patatas, mientras Charlotte se ciñe al caviar y al salmón.

En cuanto se sientan, el director del hotel comienza su discurso de Año Nuevo. Pocos escuchan, pero algunos lo hacen con lágrimas en los ojos, otros se ríen a destiempo. La gente lleva sombreritos,

disfraces caseros. El ambiente es divertido, sí, casi de histeria. Después comienza un espectáculo de baile supuestamente «americano». Mujeres con atuendos asombrosamente atrevidos, de lentejuelas y flecos, hombres con extraños disfraces de vaquero. El público se coloca alrededor del escenario, de modo que Charlotte y Wilhelm apenas ven nada. En realidad, la gente quiere bailar ya. Se contraen al compás de la música, serpentean, rostros febriles, miradas confusas. Después, el espectáculo por fin acaba y ya pueden darlo todo.

Charlotte y Wilhelm cogen otra ración y otra copa de champán y observan a las parejas alegres, alocadas y borrachas que se mueven sin orden ni concierto con el jazz. Se retuercen, se doblan, brincan, se bambolean, saltan, se escurren, se rodean, se abrazan, dan vueltas, se rozan, chocan entre ellos, se anhelan o se olvidan de sí mismos en autocomplacientes contorsiones: un gordo que apenas se mantiene en pie de la borrachera; una joven que actúa con la seguridad y decisión de quien atiende una emergencia; una añosa dama sobre unos inseguros zapatos se lanza a componer expresivas poses; una mujer delgada y severa pone una cara que, al parecer, debería encajar con el estruendo del saxofón. Un hombre alto y esbelto se agita con el staccato del piano (al segundo vistazo Charlotte se da cuenta de que es Gaston Provost). Otro marca el ritmo dándose en el vientre; un tercero imita sudoroso los movimientos de un saltador de pértiga.

De repente son las tres, pero ¿qué van a hacer en la habitación? Cansados no están y mientras se encuentren aquí abajo nadie vendrá a buscarlos, piensa Charlotte. El lugar más seguro de Moscú. Se ríe para sus adentros, prueba un segundo postre pequeño. Wilhelm coge la enésima bockwurst. Beben una tercera, una cuarta copa de champán. El espectáculo despierta en Charlotte el deseo de moverse, al cual, sin embargo, solo cede con los pies bajo la mesa.

Pero entonces, de repente, tiene delante a Sepp, el falsificador de Punto Dos, que se inclina ligeramente. Le lee los labios: ¿Me permite este baile?

Charlotte mira a Wilhelm, este hace un gesto con la mano que podría significar cualquier cosa, pero Charlotte sabe, incluso antes de girarse hacia él, que no puede dar calabazas a Sepp, y no solo

por respeto, no porque una discreta amistad los una, no porque lo salude en secreto en la comida, sino porque, en cuanto ha tenido a Sepp frente a ella, ha pensado: Pero ¿cómo piensa bailar? Con un solo brazo. Solo por eso no tiene más remedio que aceptar su invitación.

Sepp la coge con la izquierda. Todo va de alguna manera al revés. La aprieta contra él con fuerza, tanta que ella tiene que doblarse hacia atrás para que sus narices no se toquen, lo que a su vez la obliga a agarrarse a él para no caer de espaldas. Así, enganchados, entrelazados, dan vueltas entre los demás, una extraña pareja… Charlotte intenta luchar contra la vergüenza que le da no bailar como todos, sino de esa forma extraña, al revés, a la antigua, aunque sabe Dios que no le importa no competir con los que en esos momentos se contraen febrilmente. Pero entonces, de pronto, se termina.

Primero se apaga la batería, después se detiene el bajo. Del saxofón aún sale un resto de aire, el piano aún baja un par de notas, y luego toda la banda enmudece. Frente al escenario hay un militar, un hombre con chaqueta de cuero y dos soldados armados.

Se hace el silencio en la sala.

Se oye al de la chaqueta de cuero decir un nombre, algo como violín, pero obviamente se refiere al pianista, que se levanta despacio. Un hombre delgado, de pelo oscuro y con entradas pronunciadas. El director, el mismo que poco antes ha intentado un discurso sentimental, se escurre hacia delante y trata de hablar con el de la chaqueta de cuero, pero este le gruñe:

¡Cierra la boca!

Ahora es evidente que el de la chaqueta de cuero está achispado.

¡Vamos!, grita.

El pianista sigue detrás de su piano. Interviene el bajista, se dirige al militar, no se entiende lo que dice, pero está claro que protesta por la actitud del hombre de la chaqueta de cuero, que está al mando. El bajista entonces le dice algo, y esto lo entienden todos en

la sala:

Usted está borracho.

El hombre saca un revólver de la chaqueta, apunta al bajista y dice: ¡Y tú estás detenido! ¡Resistencia a la autoridad del Estado!

Los dos soldados se llevan al pianista, blanco como una pared, y al bajista. El hombre de la chaqueta de cuero se detiene una vez más, se gira hacia la sala y grita: ¡Seguid!

El director, dirigiéndose al resto de la banda, repite la orden: ¡Seguid!

Y siguen. Todos siguen. La banda sigue. Los bailarines siguen, aunque de repente parezcan sombras espasmódicas. Fantasmas entre maleza que cruje. Pues de la banda ya solo quedan dos músicos, el batería y el saxofonista, y les tiemblan de miedo las manos. El saxofonista apenas tiene aliento para producir un sonido. La batería suena como una caja registradora. Pero Sepp atrae a Charlotte contra él, la agarra fuerte con el brazo, atraviesa la pista con ella al ritmo de vals, la empuja entre las filas, se choca contra los asustados fantasmas, que se imitan a sí mismos. La batería avanza con estrépito, un tren de mercancías que pasa, el saxofón se anuncia con un grito desesperado, un tranvía que gira en la curva, el conjunto más lamentable del mundo, graznidos y traqueteos, garbanzos que se vierten, guijarros que crujen, entremedias un perro apaleado que aúlla, mientras Sepp hace remolinos con la fuerza de un trastornado, los esquivan, los fantasmas se congelan, Charlotte tiene la sensación de que son los únicos que se mueven, el tiempo se detiene, el nuevo año se cancela, 1937 por siempre, en lugar de campanadas una llave inglesa se precipita una y otra vez en el mecanismo del reloj de la torre Spásskaia, la orquesta de la desesperanza toca eternamente el vals de la condenación.

Sepp se inclina delante de ella. Está sudando. Se inclina, pero no la deja ir. Sigue agarrándole la mano. La mira.

Se quedan en la pista de baile hasta que Charlotte se separa.

Dos horas más tarde, se oye un tiro en el cuarto piso. Pasos en el

corredor. Confusión de voces, un gran ir y venir. Charlotte se echa encima el abrigo y sale. Va hacia donde se ha reunido un pequeño grupo de gente. Está llegando el médico. A través del pasillo que se ha formado Charlotte ve a un hombre tendido en el suelo de la habitación, la cara hundida en un charco de sangre sorprendentemente grande. Justo a su lado, junto a la mano, la mano izquierda, un revólver sorprendentemente pequeño.

A principios de enero caen fuertes nevadas. Se ven abetos por todas partes. Los escaparates del UNIVERMAG llamado Feliks Dzierżyński están amorosamente decorados con copos de algodón grandes como puños. Hay incluso una especie de Papá Noel: un Ded Moroz moviendo su brazo eléctrico.

Espíritu navideño tardío. Charlotte piensa en Steglitz. Piensa en su madre, en Nochebuena, poniéndole su mejor vestido. Piensa en el auto de Navidad en la Iglesia de San Mateo, donde la dejaban hacer de angelito. Piensa en el padre Wuthenow y su voz de insecto. Se acuerda del olor en la iglesia, que siempre creyó que procedía de los muertos del suelo. Pues allí estaba Jesús enterrado. El Salvador que se sacrificó por nosotros. También por ti, Lotte.

No preparó ningún atentado. No quería disparar a Stalin en el desfile del Primero de Mayo. No se reunió con representantes de Trotski ni reveló secretos. Y, sin embargo, es culpable. Profundamente culpable. Culpable de nacimiento. Lo ha entendido. Está dispuesta a confesar. Está dispuesta a firmar lo que haga falta. Mientras le garanticen que seguirá con vida.

Reeducación a través del trabajo: siendo honesta, siempre le ha sonado horrible. ¿Qué tiene contra el trabajo? Esa es la herida abierta. Lo que ha entendido. El punto ciego. Su defecto de nacimiento. Deme la oportunidad. Trabajaré. Un trabajo físico, ¿por qué no? El trabajo quemará lo viejo, lo podrido que hay en mí. Mis raíces pequeñoburguesas, mi egoísmo, mi ambición. Mi falsedad y mis mentiras. Mis dudas. Pertenezco a una clase reaccionaria y parasitaria. Mis antepasados pertenecían a una clase reaccionaria y parasitaria. Nunca caeré en la arrogancia de creer que un campo de reeducación hará de mí una verdadera trabajadora, una trabajadora

nata. Nunca me permitiré pensar que estoy en circunstancias de recuperar la experiencia de la explotación y la opresión. Nunca me permitiré hablar en nombre de la clase trabajadora.

Pero estoy dispuesta a aprender. Estoy dispuesta a servir a la causa de la clase trabajadora con humildad y entrega.

Debe haberse quedado dormida, pues los golpes en la puerta la han despertado: ¡Abra! ¡Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos!

Lo esperaba, se ha imaginado el momento, pero ahora que está sucediendo de verdad es distinto. Tan cotidiano, tan poca cosa. Una voz ronca. Los golpes no son los golpes del poderoso puño del NKVD, sino un rápido, frenético golpear de nudillos, como de alguien que necesita ir al baño urgentemente. No es como para pensar que sea el momento que lo cambiará todo… Quiere levantarse, ir hacia la puerta, pero Wilhelm, sentado en el borde de la cama, se lleva el dedo índice a los labios: ¡Chiss!

¿Qué pretende? ¿Cree que puede escapar de la detención? Pero entonces la puerta ya se ha abierto.

No es su puerta. Es la habitación de al lado. Confusión de voces, se dan instrucciones, se hacen preguntas: ¿Tiene armas escondidas? ¿Se encuentran más personas aquí dentro?

Pasa tiempo, mucho tiempo, hasta que vuelve la calma.

En la comida son los únicos, a excepción de unos huéspedes nuevos y desconocidos, que se sientan cerca de la salida. Apenas hablan. Ya no tienen que fingir con nadie. La camarera sirve la sopa. Si va a venir el ciudadano, pregunta con la vista puesta en el sitio de Provost.

No va a volver, dice Charlotte.

La camarera recoge los cubiertos: ¡Qué le costará a la gente avisar!

Cuando se gira, Wilhelm se mete un trozo de pan en el bolsillo de la chaqueta. Más tarde, ya acomodados en su posición de espera de todas las noches, saca el borde del pan, arranca un pedazo pequeño, hace una bolita y la coloca sobre la alfombra, en medio de la habitación. Se tumba dado la vuelta, boca abajo, con la cabeza en los pies de la cama. Charlotte lo entiende, hace lo mismo. Se quedan tumbados sin moverse. ¿Dos horas, tres? Mucho tiempo.

Después viene. La rata.

Epílogo

Si busco en mi memoria, entre sus manifestaciones vitales encuentro un total de tres que —no sin esfuerzo— pueden identificarse como referencias a su época en la Unión Soviética.

Lo primero que recuerdo no es mucho más que un momento de pausa, de silencio. No estoy seguro de la fecha exacta. Veo a mis abuelos, mejor dicho, a mi abuela y a mi abuelastro, de pie con una copa de champán en la mano, en el cuarto que mi abuela llamaba obstinadamente el salón, frente a una vitrina de cristal oscura donde guardaba parte de sus tesoros mexicanos: conchas irisadas, corales, las cabecitas aztecas en relieve que yo entonces consideraba reales (ahora lo dudo, pues pueden adquirirse unas parecidísimas en la tienda del Museo Nacional de México).

Allí, por tanto, frente a la vitrina con las puertas correderas de cristal, los veo de pie. Delante de ellos, y a su alrededor, estamos nosotros, aunque no puedo decir exactamente quiénes somos: mis padres, en todo caso, y un par de conocidos reunidos allí por algún motivo. Podría haber sido un cumpleaños, aunque eso no encaja con el elocuente silencio que está a punto de producirse. Más bien creo que era Nochevieja. Esto significaría que la escena tiene lugar cuando aún vivíamos en la misma casa, o sea, antes de mi octavo año de vida, pues después ya no volvimos a celebrar juntos el cambio de año.

Dado que están brindando con champán, podría pensarse que es medianoche. Es posible, pero al mismo tiempo improbable, que yo estuviera aún despierto a esa hora, por eso creo que la escena tiene lugar sobre las diez de la noche. Se hace ya el brindis: Nochevieja según la hora de Moscú. Cuanto más lo pienso, más plausible me parece. Mi madre, rusa, había llegado a Alemania pocos años antes, junto a mi padre, que había estado veinticinco años en la Unión Soviética. Tenían una relación especial con el país, tenían amigos allí; yo conocía a algunos: Sasha, Ada, Zoia o Yákov Samuílovich.

De niño me resultaba familiar lo de la hora de Moscú, una expresión, por cierto, que aún asocio sin querer con la famosa torre Spásskaia.

Entonces ocurre. De pronto, después de que Charlotte y Hans, esos eran sus verdaderos nombres, hayan brindado con todo el círculo, sus ojos se encuentran, brindan entre ellos y todo se detiene. De repente los rodea la oscuridad. Todos se quedan en silencio, mirándolos. Charlotte quiere decir algo, pero no dice nada. Hans asiente al vacío significativamente. Una pequeña representación, casi podría pensarse que está preparada. Solo unos segundos. Nunca se repetirá, y hasta el día de hoy me pregunto cuándo tuve la certeza de que, en aquel momento, estaban recordando a sus camaradas asesinados.

La segunda escena ocurre muchos años más tarde, ya después de la muerte de Wilhelm, es decir, de Hans, otra vez en el denominado salón. Charlotte tiene ochenta y cinco años, está débil, un poco confusa. Sin embargo, ha cumplido su propósito de ir una vez más, tras la muerte de Hans, a México, empresa que se complicó por llevarse a cabo en tiempos de la RDA. Todos estábamos convencidos de que no sobreviviría al viaje. Pero volvió, aunque más confusa, más inquieta que antes.

No supimos nada del viaje. ¿Dónde estuvo? ¿Dónde se alojó? ¿A quién vio? En lugar de eso, se puso a explicar —de forma fragmentaria, inconexa y sin motivo aparente— cosas de otro viaje. Un viaje que no hizo. Sufrió un colapso en el andén, dijo, porque tenía claro que —recuerdo la expresión exacta que utilizó— le iban a echar el guante.

Solo mucho más tarde, el sobrino de mi abuelastro me explicó que este, en efecto, había logrado una vez subirse a un tren con el sello del Impero alemán en su pasaporte. Si las dos historias tienen algo que ver sigue siendo una incógnita.

La tercera es la carta. No a mí, sino a su hijo, Wolfgang Ruge, mi

padre. Leí la carta cuando él ya estaba muerto, cuando los dos ya estaban muertos. Leí todas las cartas que le envió, pero solo en una hay una diminuta, discreta alusión a aquello sobre lo que guardó silencio toda su vida.

Redacta la carta dos años antes de morir. En esa época ya lleva siempre su gran manojo de llaves en una cadena alrededor del cuello y a veces se olvida de ponerse falda o pantalones sobre los leotardos. El tono es exuberante y afectuoso, como en todas sus cartas de ese último período; a la vez se queja de que últimamente mis padres pasen sus vacaciones en la casa de verano del mar Báltico. Y entonces viene la frase: A veces me siento tan sola como en .2…

Habría pensado que era un error ortográfico si mi padre no me hubiera hablado ya de ello. Él, por cierto, el historiador, pensó hasta el final de su vida que solo había ese Punto, el Punto Dos. Aún oigo su voz: Punto uno —breve pausa— no había, y en sus palabras resonaba la admiración por la inteligente tapadera, así como el orgullo por haberla descubierto.

Ahora sé que se equivocaba. Sin embargo, esta historia se la debo a él. Fue el primero que me habló de la OMS, el servicio secreto del Komintern rodeado de leyendas, sobre el que la historiografía a día de hoy sabe poco y del que entonces apenas se sabía nada. Y fue él quien me habló del hotel Metropol, donde mis abuelos resistieron un año y medio después de que los suspendieran del servicio. Las razones, no obstante, las desconocía.

Mi padre creía que se trataba de la disolución de la OMS y la «liquidación» de sus empleados, lo cual es correcto en esencia, pero erróneo en los detalles. Según su versión, toda la OMS fue alojada en el Metropol entre 1936 y 1937. Para ello, decía, se reservó una planta completa, nada menos que ochenta habitaciones. Los empleados habrían pasado allí sus últimos días de vida, mientras se los iban llevando uno a uno. Solo Charlotte y Hans habían sobrevivido, lo cual, según creía mi padre, se debía a que el antiguo jefe del servicio secreto, Abrámov-Mirov, estaba enamorado de su «hermosa traductora». Por eso les habría conseguido a ella y a su pareja un visado para París.

Aunque mi padre vivía en Moscú en la misma época, aunque conoció a Abrámov-Mirov al menos fugazmente, como cuenta en su relato autobiográfico Gelobtes Land [Tierra prometida], y aunque puede que incluso visitara a su madre en el hotel Metropol, esta versión no se sostiene. Se sabe que muchos empleados de la OMS vivieron en otros sitios, donde los fueron a buscar, o no. Además, en la cuarta planta del hotel vivían personas muy distintas, como, por ejemplo, el miembro del Politburó Veger con su familia o el jefe de cocina del Metropol, a quien detuvieron también en marzo de 1937. Más allá de eso, en la década de los treinta el hotel fue utilizándose cada vez más para su propósito original: acoger a huéspedes internacionales. Así Lion Feuchtwanger, por ejemplo, que se alojó un tiempo, en diciembre de 1936, en la habitación contigua a la de mi abuela, como se desprende de los informes del NKVD que la eslavista Anne Hartmann cita en su libro sobre el viaje de Feuchtwanger a Rusia.

Tampoco hay pruebas de que el famoso Abrámov-Mirov estuviera enamorado de mi abuela, ni siquiera de que tuviera trato cercano con ella. Por lo demás, no fue en absoluto su traductora, como pensaba mi padre, sino que trabajaba en el remoto Punto Dos. Y si Abrámov-Mirov, aun después de su detención, pudo seguir influyendo en los destinos de sus antiguos empleados, esta influencia expiró como muy tarde el 26 de noviembre de 1937, con su ejecución.

Es cierto, no obstante, que la OMS fue liquidada. En marzo de 1937 se empezó, al parecer, a desalojar Punto Dos. A los alumnos extranjeros, tal y como pude comprobar en sus expedientes, los enviaron de vuelta a sus países de origen. Y a muchos empleados del Punto, aunque no a todos, los alojaron en el Metropol, donde mis abuelos vivían ya desde octubre de 1936. Aquí, a pesar de las inexactitudes, parece oportuno confiar en los testigos, aunque es sorprendente hasta qué punto mi padre, un observador objetivo y frío que, como historiador, conocía muy bien la falta de fiabilidad de los testimonios, cayó por otro lado en sus pequeñas leyendas personales. No lo menciono para situarme por encima de él, sería presuntuoso; mis conocimientos son frágiles y limitados en comparación con los suyos. Lo menciono porque forma parte de esta historia, una historia sobre lo que la gente está dispuesta, es

capaz de creer.

Era la época en la que yo ya pensaba muy intensamente en mi novela familiar, que más tarde se publicó con el título En tiempos de luz menguante. Entonces conocí a Wladislaw Hedeler, un historiador de mi edad, experto en Rusia, hombre de inmensos saberes y memoria (para los que la nueva república, por desgracia, no ha encontrado un uso adecuado). Él me dio la idea de que tenía que haber un expediente sobre mi abuela.

Nunca se me habría ocurrido por mi cuenta, quizás porque pensaba que mi abuela era poco importante, quizás también porque simplemente no podía imaginarme que sería posible la consulta de antiguos documentos secretos en la Unión Soviética o en el Estado que surgió después. Había enterrado la historia junto con mi abuela, me había despedido de la idea de saber algo sobre ella que no supiera ya a través de mi padre.

Mis temores no eran del todo injustificados. Resultó, de hecho, que los expedientes de la OMS seguían bajo llave. Pero se podían ver los del Komintern, y en particular los expedientes de los cuadros, la información que el Gobierno tenía sobre sus trabajadores. Entre estos estaban también los empleados de la OMS, una lógica enrevesada que al final hizo que un día tuviera entre manos dos montones de papel, ciento dos páginas por un lado más ciento cuarenta y cuatro por otro, pulcramente copiadas, en papel grueso y resistente, más de lo que me habría atrevido a imaginar. Señales de un mundo desaparecido. Improbables, misteriosas, emocionantes.

La decepción no se hizo esperar. No sé qué imaginaba que era un expediente de cuadros, algo ordenado, fácil de abarcar, supongo, certificados, contrato de trabajo, carrera laboral; quizás esperaba una pista sobre cómo habrían procedido en lo sucesivo con mis abuelos.

No era ni lo uno ni lo otro. En lugar de eso, me encontré un desorden babilónico, una maraña de textos en ruso, alemán e inglés que, a primera vista, apenas podían ordenarse con sentido; todo ello puesto en una incomprensible secuencia a través de una

numeración hecha a posteriori: currículos, formularios, comunicados, cartas, facturas de contribuciones al Partido, recibos de pagos de vacaciones y similares, a mano, a máquina, comentarios, firmas. Muchas cosas se repetían, otras eran indescifrables. Las portadas, escritas a mano, indicaban solo la signatura y los alias: Jean Germaine y Lotte Germaine, nombres que yo nunca había escuchado.

Sin embargo, mientras revisaba el montón de Jean Germaine, cayó en mis manos un documento que me llamó la atención y que pronto resultó ser clave, como el final de un hilo que conducía a través del laberinto de expedientes: el comunicado de Hilde Tal.

Conocía ese nombre. Pero no sabía que también era un alias. Hilde Tal había estado casada en primeras nupcias con mi abuelastro. Conocía a mi abuelo biológico, Erwin Ruge. Hay una foto (por desgracia desaparecida) de ella y mi padre, en la que mi padre, casi un niño todavía, está fumando a su lado; su primer cigarro, si mal no recuerdo. Hilde Tal llevaba el pelo varonilmente corto y miraba de lado a la cámara. No parecía alguien a quien le gustasen las fotos.

Más tarde, en Moscú, mi padre se la volvió a encontrar. Ya era la secretaria de Abrámov-Mirov; el quinceañero rebosa de admiración y respeto. Más de medio siglo después, describirá en Gelobtes Land, su relato autobiográfico, cómo recibió de ella su primera lección de comportamiento soviético. Comparece un poco dogmática, pero quizá es que se ha dado cuenta pronto de la gravedad de la situación y quiere evitar dificultades al joven recién llegado.

Que esa Hilde Tal, casi un miembro de la familia, escribiera en agosto de 1936 un comunicado a la dirección de la OMS que podría calificarse sin problemas como una denuncia, me impactó. Al mismo tiempo dio sentido de pronto a todo el material. Examinado con detenimiento, el llamado expediente de cuadros resultó ser la documentación de un único y demencial proceso burocrático que dio comienzo con ese comunicado.

Además de ser consciente desde el principio de lo arduas que serían las investigaciones necesarias para iluminar el contexto de ese expediente y para poder moverme de forma creíble en el Moscú de

1937, me faltaba una pieza esencial de la historia: el hotel Metropol.

En mi primera visita ni siquiera llegué al gran comedor. Era 2004. Moscú había cambiado durante la era Yeltsin. En los noventa, la intelectualidad rusa había pasado hambre y fumado colillas; a principios de los dos mil aún había personas que servían como carteles publicitarios vivientes mientras, atravesado sobre la circunvalación de doce carriles, se extendía un gigantesco anuncio con la pregunta: ¿CUÁNDO CONDUCIRÁ POR FIN SU BENTLEY?

El hotel Metropol era un lugar donde la nueva rica Rusia se encontraba con el viejo rico Occidente. Más tarde vi fotos de huéspedes que se han alojado allí desde el colapso de la Unión Soviética. Anoté: Giorgio Armani, Gérard Depardieu, Sharon Stone, Michael Jackson y Silvester Stallone. Pero también Chirac y Obama han estado allí.

Lujoso ya por fuera, el Metropol infunde a todos los que no se sienten a gusto en el mundo de los ricos y los bellos, a más tardar cuando entran, la irrefutable sensación de que han hecho algo mal en la vida. Aún puedo sentir la mirada escrutadora de la azafata en recepción, antes de decirme, con misericordiosa condescendencia, el precio de la habitación más económica: demasiado para mí. El vuelo ya me había parecido caro. Me habían rechazado de plano una ayuda para el viaje que solicité a la Unión de Escritores. Pude permitirme el viaje a Moscú, que por entonces ya era caro, solo porque unos amigos de mi hermanastra que ahora viven en Boston me proporcionaron un sofá cama en su diminuto apartamento de nueva construcción.

Además, mientras trabajaba en mi novela familiar, tenía cada vez más claro que la historia del Metropol dinamitaría el marco formal de aquel libro. Era una historia en sí misma. Decidí apartarla y tal vez algún día escribir una novela corta con ella.

Así, el expediente de mi abuela permaneció en mi biblioteca, inutilizado, durante años.

Siete años después se publicó mi novela familiar y fue un éxito. A pesar de ello, aún tuvieron que pasar tres años y dos novelas más hasta que decidí volver de nuevo a mi abuela, y quién sabe si lo hubiera hecho si Alexander Fest, mi editor, a quien una vez hablé de pasada de la malograda historia, no hubiera insistido en que tenía que escribirla. Con él viajé a finales de 2014 a Moscú y me permití —podía hacerlo tras el éxito de la novela— una habitación en el hotel Metropol.

Pero no en cualquier habitación. Averigüé en los expedientes que mi abuela había vivido en la habitación 479, y ese detalle me estimulaba: la posibilidad de cruzar, si no las coordenadas temporales de mi abuela, al menos sí las espaciales. Después de tantos papelajos y de tantos libros como había leído, era algo real, concreto. Aunque entretanto las habitaciones se habían renumerado a fondo, el personal del hotel me prometió de antemano, por correo electrónico, que encontrarían la habitación correcta.

Así que pasé la Nochevieja de 2014 a 2015… en la habitación de Feuchtwanger. Se habían equivocado en un número, como supe meses más tarde por la historiadora contratada específicamente para investigar la historia del edificio.

Conque en 2017 viajo por tercera vez a Moscú. Esta vez estoy en la habitación correcta, me asegura personalmente la historiadora —Yekaterina Yegórova, con ella también estoy en deuda—. El hotel ha vivido varias reformas, pero la habitación sigue teniendo las mismas dimensiones; las camas están, se supone, en el mismo sitio (difícilmente podrían haber estado en uno diferente). Casi todo el mobiliario es nuevo, pero aún tiene ese carácter Gründerzeit, dominado por los tonos marrones apagados. El rosetón de estuco es original. Las estrellas doradas, puedo estar seguro, también estaban sobre mi abuela… hace ochenta años.

¿Es posible que también esté flotando por aquí una molécula de su aliento? ¿Me siento diferente a como me sentí en la habitación equivocada?

A las 3:38 de la mañana me despierto. Miro el reloj. Tengo en la cabeza noticias chillonas y urgentes (en ruso) que, sin embargo, se desvanecen cuando intento captarlas en estado de duermevela. Aquí

hubo algo alguna vez; algo iban a traer… Son noticias novísimas, actuales. Pero de 1937.

En el Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica tengo ocasión de consultar también los expedientes de Hilde Tal y de Erwin Ruge que Wladislaw Hedeler pidió para mí con antelación. Tomo notas de algunos alumnos y empleados del Punto. Consigo incluso entrar en el antiguo edificio del Komintern, una de cuyas mitades la ocupa hoy la administración de la Biblioteca Lenin y la otra, el FSB, el servicio secreto ruso. Dos damas encantadoras me guían por la mitad no secreta del edificio: una de más edad, que ha preparado una presentación sobre la Biblioteca Lenin para el invitado extranjero, y otra más joven, que guarda silencio. Por suerte, el antiguo despacho de Abrámov-Mirov se encuentra en esta mitad, con la antesala donde se sentaría Hilde Tal.

Por si fuera poco, el Instituto Goethe me organiza una visita histórica por la ciudad. La historiadora trae anuncios y fotos de mediados de los años treinta, que yo fotografío con entusiasmo. Finalmente, Oleg Nikíforov, mi editor ruso, parte conmigo en busca del Punto Dos.

Del verdadero Punto Dos. Pues ya una vez, en mi primer viaje, creí haberlo encontrado. Ocurrió así: a través de mi padre, que por supuesto nunca puso un pie en ese lugar, tenía dos informaciones importantes. Primero, que el Punto estaba al norte de Moscú, en Podlipki. Y segundo, que allí, tras la liquidación de la OMS, se levantó una prisión especial, de las conocidas como sharashka, donde el famoso constructor aeronáutico Andréi Nikoláievich Túpolev diseñó el bombardero Túpolev Tu-2, de gran importancia para la guerra. Dado que el centro ruso aeroespacial, la llamada ciudad de Koroliov, también está en Podlipki, durante años estuve bastante seguro de que, en el lugar donde Charlotte había pasado tres años, se desarrolló más tarde el cohete con el que Gagarin se convirtió en el primer hombre en volar al espacio.

Bonita historia, pero probablemente falsa.

Es cierto que la primera, la sharashka original de Túpolev (no la segunda, más conocida), se encontraba en la zona de la actual ciudad de Koroliov, pero surgió, o eso afirma al menos la Wikipedia

rusa, de una «colonia de trabajo» para niños sin hogar.

Así que empecé a estudiar expedientes y documentos, a investigar en internet. Ahorraré al lector los detalles confusos, pues, cuanto más profundizaba en el asunto, más confuso se volvía. Los datos no coincidían, los tiempos y las distancias eran irreconciliables. Hasta Wladislaw Hedeler, mi ángel de la guarda en la investigación, estaba perdido. Escribió a colegas historiadores desde Moscú hasta Washington, pero no sirvió de nada. La ubicación de Punto Dos seguía sin estar clara. Todos los expedientes y documentos confirmaban al menos que se trataba de la escuela secreta de radiotelegrafía o de radio del Komintern. Pero, curiosamente, también se hablaba de la dacha del Komintern y hasta del sanatorio, que estaría rodeado de un parque.

De hecho encontré —alabado sea Google— dos sanatorios en Podlipki. Uno de ellos era evidentemente bastante nuevo, como revelaba su arquitectura; el otro, no obstante, un sanatorio de profilaxis y enfermedades cardiovasculares llamado Sanatorio LPU, mostraba en su página web, además de dos o tres nuevas construcciones, unas viejas dachas con aspecto de villas.

Entonces llegó la sorpresa: en el enlace de Historia de la web del sanatorio encontré una referencia a que en ese lugar, entre 1924 y 1936, hubo una Escuela de Esparcimiento e Instrucción[2] donde importantes cuadros del movimiento comunista iban a recuperarse. El recinto se encuentra además junto a la vía asfaltada de Yaroslavl, que aparece citada en varios textos, incluso en el diario de Dimitrov, cuando se describe el camino hacia el Punto Dos.

Al final todo parece encajar. Mi editor ruso llama al sanatorio para concertar una cita. Le pasan de un sitio a otro, y al final lo intenta con el director en persona. No está disponible, pero su secretaria explica que podemos ir el sábado, día tal, a las dos de la tarde. Debemos hablar con el responsable del club, cuyo número, sin embargo, no quiere facilitarnos.

Cogemos un taxi, lo cual resulta ser un acierto, dado que, como veremos, al sanatorio solo puede llegarse en coche y con un navegador. La vía asfaltada de Yaroslavl ahora es una autopista de muchos carriles. Pasa directamente junto al recinto del sanatorio y

la entrada tiene forma de salida corta de autopista, tan corta que el conductor casi se la pasa, lo que a su vez está a punto de provocar un choque por alcance.

Llegamos a un portón que recuerda al de un cuartel militar. A la derecha, una caseta de vigilancia donde nada se mueve. Solo cuando Oleg sale del coche se abre una ventanita y aparece un vigilante con uniforme negro. Nos comunica que el responsable del club le ha dado instrucciones de no dejarnos pasar.

Estamos bastante desconcertados. Tras interminables idas y venidas, conseguimos el número del responsable. Le llamamos y le pedimos explicaciones. El hombre tiene nombre georgiano, habla ruso con un acento notable. Nos informa de que para las visitas es necesario el permiso del director. Objetamos que la secretaria del director nos ha dado cita para una visita. Pero él insiste en que el director tiene que dar permiso en persona. Proponemos preguntarle al director en el momento, pero lamentablemente ya no está en el edificio, dice el hombre. Su secretaria tampoco está disponible, empiezan las vacaciones de mayo, deberíamos saberlo.

La conversación, entretanto, ha durado ya treinta minutos. Oleg ha subido el volumen del teléfono, yo escucho a su lado. Probablemente yo llevaría ya un rato gritando a ese hombre. Pero Oleg, experimentado soviético resistente a la burocracia, se mantiene sorprendentemente calmado. Nueva táctica: hemos leído en la web que hay ingresos de un día para determinados tratamientos profilácticos y, naturalmente, estaríamos dispuestos a que se nos tratara de forma privada, corriendo con los gastos.

Por supuesto, dice el hombre, pero el registro solo es posible dentro de dos semanas, después de las vacaciones de mayo.

Oleg le explica que le acompaña un invitado de Alemania, un escritor que ha venido a Rusia expresamente para seguir el rastro de sus abuelos; por esa razón, un ingreso en dos semanas no serviría de mucho. Pero el hombre sigue en sus trece. A pesar de todo, es amable.

Está dispuesto, dice, a hacer cualquier cosa por nosotros. Está encantado de ayudarnos en lo que sea. Pero tenemos que entender

que tiene que seguir las normas. Se requiere un permiso del director. Que no está disponible. Cuya secretaria nos remite al responsable del club. Que nos remite al director. Y así sucesivamente.

Desistimos.

Quedan, al menos, las fotos de internet y la historia del sanatorio, que hasta ahora solo he leído por encima con la esperanza de obtener una imagen más detallada en la visita. Pero aún queda una sorpresa. De vuelta en Alemania, pincho en el enlace que lleva a la historia del sanatorio y la página está… vacía. La pestaña Historia del sanatorio aún existe, pero debajo: nada.

Así termina mi intento de localizar el Punto Dos, la escuela de radiotelegrafía del legendario servicio secreto del Komintern, según mi padre el servicio secreto más secreto del mundo.

Es comprensible. Sea como sea, Punto Dos parece resistirse hasta hoy a ser investigado.

Ni que decir tiene que los documentos incluidos en el libro son reales. En efecto, mi abuela firmaba con el nombre de Lotte Germaine. Todos los demás nombres —alias, nombres de partido y nombres reales— han permanecido también sin cambios. A excepción del pequeño conjunto de personajes que tomé de mi novela familiar. ¿Por qué? En pocas palabras: porque conozco demasiado bien a las personas reales. Porque me habría resultado difícil reinventarlos sin darles un nuevo nombre. Porque, por supuesto, son invenciones, como lo es este libro a pesar de toda su facticidad.

¿Por qué tuve que inventarlo? ¿Por qué no escribí un relato auténtico, por qué no me ceñí a la verdad, a los documentos desnudos?

Primero: por supuesto, es un error pensar que una obra documental es esencialmente más veraz, más auténtica que una ficción. Cualquier orden, cualquier omisión, cualquier comentario puede

deformar o tergiversar un mensaje, aunque subyazcan las mejores intenciones. El redactor de una obra documental tiene sus prejuicios, también tiene sus ideas y tesis en la cabeza, que a menudo se confirman a través del modo como aborda su tarea.

Pero, aparte de eso, no era mi intención presentar hechos ni descubrimientos históricos. Tengo poco que añadir a la investigación sobre el estalinismo. Los hechos sobre el estalinismo son esencialmente conocidos. Hay relatos de testigos presenciales y documentos que acreditan, sin ningún género de dudas, los crímenes del régimen; aunque hay que señalar que a día de hoy no pocas personas siguen negando, minimizando, relativizando o disculpando estos crímenes.

Y es ahí donde se pone interesante. No sé lo que pensaba realmente mi abuela. Invento, supongo, pruebo, pues no otra cosa significa contar historias: probar si efectivamente pudo haber sido así. Esa forma de probar la verdad es posible porque el autor (y el lector) son capaces de ponerse en el lugar de otra persona. Siempre y cuando conozcan lo bastante bien el lugar, la situación, las circunstancias vitales de esa persona.

He trabajado en la reconstrucción de esas circunstancias. Por supuesto, sigue habiendo incertezas y puntos ciegos, pero creo que puedo asegurarlo: todo lo que, desde el punto de vista actual, puede comprobarse, ponerse en cifras y fechas, y que por tanto forma el marco fáctico de esta narración, es —en un sentido llano, objetivo— verdad o altamente probable (excepción hecha de que las fechas de nacimiento de Charlotte, Wilhelm, Kurt y Werner no se corresponden con las de sus modelos ni tampoco con las de los personajes de En tiempos de luz menguante).

En efecto, Charlotte y su pareja, Hans Baumgarten, como se llamaba en realidad, pasaron cuatrocientos setenta y siete días esperando en su habitación de hotel. En efecto, Vasili Vasílievich Úlrij vivía dos pisos más abajo, en la suite 205, que antes había pertenecido a Bujarin. En efecto, Hilde Tal vivía con Julius Gebhart y su hija Sina en la habitación 14 del hotel Lux. Y también son reales los números de las otras habitaciones, así como las fechas de detención de aquellos a quienes sacaron de ellas. Como las de todos los demás, siempre que se nombren.

A Julius Gebhard, al parecer, no lo detuvieron en un primer momento, pero con el comienzo de la guerra lo deportaron por ser ciudadano de ascendencia alemana. La casualidad quiso que mi padre se lo encontrara en el campo de trabajo. Así me enteré de que Julius se quitó la vida en 1941. Sobre el destino de Sina no sé nada.

Es cierto que Julius Gebhard trabajó hasta 1937 en la Sociedad Cooperativa Editorial de Trabajadores Extranjeros, donde, según relata mi padre, iba al baño a la vista de todos con su propia tapa del váter. Es cierto que el 27 de julio de 1937 detuvieron al director de la editorial. Es cierto también que Otto Bork se hizo cargo de forma interina (es posible que no fuera el único) de la dirección, y es al menos altamente probable que Charlotte tuviera una aventura con él, como se desprende de una pequeña denuncia del entorno de la Sociedad Cooperativa Editorial cuyo conocimiento debo al historiador Uwe Sonnenberg. Todos los detalles son inventados.

También es cierto que Borís Mélnikov tuvo una aventura con Jill Greenwood, alias Jean Hyman. Se deduce muy claramente de su expediente. Desconozco lo que le ocurrió a Jean Hyman tras su regreso de España. Es probable que sobreviviera a los años del terror, a diferencia de Borís Mélnikov, al que fusilaron el 26 de octubre de 1937.

A su predecesor, Alexander Abrámov-Mirov, lo fusilaron el 26 de noviembre de 1937. A su sucesor, Yan Anvelt, lo mataron a golpes en la cárcel el 11 de diciembre de 1937, cinco días después de su detención.

A Berta Zimmermann la fusilaron el 2 de diciembre de 1937; a Gework Alijánov, el 13 de febrero de 1938.

A Mijaíl Kreps lo fusilaron el 27 de octubre de 1937. A su secretaria, Viktoria Wilhelmson, el 15 de noviembre de 1937. A su sucesor interino, Otto Bork, el 19 de marzo de 1938.

Fusilaron también a Heinz Neumann, Hermann Remmele, Hermann Schubert y Kurt Sauerland. Ernst Ottwald, coautor de Kuhle Wampe, murió en Siberia en 1943.

A Erna Mertens la detuvieron el 5 de octubre de 1937 y murió en el

campo de trabajo; lo mismo le ocurrió a su compañero Georg Brückmann.

Alice Rund falleció en 1939 o 1940 en el campo de trabajo. En realidad, no trabajó nunca en la Delegación Comercial.

Del destino de Isa Koigen (en los documentos también llamada Kogon) no sé nada. Tampoco sé nada del destino de los trabajadores de la OMS que en la novela viven en el hotel Metropol; aparte de que existieron.

Inge Karst, alias Martha Naujoks, sobrevivió al terror y murió en Hamburgo en 1998. Que era la superior de Charlotte es una invención, no así que fue expulsada del Partido.

La figura de Sepp Wirtender tiene su origen en un personaje que mi padre menciona en una crónica familiar no publicada. Antes del comienzo del Gran Terror, en sus encuentros mensuales con Charlotte y Hans se presentaban también en el café otros empleados de la OMS. Recuerdo muy bien, escribe mi padre, a un austríaco manco, de aspecto muy cuidado, muy dado a las bromas […]. Se llamaba Sepp y había trabajado mucho con Richard Sorge, que entonces era un desconocido […]. De las circunstancias de su muerte nada se sabe.

A Erwin Ruge, en la novela Erwin Umnitzer, lo mandaron de vuelta a Alemania en 1938. Al contrario de lo que se temía, los nazis le dejaron en paz después de que renunciara al comunismo. No se le permitió volver a la enseñanza. Durante un tiempo se desempeñó como representante comercial de aspiradoras y molinillos de café. Hacia el final del segundo año de la guerra lo llamaron a filas de la Wehrmacht como capitán en la reserva y se encargó del suministro de neumáticos a las tropas en la base de Praga. Después de la guerra, él, que nunca fue nazi, se convirtió en director de una escuela de Kleinmachnow y, extraña coincidencia, era la misma escuela a la que yo asistí treinta años después. Antes de que se fundara la RDA, Erwin se fue a Occidente, donde trabajó como profesor en una escuela de pedagogía progresista.

No debe quedar sin mencionar el destino de Solange Karpáchevskaia, la mujer de origen francés del miembro del

Politburó Yevgeny Veger. La escritora Liudmila Petrushévskaia, sobrina nieta de Veger, lo relata en su novela autobiográfica Das Mädchen aus dem Hotel Metropol [La chica del hotel Metropol]. Según cuenta, Solange Karpáchevskaia perdió la razón tras la detención de su marido. Prematuramente envejecida, se pasaba el día en su habitación, gritando y llorando. Más tarde su madre se los llevó a ella y a su hijo a Ucrania, donde a los tres, como judíos, los asesinaron enterrándolos vivos durante la ocupación alemana.

Poco se sabe en comparación sobre Vasili Vasílievich Úlrij. En efecto, estudió Comercio en el Instituto Politécnico de Riga. En efecto, coleccionaba escarabajos y mariposas, como descubrió Yegórova, la historiadora del Metropol. En efecto, dirigió los fusilamientos del Levantamiento de Tambov y, de alguna manera, al parecer gracias a las excelentes conexiones de su esposa, ascendió a juez y más tarde a juez militar en jefe de la Unión Soviética. En el transcurso del Gran Terror, Vasili Vasílievich Úlrij firmó más de treinta mil condenas a muerte, entre ellas, muy probablemente, las del personal de la OMS. Casi todas las sentencias se dictaron sin un juicio público, a menudo sin escuchar a los acusados.

Una excepción fueron las farsas judiciales de 1936 y 1937. El interrogatorio a Alexander Emel se cita en el texto según los informes del juicio, seguramente editados, del Comisariado del Pueblo para la Justicia. Los demás detalles relativos a los procesos judiciales también se corresponden con los hechos históricos.

En efecto, en la primera farsa judicial el acusado Golzmann testificó que había conocido al hijo de Trotski en el hotel Bristol de Copenhague, sí, que incluso se había alojado allí; aunque el hotel hacía tiempo que ya no existía.

En efecto, el Gobierno noruego desmintió públicamente que el avión de Piatakov hubiera aterrizado cerca de Oslo el día en cuestión. Sobre el desmentido, al igual que sobre la historia del Bristol, escribieron muchos periódicos de todo el mundo. Estas y otras divergencias no impidieron, sin embargo, que muchas personas, entre ellas destacados intelectuales, creyeran en la legitimidad de las farsas judiciales estalinistas. Entre ellos estaba Lion Feuchtwanger, que asistió a la segunda farsa judicial. En efecto, escribió en el Pravda el artículo citado en el texto. Y, en

efecto, poco después de su viaje, escribió un eufemístico panfleto sobre la Unión Soviética que, bajo el título Moscú, 1937, perpetúa su vergonzosa debilidad para dejarse seducir.

Por supuesto, siempre son los otros: los equivocados. Por supuesto, nosotros sí sabemos la verdad. Por supuesto, estamos del lado del progreso. Estamos en posesión de la moral. Estoy seguro de que Vasili Vasílievich Úlrij también lo creía. Murió tranquilamente en la cama el 7 de mayo de 1951, portando dos Órdenes de Lenin, dos Órdenes de la Bandera Roja y la de la Gran Guerra Patriótica de primera clase.

A Hilde Tal la fusilaron el 19 de marzo de 1938 en el campo de tiro de Bútovo.

Poco más de un mes antes, el 8 de febrero de 1938, mi abuela y su pareja recibieron dos pasaportes suizos a nombre de Emil y Elsa Schnabel, cuatrocientas coronas suecas, noventa dólares y un visado para Francia.

¿Por qué ellos precisamente?

Es previsible que nunca sepamos las razones. Tras la detención de Erna Mertens, tal vez no hubo nadie más que persiguiera su causa con celo. La gran ola de detenciones fue remitiendo. Alguien en algún lugar marcó una cruz u otro signo de conformidad u olvidó la cruz o el signo de conformidad o pasó algo por alto o simplemente fue demasiado perezoso o recibió en ese momento una llamada de su amante. En resumen, fue casualidad. Pero la casualidad pertenece a la esencia de la descontrolada máquina de terror estalinista. Adoptaba el carácter de fuerza de la naturaleza y, precisamente por eso, causaba miedo y espanto. Todos podían ser denunciados. Todos estaban en peligro. E, igualmente, alguien podía librarse sin razón alguna.

Es la primera hoja del expediente de Hans Baumgarten, que con su sintomática inexactitud —el apellido de Charlotte no es Baumgarten, sino Ruge, el alias de Hans es Jean Germaine—, nos informa sobre el estado de la máquina:

РГАСПИ ф. 495 / оп. 205 / д. 488 / л. 1

1.X.1939

4 eks.ak.

Secreto

Aviso

Baumgarten Hans y Lotte / alias Germaine / trabajaron hasta 1937 en la S. S.

Por lo que sabemos, salieron como emigrantes a París en febrero de 1938, sin conexión con el Partido. Sobre su paradero actual no tenemos ninguna información.

Fdo. Belov / Privorótskaia

En París vivieron un año y medio. Más tarde, tras el comienzo de la guerra, los detuvieron por extranjeros molestos y los internaron, junto a otros emigrantes alemanes, en campos separados, desde donde siguieron el aparentemente imparable avance de la Wehrmacht.

En el último momento, por así decirlo, después de que México fuera el único país del mundo que se había ofrecido a aceptar también a emigrantes comunistas de Alemania, pudieron abandonar el campo, aunque no eran judíos, con la ayuda de la organización judía Hizem, y dirigirse vía Marsella y Argel a Casablanca, desde donde cruzaron el océano hasta Veracruz, México, con el barco portugués Serpa Pinto.

Doce años más tarde regresaron a Alemania, a la RDA, donde Charlotte trabajó algunos años más como jefa de la Sección de Lenguas y Literatura de la Academia de Ciencias Políticas y Jurídicas de Babelsberg. A Hans Baumgarten seguramente le hubiera gustado retomar sus actividades en los servicios secretos pero, en tanto que «emigrante occidental», no se le permitió ocupar ningún cargo importante en el Partido ni en el Estado, así que, a falta de otras competencias, se convirtió en secretario del Partido en el distrito 5 de Babelsberg, donde se ocupó de los más nimios

asuntos regionales con gran aplomo y aires de estadista.

Ambos siguieron toda su vida fuertemente vinculados al Partido. No puedo afirmar que glorificaran a Stalin. Sobre sus experiencias en la Unión Soviética, sin embargo, guardaron silencio y no querían que se las recordaran. Cuando mi padre, al reencontrarse con ellos en 1956, empezó a contar sus experiencias en el gulag estalinista, Charlotte se tapó los oídos.

Hans Baumgarten murió en 1979 a los ochenta y siete años. Charlotte le siguió en 1986, después de haber ido una última vez a México. Vivió hasta los noventa y un años. Murió muy tranquila en una residencia de ancianos de Potsdam.

Las enfermeras me aseguraron que fue una moribunda muy amable.

Glosario

En el siguiente glosario se aclaran principalmente palabras y expresiones rusas utilizadas en la novela. Está pensado para los lectores poco o nada familiarizados con la lengua, la época y los lugares en que se desarrolla la trama.

Arbat: Barrio de Moscú donde vivían muchos artistas e intelectuales. Demolido en parte durante la época socialista, lo que queda está dedicado sobre todo al comercio.

Belomorkanal: Marca de tabaco, llamada así por el canal Mar Blanco-Báltico, que a través de un sistema de esclusas une el mar Blanco con el lago Onega. El canal fue construido entre 1931 y 1933 por más de 126.000 prisioneros del gulag.

Budionny en lucha contra el Ejército Blanco: Semión Mijáilovich Budionny fue un héroe de la guerra civil rusa, más tarde mariscal de la Unión Soviética. Entre otras cosas, combatió al frente del legendario Primer Ejército de Caballería, descrito por Isaak Babel en su libro Caballería roja.

Danton, Georges Jacques (1759-1794): Durante la Revolución Francesa, como ministro de Justicia y líder del Comité de Salvación Pública, una de las principales figuras de la Primera República Francesa; ejecutado en 1794, acusado de conspirar contra la Revolución.

Dimitrov, Georgi (1882 – 1949): político búlgaro; entre 1935 y 1943, secretario general del Komintern; entre 1946 y 1949, primer ministro búlgaro. Tras el incendio del Reichstag de Berlín, fue arrestado por los nacionalsocialistas, acusado de instigador, pero lo absolvieron en 1933.

Durango y Guernica: En la primavera de 1937, ambas localidades fueron destruidas por ataques aéreos del ejército de Franco. Se trataba de los primeros bombardeos de este tipo. Cientos de civiles perdieron la

vida. Sobre todo Guernica se convirtió en símbolo del poder destructivo de las nuevas técnicas armamentísticas.

Una dacha en Kúntsevo: Una dacha, en ruso, es una casa de verano. Kúntsevo es una antigua población independiente en la periferia occidental de Moscú, ciudad a la que se incorporó administrativamente en los años sesenta. Stalin tenía su dacha allí.

Declaración de los 46: Carta de carácter privado que cuarenta y seis líderes comunistas soviéticos enviaron el 15 de octubre de 1932 al Comité Central del Partido Comunista de Rusia como protesta contra la política del cada vez más poderoso secretario general I. V. Stalin. Aunque no estaba firmada por Trotski, se correspondía con sus opiniones y propósitos.

Fracción Fischer-Maslow: Ala de ultraizquierda del KPD (Partido Comunista Alemán) en torno a Ruth Fischer y Arkadi Maslow. Maslow se exilió a Cuba en 1941 y ese mismo año murió en la Habana en extrañas circunstancias. Ruth Fischer consiguió llegar a Estados Unidos por vía indirecta. Desde 1955 vivió como periodista política en París, donde murió en 1961.

GRU: Siglas de Glávnoie Razvédivatelnoie Upravlenie. Dirección General de Inteligencia del Ejército Rojo.

Jopak: Baile popular ucraniano con muchas vueltas y saltos. A Stalin le encantaba hacer bailar el jopak al robusto Serguéi Jruschov, originario de Ucrania.

Hotel Lux: Hotel en la Tverskaia úlitsa. Aquí vivían la mayoría de trabajadores del Komintern.

Izvestia: Periódico gubernamental en la URSS.

Cuadro: Del francés quadre, cadre (grupo de cuatro, ámbito especial); término originalmente militar, en el socialismo y en el uso contemporáneo designa cargos directivos en economía o política.

Kazbek: Montaña en el Cáucaso; aquí una marca de tabaco.

Komintern: Abreviatura de la Tercera Internacional Comunista. La organización mundial de partidos comunistas existió del 4 de marzo de

1919 hasta su autodisolución el 13 de marzo de 1943. La dirección estaba en manos del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC), cuyo primer presidente fue Grigori Zinóviev y el último secretario general, Gueorgui Dimitrov.

Komsomol: Abreviatura de Kommunistícheski Soiuz Molodiozhi. Nombre de la organización juvenil comunista desde 1918 a 1924. Tras la muerte de Lenin la organización tomó el nombre de este, aunque siguió siendo de uso común el nombre Komsomol.

PCUS (B): Siglas del Partido Comunista de la Unión Soviética (bolchevique). El añadido bolchevique surgió en el proceso de división de la socialdemocracia rusa en un ala reformista y otra revolucionaria. El ala revolucionaria alcanzó en 1903, en el congreso del Partido de Londres (y solo allí), una exigua mayoría y de ahí el nombre (bolshevikí = miembros de la mayoría).

Kubán: Región al norte del Cáucaso, llamada así por el río Kubán, hoy región de Krasnodar.

Lift ne rabótaiet: En ruso, ascensor fuera de servicio (literalmente: el ascensor no trabaja).

Mossoviet: Sóviet de Moscú.

Mujik (muzhik en ruso): Término para la clase baja campesina, derivado de muzhchina (hombre).

NKVD: Siglas de Narodny Komissariat Vnútrennij Del, Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos. Surgido de la Comisión Extraordinaria (Cheka) y de su sucesora, la OGPU. La policía política asumió la preparación y ejecución del Gran Terror decidido por la dirección del PCUS (B). Para ello, se le concedieron derechos extraordinarios no previstos en la Constitución.

OMS: Siglas de Otdel Mezhdunarodnoy Svyazi, Departamento de Enlaces Internacionales. Servicio de inteligencia del Komintern, activo en todo el mundo en apoyo de los movimientos y partidos revolucionarios, entre otras cosas preparando pasaportes y papeles, suministrando armas y dinero y transmitiendo instrucciones e información. En los años del Gran Terror, el servicio de enlace, una organización en su mayoría

controlada por extranjeros, estuvo especialmente expuesto a las «purgas» del NKVD y en la práctica quedó disuelto a finales de los años treinta.

POUM: Siglas de Partido Obrero de Unificación Marxista en la Segunda República española.

Pravda: En ruso, la verdad; órgano central del PCUS (B).

Remont: En ruso, reparación, mantenimiento.

RGASPI: Archivo Estatal Ruso de Historia Sociopolítica. Surgió del Archivo Central del Partido del Instituto de Marxismo-Leninismo y contiene los expedientes del PCUS anteriores a 1953, año de la muerte de Stalin, así como los expedientes utilizados para este libro.

Frente Rojo de Combate: Asociación paramilitar del Partido Comunista de Alemania; fundado en 1924, prohibido en 1929.

Trabajadores estajanovistas: Un movimiento de trabajadores de élite que se remonta a Alexéi Grigórievich Stajánov, un minero que en 1935 superó en un 1457 % el trabajo normal para un solo turno, aunque con el apoyo de varios ayudantes y en condiciones ideales.

Stolóvaia: En ruso, cantina.

Subbótnik: Del ruso subbota (sábado); trabajo en fin de semana; alabado por Lenin en «Una gran iniciativa» como germen del trabajo comunista, pues era voluntario y no remunerado.

Tri kalachá i odná baranka: En ruso, tres kalachá y una baranka. El kalach es un pan dulce tradicional, de gran tamaño, con un agujero en el centro, y la baranka, un aperitivo ovalado o con forma de rosquilla, duro, que puede tener distintos sabores. Significado: hay veces que alguien, tras haberse comido tres kalachá, aún tiene hambre, pero después se come una baranka y está lleno. Vendría a ser, por tanto, la guinda del pastel.

Troika: En ruso, trío, triunvirato. Tribunal de vía rápida, extraconstitucional, durante los años del Gran Terror. La troika incluía al secretario local del Partido, al jefe de la administración territorial del NKVD y al fiscal de la región.

Cheka: Comisión extraordinaria para la lucha contra la contrarrevolución y el sabotaje. Establecida inmediatamente tras el golpe de octubre de 1917, su tarea era reprimir la contrarrevolución armada y evitar el sabotaje de funcionarios y servidores del régimen derrocado. El aparato de la Cheka fue el precursor del servicio secreto soviético OGPU, más tarde NKVD.

SCETE: Siglas de Sociedad Cooperativa Editorial de Trabajadores Extranjeros. Surgida en Moscú en 1931 a partir de la Editorial Central de los Pueblos, publicaba literatura política y de ficción para los trabajadores extranjeros y los emigrantes. Se disolvió en junio de 1938.

Varenie: Especie de mermelada que a los rusos les gusta mezclar con el té.

Vyshinski, Andréi Yanuárievich (1883 – 1954): Jurista soviético; bajo el mandato de Stalin, de 1935 a 1939, fiscal general de la Unión Soviética; de 1949 a 1953, ministro de Asuntos Exteriores, después embajador de la URSS en Estados Unidos. Murió en Nueva York en 1954.

Notas

Págs. 52, 94, 122, 237: Versión de la canción patriótica «Vaterland, kein Feind soll dich gefährden». La letra en alemán, de Erich Wienert, parte de la versión rusa de Vasili I. Lébedev-Kumach. La música era de Isaak Ó. Dunaievski.

Pág. 146 y 389: Anne Hartmann, «Ich kam, ich sah, ich werde schreiben. Lion Feuchtwanger in Moskau 1937. Eine Dokumentation» [Vine, vi, escribiré. Lion Feuchtwanger en Moscú, 1937. Una investigación], Wallstein Verlag, Gotinga, 2017.

Pág. 150: «La Internacional». Letra: Eugène Pottier. Música: Pierre Degeyter. De entre las distintas versiones disponibles en español, se ha incluido la utilizada tradicionalmente por el PC.

Págs. 151-152 y 174: Intervención por radio de Feuchtwanger el 10-01-1937, así como su comentario acerca de las farsas judiciales, citados en: Rundschau über Politik, Wirtschaft und Arbeiterbewegung, Nº 3, 21 de enero de 1937.

Pág. 213: «Plaisir d'amour». Letra: Jean-Pierre Claris de Florian. Música: Jean Paul Égide Martini.

Pág. 233: Maxim Gorki sobre Cheliuskin, en Pravda, Nº 103, 14 de abril de 1934.

Págs. 243 y 309: «No me dejes, Señor, perder el juicio», en Alexandr Pushkin. Antología poética. Traducción: Eduardo Alonso Luengo. Poesía Hiperión, 2007, pp. 191-192.

Pág. 255 y siguientes: Versión de «Lied über Stalin». La versión alemana, de Erich Weinert, parte de la original rusa de Mijaíl I. Iniushkin. La música es de Ferencz Szabo.

Pág. 365: Brindis de Stalin el 7-11-1937, citado en los diarios de Georgi Dimitrov. Versión a partir de la traducción alemana de Birgit

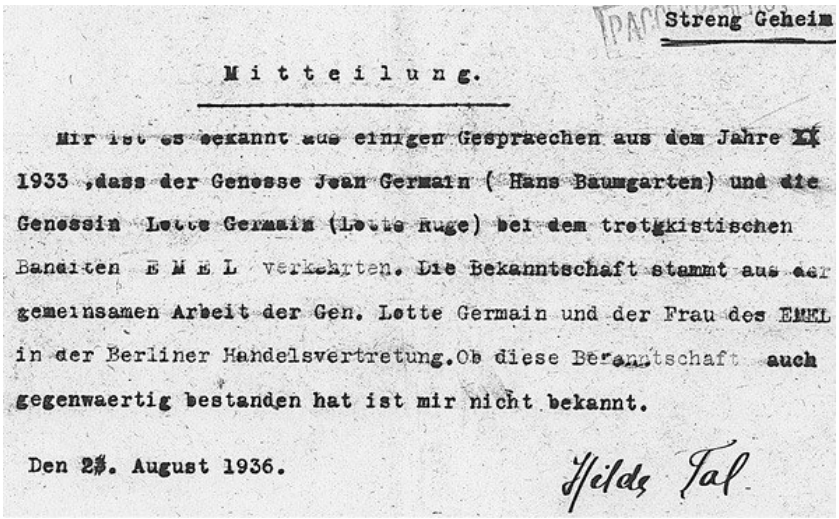
Schliewenz y Wladislaw Hedeler.

---

1. En la traducción aparecen reproducidas algunas incorrecciones sintácticas y ortográficas de la carta, además de tachones (Nota del Traductor).

2. A este tipo de centros se enviaba a los funcionarios del Partido para que se recuperasen después de haber hecho algo meritorio; además de descansar, recibían instrucción política. (N. del T.)

РГАСПИ ф. 495 / оп. 205 / д. 488 / л. 62



Streng Geheim

Mitteilung.

Mir ist es bekannt aus einigen Gespraechen aus dem Jahre XX 1933 ,dass der Genosse Jean Germain (Hans Baumgarten) und die Genossin Lotte Germain (Lotte Ruge) bei dem trotzkistischen Banditen E M E L verkehrten. Die Bekanntschaft stammt aus der gemeinsamen Arbeit der Gen. Lotte Germain und der Frau des EMEL in der Berliner Handelsvertretung. Ob diese Bekanntschaft auch gegenwaertig bestanden hat ist mir nicht bekannt.

Den 2#. August 1936.

Hilde Tal

30

An den Genossen MUELLER

den 26. September 1936

Komintern, C.C.

von Germaine, Lotte

Werter Genosse Mueller.

betr. Lurje M., alias Emel.

Auf meiner Urlaubsreise erfuhr ich durch die Zeitung, an welchen furchtbaren Verbrechen Emel beteiligt war. Ich habe diesen Mann gekannt und zu ihm persönliche Beziehungen gehabt. Woher ich ihn kannte welcher Art diese Beziehungen waren, darueber gebe ich hiermit der Partei Rechenschaft:

Im Jahre 1932, Herbst, lernte ich Isa Koigen, die Frau des Emel, in der Handelsvertretung der UdSSR in Berlin kennen. Wir arbeiteten beide in derselben Abteilung. Sie als Sekretärin des Gen. Fainstein ich als Sekretärin des ihm xxx direkt unterstellten Lewin. Unsere Arbeit brachte uns täglich in die engste Beruehrung. Isa Koigen hatte mit den streng sekreten Dokumenten zu tun, in die ich keine Einsicht hatte. Sie hatte also eine besondere Vertrauensstellung. Sie erzählte mir, dass ihre Mutter eine alte russische Revolutionärin sei, die jetzt vom Staat eine Rente bekommt, dass sie selbst in der Emigration bei ihren Eltern aufgewachsen ist, Ihre Herkunft, das Vertrauen, dass sie in der H.V. genoss, jede ihrer Aeusserungen bez. der Partei mussten in mir den Eindruck erwecken, dass ich es mit einer guten Genossin zu tun habe. Nie hat Isa Koigen damals oder später eine Bemerkung gemacht, aus der ich etwas anderes hätte entnehmen können, als dass sie der Partei ganz ergeben ist.

Im Januar 1933 erkrankte ich an Grippe. Anlässlich dieser Krankheit suchte mich Isa Koigen damals das erste Mal auf, um zu fragen wie es mir geht, und wann ich wieder zur Arbeit komme.

Ich kann nicht mehr sagen, wann ich eigentlich erfuhr, wer Isa Koigens Mann ist und von wem. Ich hörte jedenfalls eines Tages , dass ihr Mann der gewisse Emel ist, der wegen politischer Abweichungen in 2 Artikeln des " Parteiarbeiters" aus dem Z.K. ausgeschlossen wurde. Obwohl ich in den Jahren 1931 , 32 sehr aktiv war und fast täglich im Funktionärkreise war, habe ich xxx niemals eine Diskussion oder Analyse dieser politischen Fehler gehört. Eine eigene klare Einschätzung dieser Fehler hatte ich nicht.

Ende Februar 1933, einige Tage vor dem Reichstagsbrand, besuchte ich Isa Koigen an einem Sonntag nachm. zum Kaffee . Dort lernte ich ihren Mann kennen. Es waren verschiedene Leute dort. Soweit ich mich entsinnen kann 3 Polen, einige Leute, deren Nationalität ich nicht feststellen konnte und ein Franzose, Calgan, den ich von der Lehrerorganisation herkannte. (Mein erster Mann war Lehrer). Es wurde wenig deutsch gesprochen. Ich ging deshalb bald wieder weg. Was gesprochen wurde, drehte sich um den Machtantritt Hitlers. Wochen später, im Fruehling, holte ich an einem Sonntag morgen, Isa Koigen zum Spaziergang ab . Dabei sah ich Emel zum zweiten Mal. Er kam mit, ebenso ein Ehepaar dessen Namen mir genannt, den ich aber längst vergessen habe. Der Mann war Deutscher, Schwerkriegsbeschädigter, arbeitete in der Reichsversicherungsgesellschaft, die Frau Russin. Im April erzählte mir Isa Koigen, dass man ihren Mann nach Moskau kommandiert habe. Ich bat durch Isa, ob er nicht irgend etwas fuer meinen Mann, der in Mosksu war, mitnehmen könnte (Geld oder Wäsche oder soetwas). Ich habe meinem Mann geschrieben, dass ich ihm durch einen Bekannten etwas schicke. Auf diese Weise habe ich meinen Mann mit Emel in Verbindung gebracht.

Wann Isa Koigen ihrem Mann nachgefahren ist, weiss ich nicht

31

genau. Jedenfalls habe ich ihr den letzten oder vorletzten Tag geholfen, weil sie nicht mit Packen fertig wurde. In den letzten Wochen, als sie allein war, sind wir, wenn wir gemeinsam aus dem Buero kamen, öfter zusammen spazieren gegangen oder haben eine Tasse Kaffee getrunken.

Im September 1933 kam ich nach der Sowjet Union. Das Quartier, das mir durch den Apparat des Gen. Abramow angewiesen wurde, lag im selben Hotel (Sojusnaja) auf dem selben Flur wie das der Gen. Koigen. Ich habe sie auf diese Weise sofort wiedergesehen und gesprochen. Ich war bestimmt abends 2 mal bei ihr und habe auch ihren Mann, den Emel dabei wieder getroffen. Isa Koigen arbeitete damals irgendwie zusammen mit Calzan. Jedenfalls arbeitete sie abends noch spät mit ihm auf seinem Zimmer. Da mein Mann mich im Sojusnaja besucht hat, so ist es wahrscheinlich , dass er auch mit zur Koigen kam. Einmal war ich bestimmt eine Stunde allein mit ihr zusammen. Das Wiedersehen mit meinem Mann und meinen Kindern, deren Lage noch ganz ungeklärt war, meine Reise in die Union, meine mir wieder bevorstehende Reise, alles das bewegte mich so stark, dass ich mich sehr muehsam an Einzelheiten erinnere. Ich weiss nur, dass unsere Gespräche sich ausschliesslich um die Lage in Deutschland und das Schicksal verschiedener uns bekannter Genossen drehte. Ende 1933 , Anfang 1934 habe ich die Koigen meiner Meinung noch 2 mal aufgesucht. Ich habe auch meine Kinder dort hin bestellt, um sich Essen und Geld abzuholen, dass wir stets, wenn wir nach Moskau kamen, fuer sie mitbrachten.

Von Fruehjahr 1934 bis Herbst 1935 habe ich weder Koigen noch Emel gesehen.

Herbst 1935 traf ich Emel zufällig im Puschkino Kaffe wieder wo ich mich mit meinem juengsten Sohn getroffen hatte. Seiner dringenden Einladung, mich doch wieder um Isa zu kuemmern, leistete ich Folge und suchte zusammen mit meinem Mann die beiden in der Wohnung eines hohen Funktionärs der Pariser Handelsvertretung, die dieser ihnen zur Verfuegung gestellt hatte, auf. Das war im September 1935. Bei unserm Besuch fragte Emel, ob wir nicht jemand wissen, der ein Grammophon zu verkaufen hat. Er wollte seine Frau damit ich glaube zu ihrem Geburtstag ~~oder Neujahr~~ ueberraschen. Wir wollten unseres schon lan verkaufen, da wir Geld brauchten, und kamen ueberein, das Grammophon ~~ihm Anfang des Jahres~~ zu bringen. Andermal brachten wir dann noch ein paar Platten. Im ganzen sind wir in dieser Zeit, von Sept. 1935 bis Dezemb 1938 wohl 3 bis 4 mal dagewesen, das Abgeben des Grammophons von 10 Min. mit eingerechnet. In welcher Reihe die verschiedenen Abende liegen, kann ich nicht mehr genau sagen. Einmal, ich glaube das erste Mal, kamen wir zufällig, als sie einen kleinen Abend hatten Es wurde Grammophon gespielt und getanzt. Von niemand von den Anwesenden kann ich angeben, wer es war. Es waren vielleicht 5 Menschen. Sie sprachen alle russisch, mit Ausnahme einer jungen Frau, die mit einem Rotarmisten, ihrem Mann da war und ausser russisch mit Isa Koigen noch französisch sprach. Sie arbeitete mit Isa Koigen zusammen am Moskauer Rundfunk. Isa Koigen erzählte mir, dass sie dort verantwortlich wäre fuer das Zusammenstellen der französischen Sendungen. Die Arbeit wäre sehr interessant und verantwortlich. Ein andermal traf ich dort wieder Calzan, der an dem Abend auch als Sprecher im Rundfunk fungierte wieder die Französin, deren Mann Rotarmistenuniform trug, und noch einen anderen Sprecher, einen Franzosen, der sagte, dass er eigentlich Lehrer sei, und wieder in seinen Beruf nach Frankreich zurueckkehren wuerde. Diese Leute assen dort zu Abend und gingen dann zu ihrer Arbeit Eine Stunde später hörten wir dann die von Isa Koigen zusammengestellte Sendung , die von diesen selben Leuten vorgetragen wurde, im Radio. Es war die Trauerfeier xxx fuer Barbusse. Isa Koigen sprach an diesem Abend viel von Ihrer Arbeit. Ausserdem sprachen wir von meinem Kindern und von den verschiedenen Sorgen und Nöten, die ich mit ihnen hatte. Ausserdem habe ich an irgend einem dieser Tage gesehen bei Emel und

32

Koigen eine Freundin der Koigen , Luba Loewenstein, mit der ich durch Isa Koigen auch bekannt war und die ich im Abstand von einem halben , einmal auch von ueber einem Jahr aufgesucht habe. Ferner entsinne ich mich xxx an eine Französin mit einem kleinen Kind, die auch bei Isa im Rundfunk arbeitete. Und ausserdem war einer von denen, die dort russisch sprachen, ein Pole. Er sagte das irgend wie selbst.

Während dieser letzten Besuche ist es zweimal zu politischen Gesprächen gekommen. Einmal sprach Emel ueber den Faschismus und die Geschichtsfälschungen der Faschisten. Er ging als Historiker auf verschiedene Einzelheiten ein und sagte ungefähr sinngemäss , dass wir als Kommunisten die Geschichte ausnuetzen muessen um die Notwendigkeit und Tatsächlichkeit des Klassenkampfes zu beweisen. Er sprach davon, dass gerade Genosse STALIN der Geschichtsforschung auf marxistischer Grundlage die grösste Bedeutung bemesse und dass xx vor allen Dingen durch seine Initiative dieser Zweig der Wissenschaft jetzt die grösste Anregung und Förderung erfahre.

Als wir das letzte Mal da waren, erzählte er uns, dass er von seiner Arbeit als Professor der Geschichte beurlaubt sei. Er sagte, dass er voll und ganz anerkennt, dass die Partei besonders nach den Erfahrungen des Kirow Mordes sehr misstrauisch ist, Dass aber bei ihm ein solcher Missgriff vorläge, dass er sich an Genossen Dimitroff wenden wird, und dass er fest davon ueberzeugt ist, dass man ihn wieder an seinen Posten stellt. Er las uns den Brief an Genossen Dimitroff aus dem Russischen vor. Es war eine Selbstkritik seiner ehemaligen Fehler und ein Bekenntnis zur Linie der Partei. Er sagte auch, dass dieser Brief, wenn er an Dimitroff geht, ans Sekretariat des Genossen Stalin gehen wuerde (warum, weiss ich nicht mehr). Und dass es fuer ihn ausser Zweifel wäre, dass Genosse Stalin bei seinem besonderen Interesse fuer Geschichte ihn, den einzigen marxistisch geschulten Historiker des Altertums ihn wieder in seinen Wirkungskreis einsetzen wird, nachdem er schon so lange seine Fehler eingesehen und berichtigt hat. Bei dieser Gelegenheit liess er eine abfällige Bemerkung ueber Sinowjew fallen, in dem Sinne, dass der oder Briefe, in denen Sinowjew seine Fehler anerkannt hat, kriecherisch seien.

Nach diesem Besuch haben wir Emel und Frau noch einmal zufällig im Kulturpark getroffen , haben sie aber nur begruesst und sind unserer Wege gegangen. Später fragte mich meinen Mann noch einmal, ob wir nicht mal hören wollten, was aus dem Brief an Genossen Dimitroff geworden sei und ob Emel wohl wieder Professor an der Universität ist, Das interessierte mich wegen meines juengsten Sohnes, der studieren wollte. Mein Mann antwortete mir, dass er sich die Sache mit Emel seit dem letzten Besuch ueberlegt habe; seiner Meinung nach hätte die Partei ihr Misstrauen gegen Emel zum Ausdruck gebracht durch die Enthebung von seinem Posten und er wollte unter diesen Umständen nicht mehr dorthin gehen. Ich erkannte das fuer richtig an.

Danach hörte ich das erste Mal wieder etwas von Emel durch eine Zeitung auf dem Dampfer von Batum nach Jalta. Ich war nicht ganz sicher, ob dieser Lurje wirklich der Mannist, den wir kennen, weil mir das vollkommen unfassbar war, dass man mit einem solchen Verbrecher zusammen gewesen sein sollte. Erst als ich in Klammern den Namen Emel fand und der Historiker erwähnt wurde, war ich meiner Sache sicher. Ich hielt den Lurje N. dann erst fuer die Koigen, bis ich aus dem Text sah, dass es ein männlicher Verwandter des Emel war.

Ich habe meiner Reisegenossin, Jill Greenwood sofort erzählt, dass wir diesen Mörder gekannt haben. Ebenfalls Rudi Vollmer, den wir in Jalta trafen. Wir sagten ihm, dass wir nach unserer Rueckkehr sofort die Partei informieren muessen.

33

Ich möchte hier der Partei eine kurze informatorische Erklärung hinzufuegen, von der ich nicht weiss, ob sie ueberhaupt wichtig ist und ob die Person, um die es sich handelt, je eine politische Rolle gespielt hat. Das Studium des Prozesses hat mir aber gezeigt, dass der Einzelne sehr oft die Wichtigkeit dessen, was er hört und sieht nicht beurteilen kann und deshalb alles, was er ueber eine Opposition hört, auch wenn es schon lange zurueckliegt, der Partei signalisieren muss, um ihr zu helfen, die verbrecherische Opposition auszurotten.

Es handelt sich um folgendes: Im Jahre 1932 - 33 arbeitete ich in der Handelsvertretung im selben Buero zusammen mit einem Dr. Paul Massing, Mitarbeiter am Internationalen Agrarinstitut. Massing hat mir bei irgend einer Gelegenheit, ich kann mich nicht entsinnen, bei welcher, gesagt, dass seine Frau und er heftige Diskussionen haben, weil sie ganz trotzkistisch denkt. Das ist alles, was ich zu berichten habe. Die Frau, eine amerikanische Staatsbuergerin, fruehere Frau eines amerikanischen Journalisten, Gumbel oder Gumpert, war meines Wissens nicht Mitglied der Partei, von einer Aktivität habe ich jedenfalls nie etwas gehört, sie lebte, als ich Massing kannte, inder Tschechoslowakei und kam ihn nur ein oder 2 mal besuchen. Massing selbst wurde von den Vorgesetzten der Handelsvertretung sowohl als von allen deutschen Genossen sehr geschätzt . Dem, was seine Frau dachte, die mir als sehr hysterisch und buergerlich beschrieben wurde, mass ich ueberhaupt keine Bedeutung bei. Als ich von den Agenten Trotzkis las und daruber nachdachte, wie sie wohl trotz aller Wachsamkeit immer wieder ihren Weg in die Sowjet Union finden, fiel mir nach Jahren diese Bemerkung ein, und zwar deswegen, weil diese Frau verschiedentlich nach der Sowjet Union gefahren ist. Zuletzt im Sommer 1933, um die Kinder eines amerikanischen Journalisten, Fischer, die sie in Pension hatte, zu ihren Eltern zu bringen . Ich dachte dass sie vielleicht wieder ihren Weg hierher finden könnte und dass man das daher der Partei mitteilen muss, xxxxxxxxxxxxxxxxxx xxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

Ich habe diese Frau nur einmal fluechtig auf einer Veranstaltung der Handelsvertretung gesehen. Nachdem ich aus Deutschland abgefahren bin , erfuhr ich später, dass Massing einige Zeit in einem Konzentrationslager gesessen hat, später mit seiner Frau nach Amerika gegangen ist. Wo sie leben, was sie machen, weiss ich nicht. Ich habe keinerlei Verbindung mit ihnen gehabt, seitdem ich Deutschland verlassen habe.

Ich habe lange und ernsthaft darueber nachgedacht, wie xxx es möglich war, dass ich mit dem Mörder Emel bekannt sein konnte, verleitet durch meine freundschaftlichen Beziehungen zu seiner Frau, von der mir bis zu diesem Augenblick nicht bekannt ist, welche Rolle sie gespielt hat. Wie es möglich war, dass ich kein Misstrauen gegen ihn hatte.

Ich muss sagen, dass es mir ganz unmöglich war, hinter seine glatte Doppelzuengigkeit zu kommen. Aber ich will die Lehre daraus ziehen, dass erstens ein Parteiarbeiter in der Auswahl seiner persönlichen Bekannten grössere Misstrauen walten lassen muss, und zweitens, dass ich viel ernsthafter und gruendlicher die Geschichte der Bolschewistischen Partei studieren muss, um dadurch meine Klassenwachsamkeit auf ein höheres Niveau zu heben.

Mit komm. Gruss

Lotte Germaine

105

den 26. II. 1937.

Werter Genosse
Müller!

Es sind jetzt 6 Monate her, dass ich von meiner Arbeit entfernt wurde. Dass ich hier in Moskau auf Ihre weiteren Massnahmen warte.
Sie werden verstehen, dass es nicht so leicht ist, bei dem Bewusstsein nichts gegen die Ehre eines Kommunisten, gegen die Linie der Partei getan zu haben, von allem gesellschaftlichen Leben im Zentrum des Sozialismus ausgeschlossen zu sein.
Entscheidend für die Beurteilung meiner Lage ist doch nicht die anerkennenswerte Tatsache der materiellen Be-

106

dingungen, die Sie mir z. Zeit gegeben haben.
Sondern meine Annahme, dass ich scheinbar, trotz meiner klaren politischen Vergangenheit, trotz meines entschiedenen nachweisbaren Kampfes gegen die Opposition in der K.P.D, trotz meiner langjährigen Arbeit in Ihrer Abteilung und meiner einwandfreien politischen Arbeit auf Punkt II, trotz meiner Erklärung vom 29. September 1936, dass meine Beziehungen zu dem terroristen Banditen Ehmel absolut zufällige waren, dass ich nicht die geringste Ahnung und Anhaltspunkte von der Schurkerei dieses Menschen hatte, dass ich scheinbar trotz alledem Ihr Vertrauen, das

Vertrauen der Partei verloren
habe.
Das ist das Schwerste, was
mich treffen konnte.
Ich verstehe sehr gut, dass be-
sondere heute Kontrolle und
Misstrauen notwendig ist.
Aber ich glaube nicht, dass je-
de bei der Möglichkeit, mein
Fall zu klären, mein Zustand
der Isolierung und Untätig-
keit ein permanenter sein
muss.
Ich wende mich heute, nach
6 Monaten Wartezeit an Sie
mit der Bitte, bei Ihren weite-
ren Dispositionen zu prüfen,
was meiner Weiterbeschäfti-
gung in Ihrer Abteilung noch
im Wege steht. Erinnern
möchte ich Sie dabei noch
daran, dass ich eine ander-
ernt

schwere manuelle Arbeit mit meinem im Kapp-Putsch 1920 erworbenen rechten Arm kaum machen kann. Lassen Sie mich bitte recht bald wissen, welche Aussichten für mich vorhanden sind.

Mit kommunistischem Gruß.

Hans Germaine.

February 26th. 1937

22

Dear Comrade Mueller,

It cannot be the intention of the party or of yourselves to sentence us to a slow moral death, because we did not recognize the double-face of this bandit. Did not the second trial - even more frightfully than the first - reveal, that these people were first-rate masters in the art of lie and deception, that they were able to deceive the highest functionaries of the party for many years notwithstanding the fact that their oppositional past was well known,

I repeat that I did not even know, that this bandit was a Trotzkist - I knew about 2 political faults in 2 articles and had no clear conception of the character of these faults. I understand that this is just my fault -: that I did not try to find out. But I think that this fault cannot be unpardonable.

We do appreciate, naturally, that you settled the material question for us. But you also must understand, that this alone does not mean life. We are chased away from our job - every comrade - naturally - knows that and every-

body therefore considers us to be criminals. No rehabilitation took place, we did not even receive an official information about the results of the investigation. We are living like pariahs - expelled from every human community.

If you are not intersted in me (- I did not do great things for the revolution) - You cannot be quite indifferent towards the great suffering of a comrade, a proletarian, who is for 27 years organised in the workers' movement, who never stopped fighting actively for the party and for the line of the party and who has lost now his work and in connection with that all that made it worth while to live. I ask you, Comrade Mueller, to help him and to bring both of us back to a normal life, where we can be useful members of the socialist society.

Then - there is a second demand: apart from the other sorrow I am very worried not to hear a word if not from Tilly, then about Tilly. It would be a great kindness of you to give me some news. Sometimes I am tortured by the idea,

that something has happened to her. Is she in a good state of health, is she happy? Please Comrade Mueller - for Lilly's sake - imagine for a minute, what this new disappointment means for us - after happy dreams together with Lilly about a future, where she would live near Moscow and always come to see us.

I hope instantly, that you break the silence of so many months and that you give an answer to my letter.

Yours

with comm. greetings

Lotte Germaine.

Erklärung

Gegen Ende 1934 ereignete sich folgendes auf Punkt 2:

In ein Paar Damenstiefel die Gen. Lotte Germaine gehörten wurde Schwefelsäure gegossen. Die Stiefel wurden dadurch zerstört. Etwas später wurde in einen grossen Koffer Wäsche und Kleidungsstücken der Lotte und Hans Germaine gehörte ebenfalls Schwefelsäure gegossen dabei wurden ein Wintermantel, Strümpfe und sonstiges zerstört. Den Täter konnte man nicht ausfindig machen. Ich verdächtigte zur Zeit einen nervenkranken Gen. (John Murray) jedoch ihm konnte nichts nachgewiesen werden. Später verdächtigte ich Hans Germaine selbst. Mein Verdacht wurde durch die Haltung Germaines in unserem Kollektiv bekräftigt. Germaine machte auf mich den Eindruck eines politischen Karrieristen der vor keinen Mittel zurückschreckt um sein Ziel zu erreichen. Mir scheint dass Germaine dies alles inszeniert hatte um die allgemeine Achtung auf sich zu lenken. Hans Germaine leitete während einiger Zeit den politischen Unterricht; dies tat er ziemlich mechanisch und oberflächlich. Als dann später Gen. Krumins den politischen Unterricht organisierte führte er und Lotte Germaine (Intrigen) um die Übersetzung des Unterrichts unmöglich zu machen.

Den 4. V. 1937

Gaston Provost

Копия. 98

Сов.Секретно.

РАССЕКРЕЧЕНО

тов. МИЛЛЕРУ

от ЛИ-ЧАНГ.

Считаю нужным поставить вас в известность, что в июле прошлого 1936 года, мною было получено от бнв.администратора пункта Г.ШОКА следующее распоряжение:

1/ - Произвести фото-с"емки ряда работников пункта /преподавателей, студентов и персонала/.

2/ - Произвести фото-с"емки различных об"ектов пункта /зданий, парка и проч/.

Эти с"емки я должен был производить, помогая обычно ведущему эту работу Гансу ЖЕРМЕН, при чем ШОК мотивировал это задание, как распоряжение бнв.Нач.ОМС МЮЛЛЕРА. Снимки ряда работников нужны были для документов, снимки об"ектов пункта - для альбома.

Всю эту работу выполнил я, т.к.Г.ЖЕРМЕН заболел и уехал в отпуск, при чем мною было сделано следующее:

1.- Я снял около 20-ти человек, и один негатив и 6 карточек каждого т.сдал ШОКУ.

Фамилий всех товарищей в настоящее время точно не помню и указываю приблизительно:

1. ЧАРЛИ БЛЕК
2. КЕТТИ БЛЕК
3. БАЙРОН ФЕССЕНДЕН
4. ГАРРИ ФРЕНЧ
5. ХИЛЬДА ХЕРВОРД
6. КАРМЕН СИЛЬВА
7. ЛУИЗА ДИЕГО
8. ПЕДРО МАРЕИСТО
9. ЖОРЖ ВИЛАНЕВА
10. СОФИ МИШЕЛЬ
11. ОЛАФ БЕРГ
12. ЭВАЛЬД СТЕРН
13. НЕЛЛИ ХИЛЬ
14. ДЖИЛЬ ГРИНВУД
15. МОРРИ КЕНТ
16. ГАРОЛЬД МИЛЬТОР
17. ЛИ - СИМ
18. Садовник ГОДУНОВ
19. ЭДМУНД МИЛЛЕР

2.- Я снял около 22 снимков разм.9х12 различных наружных об"ектов пункта. Каждый снимок имел 2 негатива и один позитив на бумаге. Все это

я тоже сдал ШОКУ.

Кроме того, мне известно, что подобные работы, а также и с"емки внутренних помещений, производились, помимо меня, ГАНСОМ ЭРМЕН.

Подписал: ЛИ-ЧАНГ.

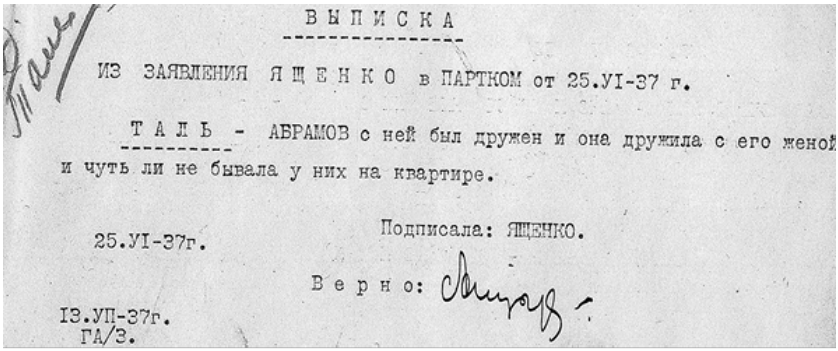
23.7-1937 г.

Сообщаю, что негативы садовника ГОДУНОВА и Электромонтера З. МЮЛЛЕРА /последние в списке/ имеются в шкапу конторы.

Подписал: С.МИЛЛЕР.

Копия в е р н а: Дмитриева

28.УП-37г.
ГА/З.



ВЫПИСКА

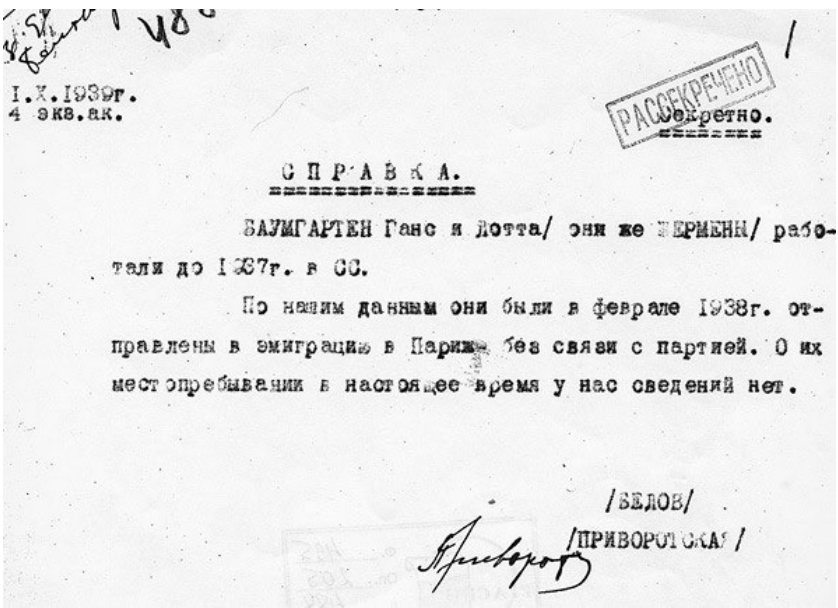
ИЗ ЗАЯВЛЕНИЯ ЯЩЕНКО в ПАРТКОМ от 25.VI-37 г.

ТАЛЬ - АБРАМОВ с ней был дружен и она дружила с его женой и чуть ли не бывала у них на квартире.

25.VI-37г. Подписала: ЯЩЕНКО.

Верно:

I3.VII-37г.
ГА/З.



I.X.1939г.
4 экв.ак.

РАССЕКРЕЧЕНО

Секретно.

СПРАВКА.

ЗАЛМГАРТЕН Ганс и Лотта/ они же ЭЙРИЕНН/ работали до I937г. в СС.

По нашим данным они были в феврале 1938г. отправлены в эмиграцию в Париж без связи с партией. О их местопребывании в настоящее время у нас сведений нет.

/БЕЛОВ/

/ПРИВОРОТСКАЯ/

www.armaeniaeditorial.com

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

22 Arcadia

EMMANUELLE BAYAMACK-TAM

23 Una constelación de fenómenos vitales

ANTHONY MARRA

24 Cuentos sentimentales

MIJAÍL ZÓSHCHENKO

25 La mujer sin sepultura

ASSIA DJEBAR

26 Creí que borraban todo rastro de ti

YOAN SMADJA

27 El edificio de piedra

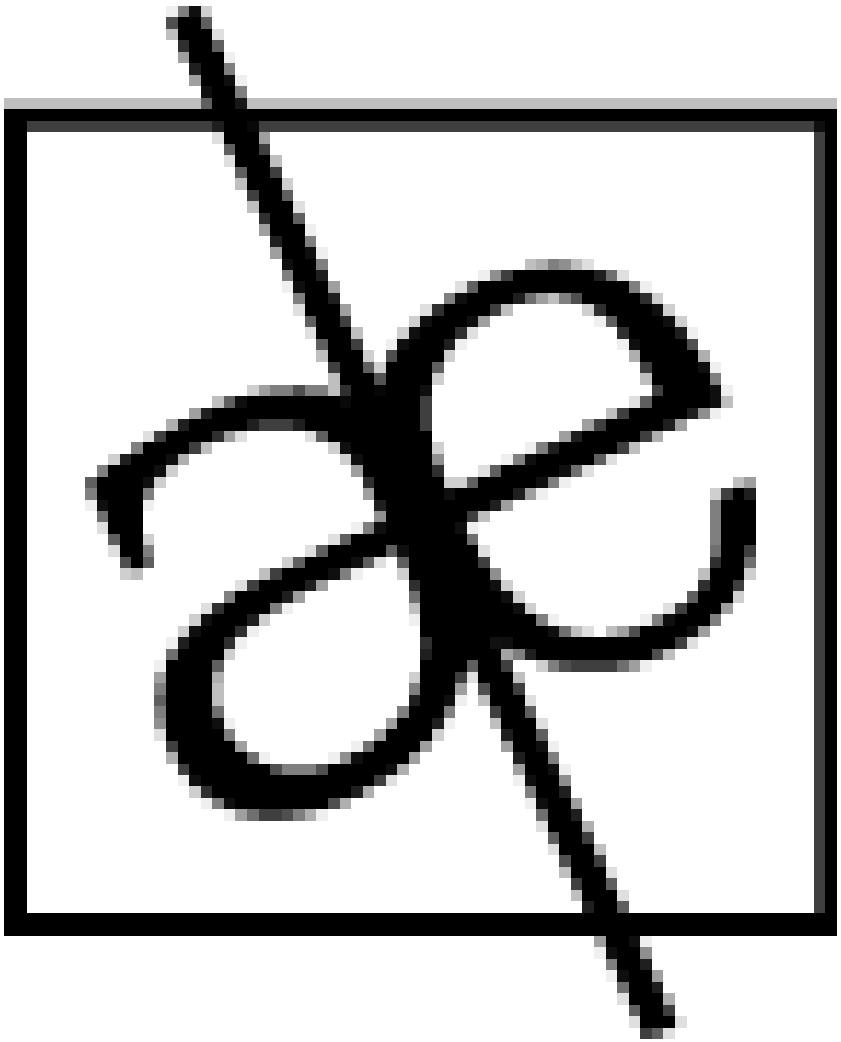
ASLI ERDOGAN

28 El Mesías de Darfur

ABDELAZIZ BÁRAKA SAKIN

29 Si la adelfa sobrevive al invierno

STEFAN POPA

30 Herencia

MIGUEL BONNEFOY